Angela
MARSONS

PARA ENCONTRARLAS CON VIDA, DEBE SOMETERSE A SU RETORCIDO JUEGO



«ESTE LIBRO HA SIDO TODO LO QUE QUERÍA Y MÁS».
– RACHEL'S RANDOM READS

UN
THRILLER DE
KIM STONE

JENTAS

Angela
MARSONS

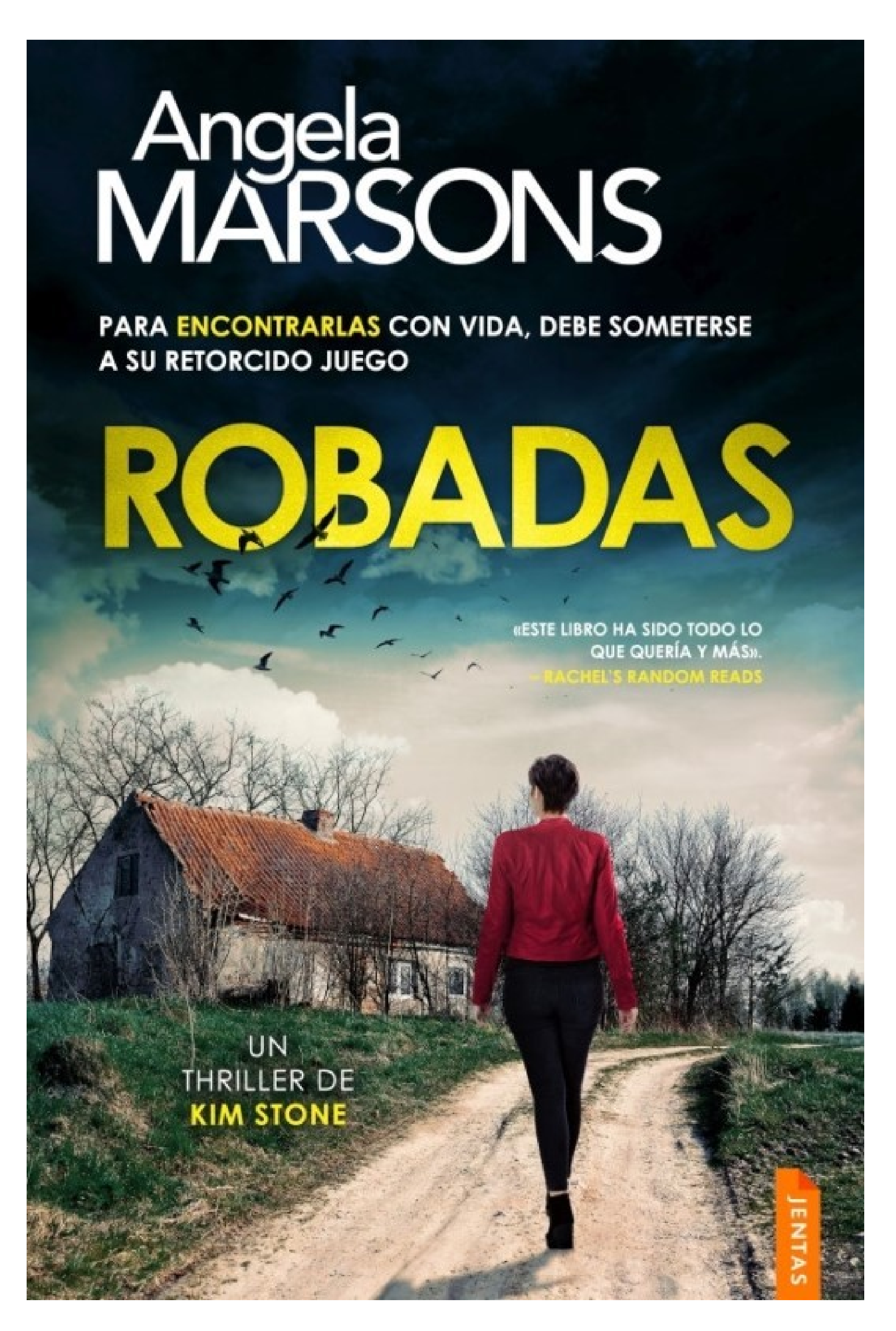
PARA ENCONTRARLAS CON VIDA, DEBE SOMETERSE A SU RETORCIDO JUEGO

ROBADAS

«ESTE LIBRO HA SIDO TODO LO QUE QUERÍA Y MÁS».
– RACHEL'S RANDOM READS

UN THRILLER DE KIM STONE

JENTAS



Robadas

Robadas

Título original: Stolen Ones

ePub: Jentas A/S

Traducción: Jorge de Buen Unna, © Jentas A/S

ISBN: 978-87-428-1328-7

First published in Great Britain in 2021 by Storyfire Ltd trading as Bookouture.

—

De la serie de la detective Kim Stone:

Grito del silencio

Juegos del mal

Las niñas perdidas

Juegos letales

Hilos de sangre

Almas muertas

Los huesos rotos

Una verdad mortal

Promesa fatal

Recuerdos de muerte

Juego de niños

Mente que mata

Rivalidad letal

Red de mentiras

———

Este libro está dedicado a Claire Bord, la editora más apasionada, solidaria y comprometida del mundo.

Y mucho más.

Prólogo

La puerta se abre y me quedo mirándola. ¿Por qué se ha abierto después de tanto tiempo?

Cojo el osito pardo y lo abrazo.

¿Va a entrar alguien? ¿Vendrán a por mí? ¿Adónde me van a llevar?

No sé qué siento.

Llevo tanto tiempo esperando a que se abra la puerta... Y ahora se me revuelve el estómago, como una vez que tuve que hacer un examen de sumas sin haber estudiado.

—No..., no, no, no —susurro mientras me alejo. No entiendo nada.

La oreja del osito pardo flota cerca de mi boca. Caigo en la tentación, la dejo entrar. Pero la escupo. Solo las niñas pequeñas muerden sus juguetes.

Cojo el cepillo del tocador. Está junto al joyerito de cristal donde guardo mis posesiones más preciadas: un brazalete brillante y una cadena de plata. Son nuevos, y me encanta sacarlos, tocarlos y volver a guardarlos.

Detrás del joyero está mi diario. La cubierta es mi foto favorita de Barbie. Nunca en mi vida había tenido algo tan bonito.

Me alejo por completo de la puerta y miro al otro lado de la cíoda. Encima está el envase triangular del sándwich que he almorzado. El corazón de la manzana ha caído dentro. Desayuno siempre caliente. De comida, un bocadillo, patatas fritas y fruta. Para merendar, bollos y galletas saladas.

De espaldas a la puerta, voy a la esquina, al escritorio. Mis libros de texto están abiertos. El martes por la tarde, doble lectura. Eso es todos los martes por la tarde.

A mi lápiz le quito la fresa y le pongo una uva peluda. Es morada, mi color favorito. Otro regalo. Y me encanta.

Vuelvo a mis libros, pero no puedo concentrarme. Sin darme cuenta, ya estoy masticando la uva morada y se me quedan trocitos en la lengua.

Me la rasco para quitármelos. Luego me limpio las manos en los vaqueros.

Qué asco.

Entro en el cuarto de baño y me enjabono las manos bajo el grifo. Quizá, cuando vuelva, la puerta esté cerrada de nuevo.

Doblo la toalla después de usarla. Ni siquiera sé por qué. Nadie más usa este baño.

Es mi baño. Solo mío.

Mi retrete, mi bañera, mi ducha, mi lavabo. Mi armario lleno de ropa nueva. Mi cama, que es más grande que una individual, pero no tanto como la de mamá.

Mi propio televisor está fijado a la pared, encima del escritorio. Puedo verlo desde mi cama o desde un sillón, mullido y acolchado, que está junto a la puerta.

Sigo sin entender qué está pasando.

Miro la cámara solitaria que está en la esquina más alejada de la habitación. La miro sin parar, en busca de una respuesta.

No hay respuestas.

Más allá de la puerta hay hierba, arbustos, árboles. Alargo el cuello para ver mejor, para ver qué hay más lejos.

No ocurre nada.

Avanzo un paso. Me aseguro de llevar conmigo el osito pardo.

Un paso más.

Y, de repente, ahí estoy. En la puerta abierta.

Solo tengo una pregunta.

¿Qué se supone que debo hacer ahora?

Capítulo 1

Kim apagó la radio del coche de Bryant.

—Entonces, ¿dónde estabas cuando secuestraron a Melody Jones? —preguntó. Ese mismo día, en las noticias del desayuno, había oído a la madre suplicar por que le dieran nueva información. Se cumplían veinticinco años del secuestro de la niña de siete. Kim sentía compasión por una familia, que seguía esperando que se cerrara el caso.

—Mmm... Hace veinticinco años, a mis veintitantos, yo era un joven y apuesto oficial de policía. Tenía una novia preciosa y estaba bastante satisfecho con la vida.

—Y yo acababa de dejar a la familia de acogida número cinco —dijo Kim.

—Maldita sea, jefa, qué manera de hacerme sentir viejo —refunfuñó él.

Entraron en el aparcamiento de la comisaría de Halesowen. Bryant no quiso preguntarle sobre ninguno de sus siete hogares de acogida, pues sabía que era poco probable que le contara algo.

Kim se bajó del coche, aunque no se apresuró a entrar en el edificio, como casi siempre hacía.

Él la miró, inquisitivo.

—Sube, en un minuto estaré contigo.

Él se encogió de hombros y entró.

Kim se apoyó en la pared y sacó su teléfono. Desde primera hora lo había puesto en silencio, no porque hubieran ido a tomar testimonio por una agresión, sino porque las llamadas no deseadas le reventaban el teléfono dos veces al día todos los días. Si bien detestaba ocultarle cosas a su equipo —a Bryant, en particular—, lo que más le preocupaba era cualquier contacto con la psiquiatra sociópata. Hacía casi una semana que Alexandra Thorne intentaba llamarla desde la cárcel. Y Kim había rechazado todos sus intentos. Hasta ahora.

El lado sensato de su cerebro se preguntaba qué otra parte de su psique

habría añadido estas dos palabras al final del pensamiento. Sin esas dos palabras, todas sus nociones eran decisivas, definidas, resueltas. En su mente, esas dos palabras dejaban espacio para una pregunta.

Estaba segura de que no quería escuchar nada de lo que esa mujer quisiera decirle. Sin embargo...

Esas malditas dos palabras, insistían, provocadoras, en interrumpir sus reflexiones.

Quien la conociera, habría jurado que cualquier contacto con la psiquiatra sociópata sería perjudicial para su bienestar. La doctora Alexandra Thorne era la persona más inteligente que Kim hubiera conocido, pero también era la tipeja más malvada, despiadada, amoral y despreciable que jamás hubiera tenido la desgracia de encontrarse.

A pesar de las envidiables defensas de Kim, Alex tenía la capacidad de ver dentro de ella como si examinara una radiografía. Era una sabuesa capaz de olfatear cada punto débil que, ante cualquier otra persona, Kim conseguía ocultar. Y tenía como misión vital buscar esas vulnerabilidades y exponerlas, una por una.

Sí, la fascinación era recíproca, y Kim tenía que admitirlo. El frío desapego de esa mujer al jugar con las vidas y las emociones de la gente, solo por un enfermizo entretenimiento, le resultaba repugnante e intrigante a partes iguales.

Hasta ese momento, tras los dos encuentros con Alexandra Thorne, Kim había salido intacta.

Pero apostaba a que en la tercera no tendría tanta suerte.

Capítulo 2

—Bueno, chicos, ¿qué tenemos hoy? —preguntó Kim en cuanto entró en la sala del escuadrón. Le gustó ver el café recién hecho. Bryant había aprovechado la ventaja de ser el primero en subir las escaleras.

—He conseguido la aprobación de la Fiscalía de la Corona para acusar a Lester Baggot —dijo Stacey, y alzó un puño.

Kim se sentó en el borde del escritorio de reserva.

—Qué buena noticia —comentó.

Según sabían, Lester Baggot había estado maltratando a su mujer durante

los últimos cinco años. Era toda una rutina. Alguien llamaba a la policía para que atendiera un disturbio en cierta dirección. Los agentes acudían, separaban a la pareja y le rogaban a Louise que denunciara a su marido. Ella se negaba y, pocas semanas después, el proceso se repetía.

Cuatro noches antes, Louise había ido a parar al hospital con dos huesos rotos y una grave conmoción cerebral. La decisión de denunciar ya no estaba en sus manos. Kim solo esperaba que la mujer supiera aprovechar la oportunidad y empezara una nueva vida lejos de su marido maltratador.

—¿Penn?

—Me has puesto el listón muy alto —le dijo a su colega con una sonrisa —. No he tenido tanta suerte. Sigo sin encontrar a nadie que coincida con la descripción de Casper.

El sargento detective investigaba una serie de robos de coches en la urbanización Blakemore. En un mundo de ladrones, este era un caballero. Se colaba por la noche, encontraba las llaves, robaba el coche, no hacía nada que pudiera molestar, no despertaba a nadie y se las arreglaba para desaparecer sin que las cámaras lo grabaran. Penn le había dado el apodo de el Fantasma Amistoso.

—Tenemos una imagen del Toyota robado. Pasa por un jardín delantero a las tres y cuarto de la madrugada, pero luego no hay nada. —Era el quinto coche que desaparecía de Blakemore en un mes—. He solicitado que se pongan algunas unidades móviles de videovigilancia en los puntos de entrada y salida de la urbanización.

Kim asintió. Se preguntaba, por enésima vez, en qué clase de mundo viviríamos si los delincuentes utilizaran su inteligencia y sus habilidades para hacer el bien.

—Vale, asegúrate de que coloquen una en...

Dejó de hablar cuando empezó a sonar el teléfono de Bryant.

Él escuchó y luego le pasó el auricular.

—Es Jack, para ti.

¿Ya nadie la llamaba a su teléfono? ¿Toda la comunicación tendría que filtrarse a través de su colega?

Kim extendió la mano y pulsó el botón del altavoz.

—Adelante, Jack —le dijo al sargento de guardia.

—Tengo otro, señora —anunció él con tono de cansancio.

Kim gruñó. No necesitaba ninguna explicación. Los aniversarios sacaban a los chiflados. Cuanta más cobertura mediática hubiera, más confesiones recibían. En los dos últimos días, tres hombres y una mujer habían ido a confesar su involucración en el secuestro de Melody Jones. El último no había hecho bien las cuentas. No supo qué responder cuando Penn le preguntó cómo se las había arreglado para secuestrarla si solo tenía dos años y medio.

Kim miró alrededor.

—Vale, si no me equivoco, le toca a Stacey...

—Solo la quiere a usted, señora. De verdad, insiste en que querrá escucharlo.

Kim sintió que se ponía rígida. Detestaba a los locos que iban a perder el tiempo, pero más a los que insistían en hacerla perder el suyo.

—Vale, Jack. Llévalo a la sala de interrogatorios uno. Bajaré enseguida.

Bryant le llenó la taza de café negro cargado.

—Esto la mantiene tranquila —le dijo a los demás.

—Ya quisieras —dijo Kim, y cogió la taza.

Habría querido hacer esperar al visitante, pero no podría avanzar con su día hasta haber escuchado al confesor número cinco y haberlo desacreditado.

* * *

Mientras bajaba las escaleras, café en mano, echaba cuentas de a dónde coño mandaría a ese tipo por hacerles perder el tiempo.

Abrió la puerta, entró y, de inmediato, disimuló su sorpresa.

Para Kim, no era nuevo el no deducir nada por la apariencia. No había un canon con tipos de delincuentes, asesinos, pedófilos o enfermos mentales, bien lo sabía; pero el hombre que tenía delante no parecía ser nada de eso.

Supuso que tendría alrededor de unos cincuenta y cinco años. Llevaba el pelo rubio bien cortado alrededor de una cara bronceada y atractiva. La camisa azul claro de buena marca, remetida bajo unos pantalones negros con

cinturón, le quedaba perfecta. Medía un par de centímetros más que ella y parecía ser de complexión atlética.

—Steven Harte —dijo, y extendió la mano, como si se estuvieran encontrando en algún tipo de entrevista.

Ella lo dejó con la mano en el aire y se quedó esperando.

—Por favor, tome asiento, señor Harte, y dígame lo que pretende confesar sobre el secuestro de Melody Jones.

—¿Confesar? —preguntó él, con el ceño fruncido, mientras tomaba asiento.

—Usted es el quinto de la semana, así que, por favor, perdone mis suspicacias.

El ceño seguía fruncido.

—Pero ¿por qué alguien confesaría algo que no ha hecho?

—Sí, señor Harte, ¿por qué?

—No he venido aquí con falsas confesiones, inspectora detective Stone. Tengo información que la llevará directamente a ella.

Hablaba con voz tranquila y mesurada, aunque se lo notaba un poco sorprendido por que ella dudara de él.

A Kim le gustaba entender las motivaciones. El sentido común le decía que el hombre que tenía delante era un mentiroso, igual que los cuatro anteriores, aunque este no afirmaba haber secuestrado a la niña.

Hasta ahora, un varón de sesenta y cinco años ya había ido a confesar todos los delitos importantes. Después había llegado un enfermo mental confirmado. Una mujer, la tercera, era una reportera de Berkshire que buscaba más información sobre el caso para un artículo que estaba escribiendo. El cuarto, el genio matemático de Penn, había cabreado a un miembro de una banda rival y debió pensar que la comisaría era el lugar más seguro hasta que todo se calmara.

Cada una de esas confesiones habían sido refutadas. Después, en cuanto Kim hubo descifrado los motivos que cada uno tenía para mentir, les había pedido que se marcharan.

Así que, antes de enseñarle la puerta a ese tipo, solo quería saber eso.

—Venga, ¿en qué fecha fue secuestrada Melody Jones?

—Dieciséis de agosto de 1996.

—¿A qué hora?

—A las tres en punto.

—¿Dónde?

Kim no necesitaba ningún papel para comprobar las respuestas. Se las sabía de memoria.

—Un parque infantil, al borde de la urbanización Hollytree.

—¿Y qué llevaba puesto?

El hombre cerró los ojos. Y, como si evocara un grato recuerdo, una pequeña sonrisa afloró en sus labios. Kim sintió náuseas.

—Pequeños leggings rosas hasta la rodilla, de lunares azules. Su chaleco era de rayas arcoíris. Era un día caluroso. —Frunció el ceño—. No se había puesto protector.

Kim ignoró su tono desdeñoso y se concentró en las respuestas. Todas eran correctas, y también de dominio público. Nadie había mencionado la cadena de plata con un corazón que la niña llevaba en la muñeca. Era un regalo de su abuela y tenía las iniciales de Melody grabadas en el corazón. Ese detalle nunca se había hecho público.

—Dígame algo que no haya podido averiguar en los miles de reportajes disponibles.

Él sonrió y se puso a trazar círculos imaginarios sobre la mesa.

—¿Y dónde estaría la diversión?

Evasión.

El ritmo cardíaco de Kim comenzó a disminuir a medida que las motivaciones de ese hombre se hacían evidentes. Por un momento, la había convencido con ese fácil y preciso recuerdo de los detalles, pero, su incapacidad para ofrecer algo más, demostraba que no era sino otro chalado. Uno bien vestido y presentable, pero no todos los chiflados venían de Hollytree, donde ella había pasado los seis primeros años de su vida.

—Al final, se enterará, inspectora, pero seré yo quien ponga las

condiciones.

—No hay condiciones, señor Harte, a menos que quiera llevarme al cadáver. Usted conduce, yo cavo.

Él sonrió.

—Todo en su debido momento, aunque está a punto de enfrentarse a un problema más urgente y...

—Creo que ya me ha robado bastante tiempo, señor Harte —dijo ella, y echó atrás su silla—. Ahora entiendo sus motivos para venir a confesar. Quiere jugar con la policía. Quiere algo de fama a costa de la miseria de una familia, y espera que le sigamos el juego con la falsa esperanza de que podremos recuperar el cuerpo de Melody. —De nuevo, la sonrisa tolerante, aunque sin palabras—. No sé por qué necesita este tipo de atención, señor Harte, pero no la va a conseguir aquí. —Se dirigió a la puerta, la abrió y se volvió—. El sargento de guardia le mostrará la salida.

Subió las escaleras aún más enfadada que con los anteriores. Este no buscaba otra cosa que llamar la atención de la policía y entablar algún tipo de juego perverso.

Al llegar a la sala del escuadrón, iba gruñendo.

—Te juro, Bryant, que tú te encargas del siguiente.

—Chitón... —dijo Bryant mientras sintonizaba su radio de policía.

Las tres cabezas se volvieron hacia él.

—Otra desaparecida, jefa —dijo Penn.

—¿Otra...?

—Niña pequeña, jefa —respondió Bryant—. Secuestrada de una ludoteca en Netherton. Ocho años.

Kim se detuvo en seco. Se le congeló la sangre.

«Está a punto de enfrentarse a un problema más urgente».

—Ah, mierda —dijo, y salió corriendo de la sala.

¿De esto le estaba hablando Steven Harte? ¿Y cómo demonios lo sabía?

—Joder —maldijo mientras iba escaleras abajo a toda velocidad.

Tecleó su contraseña para salir al pasillo y voló junto a un sorprendido Jack. Este la vio lanzarse hacia las puertas automáticas en lugar de esperar a que se abrieran.

No podía haber ido muy lejos. Hacía pocos minutos que lo había dejado.

Examinó el aparcamiento. No vio a nadie subirse a un coche. No había ningún vehículo esperando para salir.

Maldita sea. ¿Habría llegado a pie?

Kim no sabía si acababa de hablar con un asesino, pero quería enterarse de qué había hecho ese hombre para prever la desaparición de otra niña; o bien, qué había querido decir con su profético comentario.

Corrió de vuelta al edificio.

—Jack, ¿has visto por dónde se ha ido?

—¿Quién?

—El tipo al que acabas de llevar a la sala de interrogatorios. ¿Por dónde se ha ido?

—No se ha ido.

—¿Qué? —espetó ella.

—Que no se ha ido.

—Jack, estás poniendo a prueba mi...

Con la cabeza, el sargento señaló el pasillo.

—Todavía está ahí. Me dijo que usted volvería en un minuto.

El alivio de Kim se convirtió en un disgusto inmediato. ¿A qué estaba jugando este tipo? ¿Cómo demonios sabía eso?

Antes de volver a entrar en la sala de interrogatorios, acompasó su respiración. Sus instintos le ordenaban que irrumpiera en ese lugar e inmovilizara al tipo contra la pared. Se tomó un momento para calmarse. Antes de seguir adelante, tenía que pensar. Hasta el momento, el hombre no había admitido nada. Sus cuidadosamente formuladas declaraciones no habían sido, ni de lejos, una confesión de delito alguno.

Ni siquiera podrían calificarlo como sospechoso o testigo. En el mejor de

los casos, era un ciudadano común que quería ayudarlos en sus investigaciones.

Se quedó con esa idea en la cabeza mientras volvía a entrar en la habitación.

—Por lo visto, es usted adivino, señor Harte. O eso, o ha estado involucrado en el secuestro de una niña esta mañana.

Él se encogió de hombros y esbozó una media sonrisa que Kim quiso arrancarle de la cara.

Lo miró de frente.

—¿Le gustaría decirme dónde está? —preguntó.

—Estaré encantado de decirle lo que sé. Pero en mis propios términos.

—¿Y qué términos son esos? —preguntó Kim. Hizo lo posible por mantener el tono bajo control. Aún no tenía ni idea de a quién se estaba enfrentando: un bromista con suerte o un secuestrador y asesino.

—Se los contaré más tarde, cuando usted vuelva.

—¿De dónde?

—Bueno, imagino que tendrá que acudir a la escena del crimen, tomar algunas declaraciones, interrogar a los testigos y hacer otras cosas de policía. Puede marcharse —dijo en tono displicente.

Kim tuvo que contener la rabia ante semejante actitud de superioridad. Maldita sea. Allí era, ni más ni menos, donde tenía que estar.

—No se preocupe, yo no iré a ninguna parte —dijo él, y se reclinó en su silla. Con la cabeza, señaló la cámara de circuito cerrado situada en un rincón —. Estoy seguro de que podrán vigilarme —añadió.

Kim sabía que tenía que acudir al lugar de la desaparición.

—¿A qué demonios está jugando, señor Harte?

Él entrelazó las manos detrás de la cabeza.

—Me quedaré a mis anchas mientras usted no esté. Y, si Jack pudiera traerme una taza de té fuerte con una cucharada de azúcar...

Rara vez, o nunca, más bien, Kim se sentía perdida por completo sobre

cómo tratar a alguien; sin embargo, ahora mismo tenía que pecar de precavida. Si ese hombre tenía información sobre la desaparición de Melody Jones o de la niña de la que acababa de oír hablar, debía ser cuidadosa.

Empujó su silla hacia atrás.

—Señor Harte, me voy. Si usted tuviera información sobre este secuestro y se marchara, lo encontraré y lo acusaré de ocultar pruebas. Si no ha venido para ayudarnos con la investigación, o si la obstaculiza, me aseguraré de que caiga sobre usted todo el peso de la ley.

—Palabras tan dramáticas como innecesarias, inspectora. Estaré aquí cuando vuelva. Lo estoy deseando.

Antes de marcharse, con los puños hundidos en los bolsillos, Kim le dirigió una última mirada.

El tipo no había dicho nada como para justificar un arresto. Si la PACE, es decir, la ley de Policía y Pruebas Penales de 1984, hubiera tipificado como delito ser un imbécil insuperable, ya estaría en una celda; pero, por desgracia, Kim no tenía ese poder.

* * *

En la sala de la brigada, Kim señaló el ordenador que estaba encima del escritorio de reserva.

—Enciende eso —dijo.

Tres pares de ojos la miraron inquisitivos. Supuso que se preguntaban por qué no estaba ya de camino a Netherton.

Bryant se puso de pie.

—Jefa, ¿no crees que deberíamos ir a...?

—Sé muy bien dónde tendríamos que estar —espetó. Con la cabeza, apremió a Stacey para que hiciera lo que acababa de ordenarle.

Stacey se levantó de su escritorio y abrió sesión.

—Sala de entrevistas uno —dijo.

Unas pocas pulsaciones más y estaban mirando al hombre.

—Os presento a Steven Harte —dijo al resto de su equipo. Todos avanzaron para verlo más de cerca—. Nuestro último chiflado que, al final,

podría no ser un verdadero chiflado.

—¿Crees que sabe algo sobre Melody Jones? —preguntó Penn.

—Dice que sí, y, también por alusiones, me dijo que sabe de la niña que ha desaparecido hoy.

—¿Y está aquí por voluntad propia? —preguntó Stacey, dubitativa.

—No solo está aquí, sino que no tiene ninguna prisa por marcharse —dijo. En ese momento, Jack entró en la habitación y puso una taza de té sobre la mesa.

—Pero ¿por qué? —preguntó Bryant.

—Eso es lo que quiero saber —dijo Kim, y se volvió hacia su equipo—. Stace, necesito saber todo sobre Steven Harte y, Penn, quiero que lo grabes y lo observes hasta que te sangren los ojos. Si hace un movimiento para irse, lo retrasas o te quedas con él, ¿entendido?

Penn se sentó.

—Entendido, jefa.

Kim cogió su chaqueta.

—Bryant, nos vamos a Netherton —dijo.

Echó un último vistazo al hombre que aparecía en la pantalla del ordenador.

Y él, como si fuera capaz de percibir la atención de los detectives, levantó la mano hacia la cámara e hizo un pequeño gesto.

Capítulo 3

Por segunda vez aquel día, Alexandra Thorne colgó el auricular e intentó que no se notara su enfado. Esa semana no le iría bien tener ninguna emoción fuerte. Para conseguir lo que quería, no le quedaba otro remedio que mantener la farsa que había estado consumiendo su energía durante los últimos cuatro años y medio.

Volvió a su celda entre quejas. ¿Por qué esa maldita mujer no contestaba sus llamadas?

Por bien que planeara su próximo movimiento, la inspectora detective Stone siempre se las arreglaba para ser una mosca cojonera.

Alex había calculado a la perfección cómo acercarse a la detective para que todo coincidiera con su plan. También había contado con que la curiosidad dominaría a la mujer y la haría atender la llamada, pero, por lo visto, Stone se estaba haciendo la dura.

Alexandra tenía información que la agente de policía ni siquiera imaginaba. La idea le devolvió la sonrisa. Sus conocimientos podrían cambiar la vida de Stone, y los compartiría con ella. Por un precio.

El tiempo invertido en el plan le estaba dando mejores resultados de lo que jamás habría imaginado. Había averiguado más de lo que esperaba. Era hora de aprovechar la ventaja. Solo necesitaba que Stone se pusiera al teléfono; el resto iría encajando en su lugar.

—Maldita seas por hacer esto más difícil de lo necesario —susurró para sí misma mientras entraba en su celda.

Su leal y servicial compañera estaba tumbada en la cama, leyendo una maltrecha novela de Jackie Collins.

Durante los últimos dieciocho meses, Emma Mitchell había sido una fuente de información inestimable.

Era lo que a Alex le gustaba llamar una «monada». Delgada y atractiva, su aspecto físico no era nada amenazador ni conflictivo. Tenía una sonrisa de oreja a oreja y un porte agradable que le permitía pasar inadvertida. Y, se lo propusiera o no, se permitía el lujo de no llamar la atención de nadie la mayor parte del tiempo. Eso la mantenía alejada de los problemas y le permitía pulular por ahí, escuchar conversaciones y adquirir información estratégica. Alex almacenaba la mayoría de esa información para sacarle provecho en el futuro.

—Largo —ordenó, y se sentó en su propia cama. Para su próximo movimiento, quería privacidad.

—Veeengaaaa, que esto se está poniendo interesante —se quejó Emma, y agitó el libro.

Alex le dedicó una de esas miradas que no admitían réplica.

—Guárdalo para la hora de dormir, entonces —dijo.

Emma puso los ojos en blanco, cerró el libro y se bajó de la cama.

Alex esperó a que saliera para coger el cuaderno A4 y el bolígrafo de debajo de la almohada.

Por enésima vez, se maravilló ante las ironías de la vida. Fuera había tenido una floreciente carrera como una respetada psiquiatra, una agenda repleta de citas, una bonita casa, un coche llamativo y más dinero del que podía gastar. Habría podido comprar lo que hubiera querido en cualquier momento. Ahora tenía que mendigar por las cosas más básicas, como un cuaderno y un bolígrafo.

Se suponía que era el diario donde escribía sus reflexiones sobre los acontecimientos que la habían llevado a la cárcel. Un paso necesario en su rehabilitación. Pero, en realidad, no era nada de eso. Era un registro de lo que había averiguado a lo largo de los años sobre reclusos y funcionarios por igual. Ahí residía su poder. Esa libreta contenía nombres, fechas, sucesos y, muy probablemente, su billete a la libertad. Era una especie de dinero para emergencias, y la emergencia estaba al caer esa misma semana.

Para ella, que Stone volviera a interponerse en su camino no debería ser ninguna sorpresa. Era lo único que esa mujer había hecho desde que se habían conocido. Y por eso se merecía cada minuto de la tortura que le había infligido y que pretendía seguir infligiéndole. El hecho de que la detective tuviera una psique maltrecha y cubierta de tejido cicatricial no hacía sino aumentar el placer de Alex. Sabía que tenía el poder de hacerla. Solo era cuestión de encontrar la vulnerabilidad específica que cerraría el acuerdo. Le urgía que llegara ese día. Solo tenía que conseguir que Stone le cogiera la llamada.

Y ese cuaderno la ayudaría a conseguir su objetivo. Ahora, ¿a cuál de sus activos sacrificaría para ejecutar la siguiente parte de su plan?

Después de pasar cinco páginas, encontró lo que buscaba.

Entre sus labios afloró una sonrisa y en su mente empezó a dibujarse un plan.

El agente Barry Adams siempre hacía un control de celdas a las dos y media. Eso le daba diez minutos. Tiempo de sobra.

De la mesa que separaba las dos camas, cogió un cepillo y lo colocó sobre su catre, con los finos dientes metálicos hacia arriba. Se arremangó la camiseta hasta los pechos, metió la tela bajo el sujetador y se tumbó sobre el cepillo. Con el peso de su cuerpo, forzó las cerdas contra su piel. Se frotó con el cepillo cada dos minutos, hasta que le dolió el abdomen.

Acabó justo a tiempo. Acababa de oír que el agente Adams decía algo en la celda contigua.

Cuando apareció en su puerta, ella dejó el cepillo a un lado.

—¿Todo bien, Thorne?

—En realidad, no —dijo Alex. Se levantó de la cama y avanzó hacia él con pasos inestables—. No me encuentro bien. Tengo fiebre y me mareo, y tengo una especie de sarpullido.

Se plantó en la entrada de la celda, a la vista de diez o más reclusas.

—Mire —dijo, y se levantó la blusa.

El agente Adams se acercó para observar las docenas de manchas rojas que marcaban la piel de Alex. Para evitar que se moviera, puso una mano en la cintura de la mujer.

Tres. Dos. Uno.

—Agente Adams, ¡¿qué demonios está haciendo?! —gritó.

Todas las cabezas se giraron. La reclusa tenía la camiseta levantada y el agente Adams estaba demasiado cerca, agarrándola por la cintura. El vigilante se apartó con el rostro enrojecido.

Alex se ocultó y habló en voz baja.

—Quiero un smartphone antes de las seis. De lo contrario, su intento de tocarme terminará en una queja por escrito a la alcaide Siviter.

—Pe-Pero yo no he hecho nada. Yo no...

—Sí, pero usted ya tiene un informe en contra. Otro más, y se quedará sin trabajo.

El rostro del agente se volvió explosivo.

Una nueva reclusa lo había acusado de haberla tocado de forma inapropiada durante el cacheo. Esa denuncia no había ido a ninguna parte, pero un segundo incidente daría lugar a una investigación exhaustiva. Y Alex tenía testigos.

—No se le ocurra discutir, Adams, porque sabe que lo haré. Un teléfono, a las seis.

Se giró y volvió a su celda.

La recorrió un escalofrío de pura expectación.

Hablaría con la detective Stone esa misma noche.

Capítulo 4

El centro de día Little Peeps estaba a las afueras de Netherton, en la carretera de Dudley. Como quedaba cerca del colegio Hillcrest, servía para que los padres trabajadores dejaran y recogieran a sus hijos allí fuera de horario escolar. Durante las vacaciones, permanecía abierto para los padres que trabajaban, pero que no podían permitirse el lujo de dejarlos con los abuelos ni tenían una red de apoyo familiar.

Bryant condujo a paso lento entre los grupos que se congregaban cerca del local. Un caos de vehículos aparcados aquí y allí obligaba a los policías de uniforme a esforzarse por mantener el orden.

Se detuvo detrás de un Citroën que alguien acababa de aparcar a toda prisa.

—Esto es una maldita locura —comentó.

La conductora del Citroën corrió hacia la entrada después de haberse disculpado con un ademán.

—¿No habrías hecho lo mismo cuando Laura era niña? —le preguntó Kim, refiriéndose a su única hija.

—Ha venido a pasar esta semana con nosotros y, si quieres que te diga la verdad, ya no quiero que se vaya —contesto.

Eso era una confirmación de lo que Kim acababa de preguntarle. Laura llevaba casi dieciocho meses trabajando lejos de casa, sacando provecho a su título de comadrona, pero Bryant se sentía más seguro si ella dormía bajo su mismo techo.

Aquella era una reacción natural. Kim no podía culpar a nadie por haber ido corriendo a comprobar que sus hijos estuvieran seguros. Otra cosa era ese aparcamiento hecho una mierda. Había coches subidos en las aceras y diseminados por la carretera.

Los dos detectives fueron a pie hasta la entrada principal. Una chica, aún casi una adolescente, les abrió la puerta con cara de angustia. Dentro había agentes de uniforme que intentaban mantener el orden a costa de enfrentarse a padres que querían llegar hasta sus hijos.

Después de haber comprobado sus placas, la chica los guio por un laberinto de habitaciones, llenas de padres que intercambiaban miradas ansiosas mientras sujetaban a sus hijos con fuerza.

Por lo que Kim pudo observar, los niños parecían ir de la edad preescolar a la preadolescencia.

La chica abrió una puerta que ponía «Oficina».

—Están aquí —dijo.

Dentro estaban el inspector Plant y dos mujeres. Una tenía unos cincuenta años; la otra, más joven, vestía uniforme de enfermera bajo una ligera chaqueta de verano. La expresión y palidez de esta hacían inútiles las presentaciones.

Kim se presentó a sí misma y a su compañero justo cuando el inspector Plant ya iba de camino a la puerta. Cruzaron miradas en busca de confirmación. Ella asintió. El hombre estaba impaciente por ir a ver a su equipo, puesto que debían hacer un registro inicial en la zona y realizar comprobaciones puerta por puerta.

—Soy Andrea Newhouse, la propietaria —dijo la mujer que estaba detrás del escritorio—. Y esta es Claire Lennard, la madre de Grace.

Kim hizo una señal de asentimiento a las dos y se sentó. Podía sentir el temblor de la madre, a su lado. Supuso que sería una mezcla de desesperación y angustia, pero también de esperanza de que Grace apareciera sana y salva en cualquier momento. Y Kim albergaba esas mismas esperanzas, pero, después del intercambio con Steven Harte, se le debilitaban minuto a minuto.

—¿Puede darnos una descripción detallada de lo que ha ocurrido, señora Newhouse?

—Sí, ha sido justo después de comer. Hacia las dos, algunos miembros del personal estaban acostando a los pequeños para la siesta. Los mayores ya iban hacia el patio. Están plantando un jardín de hierbas al fondo. Entonces ha sonado la alarma de incendios. Todo el mundo ha ido al punto de encuentro designado, que es un cobertizo alejado del edificio, junto a la valla trasera. Hemos pasado lista y no faltaba nadie. Hemos registrado las instalaciones y luego han llegado los bomberos para hacer sus comprobaciones. Lo han achacado a un fallo en una aplicación que tenemos en nuestros móviles y que sirve para vigilar las alarmas de intrusión y de humo. Han reiniciado el sistema, nos han declarado a salvo y se han ido. Los niños estaban revoloteando, bulliciosos, charlando de lo emocionante que había sido. En ese momento, Deana se ha dado cuenta de que los bomberos se han dejado abierta la puerta trasera, así que ha avisado al personal y hemos vuelto a pasar lista. Ahí ha sido cuando hemos descubierto que Grace había desaparecido.

—¿Han revisado el área inmediata?

La mujer asintió.

—Por supuesto. —Cualquier ludoteca decente tenía procedimientos establecidos—. Yo misma he comprobado las calles detrás del edificio, junto con dos compañeras, mientras otro miembro del personal llamaba a la policía.

—¿Cuál ha sido la hora exacta del segundo pase de lista? —preguntó Kim.

—Las 14:38 —dijo Andrea Newhouse. Bryant anotó la hora en su cuaderno.

Grace llevaba casi tres horas desaparecida.

—Así que todavía podría estar vagando por ahí, perdida, ¿verdad? —preguntó esperanzada Claire Lennard, y se puso de pie—. Yo debería estar fuera, buscando...

—Por favor, señora Lennard, siéntese —dijo Kim, y puso una mano firme en el brazo de la mujer—. Ahora mismo hay agentes buscando a Grace. —Sabía que todos los policías disponibles habían sido llamados a la zona. Estarían golpeando puertas e inspeccionando jardines—. Sé que quiere tratar de encontrarla, pero la necesitamos aquí ahora mismo.

Ella asintió y volvió a sentarse.

—¿Hay alguien en casa?

Leanne negó con un gesto.

—¿Está muy lejos? ¿Podría Grace hacer el camino de regreso?

—Está a unos seis kilómetros, en Sedgley, así que no creo...

—Los niños son más listos de lo que pensamos. ¿Puede llamar a un vecino y pedirle que vigile la casa hasta que consigamos que alguien vaya a comprobarlo?

La madre sacó su móvil.

—Sí, sí, por supuesto.

Kim no tenía ninguna esperanza, pero debía cubrir cada detalle y tratarlo como cualquier otro caso de niños desaparecidos. Tenía que apartar de su mente la conversación con Steven Harte.

—¿Ha visto algo sospechoso en los alrededores? —preguntó Kim a la dueña del local en cuanto Claire colgó el teléfono. Captó una expresión de horror en el rostro de Andrea Newhouse.

—No creerá que se la han llevado, ¿o sí? —preguntó Claire.

—Debemos considerar todas las posibilidades —respondió Kim en tono suave. Sabía muy bien que esa idea ya habría pasado por la mente de la mujer, solo que no la había materializado hasta oírla en boca de otra persona —. Haremos todo lo posible por encontrarla, señora Lennard, se lo prometo. —Mientras decía esto, se volvió hacia la dueña del negocio.

—Nada sospechoso que yo sepa, agente, pero las chicas están hablando con los niños para ver si alguno ha notado algo raro.

Kim se volvió de nuevo hacia Claire.

—¿Ha pasado algo fuera de lo normal en casa? ¿Llamadas extrañas? ¿Comentarios inusuales de Grace?

Claire sacudió la cabeza. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿El padre de Grace?

Leanne negó con un gesto.

—¿Está segura de que no...?

—Está muerto —explicó, con lo que cortó el hilo de uno de los últimos globos de esperanza que le quedaban a Kim.

—Lo siento, mi intención no era... —Claire hizo un gesto con la mano—. ¿Cámaras de seguridad? —preguntó a la señora Newhouse.

La dueña asintió y se puso de pie.

—Tengo una aplicación en mi teléfono, pero el sistema completo está al lado.

Kim se puso de pie. Su examen requeriría algo más que una aplicación de teléfono móvil.

—Vuelvo enseguida, Claire —dijo la dueña antes de salir de la habitación.

Kim notó que la señora Newhouse, cuando por fin cayó en la cuenta de que había perdido al hijo de otra persona, se había encorvado y se deshacía en disculpas.

Atravesaron un área que era cocina y sala de descanso a la vez. Llegaron al final del pasillo, donde había una puerta que ponía «Privado». Andrea tecleó un código y abrió la puerta de un empujón.

—¿Necesita que...?

—Solo la contraseña —dijo Kim. Supuso que la mujer se adelantaría para iniciar sesión en el sistema.

—En el cajón de arriba hay pósits amarillos; y, sí, ya sé lo que me va a decir, pero no puedo recordarlas todas.

Ah, si una de las prioridades de la inspectora fuera vigilar la seguridad de las contraseñas, en lugar de los cadáveres y los niños desaparecidos...

—Gracias, estaremos bien.

Bryant ocupó el asiento más cercano al teclado y el ratón. Aunque no tenía las habilidades técnicas de Stacey o Penn, se desenvolvía con soltura en la mayoría de los sistemas de videovigilancia, y este parecía decente.

Con la contraseña de la nota adhesiva, abrió la sesión.

La pantalla se llenó de imágenes reducidas, dieciséis en total. Cada lugar estaba identificado con un rótulo en la esquina inferior izquierda.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó.

—Establezcamos el marco temporal —dijo Kim.

Bryant hizo clic en la imagen de la cocina y puso el reloj a las dos en punto. Vieron a tres adultos y dos de los niños mayores poniendo orden. A los cinco minutos, exactamente, todos dejaron de hacer lo que estaban haciendo y se miraron entre sí. Bien, la dueña había acertado en eso.

—Vale. Pon algo de fuera —dijo Kim.

—¿Qué?

Había cuatro cámaras externas. Una en la entrada principal, otra en la puerta trasera, un gran angular que cubría casi todo el exterior y una fija en la verja trasera.

Puso un dedo en la pantalla.

—La vista amplia —dijo.

Bryant ajustó la hora para captar el éxodo masivo de niños y adultos que salían por la puerta trasera para dirigirse al cobertizo, en el límite de la propiedad. La última, detrás de dos mujeres con sendos niños pequeños, era la propietaria, que llevaba un portapapeles.

—Ahí está —dijo Bryant. Grace Lennard acababa de aparecer en la pantalla, proveniente del otro lado del jardín. Coincidía con la descripción que habían recibido de camino al centro de día.

Kim percibió la emoción en la voz de su compañero.

—Tiene exactamente el mismo color de pelo que tenía Laura a esa edad.

Sin poder evitarlo, ella sintió un hondo abatimiento al ver cómo la niña se quitaba de las manos sucias el polvo para limpiárselas luego en los pantalones morados. Los rizos rubios le caían alrededor de la cara. En su camiseta blanca se veía uno de los personajes de las Bratz.

Luego la vieron convertirse en parte de la multitud. Hablaba con los otros niños, actuaba con naturalidad, disfrutando de la emoción del incidente sin la menor sensación de peligro.

Kim tenía ganas de pausar la grabación, salir corriendo al jardín, agarrarla y detener lo que estaba a punto de ocurrir. Una parte de su cerebro la hacía creer que estaba viendo los acontecimientos en tiempo real, algo frecuente si la persona que es el objeto de tu atención habla y se mueve ante tus ojos.

Bryant, con su silencio, le decía que le estaba ocurriendo lo mismo.

Todos permanecían en grupo mientras la señora Newhouse pasaba lista. Los niños levantaban la mano y gritaban al oír su nombre.

Después de unos minutos, la propietaria abrió la puerta trasera para que entraran dos bomberos.

«Cierra con llave la verja», gritó Kim en silencio mientras veía a una joven empujar la puerta para cerrarla.

La señora Newhouse acompañó a los bomberos al interior del edificio.

La cámara seguía grabando al personal y a los niños que estaban fuera. Los corros se movían y cambiaban a medida que unos niños se unían a otros grupos para seguir charlando.

Kim seguía con la mirada fija en Grace Lennard, en busca de algo fuera de lo común. Pero no había nada nuevo. La niña se movía entre sus amigos,

charlaba y reía, segura de que los adultos se estaban ocupando del incidente.

Pasaron quince minutos antes de que Newhouse saliera y todos caminaran de vuelta al edificio.

Kim supuso que los bomberos acababan de darles el visto bueno y les habían dicho que podían volver.

Al ver que Grace se quedaba atrás, Kim sintió cada vez más náuseas. La niña se acercó a la última adulta y señaló en la dirección por la que había llegado al oír la alarma de incendios. La adulta asintió y Grace salió del encuadre de la cámara. Sola.

«Cierra la maldita verja», quiso gritar a la cámara.

—¿Quieres que cambie a otra...?

—Todavía no —dijo Kim. Quería ver esa toma hasta el final.

Observaron una pantalla vacía y silenciosa hasta que se produjo un movimiento en la puerta. Se abrió hasta la mitad, permaneció así durante unos segundos y volvió a cerrarse.

—Todavía no —dijo Kim. Sabía que Bryant quería cambiar de toma.

Tres minutos después de que hubieran detectado el movimiento de la puerta, apareció en la pantalla la última empleada con quien Grace había estado. Estaba claro que miraba hacia la niña y la llamaba. Abrió la puerta del cobertizo y, con movimientos cada vez más frenéticos y urgentes, buscó algo a su alrededor. Salió de la toma. Kim supuso que habría ido a comprobar la zona en la que Grace había estado trabajando.

De vuelta en el encuadre, la mujer se detuvo en seco ante la puerta sin cerrar. Echó un rápido vistazo al exterior antes de entrar corriendo en el edificio.

En menos de un minuto, tres mujeres atravesaron la mampara y salieron por la puerta trasera.

—Vale, cambia a la cámara de la entrada —ordenó Kim.

Quería comprobar la cronología y la respuesta inicial del personal. A esas alturas, era imposible descartar que alguien de dentro estuviera implicado, pero, de momento, no había nada extraño.

Minutos. De verdad, Grace Lennard no había estado fuera y sola más que un par de minutos.

Bryant amplió el vídeo de la cámara fija de la verja y llevó el reloj al momento en que Newhouse regresaba para dar el visto bueno. Cada trozo de metraje sería examinado más tarde por los forenses; sin embargo, lo que ahora necesitaban era una secuencia de acontecimientos y una cronología.

—Mierda —exclamó Kim. De inmediato, el emplazamiento de la cámara les dejó claro que no verían nada de lo que había del otro lado de la verja.

Los minutos pasaron. Vieron a Grace acercarse a la puerta y detenerse en la entrada. Parecía que miraba algo en el suelo. Luego levantó la cabeza. Solo vaciló un segundo antes de atravesar la verja y salir de la toma.

No se veía a nadie del otro lado. Y, de alguna manera, esa persona lo sabía.

—Dios mío —suspiró Bryant. Ambos eran conscientes de que quizás acababan de presenciar los últimos momentos de Grace con vida.

—Vamos —dijo ella, y echó la silla hacia atrás.

Al ponerse en movimiento, se desvaneció la nube de desesperanza paralizante que intentaba instalarse sobre ellos.

Kim fue a la parte trasera del edificio.

—Ve a decirle a la señora Newhouse que vamos a echar un vistazo fuera —ordenó.

Se cruzó con grupos de niños y adultos. A esas alturas, no tenía sentido interrogarlos. Estaba claro que Grace había estado sola.

A través de unas largas puertas correderas, salió a un espacio más grande de lo que parecía en la pantalla. Al instante vio el punto ciego donde Grace había estado trabajando: una jardinera elevada en la esquina derecha. Se dirigió hacía allí. Estaba examinando las pequeñas herramientas de jardín abandonadas cuando Bryant se le unió.

—Un pariente acaba de llegar para llevarse a Claire a casa. Le he asegurado que hablaríamos con ella pronto.

Kim asintió. También se había designado ya a un funcionario de enlace que iría directamente al domicilio de Claire Lennard.

—De acuerdo —dijo Kim. Sin desplazarse del lugar en el que Grace había estado trabajando, por tal y como estaban colocadas las pequeñas herramientas, miró al lado opuesto de la jardinera—. Ve al otro lado de la

verja —pidió a su colega.

Bryant obedeció. Empujó la puerta para que se abriera solo un poco, tal como habían visto que ocurría en el vídeo.

Kim miró la jardinera. Grace habría detectado con el rabillo del ojo cualquier movimiento al otro lado de la verja. Algo así habría llamado su atención

Salió con Bryant, que ya estaba examinando la zona.

Era un espacio abierto. Antes había habido ahí un pequeño almacén de tornillería. Se podía llegar desde la carretera y, por lo que Kim alcanzaba a ver, no había cobertura de circuito cerrado.

—Podría haber estado aparcado junto a la puerta —dijo. Se habría llevado a la niña en segundos.

—Mierda, Bryant, ¿dónde...? Espera, ¿qué es eso? —preguntó. Algo en el suelo acababa de brillar a la luz del sol.

Ambos se agacharon para mirar más de cerca.

—Es una cadena de plata. Debe de haberse desprendido de la muñeca de Grace cuando se resistió.

Kim extendió la mano. Como un bien entrenado instrumentista de quirófano, Bryant le puso un bolígrafo en la palma. Ella empujó un poco la alhaja para observarla. El movimiento dejó a vista un corazón de plata maciza. En la parte posterior estaban grabadas las iniciales «MJ».

Bryant sacó de su bolsillo una bolsa de pruebas.

—Mierda, este brazalete no es de Grace —dijo Kim—. Creo que es el de Melody Jones. Es la prueba que se ocultó al público hace veinticinco años.

—Pero ¿qué hace...?

—Es un mensaje, Bryant, un mensaje para nosotros. Nos están diciendo que los secuestros están relacionados.

No necesitaba recordarle a su compañero que Melody Jones nunca volvió a casa.

Capítulo 5

Stacey echó un vistazo a la pantalla del ordenador.

—Parece inofensivo —dijo—. Incluso es bastante guapo. Me recuerda un poco al actor Nigel Havers.

Penn se había tomado en serio las instrucciones de la jefa y vigilaba la pantalla como un halcón.

—Lo mismo decían de Ted Bundy —dijo sin volverse.

Stacey abrió la boca, a la espera de que alguna réplica inteligente aflorara, hasta que se dio cuenta de que él tenía razón. Ted Bundy había admitido haber matado a treinta mujeres, aunque la mayoría de los expertos estimaban que el número real era mucho mayor. El buen aspecto y los agradables modales de aquel asesino en serie habían hecho que tanto hombres como mujeres sucumbieran a sus encantos.

—Es solo que no lo entiendo —dijo Penn—. No ha mostrado signos de incomodidad ni de ansiedad. Ha cruzado las piernas una o dos veces. Ha mirado en una ocasión el reloj y en otra, el móvil.

—¿Deberíamos haberle quitado el teléfono? —preguntó Stacey.

—¿Por qué? Está aquí por propia voluntad, ha venido a ayudarnos con nuestras investigaciones. Si le hubiera dicho a la jefa algo incriminatorio, ya estaría en una celda.

—Le gusta el té —observó Stacey cuando vio que Jack entraba en la habitación con un segundo vaso de plástico traído de la máquina—. Sí, en todos los testimonios y entrevistas se afirma que es abstemio —dijo ella después de haber consultado sus notas.

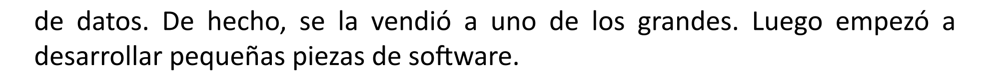
Penn se alejó para mirarla.

—¿Entrevistas? —preguntó.

—Oh, sí, ahí abajo tenemos un millonario de verdad.

—¿Es broma?

—No. Steven Harte salió de la Universidad de Keele a los veintidós años, en 1989. Dos años más tarde, ya como un convencido de la teoría del ordenador personal en cada hogar, había inventado un microprocesador que se vendería por millones. Tuvo la sensatez de deshacerse de la empresa antes de que los más grandes se dieran cuenta de lo rápido que había que actualizar los procesadores. De ahí salieron sus primeros millones. Lo siguiente fue un programa informático capaz de almacenar miles de bits y de vincular todo con solo pulsar un botón. Lo que ahora llamaríamos una base



de datos. De hecho, se la vendió a uno de los grandes. Luego empezó a desarrollar pequeñas piezas de software.

—¿Aplicaciones, digamos?

Stacey asintió.

—Parece que sus inventos siempre se han adelantado.

—Así que no le habría costado ningún trabajo meterse en la red de la ludoteca y activar una alarma de incendios...

—Eso sería un juego de niños para este tipo. Desarrollaba programas, los creaba y luego los vendía con visión estratégica, siempre atento a las demandas del mercado.

—¿Quieres decir que siempre ha sabido cuándo entrar y cuándo salir?

—Sí, es como si tuviera una especie de sexto sentido.

—¿Cuánta liquidez tiene ahora?—preguntó Penn.

—Decenas de millones, pero, por lo que parece, regala tanto como gana.

Penn giró un poco la pantalla para prestarle atención a Stacey sin dejar de vigilar a su visitante.

—Espera —dijo—. ¿Me estás diciendo que este tipo es asquerosamente rico y, además, un filántropo?

—Ya te digo, ni más ni menos. Si en algún sitio hay una buena causa, puedes apostar a que hará una donación o ha estado en el comité de recaudación de fondos. Ha comprado hectáreas del cinturón verde para no hacer nada con él, solo con tal de impedir que se construyan viviendas. Asesora gratuitamente a organizaciones benéficas en causas relacionadas con la vida silvestre y contribuye en gran medida a la conservación y mejora de los parajes locales.

—¿Y por qué nunca había oído hablar de él?

—Porque no lo grita a los cuatro vientos. Sus entrevistas se centran en cómo ha hecho su dinero, no en lo que hace con él.

—Vale, yo también empiezo a entender lo de la paradoja Bundy. Este no parece del tipo que va secuestrando y asesinando niñas.

—Exacto. A eso me refiero —dijo Stacey—. Entonces, ¿qué lo motiva a

venir y afirmar que sabe algo de la desaparición de Melody Jones, un suceso de hace veinticinco años, y a hacerlo el día exacto de la desaparición de otra niña?

—Tal vez es adivino y ha venido a ayudar.

—Penn, ¿estás drogado?

—Es cachondeo, Stace, aunque es lo único que tiene sentido. Si este secuestró a Melody hace tantos años, ¿por qué presentarse ahora? ¿Qué gana? Y, si no se la llevó, ¿a qué ha venido? —Penn se rascó la cabeza—. ¿Algún asunto con prisiones o sentencias?

Stacey negó con la cabeza. Se preguntaba, también, si este hombre había estado, de algún modo, en contacto con el verdadero asesino de Melody Jones y si tenía información que compartir. Pero, si fuera el caso, ¿por qué no dar la información e irse? ¿Por qué decir que sabía de la desaparición de Grace Lennard?

Penn se hacía eco de los pensamientos de su compañera.

—No tiene sentido —dijo, y volvió a su pantalla.

Tenía la sensación de que en los próximos días dirían eso muchas veces.

Capítulo 6

—Maldita sea, Stone, no me dijiste que el hombre de la sala de interrogatorios uno era ni más ni menos que Steven Harte —dijo Woody, sacudiendo la cabeza.

El jefe de Kim, el inspector jefe de detectives Woodward, no era un agitador de cabezas. Para el ojo inexperto, su expresión y talante eran poco perceptibles. Pero ella, por suerte, llevaba años cabreándolo y conocía bien sus señales.

—Señor, no me había dado cuenta de que era un «ni más ni menos» hasta que Stacey me ha llamado, hace diez minutos —respondió con el ceño fruncido—. Pero, de haberlo sabido, no habría hecho nada diferente. Me da igual lo que haya inventado, cuánto dinero tenga o cómo se lo gaste. Si tiene información sobre nuestra niña desaparecida, será tratado como corresponde.

—No estaba sugiriendo que lo trataras de otra forma —espetó Woody—, pero es ôil saber con quién estás hablando.

—De acuerdo, ¿tengo su permiso para acusarlo?

—¿De qué?

—Aún no lo he decidido, pero no me gusta que pueda irse en cualquier momento.

Kim no había pensado en otra cosa durante el viaje de vuelta del centro de día. Había dejado las operaciones de campo en las hábiles manos del inspector Plant. Confiaba por completo en que Steven Harte se hubiera ido a su regreso.

—¿Ha admitido algo?

Kim negó con la cabeza.

—¿Se ha implicado de alguna manera?

Otro gesto de negación.

—Entonces, ya sabes lo que tienes que hacer.

—¿Coger su teléfono y registrar su casa? —preguntó, esperanzada.

Woody enarcó una ceja.

—Si quieres que un juez te firme eso, buena suerte.

—Pero ¿y si me estuviera haciendo perder el tiempo? —preguntó—. Grace Lennard está por ahí, en alguna parte, y siento que persigo la cola de otro.

—Es posible, Stone; en ese caso, confío en que entrarás ahí y descartarás su implicación, o bien, le sacarás algo concreto.

—¿Y si no cede?

Woody la miró de frente.

—Ah, estoy seguro de que conseguirás que ceda —dijo—. Para ti, no hay mejor desafío que mover algo inamovible.

Kim se dio la vuelta y salió del despacho. Por el bien de Grace Lennard, esperaba que su jefe tuviera razón.

Capítulo 7

Eran poco más de las seis cuando Kim volvió a entrar en la sala de interrogatorios. Llegó con la esperanza de que el té de los tres vasos vacíos hubiera soltado la lengua de Steven Harte. Si era el secuestrador de Grace y ella jugaba bien sus cartas, podrían tener a la niña en casa a la hora de cenar.

Se sentó.

—Bien, señor Harte, ¿hay algo que quiera decirme?

No se trataba de un interrogatorio formal, por lo que no era necesario que hubiera nadie más en la sala. La cámara de la esquina era su testigo. Si este tipo había ido a hacer que la policía perdiera el tiempo, mejor que solo fuera el suyo.

—Por favor, llámeme Steven, y permítame pedirle que sea usted quien pregunte, inspectora

—¿Dónde está Grace Lennard?

Él se encogió de hombros, como si no tuviera ni idea de lo que Kim estaba diciendo.

—Pensaba que íbamos a hablar de Melody Jones.

—¿Usted dejó la pulsera de Melody en el centro de día?

—¿Qué pulsera? ¿Tenía Melody Jones una pulsera? En la prensa nunca se mencionó ninguna joya desaparecida.

—Señor Harte...

—Steven...

—Señor Harte...

—Steven, insisto —dijo, y echó atrás su silla.

—Vale, Steven —dijo ella con los dientes apretados—. Le repito la pregunta: ¿secuestró a Grace Lennard y dejó la pulsera de plata de Melody Jones en el escenario de hoy, hace algunas horas?

—¿Han secuestrado a otra niña? —preguntó, sorprendido.

—Eso usted ya lo sabía.

—¿Cómo iba a saberlo?

—Usted me dijo, hace unas horas, que yo estaría muy ocupada.

—Es una inspectora detective. Me imagino que estará muy ocupada la mayor parte del tiempo.

Kim tuvo la repentina sensación de que era un trozo de carne devorado por un león. Esa impresión no le gustaba.

—Señor Harte... Steven, esto empieza a ser aburrido. No sé a qué trata de jugar con nosotros, pero...

Él ladeó la cabeza.

—¿Ya ha hablado con la familia de Melody? —preguntó.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Debería hacer un seguimiento. Hable con ellos, entienda su vida. Creo que se sorprenderá.

—¿Me está diciendo que la familia de Melody estuvo involucrada en su desaparición?

—Lo que le digo es, para que lo entienda, que debería pelar una o dos capas de esa cebolla en particular.

—¿Y cómo afecta eso a Grace Lennard?

Tenía que centrar su atención en la niña que acababa de desaparecer.

—Al final, la mayoría de los niños perdidos aparecen ilesos, ¿no?

—¿Qué me está diciendo?

—Expongo un hecho estadístico.

—Mire, señor Harte, no me venga con enredos. Si tiene a Grace Lennard, la voy a encontrar y...

—Su voz está subiendo de tono, inspectora, está perdiendo el control. Eso no es bueno para nadie. Su nivel de tensión parece alto. Creo que deberíamos reanudar nuestra conversación a primera hora de la mañana.

Él volvió a apartar su silla, pero esta vez se puso de pie. Kim tenía ganas de esposarlo y meterlo en una celda hasta recibir una respuesta clara, pero el hombre no había dicho nada que sirviera de base para una orden de detención.

—Gracias por el té. Espero volver a hablar con usted mañana, a las nueve.

Kim repitió en su cabeza ambas conversaciones, desesperada por encontrar algún motivo para detenerlo.

Steven Harte hizo un alto y la miró durante un minuto.

—Supongo que está acostumbrada a tener el control, inspectora, pero, por ahora, tendrá que aceptar que no es así. Tengo mucho que compartir con usted, pero lo haremos a mi manera o no lo haremos. He demostrado mi buena fe y paciencia quedándome aquí mientras usted atendía otros asuntos. Entiendo que su atención esté centrada en Grace Lennard y estoy seguro de que nos ocuparemos de ella en algún momento. —Se detuvo en la entrada—. Pero mañana hablaremos de las demás.

Capítulo 8

Kim entró de nuevo en la sala del escuadrón.

—¿Puede alguien encontrar en el maldito manual PACE alguna acusación que colgarle a este hijo de puta? Lo que sea, no me importa. Volveos medievales si es necesario. Decidme que llevó sus patos a pasear por el pueblo el día equivocado o que alguna vez estaba borracho mientras vigilaba el ganado. La excusa me importa tres cojones, pero conseguidme algo.

—Jefa, no ha admitido...

—Lo sé muy bien, Stace, y también sé que tengo que dejarlo salir de aquí cuando mis instintos me gritan que ha hecho algo condenadamente malo. —La sala se quedó en silencio—. Lo siento, Stace, pero ese hombre es exasperante. —Bryant le tendió un café negro.

«Lo necesito en vena —dijo. Tomó un trago y respiró hondo—. Bien, chicos, dado que no hemos podido evitar que se fuera, tendremos que mantenerlo vigilado. Ahora bien, si solicitáramos una operación de vigilancia, tardaríamos días en organizarla, ya que todos los recursos disponibles se destinarán a la búsqueda de Grace. Pero tenemos que seguirlo adonde vaya. Podría llevarnos hasta ella.

Penn se puso de pie.

—Haré el primer turno. Jasper está en casa de Billy.

Kim sabía que el hermano adolescente de Penn pasaba muchas noches en casa de su amigo. La madre de Billy estaba registrada como cuidadora y conocía bien el síndrome de Down.

—Vale, te relevaré a medianoche y haré el turno central.

—Y yo estaré allí a las cinco —añadió Bryant.

—Te tocará seguirlo cuando vuelva aquí a las nueve de la mañana —lo advirtió Kim.

—¿Va a volver? —preguntó Penn en cuanto llegó a la puerta.

—Ah, sí. Ahora, ve tras él. No quiero que esté ni un minuto sin cobertura.

Penn asintió y se marchó. Más tarde, Kim hablaría con él.

—Jefa, podría hacer que alguien me llevara...

—No, Stace, necesitamos que uno de nosotros funcione a pleno rendimiento.

Como Stacey no tenía coche, por no haber aprobado el examen de conducir, Kim no podía tenerla en cuenta para uno de los turnos.

—¿Qué ha querido decir con lo de la familia de Melody? —preguntó Bryant. Eso le recordó a Kim que el resto del equipo había estado observando y escuchando.

—No sé, pero es difícil saber qué tomarnos en serio y qué no; en especial, ese último comentario sobre «las otras».

—Jefa, por si te sirve de algo, ese tipo ha hecho mucho por las buenas causas. Apoya todo tipo de organizaciones benéficas, tanto las pequeñas que no reciben mucha financiación como los grandes proyectos locales. Patrocina programas de vida silvestre, reservas de burros y otras reservas naturales y, al parecer, el parque Hawne habría cerrado hace décadas si él no lo hubiera salvado con su intervención.

Kim conocía bien el parque Hawne. Estaba situado a solo un kilómetro y medio del centro de Halesowen.

—Eso no quita que sea un asesino, Stace —dijo.

Sabían que había asesinos de todas las formas, tamaños y estratos socioeconómicos.

Sí, era guapo. Sí, era rico y, sí, era un generoso filántropo, pero nada de eso le impedía ser un homicida. Solo le daba más oportunidades.

—Deberíamos ir a verlos —dijo Bryant, pensativo.

—¿A quiénes?

—A la familia de Melody.

—Bryant, el caso tiene veinticinco años. Me encantaría saber qué le pasó a Melody Jones, pero me preocupa más Grace Lennard, y no sé en qué podría ayudarnos la familia de Melody.

—Por alguna razón, Harte ha sido muy específico al mencionarla.

—Y si nos dijera que nos disfrazáramos y bailáramos el Funky Chicken, ¿también lo haríamos?

Stacey enarcó una ceja.

—Jefa, ¿qué es el Funk...?

—Eso no importa. No vamos a ser sus marionetas, Bryant.

—De cualquier modo, deberíamos ir —insistió él.

—¿Por qué?

—Se decían cosas. Nada concreto, solo cotilleos de vestuarios. Yo no tuve nada que ver con el caso, pero, al parecer, en esa familia había algo un poco... raro.

Ese término no figuraba en el manual de policía, pero todos los agentes sabían lo que significaba. A ella misma le tocaba, a diario, interrogar a personas que mostraban o demasiada emoción o no la suficiente. Algunas hacían las preguntas relevantes demasiado pronto, otras no. Saber si las reacciones eran auténticas no era algo que pudiera enseñarse. No había listas de comprobación ni planos arquitectónicos de las respuestas emocionales. Kim nunca se había sentido con autoridad suficiente en la materia como para hacer juicios.

Si un agente consideraba que algo era «raro», solía haber una buena razón.

Se preguntaba qué podría ofrecerle la familia de Melody después de veinticinco años, pero no estaba de más mantener una breve charla.

Capítulo 9

—Creía que la familia vivía en Hollytree —dijo Kim al ver que Bryant se dirigía a la dirección actual de los Jones, en Hayley Green. La zona se encontraba en West Midlands, en la frontera con el departamento policíaco

de West Mercia. Ahí, en algunas zonas, los precios de las casas iban de las cien mil libras al medio millón. En el caso del adosado de Chiltern Road al que se dirigían, el precio rondaría las doscientas mil.

—Se mudaron cuando desapareció Melody, pero parece que han prosperado un poco.

—Venga, entonces, ¿qué fue esa charla de vestuario?

—Ya te lo he dicho, nada concreto; pero, por lo que recuerdo, Melody era la menor de seis o siete chicos, todos bastante cercanos en edad, con apenas un año entre algunos de ellos. Cuando la niña desapareció, el padre había muerto y el mayor de los chicos parecía haber asumido su papel.

—No es raro en una situación así —comentó Kim mientras avanzaban con lentitud por Chiltern Road. En las familias numerosas, los hermanos mayores solían participar en la crianza de los pequeños.

Se detuvieron ante una casa que tenía un pequeño camino de entrada y un garaje en la parte delantera. A la derecha estaban la puerta principal y una única ventana. Parecía una zona decente, donde la gente cortaba el césped e intentaba disimular los diferentes contenedores de basura que se veían obligados a colocar delante. Por una casa así, la mayoría de los residentes de Hollytree habrían vendido a un pariente.

Dentro del garaje abierto había un Renault Clio y fuera, aparcada en la entrada, una furgoneta Escort.

Kim se bajó del coche.

—No sé si estarán encantados de vernos después de tanto tiempo —dijo.

—Sí, pero imagínate que pudiéramos darles un cierre después de todos estos años —respondió Bryant mientras llamaban a la puerta.

Kim sabía que él se refería al cadáver.

Abrió la puerta un varón con sobrepeso, pelo oscuro ralo y vello facial de un par de días.

Los miró con desconfianza y sin parar de masticar.

Ambos le mostraron sus placas, Kim hizo las presentaciones.

El hombre se tragó el bocado.

—¿Qué quiere? —preguntó.

Kim tragó con él, pero lo que había en su boca era una generosa porción de desagrado.

—Hemos venido a hablar con Lyla Jones. Vive aquí, ¿verdad?

—¿Locualo? —preguntó en una sola palabra. Eso les confirmó que estaban en el lugar correcto. La lengua del tipo iba de un lado al otro de la boca, como en busca de bocados perdidos.

—¿Podemos hablar con Lyla? —preguntó Kim—. Se trata de Melody.

Por fin, el tipo dejó de masticar, se apartó y señaló una puerta abierta.

Después de sortear dos abultadas bolsas de basura, Kim entró en un salón estrecho y demasiado amueblado.

En contraste total con su hijo, Lyla Jones era delgada como un palo. Se sentó en un sillón, frente a un televisor de pantalla grande que no guardaba proporción con el resto del espacio.

Tenía a su izquierda una mesa auxiliar y, sobre ella, un plato con una capa seca y crujiente de salsa, junto con otros restos de comida.

Bryant le ofreció la mano e hizo las presentaciones mientras Kim buscaba dónde sentarse.

—Robbie, dile a Bess que venga —dijo Lyla. Cogió el plato de la mesa auxiliar y lo bajó al suelo.

Robbie salió. Su lugar lo ocupó un labrador color crema que no prestó la menor atención a nadie y fue directamente al plato.

—Señora Jones, hemos venido a hablar de Melody.

—¿La han encontrado? —preguntó como una autómata. En su tono no habías esperanza ni expectativas.

Kim tuvo que recordarse a sí misma que habían pasado veinticinco años y que no tener que gestionar expectativas era un alivio. Que fuera el vigésimo quinto aniversario de la desaparición de Melody no significaba que el cadáver de la niña fuera a aparecer de repente, como si lo tuviera un temporizador. Cada año que pasaba, esta mujer se veía obligada a enfrentarse a la realidad.

—Solo queríamos asegurarle que seguimos buscando y que no hemos renunciado a ofrecerles a usted y a su familia un cierre. Sabemos que todos estos años ha solicitado con regularidad información sobre su secuestro.

Lyla se agachó a coger el plato de comida que tenía a sus pies y que el perro acababa de dejar limpio a lametones.

—Bueno, de vez en cuando nos piden que hagamos reportajes sobre nuestra Melody. Nos los piden los periódicos, las revistas, los programas de televisión. Pagan los gastos y tal. Todo ayuda, ya sabe. Solo espero que no haya venido a interrogarme de nuevo. Apenas recuerdo lo que comí anoche con el té, ya no digamos lo de hace tanto tiempo.

Kim no creía haber oído nunca que se comparara a un niño desaparecido con un plato de comida. Hacía más de treinta años que su hermano había muerto de inanición en sus brazos y ella no había olvidado ni un minuto de aquel día.

—¿Puede decirnos qué recuerda, señora Jones? —preguntó Kim. Ella misma podía obtener los detalles en los archivos, pero le interesaba saber qué recuerdos tenía Lyla. Empezaba a sentir oleadas de aquella «rareza». Era como si hablaran de un perro perdido.

—Fue un día como cualquier otro, durante las vacaciones escolares: demasiados niños y poco espacio en un dúplex de tres camas. Cuando alguno de los críos preguntaba si podía salir a jugar, la respuesta era sí. Era como ahora. Los niños andaban por ahí y se buscaban unos a otros. Hacían travesuras y volvían sucios, listos para la merienda.

Kim habría entendido mejor lo que esa mujer le estaba diciendo si estuvieran hablando de una adolescente, pero Melody tenía siete años.

—En esa expresión que usted está intentando disimular veo cómo me juzga, y no me molesta. No había nada malo en dejar que mi hija saliera a jugar —dijo con un marcado acento del Black Country.

Kim intentó cambiar su expresión. Esa mujer no necesitaba su reprobación. Había tenido veinticinco años para examinar su estilo de crianza y cargaría con las consecuencias hasta la muerte.

—¿Recuerda algo extraño de ese día?

Ella negó con un ademán.

—Nada que no fuera lavar, cocinar y limpiar para una maldita casa llena. Los niños iban y venían, se peleaban y jugaban. A la hora del té, me faltaba una. Al principio, no le di mucha importancia. Pensé que había encontrado un grupo con el que jugar y había perdido la noción del tiempo. Así que salí a buscarla sobre las siete, pero hacía horas que nadie la había visto. Entonces llamé a la policía. El resto está en sus archivos.

—¿Por qué están tan interesados ahora? —preguntó Robbie desde la puerta. Kim no se había dado cuenta de que estaba allí. Para ser tan corpulento, se movía con sorprendente sigilo—. Está muerta. Así que, ¿por qué?

No había modo de disentir con ellos.

—Todavía nos gustaría atrapar al secuestrador y castigarlo —respondió Bryant.

—¿Después de todos estos años?, buena suerte —dijo Lyla, y cogió el mando a distancia.

A Kim le habría gustado quedarse un poco más para averiguar por qué esa familia le provocaba esa horrible sensación en el estómago, pero sabía bien cuándo la estaban echando.

Capítulo 10

Alex metió el teléfono en la funda de la almohada. Una cálida sensación se había apoderado de ella y la estaba disfrutando. Esa misma tarde hablaría con la inspectora Kimberly Stone. Apenas podía esperar, pero, de momento, tenía otras cosas que hacer.

La reunión más importante de su vida debía celebrarse a finales de esa semana. En marcha, de manera simultánea, tenía un plan A y un plan B.

Para una decisión favorable en su audiencia de libertad condicional, era crucial la opinión y recomendación de la alcaide Siviter, y Alex estaba decidida a conseguirla con cualquiera de los planes.

—¿Estás lista? —preguntó a su compañera de celda.

Emma dejó su libro a un lado.

—Sí, estoy tan hambrienta como Starvin' Marvin —dijo.

Salieron de la celda y se dirigieron al refectorio, si es que se le podía dar un nombre tan grandioso a aquel espacio impersonal y funcional.

Durante su estancia, Alex había sufrido todas las indignidades que este lugar podía ofrecer: la pérdida de la libertad, las normas, la falta de control sobre su propia vida, la ausencia de intimidad y, en especial, la asquerosa e insípida comida. Todo estaba hervido y sazonado como si tuvieran racionada la sal. Al parecer, el personal de cocina no había utilizado una hierba ni una especia en su vida.

Casi saboreaba la libertad, el regreso a su vida anterior, y eso hacía que esos últimos días se le hicieran casi intolerables. Pero tenía que mantener la calma. Si algo salía mal, tendría que esperar otros seis meses, como mínimo, para que le concedieran otra vista.

Había sido una prisionera decente durante casi cinco años. Sí, había tenido uno o dos contratiempos, cosas que no le habían salido bien, pero era menos importante que los próximos días. La cuestión era cómo acababas. Los recuerdos más recientes eran los que se quedaban en la cabeza de la gente.

Alex contaba con ello.

—Sabes lo que hay que hacer, ¿verdad? —le preguntó a Emma.

—Eeeh..., sí, no es física cuántica.

Se unieron a la cola de la comida.

—Espera mi señal —dijo.

Para que su plan funcionara, todo debía transcurrir como cualquier otro lunes por la noche.

Hizo lo que las demás y echó a la novata fuera de la cola de la comida. La niña acababa de dejar la adolescencia. La habían llevado hacía unas cuantas horas apenas, y ya se había ganado el apodo de Bambi por sus ojos grandes y aterrorizados. Hasta ese momento, le habían quitado la tarjeta telefónica y los cigarrillos. También le habían robado de la celda sus artículos de aseo. En la cárcel, cada posesión era un blanco legítimo. De esa manera le hacían saber su posición en la jerarquía. Y su día no iba a mejorar. Bambi era una nulidad, una nadie, una fracasada que no le importaba a ninguna. Aunque sí a Alex, pues la chica era parte integral de su plan.

Para cuando se sentó con su comida, la cola era más corta y Bambi seguía buscando una oportunidad para meterse. Emma permanecía en la puerta.

En el momento preciso, la alcaide Siviter entró en la sala y se acercó al carcelero que estaba en el otro extremo. Todas las noches, antes de irse, hacía lo mismo: una última comprobación para saber que sus subalternos estaban bien.

Alex esperó unos segundos antes de hacerle a su compañera una señal de asentimiento.

Emma se acercó a Bambi y la apartó de un empujón.

—¡Vete a la mierda, puta novata, yo voy primero! —gritó con todas sus fuerzas. La chica fue a dar al suelo—. ¡¿Qué coño me has dicho?! —gritó una vez más, y se abalanzó sobre ella. Bambi no había dicho ni una palabra.

Los agentes empezaron a avanzar hacia el lugar de la refriega, pero Alex

llegó primero.

Alrededor de las contendientes, las otras prisioneras habían formado un círculo y gritaban «Pelea, pelea».

Bambi se cubría la cabeza con el antebrazo para amortiguar los golpes que le seguían cayendo.

—¡Emma, basta! —gritó Alex lo bastante alto para que todos la oyeran mientras los guardias seguían apartando reclusas en su intento por llegar al centro—. La chica solo quiere algo de comer.

En el momento justo, Emma dejó de golpearla. Alex agarró a Bambi por el pelo y la puso de pie.

Enseguida cambió su mano al brazo huesudo de la chica, de modo que, cuando el círculo por fin se abrió, Alex se encontraba entre las dos contendientes y mantenía a una alejada de la otra.

En cuestión de segundos, dos agentes cogieron a Emma y se la llevaron. Recibiría algún tipo de castigo, pero eso le traía sin cuidado a Alex. La novata estaba cubierta de marcas rojas y el suelo estaba sucio de mechones de su pelo. A Emma le habían bastado un par de minutos para hacer un trabajo minucioso.

Pero habría sido mucho peor si Alex no hubiera intervenido para detener la pelea. Alguien podría haber resultado gravemente herido. Y, de no haber sido bien gestionado, el incidente quizás se habría convertido en un motín. La alcaide Siviter no querría que algo así ocurriera bajo su vigilancia.

Alex, con su acción desinteresada y sin tener en cuenta su propia seguridad, había evitado el desastre. Todo habría valido la pena si tan la alcaide había visto lo que acababa de pasar.

Alex la miró. La mujer tenía la mano cerca de la garganta y, con rostro preocupado, retorcía con ansiedad la sencilla cadena que llevaba al cuello; sin embargo, el leve gesto de asentimiento que recorrió el espacio confirmó las esperanzas de Alex.

La había visto.

Capítulo 11

—Vale, Bryant, ve a casa —ordenó Kim cuando entraban en el aparcamiento de la comisaría. El hombre necesitaba descansar antes de hacer el relevo de la mañana.

—Sí, gracias, jefa. Al parecer, me toca una noche de cualquier película donde aparezca Tom Brady.

Kim sonrió ante ese tono derrotado, aunque sabía que su compañero no lo cambiaría por nada del mundo. Laura estaba en casa. La manada estaba a salvo por unos días.

—Hardy —corrigió ella.

—¿Sabes quién es?

—Como todo el mundo. Ahora, largo.

Él se despidió con la mano mientras se daba la vuelta y se alejaba.

Kim subió las escaleras con prisa. Antes había llamado a Stacey para pedirle algo. En cuanto entró en la sala de la brigada, la ayudante de detective la puso bajo advertencia:

—Está todo un poco confuso, jefa.

Kim se quitó la chaqueta y se sirvió los restos de la cafetera del día.

—¿Cuánto?

—Bueno, los archivos originales son en parte electrónicos y en parte impresos.

Kim gruñó. Dado que en el caso de Melody Jones no se habían presentado cargos, las pruebas y declaraciones nunca habían sido reunidas en un paquete cohesionado para presentarlo a la Fiscalía de la Corona. Era como una comida cocinada, pero nunca emplatada.

Stacey la miró con ojos reveladores. La estaba preparando para el golpe.

—Y se pone peor —dijo.

—Habla.

—Han pasado veinticinco años, jefa. Otros han hecho sus incursiones.

Kim alzó una ceja.

—¿Incursiones? —preguntó.

—El caso ha sido revisado tres veces desde la primera investigación. Las notas nuevas se han mezclado con las viejas y, como te he dicho, es un poco

confuso.

—¿Hay algo que te haya llamado la atención?

—Aún no he tenido ocasión de estudiarlo a fondo, pero dos de los tres detectives que archivaron esto como caso sin resolver observaron, por diferentes motivos, que las reacciones y el comportamiento de la familia eran extraños. —Kim dio un sorbo al café tibio antes de apartarlo. Nada de lo que Stacey le estaba diciendo aliviaba el malestar de su estómago.

«Doce años después de la desaparición de Melody, llegó un nuevo equipo, que centró sus esfuerzos en rastrear los movimientos de cada miembro de la familia durante las veinticuatro horas previas a la desaparición de la niña.

—¿Pensaban que alguno estaba involucrado?

—Por supuesto. Ya había pasado demasiado tiempo como para hacer una cronología de esa clase, pero es que el caso se reabrió después de lo de Shannon Matthews.

—¿Pensaron que la familia lo había hecho por dinero?

Stacey asintió.

—Había un deseo, casi un afán, por parte de Lyla Jones de salir en la tele y dar comunicados. Así que el nuevo equipo investigador pensó que, tal vez, la familia había escondido a Melody para ganar algo de dinero y que luego la mostrarían sana y salva, como a Shannon Matthews, pero que algo les salió mal.

—¿El primer equipo de investigación llegó a sospechar lo mismo? —preguntó Kim.

—Si así fue, no se nota, pero ese grupo también prestó mucha atención a los familiares de Melody. Si lo hicieron para descartarlos como sospechosos, no lo sé.

Kim sabía que nunca llegaría a ninguna parte si iba fragmento por fragmento. Demasiados dedos en el pastel desde la desaparición de Melody.

Las palabras de Steven Harte la habían enviado en una dirección en la que, por lo visto, sí que había algo que rascar. Cuando cayó en la cuenta, tuvo que contener su enfado. Le habría gustado más encontrar un caso nítido de interferencia externa. Habría preferido encontrar una familia creíble y verosímil, incapaz de despertar la menor sospecha. Habría querido centrar su

atención en Steven Harte y en su implicación, en encontrar pruebas y registrar su casa, en encontrar a Grace Lennard y devolverla a tiempo de irse a la cama.

No quería una familia con «rarezas», pero eso había encontrado. Ahora tenía más preguntas que respuestas. Sabía que tenía que profundizar. La única manera de conseguirlo era ir a la fuente.

—¿Quién fue el primer encargado de la investigación?

La cara de Stacey crujió de espanto.

—El inspector detective Wrigley.

Kim soltó un quejido. Lo apodaban Chicle por razones obvias. Stacey no podía haber pronunciado un nombre peor.

—Bien, Stace, es suficiente por hoy. Vete a casa.

—¿Quieres que intente localizar...?

—No, está bien —dijo Kim, y cogió su abrigo.

Conocía a Chicle. Eran las ocho de la noche y sabía exactamente dónde encontrarlo.

Capítulo 12

Eran casi las nueve cuando Kim entró en el aparcamiento de The Dog, en Tipton. Era un establecimiento de dos fachadas, situado entre Midland Tool and Design y un negocio de patatas fritas. Antes, había tenido el tiempo justo para llegar a casa, ducharse, cambiarse de ropa, pasear a Barney, darle de comer y meter en el maletero un par de cosas esenciales para su turno de vigilancia.

Se volvió hacia el asiento trasero, donde Barney estaba con el cinturón de seguridad ajustado.

—Vale, vamos a hacer una llamada de control antes de entrar.

Pulsó el número de Penn, quien le contestó de inmediato.

—Gracias a Dios —dijo él.

—¿Algún problema?

—No, solo alguien con quien hablar.



Bueno, esa era la respuesta su pregunta.

—¿No ha habido movimientos?

—Nada de nada. Ha entrado a las cinco y media, ha cerrado la puerta y no ha entrado ni salido nadie desde entonces.

—¿Has visto algo?

—Hace una hora me he bajado a estirar las piernas, aunque sin salir del ángulo visual de la verja, para no perderlo de vista en caso de que saliera de la casa.

—Vale, Penn. Llegaré antes si puedo.

El sargento tenía que estar cansado y hambriento.

—Estoy bien, jefa. He encontrado una barrita de proteínas que llevaba seis meses en el fondo la guantera.

Ella ya había estado en el coche de Penn. Le pareció sorprendente que hubiera conseguido encontrar algo entre aquel caos.

—Vale, quédate solo...

—Espera, jefa, hay un vehículo que viene de...

Puso el teléfono boca abajo y sus palabras se fueron desvaneciendo. Kim oía voces amortiguadas, pero no las entendía. ¿Había salido Steven Harte a quejarse de su presencia? ¿Habría llamado a la policía al ver un vehículo sospechoso aparcado frente a su propiedad? Aquella no era una operación de vigilancia oficial, así que lo normal era que un coche patrulla acudiera a comprobar cualquier denuncia. ¿Habría enviado a alguien a asustar a Penn?

Las voces continuaron. El ritmo cardíaco de Kim aumentó. Penn estaba solo. Si alguien lo amenazaba, no tenía forma de llegar a...

—Lo siento, jefa —dijo la voz clara de Penn al teléfono—. Era un repartidor.

—Vale, ¿qué trama ese cabrón escurridizo?

—Eeeeh..., el cabrón escurridizo acaba de enviarme pescado y patatas fritas.

—¿Qué?

—Sí, el repartidor ha insistido. Ha dicho que la comida ya estaba pagada y que, si yo no la cogía, la iba a tener que tirar a la basura. —Kim podía oír el hambre en la voz del sargento—. ¿Qué hago, jefa?

Penn conocía bien las normas. En los tribunales, aceptar cualquier tipo de regalo podía ser interpretado como un soborno, pero él llevaba horas sin comer y ella no estaba ni cerca del cambio de guardia.

—Cómetelo, Penn. Te veré en un rato.

Colgó. Ya se encargaría del asunto al día siguiente. En ese momento tenía que tratar de sacarle a alguien bien conocido en el cuerpo de Policía una imagen precisa de un caso de hacía veinticinco años; a un hombre a quien, a menudo, utilizaban como cuento con moraleja.

Frotó la cabeza de Barney.

—Vale, chico, ahí no puedes entrar, así que no te muevas.

Bajó su ventanilla un milímetro para dejar entrar aire fresco en el coche. La temperatura diurna había bajado de veintiún grados a once, pero no podía pecar de poco precavida.

Entró en el bar y se quedó un segundo en la puerta.

Era el típico pub local que, desde hacía décadas, atendía a sus clientes habituales; entre ellos, a Chicle. Un par de chicos lanzaban dardos mientras, en el otro extremo, otros cuatro jugaban una partida de billar. En torno a unas mesas había dos grupos más grandes: unos jugaban al dominó y otros a las cartas. Un hombre estaba sentado solo en un rincón. A pesar de un par de miradas curiosas, Kim se encontró con un ambiente ligero y jovial.

Según sus cálculos, el inspector Martyn Wrigley rondaba los setenta años. Tendría poco menos de cincuenta cuando le había tocado dirigir la investigación sobre Melody Jones. Kim no lo sabía, pero lo que sí sabía era que el hombre de la esquina se había convertido en un estereotipo. Había trabajado largas horas, perdido a su familia y recurrido al alcohol. También había conseguido ocultar este último problema a sus superiores hasta que un infarto en plena jornada laboral puso al descubierto su mala salud y su alcoholismo. Tras perderlo todo, lo jubilaron anticipadamente por motivos médicos. Los años transcurridos desde entonces lo habían convertido en un viejo solitario y amargado.

Kim se acercó a su mesa.

—¿Tiene un minuto, inspector detective Wrigley? —preguntó.

—Para un compañero policía, la respuesta es no. Para una compañera policía sin una bebida en la mano, la respuesta es «vete a la mierda».

A Kim le pareció cuestionable alentar los hábitos alcohólicos de ese hombre, pero él había tomado sus decisiones mucho antes de que ella oyera su nombre por primera vez.

Así que fue a la barra, regresó a la mesa y le puso medio litro de cerveza junto a la que estaba medio llena y que él ya tenía sobre la mesa. La coincidencia en los colores le aclaró que había acertado.

—Tacaña —dijo, y señaló con la cabeza otro par de vasos vacíos que había apartado.

Él hizo una seña con la cabeza para invitarla a sentarse. Y, mientras ella lo hacía, se preguntaba cuánto tiempo habría comprado con esa cerveza.

—He venido a preguntarle sobre el caso de Melody Jones.

Él no se mostró sorprendido.

—Por supuesto que sí. Uno de vosotros viene a buscarme cada año, por lo del aniversario; pero aún no la habéis encontrado, ¿verdad? —preguntó, y tomó un sorbo de cerveza.

Kim trató de no sentir tristeza. Tristeza porque, según los indicios, ese hombre había sido uno de los mejores detectives del cuerpo. Había sido tenaz y decidido; había afrontado cada caso con el mismo nivel de pasión, compromiso y esfuerzo. Pero su energía tenía un botón que no había sabido apagar. Kim, en su propia cocina, tenía un fogón defectuoso. A plena potencia, el fogón funcionaba sin ningún problema, pero, en cuanto intentaba bajar la llama, se apagaba. No quería ensombrecerse más por el hecho de que, a pesar de que Wrigley había ayudado a mucha gente durante su carrera, ahora estuviera sin familia. Y, por si eso fuera poco, sus modales rudimentarios parecían haberlo dejado también sin amigos, lo que resultaba aún más triste al verlo vestido con traje y corbata, como si estuviera listo para ir a trabajar.

—Sí, nos han pedido que le echemos otro vistazo —respondió ella.

—Hazme caso: ahórrate la molestia y trabaja en algo que sí tengas posibilidades de resolver.

—¿Cree que nunca encontraremos a Melody Jones?

—No, porque ella es mi escarmiento y...

Kim acercó su taburete a la mesa.

—¿Escarmiento, por qué? —preguntó.

—Olvídalo. Es mejor dejar esos pensamientos en mi cabeza hasta que se pudran. Haz tus preguntas y luego vete a la mierda y déjame en paz.

Bebió un buen trago de su primera pinta y se la terminó. Cogió la nueva y se la puso delante, en un lugar accesible.

Kim decidió seguir su consejo antes de que hubiera bebido de más.

—Hábleme de la familia de Melody.

—Jesús, contigo no hay jueguecitos de estimulación, ¿verdad? Debes ser toda una...

—¿Sospechó que alguno de ellos estaba involucrado en su desaparición?

—Al principio no, porque, en realidad, la cosa no era así, ¿verdad? La madre parecía preocupada. Un par de los pequeños se veían un poco llorosos, mientras los mayores nos rodeaban. Bueno, excepto uno, que mantenía las distancias, casi como si no quisiera que nos acercáramos demasiado ni le hiciéramos preguntas.

—¿Lo intentó?

—No, joder, no lo intentamos, así que dejémoslo ahí, ¿vale? —espetó.

—Vale —dijo ella, pero la intrigaba que esa pregunta hubiera tocado una fibra sensible. Reculó. No estaba dispuesta a cabrearlo hasta el punto de que no quisiera cooperar; no hasta haberle hecho todas las preguntas—. Ha dicho que al principio no sospechaba de la familia, pero ¿qué cambió?

—Con el tiempo, y hablo solo de semanas, Lyla se aficionó a las entrevistas en televisión, radio, revistas y periódicos. Llegó un momento en que apenas podíamos acercarnos a ella para interrogarla porque había alguien en la casa o ella había ido a algún lado. Al principio, esos esfuerzos por mantener el nombre de Melody en el candelero, mientras se agotaban las pocas pistas que teníamos, nos parecieron convenientes, pero había algo que no encajaba.

«Era como si la mujer estuviera disfrutando de la atención. Durante años, había sido Lyla Jones, madre de siete hijos en Hollytree; pero se había convertido en Lyla Jones, madre de Melody, la niña desaparecida. Como si por fin fuera alguien. Robbie Jones seguía sin decirnos nada. Y empezaron a

llegar paquetes y sobres: dinero, regalos, todo tipo de cosas, y aparecían a montones. Cuanto más visible era Lyla, más cosas llegaban.

Kim pensó en los últimos llamamientos de la mujer y las bolsas de basura del salón.

—¿Cree que usaba la desaparición de Melody para hacer dinero?

El hombre se encogió de hombros.

—Uno de mi equipo pilló a Robbie con el maletero abierto y vendiendo cosas. No pudimos hacer nada, porque el material no fue reclamado. Todo eran regalos.

Eso no quebrantaba ninguna ley; sin embargo, Kim ya sentía en la boca cierta repugnancia bien conocida. La mayoría de las familias habrían donado los regalos y el dinero a obras benéficas.

—¿Quiere contarme lo que piensa? —preguntó Kim con franqueza.

Él dio otro largo trago.

—¿Por qué no? Como si pensara en otra cosa... Este maldito caso se ha atascado entre mis dientes como un pedazo de carne seca. Nunca he dejado de imaginar lo que sufriría esa niña solo porque no conseguí devolverla a su casa. Lo que debió de sentir.

Bebió otro trago. Eso llevó a Kim a preguntarse cuánto tiempo habría pasado entre el asunto Jones y el aumento en el consumo de alcohol del inspector. ¿Habría sido ese el caso que lo había llevado al límite?

—Si hubiera presionado más al jefe —continuó él—, quizá la habríamos encontrado, la habríamos llevado a casa y dado a los familiares preocupados un cierre y un cuerpo que enterrar.

Kim echó a un lado los pensamientos acerca de otra niña pequeña, una secuestrada ese mismo día, asustada y sola o algo peor.

—¿Presionar más al jefe en qué?

Estaba claro que la culpa había perseguido a este tipo durante un cuarto de siglo. El caso se había convertido en un fracaso personal. Wrigley se flagelaba con ello todos los días.

—Yo le pedí, le supliqué, que nos dejara ser más duros con la familia, que nos permitiera hacerlos sudar un poco, pero él no quería ni oír hablar del tema. Por aquel entonces, aunque estaba bien visto tener discretas

sospechas de los miembros de la familia, no era aceptable ir a por todas, porque, si te equivocabas y salía a la luz... Bueno, digamos que, si algo como eso se hace público, tu carrera nunca se recupera. Mi inspector jefe de detectives no estaba dispuesto a arriesgarse. Qué ironía. No fue tan escrupuloso a la hora de follar con la mujer del principal sospechoso de un doble asesinato, lo que le costó el puesto. Pero nosotros no, nosotros no podíamos presionar a una familia para encontrar a una niña desaparecida.

—¿De verdad cree que estaban involucrados?

—Mira, ha pasado tanto tiempo que ya ni siquiera estoy seguro de lo que pienso; pero escucha esto: Melody Jones tenía una vida miserable, pero era una vida que conocía. Como era la más pequeña, nadie le hacía caso, no tenía muchos amigos. Un día desapareció y ni una sola persona vio nada. Ni una. ¿Cómo es posible en una urbanización de cuatro mil habitantes? —Kim negó con la cabeza y esperó a que continuara.

«No se nos permitió sospechar de los familiares hasta que llegó Karen Matthews e hizo lo impensable con su propia hija.

—Pero, si ese hubiera sido el caso Melody, la niña habría aparecido de manera milagrosa no mucho después.

El viejo inspector se encogió de hombros y su rostro pareció arrugarse.

—Todavía la busco, ¿sabes? Su carita nunca ha estado lejos de mi mente. A veces me parece encontrarla en una tienda o en un parque infantil. En alguna parte de mi cerebro, sigue siendo aquella niña que desapareció hace un cuarto de siglo, pero la cordura que me queda me dice que lleva años muerta.

—¿Cree que algo salió mal, que murió a manos de su familia?

Él la miró durante un minuto antes de volver a abrir la boca.

—O quizás se dieron cuenta de que, para ellos, valía más muerta.

Capítulo 13

Kim ya había calculado que, con buena suerte y aprovechando las carreteras secundarias, podría hacer un pequeño desvío y, aun así, llegar a Wombourne sobre las once para sacar a Penn de la guardia de Harte.

Se decía que la zona de Kates Hill había sido escenario del caos del siglo xviii, ya que los parlamentarios la usaron como base en la guerra civil contra el rey Carlos I. Muchas de las calles llevaban nombres de figuras

parlamentarias. En este momento, Kim estaba aparcando en la calle Cromwell.

—Vale, chico, pórtate bien —le dijo a Barney poco antes de bajarse del coche. Cuando llegaran a casa de Harte, se aseguraría de que hiciera ejercicio y recibiera unos cuantos premios.

Mientras subía por el camino de entrada, echó un rápido vistazo a su alrededor. Allí no había habido ningún desarrollo residencial hasta la década de 1830, en la que se construyeron un gran número de casas. En aquel entonces, la gente empezaba a trasladarse al Black Country para trabajar en las cada vez más numerosas fábricas y minas de carbón.

Kim llamó al timbre de Claire Lennard y le abrió la puerta Bernadette Jackson, una funcionaria de enlace familiar con la que Kim ya había tratado alguna vez. Tenía unos treinta años y una hija no mucho mayor que Grace. Era eficiente, intuitiva y compasiva. Algo perfecto para esa familia.

—¿Cómo está? —le preguntó en el pasillo.

—Cansada, pero no se da permiso de dormir. Durante la última media hora no he tenido que convencerla de que se alejara de la puerta, así que espero que descanse pronto. Ha recibido algunas llamadas, pero las corta enseguida por si alguien necesitara localizarla. Y, por «alguien», me refiero a ti.

Kim comprendía que la reacción natural de Claire era salir a pie a buscar a su hija, a recorrer las calles, a llamar a las puertas, a cualquier cosa que la hiciera sentir que estaba haciendo algo.

—¿Alguna visita?

Bernadette negó con la cabeza.

—Unos cuantos se han ofrecido a venir, pero ella se ha negado.

Con un dedo, Kim tocó una bolsa de viaje que vio en el pasillo.

—¿Te quedas a dormir?

—Sí, sí, y encantada. Es un sofá decente. Además, mi angelical hija de doce años ha pasado de ser una dulce niña a un engendro adolescente de Satán. Cambia cada hora y en cualquier dirección, así que su padre tendrá que ocuparse de ella un rato. —Kim sonrió. La tranquilizaba saber que Bernadette estaría cerca—. Está en el salón. Voy a preparar un té que nadie se beberá.

—En realidad, un café solo sería genial —le dijo Kim. Iba a ser un día terriblemente largo.

Entró en el salón y se encontró con una Claire Lennard cuyo rostro era una mezcla de esperanza y espanto.

Le dijo que no con un movimiento de cabeza.

—Todavía no hay noticias —le explicó, y se sentó en el sofá—. Solo quería saber cómo estaba. No hemos tenido mucha oportunidad de hablar antes.

Esa explicación de la visita era cierta en parte. Quería asegurarle que estaban haciendo todo lo posible, pero también averiguar cómo eran el hogar de Grace y su vida familiar. Las palabras de Chicle le habían recordado que la familia tendría que estar bajo sospecha. Sabía que Bernadette estaría atenta a cualquier cosa que se saliera de lo ordinario con Claire u otros miembros, pero prefería echar un vistazo por sí misma.

En el parvulario no había percibido nada extraño por parte de Claire. Ahora, en vez de su uniforme de enfermera, vestía unos pantalones informales y una camiseta de cuello de pico. En la mesita, sin tocar, había un sándwich con las puntas resecas.

—Está en todas las noticias. Su cara está en todas partes. Eso es bueno, ¿no? —preguntó, esperanzada.

—Por supuesto. Cuanta más gente vea su foto, mejor. Nuestro equipo de enlace informará regularmente a la prensa para que la cara de Grace siga en boca de todos. —Hizo una pausa—. Hábleme de ella —pidió, y echó un vistazo a la habitación. Cubrían las paredes fotos de Grace en todas las etapas de su vida.

A Claire se le iluminaron los ojos.

—Es toda alegría, una niña excepcional, aunque, claro, yo tengo que decir eso, ¿verdad? Es intrépida y decidida; estudiosa, pero divertida. Le encanta jugar al Twister y tumbarse en la cama a leer. Es una típica niña de ocho años que aún no ha descubierto el placer de los artilugios electrónicos, aunque estoy segura de que le falta poco para hacerlo.

Claire siguió la mirada de Kim hasta una foto que había sobre la chimenea. No era una toma profesional. Parecía un selfi ampliado de los tres. Claire estaba en primer plano, radiante. Grace reía, sentada sobre el vientre enarenado de su difunto padre, que estaba enterrado hasta el cuello con la arena de la playa.

—Nuestro último día de inocencia —dijo la madre con una sonrisa—. Esa foto nos la tomamos tres días antes de que descubriéramos que los dolores de cabeza de Richard se debían a un tumor inoperable en el cerebro. Le dieron siete meses. Aguantó nueve. Cada día de esos meses fue precioso.

—Lo siento mucho —dijo Kim, con la emoción agolpándose en su garganta.

—Sabíamos que ocurriría, pero eso no hizo que nuestra pérdida fuera más fácil. Después de la muerte de Richard, perdí la casa que habíamos comprado cuando ambos teníamos carreras razonables y de dinero en el banco. Él no tenía seguro, así que, junto con mi baja laboral y los gastos del funeral, la casa tuvo que desaparecer. Nos quedamos sin nada, y el Ayuntamiento nos instaló aquí. Hemos tenido suerte. Esta es una zona decente y Grace tiene más amigos aquí que en nuestra antigua casa.

«Todo fue muy difícil al principio: lidiar con ese agujero en nuestras vidas y mudarnos aquí. Soy incapaz de describir los primeros días fueron: luchábamos a diario contra el dolor físico que produce una pérdida, uno de esos dolores implacables que te asfixian el torso, la sensación de que no vas a conseguir pasar una hora más sin derrumbarte; pero el coraje de Grace me sacaba de la cama cada mañana con la esperanza de que, quizá, ese día sería un poquito más fácil. Recuerdo un momento decisivo para las dos. —Kim no dijo nada. Se limitaba a escuchar el relato de cómo esa pequeña familia se había unido de nuevo tras su trágica pérdida.

«Grace me preguntó que cuándo podría volver a reírse. Un niño le había hecho carantoñas en clase para animarla, y eso la había hecho reír, pero luego se había sentido mal. Ese día hicimos un pacto: nunca nos ocultaríamos nuestros sentimientos. Si queríamos reír, reiríamos; y si queríamos llorar, lloraríamos. Nos dimos permiso de volver a sonreír y recordar los buenos momentos que habíamos pasado. Hablamos de su padre todos los días y hemos mantenido vivo su recuerdo la una para la otra.

Kim sintió un dolor en la garganta. Esa familia ya había sufrido bastante. Se habían enfrentado a la peor tragedia posible y habían salido de ella como un equipo. Madre e hija, a su manera, se habían apoyado entre sí. Las estaban separando en un momento en que se necesitaban más que nunca.

Sin poder evitarlo, Kim pensó en su relación con su propia madre, una mujer que había intentado matarlos a ella y a su hermano gemelo casi desde el momento en que nacieron. Los recuerdos más vívidos de Kim eran sus intentos por evitar que su madre tocara a Mikey. En sus peores alucinaciones psicóticas, esa mujer, que ahora pasaba sus últimos años en una institución para criminales con problemas psiquiátricos— pensaba que el niño era la

reencarnación del diablo.

Pero, junto con el recuerdo de su madre biológica, también estaba el de Erica, quien la había acogido desde los diez hasta los trece años. Era una mujer de verdad desinteresada, capaz de darlo todo sin esperar nada a cambio.

Y Kim había conocido ese vínculo, había sentido ese amor, aunque por un tiempo breve.

Esa visita a Claire fortaleció, aún más, su decisión de que Grace volviera con su madre.

Tenía que conseguirlo.

Capítulo 14

Kim aparcó su coche junto al de Penn, frente a la casa de Steven Harte, en Wombourne.

—¿Te ha gustado la cena? —le preguntó.

El lugar era conocido como un pueblo tranquilo con una población de catorce mil habitantes. En el centro, el espacio verde estaba rodeado de tiendas independientes. Ese era el núcleo neurálgico del pueblo. Y, si bien formaba parte de South Staffordshire, muchos de sus habitantes se desplazaban unos cuantos kilómetros para ir a trabajar al Black Country o a Wolverhampton.

Penn sonrió y se acarició el estómago.

—No hay movimientos dentro de la casa, jefa. Debería ser una noche tranquila.

—Vale, vete a casa.

Esperó a que Penn se hubiera alejado para ocupar su posición. Se lo pensó mejor, avanzó un poco y obstaculizó la entrada. Si esa persona quisiera salir de su casa en plena noche, tendría que pasarle por encima.

Desabrochó el cinturón de seguridad de Barney.

—Vamos, chico —dijo. El perro se coló entre los respaldos y se acomodó en el asiento del copiloto. Luego miró hacia delante, como diciendo «¿Y ahora qué?».

—Así serán las próximas horas, amigo. Solo tenemos que estar aquí

sentados y mirar.

Kim se tomó un momento para examinar la propiedad. Un kilómetro y medio antes, había atravesado el pueblo. Luego se había desviado de la calzada principal para tomar una carretera de una sola vía que serpenteaba y giraba durante casi un kilómetro. Cerca de la otra punta de la calle, había pasado junto a otra residencia. No había camino más allá de esta casa. Era un callejón sin salida; un lugar aislado, apartado, sin tránsito que implicara riesgos. No había vecinos cercanos que oyeran ruidos y había pocas posibilidades de encontrarse con alguien.

—¿Qué dices, Barney?, ¿necesitas salir? —preguntó. Se estiró hacia el asiento trasero para coger la correa.

Necesitaba hacerse una idea del lugar, ir más allá de lo que alcanzaba a ver.

Le puso la correa a Barney y este saltó del coche. Lo primero que sorprendió a Kim fue el silencio. Rara vez se encontraba en un lugar tan oscuro y sumido en un silencio tan profundo. En su casa, incluso de madrugada, se oía algo zumbar a lo lejos. Había paseado a Barney muchas veces en mitad de la noche y nunca había sentido un vacío tan denso y abrumador.

Del maletero del coche sacó una linterna. Cada uno de los ruidos que hacía se magnificaba.

—Vale, chico, vamos por aquí —susurró. Escapó de la luz que proyectaban dos farolas ornamentales encajadas en pilares de piedra, una a cada lado de la puerta de madera. No conseguiría ver nada más allá de aquellas puertas ni del muro de piedra.

En alguna parte del perímetro tenía que haber una abertura. Siguió caminando despacio hasta donde terminaba el asfalto. Allí, entre matorrales, crecían arbustos silvestres. Iba palpando la pared, a todo lo largo, mientras Barney exploraba cada nuevo olor que asaltaba su poderosa nariz.

—Ajá —dijo cuando sus dedos se doblaron en una esquina donde la piedra terminaba. Se adentró unos metros más hasta que los arbustos se volvieron demasiado densos para atravesarlos.

El muro había dado paso a una valla metálica que le llegaba a la cintura. Eso le impedía dar un paso adelante o, incluso, intentar atravesar la densa arboleda del otro lado de la valla.

Maldita sea, no había manera de ver nada.

—Bonita noche para pasear al perro, ¿eh, inspectora? —oyó que alguien decía desde el otro lado del seto.

Kim se llevó un buen susto, pero se recuperó enseguida. Habló por encima de los martilleos de su corazón.

—Sí, debería invitarnos a dar una vuelta por sus jardines.

—Me encantaría, y mis perros, Rocky y Tyson, son los dóberman más mansos que existen. Aunque, si creen que alguien intenta invadir su territorio, se ponen un poco quisquillosos.

—Sabe que lo vamos a crucificar si le ha tocado un solo pelo...

—Inspectora, no esperaba menos, pero solo he venido a ver si hay puedo ofrecerle algo antes de irme a la cama: ¿un café?, ¿un tentempié?

—Estoy bien, gracias —dijo al seto. Emprendió el regreso hacia la puerta.

—Entonces, permítame darle las buenas noches.

Kim, que trataba de contener su rabia, no respondió. Lo que más deseaba era escalar el muro y ver qué había al otro lado. Él los estaba observando tan de cerca como ellos a él.

¿Grace estaría ahí? ¿Estaría viva? ¿Asustada?

—Estamos aquí, Grace, y vamos a recuperarte —susurró al seto, y luego se apartó.

El no ver nada aumentaba sus ganas de colarse. Pero no podía. Tenía que considerar la posibilidad de que ese hombre la estuviera incitando a cometer un error, a hacer algo que anularía cualquier caso en la Corte.

Por mucho que detestara admitirlo, ese hombre, ahora mismo, la tenía bien amarrada, y no había nada que pudiera hacer al respecto.

—Vete a la mierda, Steven Harte —dijo, y volvió al coche.

Capítulo 15

Alex estuvo saboreando la expectación hasta que Emma se quedó profundamente dormida.

Después de tanto tiempo de compartir la celda con ella, conocía bastante bien sus hábitos de sueño.

El libro que estaba leyendo se le cayó de las manos y fue a dar al suelo. Luego llegaron los ronquidos ligeros que se convirtieron en murmullos, señal de que estaba bien dormida.

Sacó el teléfono y tecleó el número que se sabía de memoria.

La mujer contestó al segundo timbrazo.

—Stone.

Al oír esa voz, Alex sintió aflorar su sonrisa. Podía oír la ansiedad y la inquietud que había detrás de esa palabra. La mujer estaba recibiendo una llamada de un número desconocido a medianoche. Era poco probable que fueran buenas noticias, pero era imposible ignorarlas.

—¿Quién es?

—Tu buena amiga, Alex.

Silencio.

La psiquiatra disfrutó del momento de confusión que, como bien sabía, la inspectora iba a sentir después de haber evitado sus llamadas.

—No tengo amigos y, si los tuviera, tú no serías uno de ellos.

Alex rio a carcajadas. Ah, qué bien sentaba escuchar su voz, una vez más, después de tanto tiempo.

—Te he echado de menos, Kim.

—¿Qué quieres?

Alex cerró los ojos e intentó visualizar lo que la detective estaba haciendo. ¿Estaría sentada en el sofá junto a ese feo chucho que había adoptado? ¿Estaría en su garaje, jugando con viejas piezas de motocicleta? Fuera lo que fuera, Alex sabía que Kim tendría toda su mente concentrada en el caso en el que estuviera trabajando.

—Bueno, ha sido genial ponernos al día, pero voy a colgar...

—Yo no lo haría si fuera tú, Kim. Empezando por que te volverás loca preguntándote por qué quiero hablar contigo.

Alex estaba gozando a lo grande. No había persona en el mundo con la que disfrutara más.

—Lo superaré. Estoy bastante convencida de que nada de lo que tengas que decir podría enriquecer mi vida.

—Vaya, yo no estaría tan segura.

—Déjà vu. Ya hemos pasado por esto. ¿No tienes nada nuevo en tu libro de jugadas? Esperaba más creatividad de alguien tan diabólicamente malvada como tú.

Y ahí estaba. Muy pronto habían vuelto al patrón de su relación. Una batalla continua con pequeños triunfos en el camino. Las batallas no siempre habían sido psicológicas. Kim aún recordaba con facilidad la vez que habían luchado cuerpo a cuerpo, junto al canal, por la vida de un joven autista muy especial llamado Dougie. Ese chico había sabido, antes que nadie, lo que de verdad era Alex. Kim había ganado y Dougie había sobrevivido. Pero, al igual que las otras batallas, aquella había estado reñida.

—¿Y si te dijera que tengo el poder de cambiar tu vida para siempre?

—Yo diría que vas por ahí, engrandeciéndote de nuevo. ¿No es el delirio de grandeza una característica del sociópata promedio? Y, la verdad, en lo que a sociópatas se refiere, tú eres muy mediocre.

La inspectora estaba en buena forma esa noche, pero Alex conocía bien su punto débil.

—¿Alguien te tiene acorralada, inspectora? Tu estado de ánimo es peor que de costumbre, lo que me indica que alguien no está acatando las reglas.

—Vete a la mierda, Alex —le espetó. Ese punto era para la psiquiatra.

—Me alegra escucharte. Para eso están los amigos.

—No eres mi amiga ni mi terapeuta, gracias a Dios, y no hay nada que yo quiera compartir contigo.

—¿Qué tal un momento de tu tiempo a cambio de información valiosa?

—Bien, tu tiempo empieza a contar ahora mismo.

—Ay, no, Kim, ojalá fuera así de fácil —dijo Alex—. Quiero decir, en persona. Me gustaría que me visitaras para que hablemos cara a cara...

—Ni lo sueñes. Ya lo has intentado dos veces y las dos veces has fracasado. ¿Qué te hace pensar que volveré?

—Que sabes bien que no miento.

A sus oídos llegó la genuina risa de Kim. Era un sonido que Alex disfrutaba, sin importar el motivo.

—Alex, eres una sociópata. Para mantener tu membresía, necesitas ser una mentirosa patológica.

«Buena observación», reconoció Alex.

—Pero, en realidad, nunca te he mentido. —Silencio—. Sabes que la información que poseo es importante de verdad, y que tiene el poder de cambiar tu vida. Esa idea será una piedra en tu zapato hasta que averigües de qué se trata.

—No voy a a jugar...

—Ven el día que quieras. Despejaré mi agenda. Espero con ansias una charla que nos beneficiará a las dos.

Alex colgó antes de que Kim pudiera responder.

Estaba segura de que había puesto el cebo.

Su vieja adversaria iría a verla.

Capítulo 16

—No te has ido, ¿verdad? —preguntó Kim en cuanto entró en la sala de la brigada. Eran las siete de la mañana.

Stacey negó con la cabeza.

—Estoy bien, jefa, de verdad. He dado una cabezada en la cafetería, me he dado una ducha rápida y estoy lista para seguir rodando.

Kim comprendía el sentimiento de culpa de la ayudante de detective por no haber participado en la vigilancia informal de Steven Harte, pero ella no le daba importancia. Stacey era capaz de hacer muchas cosas que los otros no podían. Y no era como si ella misma no hubiera utilizado la cantina como dormitorio una o dos veces.

Estaba dispuesta a apostar a que Stacey incluso había dormido más que ella después de la molesta llamada de la maldita Alexandra Thorne. A pesar de sus esfuerzos por no contestar sus llamadas, esa endemoniada mujer se las había arreglado para atraparla. Kim no quería ni saber cómo había conseguido un teléfono móvil.

Solo después de haberse preguntado por tercera vez qué información

tendría Alex, se dio cuenta de que la insufrible mujer tenía razón. Quería saber.

Apartó esos pensamientos y echó un vistazo a las pizarras.

—Has estado ocupada —dijo en el momento justo en que Penn entraba en la habitación.

Ella le había dicho que se tomara una hora más, pero él no le había hecho caso. No podía culparlo. Hicieran lo que hicieran, fueran adonde fueran, el rostro de Grace estaría en sus mentes hasta que consiguieran devolverla sana y salva a su madre.

—Bien, la oficial de enlace familiar asignada a los Lennard es Bernadette.

—Una buena —dijo Stacey, y asintió con la cabeza.

—Stace, ponte en contacto con ella y asegúrate de hacerle saber que, si nos necesita para cualquier cosa, allí estaremos.

—Cuenta con eso, jefa.

—La búsqueda por tierra se reanudará en unos quince minutos. Han ampliado la cuadrícula en 2,6 kilómetros cuadrados. Estamos esperando información sobre la velocidad del viento antes de que nos confirmen el despegue del helicóptero. El inspector Plant está coordinando los esfuerzos en tierra, así que...

—Me pondré en contacto con él, jefa —ofreció Penn.

Kim le dio las gracias con un movimiento de cabeza.

Luego centró su atención en algo que Stacey había hecho durante la noche. En una de las pizarras había una foto de Melody Jones, de hacía veinticinco años, junto con fechas, horas y nombres de familiares.

En la segunda había puesto una foto de Grace Lennard, tomada pocos días antes. Stacey también había incluido la información pertinente.

—¿Algo de Wrigley? —preguntó Stacey.

—¿De quién? —quiso saber Penn.

Kim se había olvidado de que la noche anterior, cuando hablaron del detective, Penn ya se había ido.

Tomó el relevo después de que Stacey lo hubiera informado un poco.

—Sí, es tan gruñón como dicen los rumores y, sí, él también percibió que había algo raro en la familia. No le gustaba mucho el hermano mayor y creía que todos estaban demasiado ansiosos por sacar provecho de la situación. —Se volvió hacia Penn—. Quiero que compruebes los antecedentes de todo lo que tenga que ver con Grace Lennard. Tenemos que asegurarnos de que no esté implicado ningún miembro de su familia. Cuando tengas un minuto, quiero saber cuánto dinero han sacado los Jones de la desaparición de Melody.

—Me pongo a ello, jefa.

—Stace, necesito que me consigas todo lo posible sobre Steven Harte. Ya conozco su historia de adulto, pero quiero saber de su vida anterior. Quiero saber cómo le fue en el colegio, los problemas en los que se metió, cómo era la relación con sus padres, su clase de amigos. Cualquier cosa.

Debía conocer sus puntos débiles, por lo menos; datos que pudiera aprovechar a la hora de interrogarlo.

—Ya he empezado, jefa —dijo Stacey, y se puso a pulsar algunas teclas.

Kim se sirvió un café de la cafetera que la ayudante había preparado.

—Steven Harte nació en 1967, en la urbanización Hollytree.

—¿Qué?

—Sí, a mí también me ha sorprendido. Da la impresión de ser alguien que siempre ha tenido dinero, ¿no? —Kim asintió con la cabeza, aunque debería haberlo imaginado, en vez de juzgar. Ella también había pasado sus primeros seis años en Hollytree—. No se sabe quién era su padre, y su madre sufría un trastorno mental. —Kim frunció el ceño ante las similitudes.

«Al parecer, Nita Harte desarrolló una agorafobia grave después de dar a luz. No abandonó su apartamento durante algo más de ocho años. Y él tampoco.

—¿Colegio?

Stacey negó con la cabeza.

—Justificaba las faltas de su hijo cuando las autoridades llamaban a la puerta. Un vecino les hacía la compra una vez a la semana y un primo se encargaba de pagar las facturas. Aparte de eso, estuvieron los dos solos, durante años, metidos en aquel pequeño piso.

—¿Hasta que...?

—No se pone de color de rosa, jefa. Una semana después del octavo cumpleaños de Steven, la mujer se ahorcó en el baño.

—Madre mía.

—Por razones obvias, Steven estuvo en el sistema de acogida. Al principio lo aterrorizaba el mundo exterior. No entendía muchas cosas. Se escapó dos veces del hogar de acogida para intentar volver al piso. A los nuevos inquilinos no les hizo mucha gracia. Nunca se presentó ninguna familia para acogerlo ni adoptarlo. —Kim sintió que la tristeza la invadía, pero la apartó con fuerza. Si ese hombre le había hecho daño a una niña, no estaba dispuesta a ofrecerle ni un ápice de su compasión.

«Nunca había estado en un parque, en una playa ni en un bosque, lo que, supongo, explica su actual filantropía. En el colegio era un solitario. No tenía habilidades sociales. Se incorporó tarde al sistema escolar. Su inteligencia lo ayudó a ponerse al día en el aspecto académico, pero nunca aprendió a llevarse bien con los demás. Y no le hizo falta. A los quince años, superaba a todos los alumnos de su clase y ya tenía la mira puesta en la universidad.

Penn enarcó una ceja ante la información que su compañera había recabado.

—Anoche no te fuiste a casa, ¿verdad, Stace? —preguntó.

Kim se tomó un momento para asimilarlo todo. Por lo general, respetaba a regañadientes a cualquiera que fuera capaz de salir adelante desde un origen humilde. Además, ese hombre había tenido que enfrentar una infancia con una madre con un trastorno mental. Se había enfrentado a la muerte de su propia madre años antes de lo debido y había sido abandonado en el sistema de acogida. En un día normal, habría ido a la sala de interrogatorios a estrecharle la mano.

Pero también existía la posibilidad de que hubiera secuestrado y matado niñas.

—Vale, Stace, no le coloquemos aún la insignia de héroe. Ha aludido al hecho de que puede haber otros como Melody Jones. Empieza a investigar. —En ese momento, en su teléfono sonó una alarma.

Woody le había enviado un mensaje con instrucciones para que fuera a informarlo a las siete y media. Sin un Bryant que la fustigara para llegar a tiempo, Kim se ponía recordatorios. Había hecho bien, porque se había olvidado por completo. Aunque lo que de verdad necesitaba era tiempo.

Debía preparar su estrategia para la reunión de las nueve de la mañana, cuando Steven Harte regresaría seguido de cerca por Bryant.

—Vale, chicos, poneos a lo vuestro —dijo, y salió de la sala.

Habría apostado a que, mientras subía las escaleras, los dos discutían sobre Steven Harte y la probabilidad de que estuviera implicado en los crímenes. Y tal vez tuvieran razón, pero, de ser así, ¿por qué había ido a la comisaría?

No eran ni las ocho y ya le dolía la cabeza.

* * *

Kim llamó a la puerta de su jefe y entró.

—Señor, quería... ¿Es demasiado temprano?

A la mesa de reuniones de Woody estaba sentado un hombre de unos sesenta años. Tenía en la mano una carpeta de documentos con cremallera. A sus pies yacían dos grandes bolsas.

—No, Stone, por una vez, llegas justo a tiempo. —Woody giró su silla hacia el hombre—. Quiero presentarte a Derek Foggarty. Pensé que, dada la necesidad de interrogar a este testigo con eficacia, podrías beneficiarte de la ayuda de un experto.

—Señor, yo estaba pensando lo mismo. ¿Hay alguna manera de que podamos conseguir a Alison...?

Woody no le prestó atención.

—Derek es un exinstructor del MI5 —dijo—. Es experto en el campo de las técnicas de interrogatorio. Creo que podría darte algunos consejos valiosos.

Kim sintió que su boca comenzaba a abrirse, pero se forzó a cerrarla. En la última evaluación de su rendimiento había quedado de relieve su falta de respeto por los expertos externos. No lo había negado, la mayoría eran unos completos capullos. Le gustaba elegir qué pelmazos podían asesorar al equipo, pero quizá Woody se había lucido. La mención del MI5 había sido un buen golpe de efecto: pensaba darle la bienvenida a cualquier cosa que la ayudara a extraer información de Harte. Por el bien de su próxima evaluación y de Woody, estaba dispuesta a darle a Derek Foggarty el beneficio de la duda.

El experto se levantó y le ofreció la mano. Kim no le hizo caso. Se agachó y cogió una de las bolsas.

—Madre mía, ¿qué tiene aquí?, ¿un par de interrogados?

La cara del hombre no mostró el menor signo de diversión. Cogió la otra bolsa.

Salieron y Woody cerró la puerta. Genial, justo lo que necesitaba: un capullo externo y sin sentido del humor.

Aun así, no lo juzgaría con tanta rapidez.

—¿Quiere ver el vídeo de la entrevista? —preguntó mientras bajaban las escaleras.

—No es necesario. Las técnicas que enseño son universales.

«Error», gritó la mente de Kim. Se preguntaba cuánto tiempo duraría el beneficio de la duda.

Capítulo 17

Bryant ya estaba en su escritorio.

—Llegas temprano. ¿Te ha dado el esquinazo? —le preguntó Kim.

Steven Harte había dicho que volvería a las nueve de la mañana, y aún no eran las ocho.

—No, está abajo. Ha salido temprano, ha ido al gimnasio y me ha ofrecido cruasanes, que he rechazado —dijo, y señaló a Penn, que se encogió de hombros—. Luego ha venido aquí. —Bryant se inclinó hacia un lado y miró a su alrededor—. ¿Quieres presentarme a tu nuevo amigo?

—Chicos, os presento a Derek Foggarty. Es un ex MI5 y ha venido para decirnos cómo interrogar a nuestro testigo.

Kim cargó su silla hasta el fondo de la oficina, cerca de la máquina de café. En la pantalla de Stacey vio que su colaboradora ya había empezado a buscar anteriores incidentes de niñas desaparecidas.

Foggarty estaba delante de la entrada, exigiendo la atención de todos.

—Bien, la presentación se divide en cuatro secciones. Solo nos llevará unas seis horas. Es una versión reducida del modelo.

Cerró la puerta para que su ordenador proyectara las diapositivas en la pared. Kim no dijo nada. Sabía que aquello no iba a durar seis horas, no tenían tanto tiempo.

También sabía que, desde su asiento, Penn vigilaría a Steven Harte en el monitor y que su atención estaría centrada en él.

—Empecemos por la primera regla de oro —dijo Derek Foggarty—: el investigador debe ser imparcial y tener una mente abierta. En definitiva, no debe mostrarse beligerante.

Bryant se volvió y movió un dedo en dirección a su jefa.

Ella se cruzó de brazos y apoyó la espalda en la silla.

—Entre los interrogatorios hay tres categorías principales: el indirecto, el directo y una mezcla de ambos. Me explico. El indirecto...

—Entendemos la diferencia. Por favor, continúe.

En su fuero interno, había decidido concederle a Derek Foggarty una hora de plazo para que les enseñara algo nuevo que pudieran utilizar.

—Entre usted y el interrogado, la mesa debe estar ordenada. Debe establecerse una buena relación lo antes posible. Eche mano de la adulación, si es necesario. Las tácticas engañosas son aceptables siempre que no sean escandalosas o ilegales.

—Estás jodida, jefa —dijo Bryant entre toses.

—Cambie las palabras. Use «tomar» en vez de «robar». Sea empático. Haga varias preguntas en diferentes secuencias y marcadores. Preste atención a las incoherencias. Alguien que ha mentido seguirá mintiendo para encubrir las falsedades anteriores. El investigador debe mantener siempre la calma. Los buenos gestos, como comprarle comida al interrogado, sirven de mucho. Favor con favor... y tal.

Kim sopesó la idea de usar con Steven Harte la estrategia de «Te invito a comer si me dices dónde está Grace Lennard». No creía que fuera a funcionar.

—El investigador debe poseer fluidez situacional.

—¿El qué? —quiso saber Penn.

—Es la capacidad para cambiar de pensamiento al instante, según lo requiera la situación. Se debe mantener al sujeto pensando siempre a corto

plazo; en lo liberador que resulta decir la verdad. Se debe evitar que piense a largo plazo, como en ir a la cárcel. Y jamás acusar. La entrevista es un diálogo; el interrogatorio, un monólogo.

Foggarty hizo una pausa para dejar claro este punto. «Ah, cómo le gustan las palabras grandilocuentes», pensó Kim mientras veía pasar los minutos en la pantalla de Stacey.

—Para articular la mentira, los embusteros, sin darse cuenta, transmiten un mensaje en las palabras que eligen. El interrogatorio tiene más que ver con la incitación. Es un proceso diseñado para influir o persuadir a un individuo para que revele la información que oculta por algún motivo. Me gustaría ofrecer algunas declaraciones que pasan al modo interrogatorio: «Parece que está pensando en algo. Hay algo claro en su mente. Hay...».

—Lo que sigue —exclamó Kim. Ya se había hecho una idea. Foggarty avanzó unas cinco diapositivas. Tiempo ahorrado.

—Se dice que una persona culpable lo único que quiere es ser comprendida. Eso le da la sensación de que ha sido perdonada y es lo que se pretende conseguir con el monólogo. Al hacerlo, se debe ralentizar el ritmo del discurso, bajar la voz y ofrecer la ilusión de sinceridad.

Kim vio que el resto de su equipo hacía varias tareas a la vez. Bryant se las arreglaba para ordenar su escritorio. Penn no perdía de vista a Steven Harte, mientras Stacey interrogaba a Google sin dejar de aparentar que escuchaba. Sí, era su equipo.

—Se debe adaptar el monólogo para incitarlo a que confiese. Racionalizar el acto del que crea que es culpable. Echar la culpa a otro, minimizar la gravedad, premiar la sinceridad. Hay tres formas principales de resistencia al monólogo: las declaraciones convincentes, las emociones y las negaciones. Para contrarrestar, usen el nombre de pila de la persona, articulen una frase de control, levanten la mano.

Eso mismo hizo Kim para pedirle que fuera más rápido.

—Usen preguntas cebo, como: «¿Hay alguna razón para que hayamos encontrado tus huellas en el pomo de esa puerta?».

—Lo que sigue —exclamó Kim.

—Hagan preguntas sencillas y directas.

—¿Qué más?

—Eviten las preguntas capciosas, negativas o confusas.

—Siguiente —dijo Kim. Le habría gustado saber si las diapositivas podrían sufrir un latigazo cervical.

—Estén atentos a las oportunidades de dar seguimiento a algo.

—Siguiente —volvió a decir—. Y, por favor, no piense que estoy siendo grosera. Lo que ocurre es que no quiero hacerle perder el tiempo; ni a usted ni a nosotros.

—Lo entiendo, y trato de que esto siga siendo relevante.

La detective hizo una señal con la cabeza para pedirle que continuara.

—Eviten tener una mentalidad de lista de comprobación. Reduzcan al mínimo la toma de notas y no aceleren el ritmo entre pregunta y pregunta. Hagan que la persona se sienta bien por revelar información y utilicen preguntas generales para descubrir mentiras por omisión. Por ejemplo: «¿Qué no le he preguntado hoy que cree que debería saber?».

Respiró hondo, como sorprendido de haber llegado vivo al final de ese tramo. Kim cogió una botella de agua de la nevera y la colocó junto al proyector.

—Bien, ahora quiero repasar algunos términos que quizás les resulten familiares, pero que deben conocer.

«La creación de referencias consiste en contrastar el comportamiento observado con respecto a una norma. Una referencia nos ayuda a hacer comparaciones y a identificar si el sujeto miente o se siente incómodo. —Stacey parecía haberse agarrotado al lado de Kim. Estaba leyendo algo con interés. Kim echó un vistazo y consiguió leer el nombre «Suzie Keene».

«El punto de inflexión es el momento en el que una persona siente que ha revelado todo lo que podía antes de sufrir las consecuencias.

—Entendido —dijo Kim.

—Un cúmulo es cualquier combinación de dos o más indicadores engañosos.

—De acuerdo —dijo Kim, y echó otro vistazo a la pantalla de Stacey.

—Un virus mental es el malestar psicológico que sienten las personas cuando han recibido información con consecuencias potencialmente negativas, lo que hace que su mente se precipite en ramificaciones

hipotéticas.

—Sí, entendido también —dijo ella, y acercó un poco su silla al escritorio de Stacey.

—Bien, ahora quiero pasar a los enfoques de inducción: halagos suaves o provocaciones.

—Pase al segundo —sugirió Bryant, como prueba de que seguía escuchando. Sabía que era poco probable que su jefa usara el primero.

Derek no le prestó atención. Ese hombre era, sin duda, un docente de manual. Escuchar y no interactuar.

Ahora que podía leer mejor, Kim comprendía por qué había captado su interés el caso que Stacey tenía en la pantalla. Suzie Keene había sido secuestrada dos años antes que Melody Jones.

—Hay dieciocho técnicas de aproximación. Por norma, las repasaría todas, pero nos centraremos en un par. Los enfoques basados en incentivos funcionan, como cuando uno ofrece un cigarrillo...

—O una taza de té —intervino Bryant.

—Nunca prometan algo que no pueda dar. Ahí está el enfoque emocional. Interpreten a su interrogado y apelen a la codicia, al odio, la venganza, el amor a la familia... Cualquier emoción funcionará.

«También puede utilizarse el odio. Si son capaces de identificar un miedo, se pueden obtener resultados tanto si lo potencian como si le restan importancia.

Suzie Keene había sido secuestrada en plenas vacaciones escolares, al igual que Melody Jones.

—¿Me pone un ejemplo? —preguntó Penn.

Kim miró a su colega con ojos fieros. Las preguntas consumían tiempo.

—Digamos que el sujeto tiene miedo a las arañas. Usted puede insinuarle que va a dejar entrar un camión lleno, o bien puede asegurarle que, si entrara una, lo protegería.

—Entiendo —dijo Penn.

—Y, por último, voy a mencionar algunas técnicas para detectar los engaños. Repitan y controlen las preguntas. Busquen incoherencias internas,

como la cronología. ¿Le están dando demasiada información o demasiado poca? ¿La información es interesada? —No había habido testigos en el secuestro de Suzie Keene. Igual que en el de Melody: nadie había visto nada.

«¿Faltan detalles externos? ¿Las respuestas tienen la misma formulación y los mismos detalles? ¿Parece que el sujeto ha ensayado? ¿Su apariencia coincide con la historia? ¿Su lenguaje coincide con la historia?

—¡Atrás! —gritó Kim.

—¿A qué parte, en concreto? —preguntó Foggarty, servicial.

—Usted no —dijo ella. Ya no se esforzaba lo más mínimo por ocultar que estaba haciendo algo distinto a escuchar la presentación—. Sigue, sigue —dijo Kim mientras Stacey se desplazaba otra vez por la pantalla—. Ahí. Lee eso.

¿Por qué nunca había oído hablar de Suzie Keene? ¿Por qué sus padres no estaban en la televisión pidiendo ayuda? Entonces, cuando Stacey estaba cerca del final, Kim captó el párrafo importante.

Suzie había vuelto a casa.

La víctima aún estaba viva.

Capítulo 18

—No creo que a nuestro nuevo amigo Foggarty le haya gustado que lo interrumpiéramos y lo sacáramos de la sala del escuadrón —dijo Bryant mientras conducía.

—Creo que nos ha entendido mejor cuando le hemos explicado que había una pista en nuestra investigación sobre una niña desaparecida —dijo Kim. Pero, al parecer, el hombre sí que se había ofendido un poco.

—Aunque no es una pista en realidad, ¿verdad, jefa? O sea, vamos a ver a una mujer adulta que podría haber sido secuestrada por la misma persona que se llevó a Melody, o quizás no; y que podría ser la misma persona que ha secuestrado a Grace, o no; que podría ser el hombre sentado...

—Vale, quisquilloso, te entiendo, pero ¿de verdad creías que íbamos a sacar algo valioso de su presentación?

—Dentro de mis posibilidades estaba el aprender a dormir con los ojos abiertos.

Ella puso los ojos en blanco.

Para cuando habían conseguido sacar a Derek Foggarty de la oficina y llevarlo de vuelta a su coche, Stacey ya había encontrado la dirección actual de Suzie Keene y Penn había vuelto a la vigilancia de Harte. Kim supuso que el sargento estaría aprendiendo bastante sobre el comportamiento básico del sospechoso.

—A ver si lo he entendido bien —dijo Bryant, que estaba poco dispuesto a dejar que se asentara el silencio entre los dos—. ¿Hubo otra niña secuestrada dos años antes que Melody Jones, es decir, hace veintisiete años, y la encontraron exactamente un año después, sana y salva?

Kim se volvió hacia su colega, que estaba sorteando una mediana.

—Sabes que no vas a obtener puntos por recitar mi conversación exacta con Woody.

—Si lo digo en voz alta es para dejarlo estipulado. —Frunció el ceño—. Yo era un policía raso entonces, ¿cómo no me enteré?

—Por dos razones: el caso era de South Staffs, no de West Midlands, y la cobertura mediática se perdió en algún lugar entre un terremoto en Argelia, que mató a ciento setenta y una personas, y la inauguración de los Juegos de la Commonwealth, en Canadá.

—¿Con cuánto detalle fue interrogada? ¿Crees que podría identificar a Steven Harte?

—Mierda, tenía tanta prisa esta mañana, después de no haber dormido, que he olvidado meter en la maleta mi bola de cristal, las cartas del tarot y otros artilugios adivinatorios. Supongo que lo mejor será que hablemos con ella y lo averigüemos.

—Un simple «No estoy segura» habría bastado. Y, mientras tú buscabas tu bola de cristal, yo seguía a Harte. Al mismo tiempo, le explicaba por teléfono a Laura qué tipo de limpiaparabrisas necesita para su coche, artefactos que tendré el placer de instalar cuando llegue a casa.

—No lo digas como si te importara —dijo Kim.

—Lo que me molesta es que hace solo diez minutos estaba colocando los ruedines de su primera bici, y ahora son los limpiaparabrisas de su coche. —Sacudió la cabeza—. No importa cuánto tiempo pase, el ansia por protegerlos no se pasa.

Continuaron encerrados en sus propios pensamientos hasta que Bryant se detuvo en Lower Gornal frente a una pequeña casa adosada.

—Espero que a esta mujer no le importe que lo desenterremos todo —dijo Bryant mientras se acercaban a la puerta principal.

—Con una niña de ocho años aún desaparecida, seré capaz de lidiar con su malestar.

La mujer que les abrió la puerta vestía una falda lápiz, tacones y camisa de cuello. Llevaba en los brazos un cesto de ropa sucia.

Al instante, sus agradables facciones se contrajeron de preocupación, como la cara de la mayoría de los padres cuando unos extraños llaman a la puerta.

Kim sacó su placa y los presentó a los dos.

—Y tu hija está bien —añadió para tranquilizarla.

—¿Cómo sabe que tengo una hija? —preguntó, asustada.

Kim señaló con la cabeza la cesta de ropa repleta de pequeñas prendas rosas.

—Ah, por supuesto. Lo siento, ¿en qué puedo ayudarlos?

Kim tomó aire. No sabía cuánto dolor estaba a punto de causar.

—¿Podemos hablar con usted de lo que le ocurrió de niña?

—¿Cómo ha dicho?

Por un momento, Kim pensó que había habido algún tipo de error.

—¿El secuestro?

—Ah, sí, por supuesto —dijo con cierto desdén—. Entren, pero tendremos que charlar arriba mientras hago esto o llegaré tarde al trabajo.

La siguieron escaleras arriba y entraron en el primer dormitorio de la izquierda. Bryant se quedó en la puerta.

Kim echó un vistazo a su alrededor.

—Bonita habitación —dijo.

La funda de edredón blanca con margaritas hacía juego con la funda de la almohada. Había una mesilla de noche con un par de muñecas Barbie y, debajo de un televisor montado en la pared, un pequeño escritorio. Un poco

anticuado, quizás, pero espacioso, a pesar de la cama de tamaño mediano.

—A Cammie le gusta. Le encantaría tener un ordenador aquí, pero eso no va a pasar. —Kim sonrió. La mujer empezó a sacar la ropa doblada para guardarla—. ¿Qué necesita?

—La secuestraron hace veintisiete años, cuando tenía nueve. Si no le resulta demasiado doloroso, ¿podría contárnoslo?

Suzie sonrió.

—Estuve fuera un año, oficial. Tendrá que ser más específica.

A Kim le pareció que la palabra «fuera» era una elección extraña para decir cautiva, secuestrada o retenida, pero prefirió no decir nada.

—¿Vio al hombre que la secuestró?

—Nunca. No en todo el tiempo que estuve allí.

—¿Así que él nunca la tocó ni...?

—No, por Dios, no fue así —dijo con expresión de desagrado.

Kim se sintió intrigada. Sí, había pasado mucho tiempo, pero la mujer no mostraba ninguna respuesta emocional. Ahora mismo, no sabía qué preguntarle.

Se sentó en la cama.

—Por favor, cuéntenos lo que recuerde, siempre que no sea muy difícil.

—No es nada difícil. —Guardó unos leggings en el segundo cajón—. Supongo que ustedes tienen las fechas y las horas y demás, pero lo único que recuerdo es haber ido a buscar una pelota. Unas niñas mayores estaban jugando al rounders y me dejaron participar. Me pusieron en el fondo del campo. A Lizzy Brown le tocaba batear. Como yo sabía que podía pegar fuerte, retrocedí todo lo que pude. Aun así, la pelota pasó por encima de mi cabeza y se metió entre los arbustos. Fui a buscarla, me agaché y sentí algo en la boca. Cuando me desperté, era lo último que recordaba.

—¿Dónde se despertó?

—En una habitación; una habitación bonita. Tenía su propio cuarto de baño. Era tranquila, pacífica. Podía oír pájaros. Y tenía miedo. Me quedé mirando la puerta durante horas, aterrorizada de que se abriera y alguien entrara a hacerme daño. Mientras esperaba y esperaba que ocurriera algo

malo, lloré mucho, pero nunca pasó nada.

«Dejaban la comida y las bebidas cuando dormía. Luego aparecieron los tebeos y el mando de la tele; después los libros y los exámenes que debía contestar y devolver. Hasta entonces, nunca entendí la geometría, y ahora soy arquitecta, imagínese.

—Pero la separaron de su familia. ¿No estaba aterrorizada? —preguntó Kim en un afán de entender.

—Al principio, sí. Los echaba de menos con locura, y pensar que me pudiera pasar algo malo me tenía petrificada, pero, a medida que pasaban los días, me sentía más segura. Estaba convencida de que nadie iba a hacerme daño.

—¿Cómo lo sabía?

Suzie se encogió de hombros.

—No lo sé. Tal vez me convencí a mí misma para soltar el miedo. Al cabo de una semana, empecé a sentir el alivio.

—¿De qué? —preguntó Kim, que trataba de disimular su asombro. Nunca había tenido una conversación así con una víctima de secuestro.

—No era feliz en casa. Mis padres me acababan de anunciar que iban a divorciarse. Yo lloraba cada noche hasta quedarme dormida y hacía lo que hacen todos los niños de nueve años: culparme a mí misma. Me cuestionaba cada cosa que hacía, desde quejarme por tener que ir a la cama hasta dejar el plato en el suelo. Y solo pensaba en qué hacer para que permanecieran juntos. Y ahí tiene otra ironía: mi tiempo fuera los unió más. Siguen juntos.

—Por favor, no se ofenda, pero suena casi agradecida por que la secuestraran —observó Kim, y se quedó esperando un «no» explosivo.

—Esa es una palabra muy fea y no la utilizo para referirme a mi propia experiencia. Me apartaron de mi vida durante un tiempo. Tenía una bonita habitación, comida, libros, televisión, música, clases en el colegio, una tarta de cumpleaños y paz y tranquilidad. No sentía dolor. Tal vez un poco de soledad, a veces, pero también me sentía segura.

«Me habían alejado de todo lo que me dañaba. Es difícil de explicar, pero me sentía protegida. Sabía que ese hombre no iba a dejar que nada me hiciera daño. Ya a largo plazo, no me hizo nada malo. Volví a mi vida normal. Es como si Servicios Sociales saca a un niño de una situación tóxica. Se lo reubica temporalmente en otro sitio y, luego, cuando llega el momento,

vuelve a casa. —Sonrió—. A mi regreso, todos se alegraron mucho de verme. Me volvieron a mimar.

Kim estaba de acuerdo en que, a simple vista, esa mujer no había sufrido. Ahora tenía una casa bonita, una familia, un buen trabajo. Pero ¿cómo pudieron arrancarla de su familia y mantenerla cautiva durante un año sin hacerla sufrir el menor mal?

—¿Y cómo se fue? —preguntó Kim con curiosidad. Hasta ese momento, no había mencionado haber visto a nadie.

—La puerta se abrió. Sin palabras. Había solo una pequeña furgoneta abierta por detrás. Entré y cerré.

—¿Y no vio a nadie?

La mujer negó con un gesto.

—¿Y el edificio?, ¿y los alrededores?

Suzie volvió a negar con la cabeza.

—No me fijé en nada. Solo entré en la furgoneta.

Kim disimuló la sorpresa que le causaba la confianza que esa mujer había depositado en su captor. Podría haberla llevado a cualquier parte.

Las noticias decían que la habían dejado a cien metros de la comisaría de Old Hill.

—¿Cuánto tiempo estuvo en la furgoneta? —preguntó Kim.

—¿Sabe?, me hicieron esa pregunta entonces y no pude responderla. A lo mejor fueron quince minutos, a lo mejor fue una hora.

Kim calculó la diferencia hasta el punto donde la habían soltado: a una velocidad aproximada de cincuenta kilómetros por hora, habrían sido de once a cincuenta kilómetros, más o menos.

Enarcó una ceja.

—¿De verdad no puede reducir el número? —Suzie negó con la cabeza—. ¿Recuerda algo de ese viaje? ¿Fue accidentado, suave, ruidoso, tortuoso?

—Lo siento, inspectora, hace ya tanto tiempo que cualquier detalle se me escapa. —Kim tuvo la ligera sospecha de que los detalles se le escapaban desde hacía veintisiete años—. Si no hay nada más, debo irme a trabajar.

—Por supuesto —dijo Kim, y se levantó de la cama.

No tenía mucho sentido hacerle más preguntas a Suzie Keene, que parecía no recordar nada importante. Además, Kim tenía la clara sensación de que, si recordara algo, tampoco se lo contaría.

Nunca había oído hablar de un secuestrador que retuviera a un niño para alimentarlo, vestirlo, educarlo y luego liberarlo ileso, sin haberlo tocado siquiera.

Así que ¿por qué Suzie Keene estaba mintiendo en ese tema?

Capítulo 19

—¿Sabes, Penn?, me está costando mucho —dijo Stacey con franqueza—. Soy incapaz de relacionar a este tipo con un asesino.

La sensación había estado revoloteando toda la noche en su estómago. Se había sentado con ella a la mesa, la había seguido a la cafetería durante su hora de relajación y la había acompañado al bloque de duchas antes de que los demás llegaran a trabajar.

Había visto la censura en la mirada de la jefa, pero no había querido irse a casa a descansar mientras los demás hacían horas extra. Ni que hubiera buenos motivos para volver a casa. El trabajo de su mujer como agente de Inmigración era igual de exigente que el suyo, y Devon había salido el domingo, muy temprano, para acudir a una operación encubierta de cuatro días en Kent. El piso ya parecía vacío cuando Stacey había salido por la puerta principal.

No fue hasta la noche del domingo, sobre las once, al ir a acostarse, que se encontró una jirafa de peluche de tamaño casi real en el otro lado de la cama. La habían rociado con el perfume favorito de Devon y llevaba una nota que decía que necesitaba muchos mimos. Desde ese momento, Stacey había encontrado por todas partes pósits con mensajes de su mujer.

Se dio cuenta de que ya habían recorrido más de la mitad del camino y de que su pareja volvería a casa al día siguiente por la tarde. Sonrió. Mientras tanto, tenía que hacer el intento de cambiar su forma de pensar acerca de Steven Harte.

—Stace, ya hemos...

—Lo sé, pero dime lo que piensas con sinceridad. ¿Crees que secuestró y mató a Melody Jones y que también ha secuestrado a Grace Lennard?

Penn levantó la cabeza y echó un buen vistazo a la pantalla.

Steven Harte, cómodamente sentado, ojeaba su teléfono móvil.

—De acuerdo. Estoy dispuesto a admitir que no parece un asesino, pero esa es una suposición peligrosa. Pero no podemos pasar por alto el hecho de que ha venido a la comisaría por voluntad propia.

—Pero mira todas las buenas obras que ha hecho. ¿Los psicópatas asesinos de verdad destinan cientos de miles de libras a buenas causas?

—De nuevo, Stace, no creo que sean excluyentes. Creo que solo tenemos que pensar en Jimmy Savile para demostrar que es una mala suposición.

—Entiendo, pero tengo mis dudas —dijo ella, y soltó un largo suspiro para que Penn supiera cuánto le estaba costando hacer aquella concesión—. Bueno, que yo haya visto, no hay nada sospechoso en la familia de Grace. Claire Lennard tiene una hermana que vive en Nueva Zelanda, una abuela anciana a la que ayuda a cuidar, un padre que hace cuatro años se retiró a España con su segunda esposa, y un primo abogado en Manchester. Apenas una multa de aparcamiento entre todos. Muy limpios.

—Asustan de limpios —coincidió Penn—. Por el otro lado, la familia Jones es un poco más pintoresca. Una de las hermanas de Melody está en la cárcel por robo a mano armada. Otra tuvo dos hijos antes de cumplir los diecisiete. Robbie no se ha metido en muchos problemas, pero se está forrando en eBay. Lleva unos quince años vendiendo regalos y donativos.

—¿Ha cambiado lo del maletero del coche, entonces?

Penn agitó una lista.

—Ah, sí. Y ha habido un repunte notable en las apariciones mediáticas de Lyla, que ya son muchas.

Stacey se irguió en su asiento.

—Cuenta —pidió.

—Según mis cálculos, a lo largo de los años ha hecho al menos diez documentales: cuatro eran específicamente sobre Melody; el resto, sobre diversos crímenes sin resolver. Algunos han sido para el Reino Unido, y un par han sido para canales de cable de otros países. También ha hecho una docena de programas matutinos. Esos parecen ser los que más dinero le dan.

—¿Cuánto?

—Calculo que, en los últimos quince años, la familia ha ganado, al menos, cincuenta y tres mil libras con la venta de los regalos que han recibido. No hay forma de saber qué pagos y gastos ha recibido Lyla por cuarenta y tres artículos en la prensa local y nacional, y las docenas de reportajes en revistas. Tampoco lo que la familia ha recibido en metálico y vales.

—Escucho la desaprobación en tu voz —dijo Stacey, y no era que estuviera en desacuerdo.

—De alguna manera, se las arreglaron para mudarse de Hollytree. Yo no culparía a nadie por algo así, pero es que ellos se han beneficiado de la desaparición y probable asesinato de su hija o hermana o lo que sea. No me cuadra que la familia...

Cogidos por sorpresa, se quedaron callados cuando el teléfono de Penn empezó a sonar.

El sargento contestó y escuchó durante algunos segundos con la cara helada.

Dio las gracias y colgó.

—Yo me guardaría para otro momento esa medalla por las buenas obras de Harte, Stace —dijo, y marcó un número.

Capítulo 20

—¿Crees que encontraremos alguna manera de vincular a Steven Harte con Suzie Keene? —preguntó Bryant de camino a la comisaría.

—¿Y acusarlo de qué?, ¿de llevársela de vacaciones? Ya has oído a Suzie. La alimentó, la vistió, le dio una cama grande y un baño, la educó y luego la envió a casa. Si Harte es el responsable, ¿qué podría decir ella en el juicio que nos ayudara a encerrarlo?

—Aun así, la secuestró. Eso es un delito —argumentó Bryant.

—Y Suzie Keene, nuestra víctima, sería una testigo fabulosa... para la defensa.

—No me cabe en la cabeza —dijo él—. Estuvo fuera un año entero. Para un niño, eso son como diez. No se sentía sola. No se sentía aislada. Él nunca le hizo daño. Ni siquiera la tocó, así que ¿por qué puñetas llevársela?

—Bryant, en esta ocasión, no eres el único confundido.

—¿Ves?, eso no me tranquiliza. Me siento más seguro cuando tú lo

entiendes, aunque yo no lo haga. Es como cuando yo era niño y mi madre...

Cerró la boca porque el teléfono de Kim se puso a sonar.

—Quizás has tenido suerte al no verbalizar ese pensamiento —dijo. Sacó el móvil y activó el altavoz.

—Penn —contestó—, qué oportuno eres. Creo que Bryant estaba a punto de compararme con su madre, lo que no le habría...

—Jefa, hemos recibido un informe. Han encontrado huesos.

Kim sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

—Vale. ¿Adónde vamos?

Bryant escuchaba con atención.

—Esa es la cosa, jefa. Los han encontrado en el parque Hawne.

—¿En Halesowen? ¿No ha dicho Stacey que era uno de los...?

—Sí, jefa. Steven Harte lleva años financiando pequeños proyectos allí.

Bryant ya había dado una vuelta completa a la isleta y se dirigía hacia el parque.

Kim dio las gracias a Penn, terminó la llamada y recorrió sus contactos. El jefe le cogió casi de inmediato.

—Señor, ¿se ha enterado de lo de los huesos en el parque Hawne?

—Por supuesto. ¿Estás de camino?

—Sí, a solo un kilómetro y medio. Harte tiene vínculos con ese lugar, así que, si los huesos resultan ser humanos, necesitaremos ayuda para descifrar y entender a ese hombre.

Un movimiento en falso y podrían perderlo. Era listo. El tipo estaba jugando y ella tenía que asegurarse de que ganara.

—Vale, veré si Derek puede volver y...

—Gracias, señor, pero no. Es un aprendiz que no tiene ninguna experiencia práctica en interrogar a sospechosos. —Tomó aire—. Solo una persona es capaz de ayudarnos con esto. Si usted no puede conseguirla, tendremos que hacerlo solos.

Antes de colgar, Woody dijo que vería si conseguía algo.

Kim intentó aprovechar los últimos ochocientos metros para prepararse.

¿Por fin iban a llevar a Melody Jones a casa?

Capítulo 21

Alex terminó su pobre remedo de desayuno y volvió a su celda. La insípida y mundana ofrenda de gachas de avena, cereales o tostadas no la preparaba física ni psicológicamente para el día.

Ah, cómo disfrutaba aquellos cruasanes calientes recién horneados, aquellas jaleas caseras de la cafetería que había a dos pasos de su casa. Era su momento favorito del día, la razón por la que nunca había concertado una cita antes de las diez de la mañana. Nada mejor que desayunar tranquila, con los mejores ingredientes, mientras observaba las tribulaciones de gente mucho más vulgar que ella.

Lo que la ayudaba a aguantar la jornada en su antigua vida eran tanto el desayuno como el sentimiento de superioridad. Aquí solo le quedaba la sensación de superioridad. No había nadie en toda la prisión capaz de igualarla en inteligencia. Otro buen motivo para esperar, impaciente, la visita de Kim Stone.

Aunque no sabía cuándo iba a producirse el esperado acontecimiento, se frotó las manos con expectación.

Mientras tanto, tenía mucho que hacer para asegurar el resultado que ansiaba.

Y esa mañana iría de pesca.

Se situó en la entrada de la celda contigua a la suya.

—Hola, Olivia —dijo.

—Hola, Alex. ¿Qué tal el desayuno? —Olivia nunca desayunaba.

—Lo mismo de siempre.

Olivia Spencer era una mujer culta y adinerada de treinta y tantos años. Cumplía una condena de dos por haber desfalcado una organización benéfica infantil que recaudaba decenas de miles de libras para niños desfavorecidos. No tenía un mal tren de vida con su marido, un locutor de noticias de la televisión local; pero la mujer se había sentido tentada por las grandes cantidades de dinero que manejaba en nombre de la organización.

También había cometido algunos errores en sus pocos meses en Drake Hall. En primer lugar, había pensado que la alcaide Siviter sería indulgente con ella porque habían sido amigas en el instituto y la universidad. Pero muy pronto descubrió que la directora no tenía favoritos.

El segundo error de Olivia había sido pensar que podría entablar amistad con Alex. Como las dos eran mujeres educadas y profesionales, supuso que estrecharían lazos. Otro error. Alex aún no había encontrado un pegamento lo bastante fuerte como para unirse a nadie.

Cada vez que conocía a alguien, repasaba en su mente la lista de comprobación: ¿e es útil ahora?, ¿me será útil en el futuro? Para las demás reclusas, el nombre de Olivia era una mierda. En el exterior tampoco valdría nada. Como alguien que se había quedado con dinero de niños desfavorecidos, tendría que pagar grandes costes profesionales y personales para reconstruirse una reputación. Allí nadie le dirigía la palabra.

A Alex le daba igual lo que hubiera hecho. La mujer había visto una oportunidad de ganar dinero extra y la había aprovechado. Su verdadero delito había sido ser codiciosa y que la hubieran pillado.

Al principio, Alex la había menospreciado, hasta que su pequeña correveidile personal, Emma, le había llevado información sobre la historia de Olivia y la alcaide Siviter. Eso había cambiado sustancialmente las cosas.

Así que había empezado poco a poco: una sonrisa de vez en cuando; un saludo al pasar por la puerta; un sentarse, a veces, más cerca de ella en el comedor, un pararse en su puerta para preguntarle cómo estaba.

Ese día, entrar en su habitación y sentarse en su cama.

—Estas mujeres me están matando, te lo juro. Nunca habría pensado que mi mayor problema aquí sería mi necesidad de mantener una conversación decente.

Olivia sonrió como si la entendiera, cuando, en realidad, no era así. En todo este lugar, casi nadie le dirigía la palabra. Quizás sus delitos contra los niños no eran suficientes para que le dieran una paliza o la empujaran escaleras abajo, pero le habían valido el trato de silencio. A esas alturas, tendría que estar desesperada por hablar con alguien.

—Háblame, Olivia —dijo Alex con fingido dramatismo—. Sobre cualquier cosa que no sean tus hijos, tu marido ni lo que pasó anoche en Corrie.

Olivia bajó la guardia de las suspicacias y dejó ver una media sonrisa.

—¿Qué quieres saber?

«Ah. De verdad, esto ha sido demasiado fácil», pensó Alex.

—¿A qué colegio fuiste? Supongo que a uno privado.

—A la King Edwards Academy de Oldswinford —dijo orgullosa.

—Guay —exclamó Alex con gesto de admiración. Estaba claro que la familia de Olivia no había vivido en la pobreza ni siquiera antes de que ella encontrara un marido rico—. Supongo que ese lugar era lo bastante caro como para producir algunos exalumnos notables.

—Ah, sí. Solo de mi año salieron un poeta laureado, un físico y un pionero en cardiocirugía.

—Impresionante —dijo Alex.

—Y una alcaide de prisión.

Alex fingió una confusión momentánea, como si hubiera tardado en caer en la cuenta.

—Ah, ¿esta? ¿Estuviste en el colegio con la alcaide Siviter?

—En el cole y en la universidad.

—¿Es coña?

Olivia negó con la cabeza.

Alex frunció el ceño.

—Qué sorpresa. Nunca lo habría imaginado. Quiero decir, no es como... Bah, no importa.

—¿No es como qué? —preguntó Olivia.

—Bueno, no es como si alguien lo supiera, ¿verdad? No te favorece en nada, ¿o sí?, por decir que una vez os conocisteis vagamente.

Arroja el anzuelo.

—No, no vagamente. Éramos amigas. Hasta el final de la universidad.

Recoge el sedal.

—Madre mía, me he quedado sin palabras, la verdad. Quiero decir, no sé

cómo podría ayudarte esa mujer para hacerte la vida más cómoda, pero seguro que habrá algo. Aunque parece de esas personas que siguen las reglas al pie de la letra, ¿no?

—No siempre ha sido así —dijo Olivia.

Alex abrió mucho los ojos.

—¿En serio? —preguntó.

—Embarazada a los quince, bebé dado en adopción; embarazada de nuevo a los diecisiete y aborto espontáneo.

—Ostras, no perdió el tiempo, ¿eh? Debe querer mucho a los niños que tiene ahora.

Olivia negó con la cabeza.

—No los tiene. Por lo visto, no puede.

—Ah, qué pena —dijo Alex.

El recuerdo de esa constatación pareció poner un bozal en la boca de Olivia. Por su expresión, sentía que había hablado de más. Ya fuera que la alcaide Siviter le diera un trato especial o no, había compartido información personal. Muy personal.

—Bueno, sea cual sea su pasado, es una buena alcaide y creo que tenemos suerte de tenerla —dijo Alex, y se levantó de la cama.

—Estamos de acuerdo —dijo Olivia. Alex se dirigió a la puerta—. Y, Alex, se qué es obvio, pero lo que te he contado debe quedar entre nosotras.

—Por supuesto, Olivia. —La psicóloga sintió que una sonrisa se dibujaba en su rostro—. Te juro que no diré una palabra.

Capítulo 22

El parque Hawne estaba situado a un escaso kilómetro y medio de Halesowen. Con solo doscientos sesenta metros de largo por ciento cincuenta de ancho, no era un lugar muy extenso, pero la zona había sido acogida por los lugareños y mejorada en los últimos veinte años. Una de esas mejoras era una flamante verja negra en Short, una calle que en ese momento estaba repleta de vehículos. Los residentes se habían reunido frente a una cinta que la policía había puesto en la entrada.

Kim se abrió paso a empujones, sin prestar atención a los reproches de

los miembros más ruidosos del grupo.

—¿Qué tenemos? —preguntó al primer uniformado que vio.

Este señaló a un grupo de personas: obreros de la construcción y gente con traje. Kim no reconoció a nadie. Se situó en medio del grupo y vio lo que todos miraban. Había una excavadora pequeña de cuchara equipada con horquillas de montacargas. En el borde se veía una colección de lo que parecían pequeños huesos.

—¿Son humanos? —preguntó uno de los personajes con traje, a quien no reconoció.

—¿Quién es usted?

—Jenson Butler, propietario de Butler Building Limited. Micky me ha llamado en cuanto ha sacado la cucharada.

—¿Lo ha llamado a usted primero? —preguntó Kim, que examinó al hombre. Tenía el pelo rubio y, según sus cálculos, unos cincuenta años. Estaba en buena forma, aunque, al parecer, no por ensuciarse las manos.

—Por supuesto. Soy su jefe y él no sabía qué hacer.

—¿Toda esta gente ha venido con usted? —preguntó ella, y señaló con la cabeza a los otros tres hombres con traje.

—Sí, ese es el responsable de salud y...

—No me importa. Vayan detrás del cordón y esperen a que los avisen.

Mientras tanto, Bryant acompañó a la gente al exterior. Cuando ya solo quedaban ellos dos y un par de uniformados, Keats acudió a su encuentro.

—Has parado a comer antes, ¿verdad? —le preguntó al médico forense.

—No me dignaré a responderte, inspectora. —Pasó junto a ella y se detuvo a un lado de la cuchara.

En ese escenario, el trabajo del médico no consistía en recuperar un cuerpo de inmediato, sino en evaluar la probabilidad de que se tratara de restos humanos, un proceso muy distinto. Nadie tocaría nada hasta que él hubiera llegado a una conclusión.

Kim y Bryant intercambiaron miradas mientras Keats observaba de cerca los huesos que había en la cuchara de la excavadora.

—¿Hay alguna posibilidad de que nos des la hora de la muerte? —preguntó Kim solo para aligerar el ambiente a su alrededor. Encontrar huesos nunca era motivo de alegría. Encontrar huesos pequeños era desgarrador.

Keats no le hizo caso.

—Sí, inspectora, opino que estos huesos son humanos. Parece que tenemos la mayor parte de una mano pequeña —señaló el lado izquierdo del agujero—, y sospecho que ese de ahí es el pulgar.

Kim asintió hacia Bryant, quien se apartó y sacó su teléfono.

—Está de camino —dijo Keats con pavor en la voz—. Me he tomado la libertad de decirle de antemano que me habían pedido que viniera, así que debería llegar en cualquier...

—¿Eres tú, Keatings? —Una voz familiar sonó desde atrás.

A pesar de las circunstancias, Kim no pudo evitar que se le escapara una sonrisa.

La doctora A era una mujer delgada que no medía ni un metro sesenta. Llevaba el pelo largo, con el color degradado, es decir, con las puntas más claras que el resto. Su nombre completo en macedonio era largo y complejo, así que todo el mundo la llamaba doctora A. Y era la arqueóloga forense más hábil y apasionada con la que Kim hubiera trabajado nunca.

En cuanto se acercó, le ofreció la mano. A pocas personas las saludaba con respeto. Esta era una de ellas.

La doctora A le cogió la mano y se la estrechó con cariño.

—Me alegro de volver a verla, inspectora. Bueno, no tanto —dijo, y miró el agujero en el suelo.

Kim asintió con la cabeza.

La doctora A se acercó a la cuchara.

—Y tú, cariño, ¿cómo estás?

Keats le respondió con rostro serio.

—Estoy bien, gracias —dijo.

—Por supuesto que sí, Keatings, pero estaba hablando con nuestro encargo —dijo. Dio la vuelta al agujero y miró el interior de la cuchara.

La oleada de tristeza que recorrió sus facciones confirmó lo que ya sabían: que estaban ante los huesos de un niño.

La doctora A sacó su teléfono.

—Bryan, por favor, saca de aquí a esa gente.

Bryant no se molestó en corregirla sobre su nombre. Ya lo había hecho muchas veces. Nunca sabría si esos errores eran intencionados, pero se los perdonaba de todos modos.

Él se acercó a los últimos policías que quedaban y les ordenó que se marcharan. Mientras tanto, la doctora A reunió a su equipo.

—Vale, recogeré los huesos del suelo y trabajaré en tus instalaciones, Keatings.

—Qué suerte la mía —dijo él, fuera del alcance del oído de la mujer. Ni siquiera él era lo bastante valiente para provocar a la impetuosa dama.

—Vale, largaos, largaos todos —dijo ella, y sacó una goma elástica de su bolsillo. En un par de rápidos movimientos, se recogió su largo cabello para que no la molestara.

—¿Nos echan? —preguntó Keats, de pie junto a Kim.

—Eso parece.

—Por favor, quedaos si os apetece a ver cómo cuido de estos huesos hasta que llegue mi instrumental; sin embargo, imagino que tenéis tareas más urgentes. Yo cuidaré de nuestra pequeña alma.

Kim no tenía ninguna duda de que cumpliría su promesa.

—Y la precisión de ese dato podría no cambiar —dijo Keats de camino hacia la entrada.

—Lo sé —respondió Kim. Si eran los huesos de un crío, nunca se enterarían de si había sido un niño o una niña.

El camino hasta la puerta era corto. Fuera, ya se habían colocado mamparas contra las miradas curiosas.

Keats se despidió de ellos y se dirigió a su furgoneta.

Otro rostro familiar apareció ante Kim.

—¿Quieres comentar algo para la comunidad a través de la prensa local? —le preguntó Frost.

—Sí, me gustaría compartir que eres un incordio muy puñ...

—Nada por ahora, Frost —interrumpió Bryant.

—Vamos, inspectora, esa no es forma de hablarle a alguien que ha dormido en tu cama.

—En la de visitas —le dijo Kim a Bryant.

—Puedo asegurarte, jefa, que no necesitaba ninguna aclaración.

Kim fulminó a Frost con la mirada antes de alejarse.

—¿Sabes?, si rara vez soy amable con alguien es por una buena razón. Cuando vuelven, solo es para patearme el culo.

—Dejemos de hablar de la noche en que se quedó a dormir —bromeó Bryant mientras se dirigían hacia las personas de chaleco reflectante.

Kim se acercó al operador de la máquina.

—¿Usted estaba en la pala?

El hombre sacó la barbilla.

—Excavadora —corrigió.

Ese era un nombre grandilocuente para una pieza de maquinaria de construcción más pequeña que la media. Quizás la pequeña máquina aspiraba a ser eso: una excavadora.

—¿Y qué estaba haciendo?

—Excavando —dijo, y se cruzó de brazos.

—Ah, qué gracioso. ¿Ha estado aquí toda la semana?

—Bueno, si va a hacer preguntas tan tontas...

—No sé de dónde viene su actitud, amigo, pero háganos un favor, a usted y a mí, y déjela de lado antes de que terminemos en la comisaría. Queremos un informe detallado de la persona que ha descubierto los huesos.

Le sostuvo la mirada durante unos segundos, evaluándolo. Ya había

tenido roces con ese tipo. Era un hombre de mediana edad, con un trabajo decente, pero un pasado turbio y asuntos con la ley. El resentimiento hacia la policía era algo que lo acompañaría hasta la tumba. Pero ese no era el problema de Kim.

—¿Necesita que le repita la pregunta?

—Estaba excavando cimientos para un muro, nada importante.

—¿Por orden de quién?

—De mi jefe —respondió.

—¿Y quién dio instrucciones a su jefe? —preguntó ella, tratando de mantener la paciencia. No la ayudarían las discusiones mezquinas ni las luchas de poder. De Bryant había aprendido a contener la lengua. Miró a su alrededor—. ¿Dónde está su jefe? —preguntó.

—Ha tenido que marcharse. Reunión urgente.

Ella seguía tratando de reprimir su irritación. Estaba bastante segura de haberle dicho que no se fuera a ningún lado. Había que tener cojones, tuvo que admitirlo, para desafiar de manera abierta las instrucciones de una inspectora de la policía. Pero ya se encargaría de él más tarde.

—Bryant, por favor encuentra a alguien con quien pueda hablar sobre...

—Eeeh..., disculpe, soy Roy Barber, presidente de la asociación de vecinos.

Bryant lo miró con satisfacción, como si el hombre acabara de aparecer para acatar las instrucciones de su jefa.

—Ah, señor Barber, ¿me puede confirmar qué se está construyendo aquí?

—Sí, es una pequeña zona de asientos para las reuniones de los vecinos.

—¿No les bastarían unos bancos? —preguntó Bryant.

—Los siguen robando, oficial. Pusimos una cámara temporal. Bueno, era la vieja cámara del bebé de Sandra. Pilló a los ladrones, pero ustedes no los persiguieron. Así que no tenemos justicia ni bancos. —No era un caso que la Fiscalía de la Corona quisiera llevar a los tribunales—. No tenemos mucho dinero y queríamos algo permanente. Estos chicos nos dieron un buen precio, algo barato de verdad. Hace unos veinte años hicieron un buen trabajo aquí, así que estamos encantados de recurrir a ellos otra vez.

—¿Y el nombre Steven Harte significa algo para usted?

Al oírlo, la sonrisa de Roy se ensanchó.

—Por supuesto. La mayoría de las mejoras que hemos hecho se las debemos a él. Empezó a ayudarnos en los noventa. Si no fuera por él, nuestro modesto parque seguiría siendo un terreno olvidado, cubierto de mierda de perro y condones usados. —Frunció el ceño—. ¿Está metido en algún lío?

Kim prefirió dejar esa pregunta sin respuesta.

—¿Y ha hecho algo más reciente?

—Hace tiempo que no sabemos nada de él, pero cada año dona una pequeña cantidad a los fondos de nuestro comité.

—¿Cuándo fue la última vez que participó en obras de gran envergadura, señor Barber?

—Bueno, creo que en el 95. —Maldición, eso era un año antes de que secuestraran a Melody Jones—. No, no, espere. No es correcto. Fue en el 99: pagó para que se quitaran algunos árboles muertos y se plantaran nuevos árboles ya crecidos.

—¿Está seguro de que fue en el 99? —preguntó Kim. Tres años después de la desaparición de Melody.

—Absolutamente. Él y su equipo estaban decididos a hacer el trabajo antes de que llegáramos al cambio de milenio.

—¿Su equipo?

—Sí, los chicos que estaban aquí antes.

Kim sintió que la ansiedad le revolvía el estómago.

—¿Butler Building Limited?

El hombre asintió.

—Hemos vuelto a recurrir a ellos por decisión propia, ya que hicieron un trabajo muy bueno.

—¿Así que, hace veintidós años, Steven Harte trajo a esta misma empresa para hacer un trabajo?

Roy asintió.

—Según tengo entendido, Jenson Butler trabaja en todos los proyectos de Steven Harte.

Capítulo 23

Kim se sentó en el escritorio de reserva.

—Vale, chicos, creo que por fin tenemos nuestra respuesta a la pregunta de «¿Por qué ahora?». —Antes de ir a hablar con Steven Harte, quería que el equipo se pusiera al corriente.

Penn miraba su pantalla.

—¿Crees que él sabía que esto iba a pasar? —preguntó.

—Tiene sentido.

—Jefa, ¿piensas que Steven Harte secuestró a Melody Jones y que también tiene a Grace Lennard? —preguntó Bryant.

—Eso creo.

—¿Y por qué no esperar a que llamáramos a su puerta? —preguntó Stacey—. Tiene que haber sabido que, de alguna manera, llegaríamos hasta él. Sigue sin tener sentido para mí.

—Stace, sé que te cuesta verlo como el malo —dijo Penn—, pero tienes que aceptar...

—No, así no —dijo Kim—. Obedece tus instintos, Stace. Aún no ha admitido nada, así que no podemos dejarnos llevar. Necesitamos una voz discrepante para mantener una perspectiva amplia y otras opciones abiertas. No podemos darnos el lujo de centrarnos en una sola pista.

Bryant levantó la mano.

—Eeeh..., ¿así que a Stace le pagan por sentarse aquí y discutir contigo?

—Algo así.

—¿Dónde pusieron el anuncio de ese empleo? Lo habría solicitado.

Kim entendía ese punto de vista, pero necesitaba que la objetividad de Stacey permaneciera intacta, en caso de que estuvieran persiguiendo el rabo equivocado. A Kim, los instintos le decían que Steven Harte estaba metido hasta las cejas, pero, sin pruebas sólidas ni una confesión completa, poco podía hacer.

Stacey apartó la vista de su pantalla.

—Jefa, creo que podríamos tener otro —dijo.

El corazón de la inspectora detective dio un vuelco.

—¿Otro qué? —preguntó. ¿Otro secuestro? ¿Otro sitio con huesos?

—Otra Suzie —dijo mientras clicaba, furiosa.

—¿Qué? —Kim dejó en el escritorio su café recién servido.

—He retrocedido un par de años más. En el 92, despareció una niña de ocho años llamada Libby Turner. Dos años antes que Suzie y cuatro antes que Melody Jones. Se la llevaron de una finca de Chester. Nadie vio nada, y adivinad qué.

—¿Regresó a casa? —preguntó Kim, esperanzada.

Stacey asintió.

—Sí. Un año después, la encontraron a cuatrocientos metros de una comisaría. Estaba ilesa. —Stacey seguía leyendo con el ceño fruncido—. De inmediato, Libby entró en el sistema de acogida.

—¿Supusieron que la familia estaba involucrada en el secuestro?

—No lo creo, pero nunca volvió a vivir con ellos. Seguiré investigando.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó Kim a nadie en particular.

—Aquí tengo una dirección, jefa. Actualmente vive a las afueras de Wrexham —dijo Stacey.

Kim miró a Penn.

—¿Crees que tu vieja cafetera te llevará tan lejos?

Penn se rio.

—Ya te lo he dicho: es de fiar.

«Aunque no está muy ordenado», pensó Kim. Recordaba haber tenido que quitar escombros del asiento del copiloto en una ocasión en que Bryant había estado ocupado en otra cosa.

Penn se puso de pie.

—Stace...

—Ya he enviado un mensaje a tu teléfono.

El sargento cogió su chaqueta y salió.

Kim se terminó su café.

—Stace, quiero conocer todos los proyectos en los que Steven Harte ha trabajado con Butler Building Limited y también echar un vistazo a los empleados y las finanzas de la empresa. Esos dos tienen una historia. Debemos saber hasta cuándo se remonta.

Bryant entrelazó las manos y se las puso en la nuca.

—Voy a relajarme y...

—Ya quisieras, Bryant. Tú vienes conmigo.

Con la mañana que llevaban, Kim tenía más que unas pocas preguntas que plantearle a Steven Harte.

Capítulo 24

Kim se sentó.

—Hola, señor Harte, gracias por haber venido a hablar con nosotros otra vez —dijo.

El hombre se irguió en su asiento.

—Mi única intención es ayudar, inspectora —dijo.

—Por supuesto. —Kim se llevó la mano al bolsillo trasero. Deslizó sobre la mesa un billete de veinte libras—. Esto debería cubrir la cena de Penn. Recibe dietas para sus gastos.

Harte levantó la mano en señal de rechazo, pero ella empujó el billete un poco más.

—Señor Harte, debo insistir.

No estaba dispuesta a enfrentarse a acusaciones de soborno en un posible juicio. La defensa podría hacerlos picadillo con eso. Literalmente.

—La entiendo, inspectora, pero no me gusta la sensación de estar retrocediendo. Ayer, estoy seguro, acordamos que me llamaría Steven.

—Bien, Steven, ¿por qué ha venido y qué quiere?

—No quiero otra cosa que ayudarla con sus investigaciones.

—Bien, ¿dónde está Grace Lennard?

Él sonrió y volvió a acomodarse en la silla.

—Estoy seguro de que Grace Lennard está bien, dondequiera que esté. Tenemos muchas otras cosas de las que hablar.

Kim sintió que Bryant se envaraba a su lado. Al igual que a Kim, no le gustaba que Harte intentara controlar la dirección del relato, pero habían acordado que ella dirigiría el interrogatorio.

—¿Dónde está Melody Jones?

—¿Ya ha hablado con su familia?

—Sí, y me intriga saber por qué usted nos ha puesto en su camino. ¿Quería causar aún más daño? ¿No cree que ya han sufrido bastante?

—No estoy seguro de que hayan sufrido en absoluto. Pero pensaba que a usted le interesarían sus antecedentes.

—Sí, estamos muy interesados, pero ¿cómo sabía tanto sobre su pasado? ¿Cómo de cerca ha seguido a esa familia?

—Por favor, hágame una pregunta cada vez —dijo él, y se dio unos golpecitos en un lado de la cabeza—. Me cuesta mantener el ritmo.

Bryant se movió en su asiento. Kim se daba cuenta de que a su compañero le estaba costando mucho no pasar la mano al otro lado de la mesa e intentar sacudirle la información. Por suerte para ella, Bryant tenía un excelente autocontrol, porque la fuerza bruta no iba a funcionar ahí.

—Lo siento, Steven, pero no le creo ni por un minuto. Simplemente intenta controlar la conversación.

Él no era idiota. Ella tampoco.

Harte sonrió.

—En respuesta a su primera pregunta, sabía mucho sobre sus antecedentes porque, como cualquier ciudadano preocupado en aquella época, veía las noticias, leía los artículos y veía las entrevistas. Vi cómo Lyla Jones fruncía el ceño cada vez menos y sonreía cada vez más. Observé cómo

su maquillaje se hacía cada más espeso y estaba cada vez mejor aplicado. Vi cómo su pelo se oscurecía y se estilizaba. Vi cómo su confianza crecía junto con su saldo bancario.

—¿Conoce sus finanzas?

—Me imagino que le pagaban por muchas de sus apariciones. Vi cómo el secuestro de Melody tenía que ver cada menos con Melody y más con ella.

Kim no podía cuestionar nada de aquello.

—Pero ¿qué esperaba usted que encontráramos?

El hombre se encogió de hombros.

Sin poder evitarlo, Kim se preguntó si ese hombre intentaba aliviar su culpa por haber acabado con la vida de Melody o si trataba de convencerlos de que la vida de la niña no habría sido tan buena.

Él le buscó la mirada.

—Entonces, ¿qué más ha desenterrado durante su ausencia? —preguntó.

Tras el juego retórico de Harte, Kim estaba segura de haber oído un gruñido bajo en la garganta de Bryant. Sin embargo, antes de entrar en la habitación, había decidido no compartir nada del descubrimiento en el parque Hawne.

Si estaba en lo cierto, si era verdad que Harte había ido porque sabía que descubrirían los restos de Melody, esperaría que las preguntas de la inspectora se centrarían en eso. Pero Kim no iba a tocar ese punto hasta tener más información, hasta poder hacer las preguntas que de verdad quería hacer. También era importante que ese hombre comprendiera que no tenía el control.

—Nos reunimos con una mujer llamada Suzie Keene. Tal vez la recuerde. —Los ojos del interrogado brillaron de diversión, aunque no dijo nada—. Suzie Keene tenía nueve años cuando fue secuestrada, en 1994. La alejaron de su familia durante un año.

—Ah, sí, me acuerdo de Suzie. También leí muchos artículos sobre ella y su familia.

Kim vio a qué estaban jugando. Se daba cuenta de que no tenía más remedio que seguirle la corriente.

—¿Y qué recuerda de esos artículos, Steven?

—Recuerdo que tuve la impresión de que era una niña tímida y sensible. Retraída. Sentí que, cuando desapareció, tenía problemas con su familia. En el llamamiento por televisión, sus padres no parecían muy unidos. Oí que volvieron a hacer piña mientras Suzie no estaba. Luego la niña reapareció como por milagro, algún tiempo después, y se reunió con una familia feliz.

—Un año después —recalcó ella—. Es mucho tiempo.

—Afirmó que estaba intacta. —El rostro de Harte se contrajo de preocupación—. Solo un perturbado mental la habría tocado.

—Uno se pregunta, entonces, qué clase de enfermo la retuvo.

Él se resistió a dejar que en su rostro apareciera cualquier emoción. Kim tomó nota de ese desencadenante concreto para utilizarlo en caso de necesidad.

Harte se recuperó enseguida.

—Y, después de esa terrible experiencia, ¿cómo le ha ido? —Kim no pensaba darle la satisfacción de responder a esa pregunta. Él ladeó la cabeza —. Estoy seguro de haber leído en alguna parte que ahora es arquitecta. ¿No es así? —Kim no dijo nada.

«Increíble, ¿verdad? Que alguien pueda experimentar algo tan perturbador y que no repercuta en el resto de su vida. De hecho, uno incluso se pregunta si fue una experiencia positiva que...

—La arrancaron de su familia y la mantuvieron cautiva durante un año —dijo Kim, incapaz de escuchar la retorcida perspectiva de ese hombre.

—Me pregunto si es así como ella lo recuerda —dijo él, e inclinó la cabeza.

Kim se tomó un momento para reflexionar. Allí no había nada que no se hubiera podido extraer de los medios de comunicación de la época. No había nada específico que lo relacionara con el crimen. Era un hombre inteligente y sus respuestas estaban bien ensayadas.

—Me imagino que también para Libby Turner, dos años después, fueron como unas vacaciones en casa, ¿no? Tengo la sensación de que también ha leído mucho sobre ella.

Kim se daba cuenta de que Harte no podía ocultar los pequeños estallidos de triunfo que aparecían en sus ojos. Tomó otra nota mental mientras él contestaba.

—Qué curioso que lo diga, inspectora, porque la recuerdo muy bien.

Capítulo 25

—Un minuto antes estaba en el bosque, jugando al escondite, y, al siguiente, me desperté en una habitación desconocida.

Penn asintió para animarla a continuar.

Amable, Libby Turner había accedido a hablar con él. Lo había conducido a un solárium en la parte trasera de su vivienda unifamiliar, una construcción nueva en las afueras de Wrexham.

Ahí tenía la mejor luz de la casa para su negocio de joyería. El sol entraba y se reflejaba en las piedras, broches y herramientas que cubrían un antiguo banco de trabajo.

—Tenía miedo, pero no estaba herida. Nadie habló conmigo. La comida llegaba por la noche, mientras dormía, pero yo no quería comer, porque pensaba que estaba envenenada. Al segundo o tercer día me llegó una nota. Solo decía: «Nadie volverá a hacerte daño».

Penn se puso detrás de la oreja un mechón de pelo rubio rizado.

—¿Y usted creyó lo que decía la nota? —preguntó.

—En realidad, sí, porque debajo de las palabras había una cara sonriente. La gente malvada no dibuja caras sonrientes, ¿o sí? Esa era mi lógica de ocho años, así que creí en él.

Penn se sentó en el borde de la silla.

—¿Él? —preguntó. ¿Habría visto a su captor?

—Todos estos años he asumido que fue un hombre. Nunca olí perfumes ni oí pasos. Siempre supuse que era un hombre. —Las esperanzas del sargento se desvanecieron. De esta testigo tampoco tendrían una identificación, pero se sentía lo bastante intrigado como para seguir escuchando.

«Empecé a comer y a disfrutar del espacio. La habitación era preciosa. Tenía una cama grande y un baño propio. Había un televisor en la pared, un escritorio y un armario lleno de ropa y zapatos nuevos. También había una ventana, pero estaba cubierta con una especie de mural. Cuando intenté despegarlo, me di cuenta de que lo habían pegado por fuera.

—¿No echaba de menos a su familia? —preguntó el sargento. No podía

imaginarse a sí mismo separado de sus padres y Jasper a esa edad.

Una sombra pasó por el rostro de la mujer.

—Echaba de menos a mis amigos más que a mi familia. Ellos habían sido mi salvavidas. —¿Por qué necesitaría un salvavidas una niña de ocho años?, se preguntó Penn, aunque no quiso interrumpir—. Al cabo de un par de semanas, empezaron a aparecer las tareas escolares, un día sí, un día no. Si terminaba las clases, al día siguiente recibía cómics y pilas para Fido.

—¿Fido?

Libby sonrió.

—Ya sabe, uno de esos juegos electrónicos de mascotas. Se trataba de alimentarla, pasearla, adiestrarla y demostrarle cariño dándole palmaditas.

—¿Así que él le llevaba regalos?

Ella asintió.

—Juegos y rompecabezas. Casi siempre cosas que mantenían el cerebro en funcionamiento, algo desafiante que había que resolver. Recuerdo que una vez se me rompió la pulsera. Ah, qué disgusto. Mi abuela me la había comprado antes de morir. Lo que yo no encontraba era el eslabón del cierre. Al día siguiente, ya tenía unas pinzas y una pequeña mordaza. Conseguí corregir uno de los eslabones de la cadena para repararla. Días después, ya tenía una caja llena de cuentas, cordeles y broches, material suficiente para hacer cien pulseras. —Penn miró el banco de trabajo—. ¿Quién me iba a decir que se convertiría en mi pasión y mi trabajo?

—¿Le llevó algo más? —preguntó Penn. Buscaba pistas en esos actos.

—Jarabe para la tos —dijo ella—. Tuve tos. Durante la noche me llegaron medicinas y caramelos para la garganta. También me trajo un libro que no le había pedido, pero lo leí, y entonces pedí otro.

—¿Usted lo pidió?

—Levanté el libro hacia la cámara de la esquina y asentí.

Así que siempre había habido una cámara. El hombre las había observado solo Dios sabía por qué razón.

—¿La cámara no la hacía sentir incómoda?, ¿saber que la estaban observando?

La mujer negó con un gesto.

—Me hacía sentir segura. Sabía que absolutamente nadie me haría daño.

Penn oyó la emoción vibrar en su voz.

—¿Y alguien le había hecho daño antes? —preguntó con dulzura.

Libby sacó una caja de cigarrillos del cajón de su escritorio y abrió la puerta del jardín trasero. Encendió uno y se apoyó en el marco.

A Penn no le pasó inadvertido que la charla sobre el cautiverio no suscitaba más que recuerdos entrañables. En cambio, hablar de su vida en el mundo real le provocaba la necesidad de fumar un cigarrillo para calmar los nervios, así como la aparición de rigidez en los hombros y la cara.

—No es algo de lo que me guste hablar.

Él guardó silencio.

Otra calada al cigarrillo, una larga exhalación, y estuvo lista para continuar.

—Esos libros que me trajo... Eran relatos de chicas que habían sufrido abusos: sus historias, sus luchas, sus triunfos.

Penn no supo qué decir. Dejó que el silencio durara hasta que ella estuvo dispuesta a romperlo.

—Mi tío llevaba meses tocándome. Hacía lo que todos: decía que la gente saldría perjudicada si yo se lo contaba a alguien. Y yo lloraba hasta quedarme dormida, intentando tragarme la vergüenza y el asco. Pero hice lo que me dijo. Dejé de comer y me encerré en mí misma. Ese es el miedo que usted percibe. Yo tenía miedo de sus visitas, de que mi madre se enterara y le doliera. Me sentía atrapada y sola. —Sacudió la cabeza, como si así pudiera desprenderse de la experiencia.

«Los libros que leí me dijeron que no estaba sola. Comprendí que, con una amenaza, mi tío me había arrebatado el poder. Esas historias me dieron fuerzas y ánimo. Cuando por fin se abrió la puerta y vi la furgoneta que me esperaba, supe que había llegado el momento de volver a mi vida y enderezarla. Solo tenía un año más que antes, pero me parecía toda una vida. Mi verdad me tenía rebosante.

—¿Vio a alguien en la furgoneta? —preguntó Penn. Quería escuchar la historia de esta mujer, pero no podía perder la oportunidad de averiguar algo

que los ayudara en la investigación y para llevar a Grace Lennard a casa sana y salva.

La mujer negó con un gesto.

—A nadie. Solo sabía que era hora de irme. En la parte trasera había un colchón, para suavizar el viaje. Poco después, la furgoneta se detuvo y la puerta se abrió. Lo crea o no, vacilé. Sentí que abandonaba la seguridad para sumergirme en la incertidumbre; pero salí y eché a caminar. Había una comisaría, así que entré y les dije quién era.

—Leí que entró directamente en el sistema de acogida.

—Ese mismo día hablé con la policía acerca de mi tío. Mucha gente vino a hablar conmigo, pero yo quería a mi madre. Y, cuando ella llegó, me rompió el corazón. No me creyó. Me abrazó y, de inmediato, me pidió que me retractara, que le dijera a todo el mundo que me había confundido. Vi el dolor que le estaba causando, pero no estaba dispuesta a desdecirme. No quería. Me pusieron en acogida temporal hasta que quedara solucionado. Echaba de menos a mi madre, pero era feliz. Estaba con otros niños en una casa de acogida, con una familia estupenda, y no sentía ningún miedo. No quería volver a aquello, y mi madre seguía negándose a creer lo de su hermano, así que me quedé en acogida. Unos diez años después, al tipo lo sorprendieron abusando del hijo de uno de sus vecinos. Fue procesado. Mi madre reapareció entre disculpas y vergüenza, pero era demasiado tarde.

—Usted perdió mucho tiempo con...

—¿Sabe cuál es una de las peores cosas en la vida de un superviviente de abusos, lo que paraliza su vida más adelante, lo que le quita el sueño y lo llena de rabia?

Penn negó con la cabeza.

—Permanecer callado. No decirle nada a nadie. Permitir que el maltratador lo silencie. No voy a decir que los años posteriores a mi regreso fueron fáciles. Fueron difíciles por muchas razones, pero no porque estuviera aterrorizada ni porque me odiara a mí misma. He sufrido mucho menos que otros gracias a que encontré el valor para hablar. Esas cosas me ocurrieron, pero no me han moldeado.

Aunque Penn ya había oído a la jefa hablar sobre los recuerdos que Suzie tenía de su propio cautiverio, era extraño escuchar la gratitud que había tras las palabras de Libby, lo agradecida que estaba por la fuerza que le habían dado durante ese tiempo.

—¿Recuerda algo del viaje de vuelta? —Penn quería apartarse de lo emocional y volver a lo pragmático. Y al motivo de su visita.

La mujer negó con un movimiento de cabeza.

—Quizás fueron quince minutos, o cincuenta, no lo recuerdo.

—¿Hubo algún sonido en particular o...?

—Oficial, eso fue hace veintinueve años.

Penn supo que no pasarían de ahí. Ella no tenía ninguna necesidad de recordar. No tenía ningún deseo de ayudarlos a atrapar a la persona que se la había llevado. No le guardaba rencor.

A menos que...

—Señora Turner, ¿recordaría mejor las cosas si le dijera que creemos que se ha llevado a otra niña?

Él se sorprendió al ver un aparente fastidio en la cara de la mujer.

—Eso no ayuda a mi memoria en nada. No puedo recordar lo que no recuerdo. Y, si la tiene él, no deberían preocuparse demasiado, no le hará daño.

Penn estuvo a punto de decirle que los huesos del parque Hawne podrían contradecirla.

Capítulo 26

—Sí, no le he sacado mucho más —dijo Kim después de que Penn les contara los detalles de su reunión con Libby Turner—. Aunque creo que Bryant estuvo cerca de noquearlo una o dos veces.

—No soy violento, pero, de verdad, ese tipo pone a prueba mi paciencia —admitió Bryant.

Stacey lo entendía. Era frustrante que Steven Harte solo les hubiera dado detalles que podría haber leído o averiguado durante ese tiempo. Y, sin embargo, había una intimidad en sus recuerdos, una sonrisa aquí o un ceño fruncido allá que daban a entender que había participado como algo más que un mero observador.

—Ahora tenemos dos víctimas a las que les gustaría estrecharle la mano —estaba diciendo Kim cuando una bienvenida figura apareció en la puerta—. Por fin, sí que has tardado —dijo a modo de saludo a Alison Lowe,

especialista en comportamiento criminal, que entraba en la habitación.

—Tu jefe me ha comunicado la urgencia en términos inequívocos.

—Perdona si te hemos interrumpido otro día de no hacer nada útil, excepto...

—He llegado a casa a las dos de la mañana después de una consulta: el perfil de un violador en Glasgow.

—Me alegra saber que has vuelto a hacer lo que mejor sabes. Ahora, siéntate —dijo Kim, y señaló el escritorio libre.

Se alegraba de que la mujer hubiera vuelto a ser consultora. Había pasado algún tiempo ausente del trabajo de campo a raíz de una experiencia cercana a la muerte mientras trabajaba con ese mismo equipo.

Miró la pantalla en la que aparecía Steven Harte, que se bebía su sexta taza de té dulce.

—Anda, ¿quién es? —preguntó Alison.

—Chicos, ponedla al corriente —dijo Kim, que comprobó su teléfono.

Un correo electrónico de Keats la informaba de que la doctora A y su equipo ya estaban instalados en el parque Hawne.

Cuando los compañeros terminaron de poner al día a la perfiladora, Kim le preguntó:

—Entonces, ¿qué opinas?

Alison la miró fijamente con su habitual semblante carente de emociones.

—Llevo aquí cinco minutos. No he formulado ni una pregunta ni he revisado un solo minuto de cinta, y ya me estás preguntando qué pienso. Madre mía, apuesto a que eres una mala cita. —Kim enarcó una ceja inquisitiva—. Olvida la copa de vino, pasa del entrante y vamos al plato principal.

—¿Sabes que tenemos una niña desaparecida? —reiteró la inspectora.

—Siete minutos y ya me estás poniendo de mal humor —dijo Alison sacudiendo la cabeza—. Puede que incluso sea un récord.

—Aunque me encantaría charlar contigo y ponernos al día tomando un café con pastas, tenemos que avanzar.

—¿Me estás diciendo que no hubo ningún tipo de contacto? —preguntó Alison.

—Ninguna de las víctimas lo vio —dijo Kim.

—¿Hay alguna posibilidad de que lo hubiera hecho solo por ellas? —preguntó Stacey—. De algún modo, ambas víctimas se beneficiaron de que hubiera intervenido.

Alison lo pensó un momento antes de negar con la cabeza.

—Improbable. Que no fuera sexual no significa que no sacara nada.

Kim se sirvió café.

—Antes de empezar con Harte, explícame por qué ambas víctimas sienten que su secuestrador era una especie de dios —dijo—. Las apartó de todo lo que conocían y las aisló durante doce meses. ¿Cómo pueden ambas perdonar tan fácilmente ese hecho?

—Síndrome de Estocolmo.

Kim gruñó.

—Demasiado fácil.

Alison puso los ojos en blanco.

—Ah, cómo me gusta tener que demostrarte mi valía cada vez que solicitas o, mejor dicho, exiges mi participación en un caso. Disfruto tanto con esta parte del proceso... —Bryant puso un café sobre el escritorio de Alison. Ella le dio las gracias con un movimiento de cabeza—. Sí, creo que me va a hacer falta. —Tomó un trago—. Bien, que no creas en algo no lo hace menos real.

—Mi problema es que ese término se ha blandido por todas partes...

—Ya te digo: es real y proviene del apego emocional hacia el captor. El apego se forma en el rehén como resultado de la tensión continua, la dependencia y la necesidad de cooperar para sobrevivir. —Dio otro trago al café—. Todos los cautivos en el edificio Kreditbanken de Estocolmo, en 1973, se negaron a declarar ante el tribunal. Algunos incluso intentaron recaudar dinero para los abogados defensores de su secuestrador.

Kim se cruzó de brazos.

—¿Eran todos vulnerables de alguna manera?

Alison negó con la cabeza.

—Se pueden crear vínculos fuertes a través de experiencias negativas, igual que ocurre con los soldados en el frente. Hay cuatro factores principales para que se desarrolle el síndrome de Estocolmo. Uno: ¿había alguna relación previa entre el secuestrador y el cautivo?

—No, que sepamos.

—Dos: ¿las rehenes se han negado a cooperar con las fuerzas policiales u otras autoridades?

—Ninguna nos ha ofrecido nada ni remotamente útil.

—Tres: ¿creían las rehenes en la humanidad de su captor?

—Vaya que sí —dijeron Kim y Penn juntos.

—Y cuatro: ¿eran conscientes, de manera implícita o explícita, de que su captor tenía sus propias razones sesgadas para mantenerlas con vida?

—Ambas parecen pensar que lo hizo por su propio bien.

Alison se lo pensó un momento y luego asintió.

—Sí, eso tiene sentido.

—¿En qué universo? —preguntó Kim.

—Nuestro instinto natural de supervivencia pasa al primer plano de nuestro subconsciente. Se convierte en la fuerza motriz de nuestras acciones, creencias y emociones. La necesidad de sobrevivir de la víctima es más fuerte que el impulso de odiar a la persona que ha creado el conflicto.

—Ay, maldita sea, ¿alguien puede traer de vuelta a Foggarty? —preguntó Kim.

—No sé quién es Foggarty, pero, en cualquier situación en la que dos oponentes se ven reducidos a la condición de víctima y agresor, como sucede con las víctimas de violencia doméstica que se quedan con sus maltratadores o las trabajadoras del sexo que son castigadas a menudo por sus proxenetas, se desarrolla un afecto profundo, ya que el captor es responsable de la supervivencia.

—Entiendo eso, pero debe haber habido oportunidades para tratar de escapar. Les llevaba comida todas las noches —argumentó Kim.

—En primer lugar, eran niñas —dijo Alison—. En segundo lugar, los rehenes de Estocolmo estuvieron allí solo cinco días y formaron profundos vínculos emocionales con su captor. Pero imagina que estás en cautiverio y crees que, cuando se abra la puerta, vas a morir. Si, en vez de eso, tu secuestrador te trae comida y bebidas, sientes una gratitud primitiva por el regalo de la vida.

«Una niña estadounidense llamada Jaycee Lee Dugard estuvo retenida durante dieciocho años. Tuvo muchas oportunidades de escapar. Le habían dado una identidad falsa, y ella la mantuvo hasta que Garrido, su secuestrador, confesó. Jaycee dio una explicación sucinta cuando dijo que se había adaptado para sobrevivir. ¿Con qué frecuencia crees que Bear Grylls va a casa y se bebe un vaso de su propia orina? Pero ¿lo haría para sobrevivir? Por supuesto que lo haría. Nuestro instinto de supervivencia supera casi todo lo demás, tanto en el plano emocional como en el físico.

Kim sacudió la cabeza.

—No solo no lo odian ni lo culpan, sino que parecen sentir un gran afecto por él —dijo.

—Natascha Kampusch exigió ver el cadáver de su secuestrador después de que este se suicidara. Rompió a llorar y abrazó su cuerpo. Más tarde compró la casa en la que había estado cautiva, y guarda una foto de él en su bolso. —Aunque Kim lo había oído por ahí, no lo había creído Alison continuó —: El síndrome de Estocolmo suele disiparse tras el trauma del suceso, aunque es posible que la víctima nunca se recupere del todo.

—¿Por eso todavía tienen sentimientos tan profundos por él? —preguntó Penn.

—Muy pocas víctimas reconocen haber sufrido el síndrome de Estocolmo. Los pasos para la recuperación requieren una terapia intensa, y la sanación es diferente para cada persona en función de la gravedad del abuso, del tiempo de retención y del estado psicológico previo al suceso. —Alison hizo una pausa. Kim parecía estar digiriendo lo que le había dicho—. Un año en cautiverio es mucho tiempo. Es comprensible que hayan desarrollado afecto y lealtad. No te van a decir nada útil.

Eso Kim ya lo tenía claro.

—Lo creas o no, es más probable que se lo saques a él.

—¿Y podrías ayudarnos con eso? —preguntó Kim.

—Sujétame el cubata, inspectora, sujétame el cubata.

Capítulo 27

—¿Qué quieres que haga la jefa, exactamente? —preguntó Stacey a Alison mientras ambas miraban el monitor.

—Voy a volver a verlo todo, pero ahora solo quiero presenciar alguna interacción en directo para hacerme una idea de su comportamiento y su carácter.

Alison le había pedido a la jefa que informara a Harte del descubrimiento del parque Hawne. La jefa había ido primero a hablar con Woody.

Penn trazó una línea en medio de la pizarra.

—¿Qué haces? —le preguntó Stacey.

—Fechas y nombres —respondió él sin girarse—. Todo se está volviendo un poco confuso y me gusta ver las cosas en blanco y negro.

Ella lo observaba trabajar a gran velocidad. El sargento formaba columnas tabuladas.

Libby Turner, secuestrada en 1992, devuelta en 1993.

Suzie Keene, secuestrada en 1994, devuelta en 1995.

Melody Jones, secuestrada en 1996.

—¿Qué salió mal? —preguntó Stacey.

Alison, por su parte, se afanaba con sus cuadernos, bolígrafos y un par de libros de texto.

—¿Qué salió mal con qué? —preguntó.

—Con Melody. Si estos tres casos son obra de una sola persona...

—Creo que sí —interrumpió Alison, que miró la pizarra.

—¿Por qué lo crees?

—Mira qué control tan estricto de los tiempos. Los secuestros se producen cada dos años. Las niñas son retenidas durante un año, y luego liberadas, ilesas.

—Así que pregunto de nuevo: ¿qué salió mal con Melody? ¿Por qué no la devolvió ilesa después de un año?

—Tal vez vio a su secuestrador —sugirió Penn.

—O quizá no entró en la furgoneta con tanta facilidad como las otras y hubo algún forcejeo —dijo Alison.

—¿Podría él haber escalado en su modus operandi? —preguntó Stacey.

—¿Desde dónde? —preguntó Alison—. Al principio no era violento. En realidad, no sabemos por qué las secuestró. Sabemos que no era un tema sexual, así que mi suposición, en este momento, es que se trataba de algún tipo de voyerismo distorsionado.

—Sin cámara en el baño y con cerradura en la puerta —apuntó Penn—. No las veía bañarse ni desvestirse.

Alison se encogió de hombros.

—No tengo nada todavía. Quiero decir, ¿hay alguien más con quien puedas hablar?, ¿alguna víctima anterior a Suzie y Libby? Si cambió su comportamiento con Melody, tal vez...

—No hay incidentes similares antes de 1992 —la informó Stacey.

—De verdad, necesitamos saber por qué mató a Melody y no a las otras. Necesitamos saber por qué se detuvo.

—Mierda —dijo Stacey mientras un escalofrío la recorría.

—¿Qué? —preguntó Penn.

—¿Y si Melody fue la primera que mató? ¿Y si se convirtió en su nuevo modus operandi? ¿Y si Melody no fue la última?

—Ay, mierda —dijo Penn, y volvió a su escritorio.

Capítulo 28

Kim entró de nuevo en la sala de interrogatorios, seguida de Bryant.

—Espero que su comida haya estado bien —dijo.

Alison le había dado instrucciones de que no lo provocara. El jefe la había advertido de que se anduviera con cuidado. La instrucción había sido hacer lo que fuera necesario para encontrar a Grace Lennard.

De ella esperaban, eso estaba claro, que se portara bien con un hombre que, en su opinión, había secuestrado a dos niñas, había matado a Melody

Jones y conocía el paradero de Grace Lennard. Sin duda, daría lo mejor de sí misma.

—Ha estado bien —respondió—. Las patatas no tenían bastante sal, pero ha llenado el hueco.

Estaba a punto de asegurarle que transmitiría sus comentarios a la chef; pero, conociendo a Betty Miles, la de la cafetería, imaginaba la respuesta: iría acompañada de algunos gestos obscenos.

—Me alegro —dijo, y entrelazó los dedos sobre la mesa—. Hablemos de su relación con el parque Hawne.

—Por supuesto, pero, fue hace tanto tiempo, que tal vez mi memoria no sea tan precisa como a usted le gustaría.

Kim se preguntaba si en la pérdida de memoria estarían incluidos los huesos allí enterrados.

—¿Cómo se implicó en el parque Hawne? —preguntó ella.

—Apenas tengo relación con ellos, inspectora. Hace muchos años, después de haber leído en el periódico sobre su difícil situación, hice un pequeño donativo a su causa.

—Lee muchos periódicos, ¿verdad, Steven?

Kim sintió que Bryant le golpeaba apenas el pie por debajo de la mesa.

Nada de provocaciones.

—Creo que es bueno estar al tanto de qué sucede en la localidad —respondió.

—¿Y qué averiguó de ese proyecto?

—Que era una iniciativa de una pequeña comunidad. Intentaban hacer un poco más atractivo su entorno.

—¿Y lo atraen ese tipo de proyectos?

—Inspectora, he sido afortunado en mis negocios a lo largo de los años. He ganado mucho más de lo que he necesitado gastar. Siempre he sabido cuándo retirarme de una situación para que no me pillen... fuera de lugar.

Kim sintió que se le tensaban los músculos de la mandíbula. El tipo estaba jugando con ella, lo sabía, y se había quedado enganchada, pensando en

cómo responder.

—¿Donó unos miles de libras a su programa naturista, y ya está?

—Sí, ese fue el alcance de mi...

—¿Qué hay de su conexión con Butler...?

—Ah, espere un momento. ¿Cómo he podido olvidarlo? También di instrucciones a los albañiles en algunos trabajos de excavación.

Maldita sea. Había estado a punto de acusarlo de mentir, pero, a ese hombre, su limitada memoria lo había salvado en el último momento.

—¿Se refiere a los constructores de Butler?

—Ah, sí. No hay nadie mejor en la zona para desenterrar... cosas.

De nuevo, sintió la presión del pie de Bryant contra el suyo. Incluso él sabía que Harte estaba tratando de provocarla.

—Bueno, la verdad es que Butler ha desenterrado algo interesante hoy.

—¿En serio?, ¿qué? —preguntó él, y se inclinó hacia delante.

Ah, cómo habría querido ella inclinarse también, agarrarlo por el cuello y apretarlo hasta que le dijera dónde estaba Grace Lennard.

—Huesos, Steven, y parecen ser humanos. ¿Hay algo que quiera contarnos?

Él se llevó la mano a la barbilla, horrorizado.

—¿Hay restos humanos en el parque Hawne? —preguntó.

La evasiva y la sorpresa eran actuaciones que ni siquiera había intentado disimular.

—¿Sabe algo de ellos? —insistió ella.

«Repetición, repetición, repetición», había dicho Derek Foggarty.

—No importa cuántas veces me haga la misma pregunta, inspectora, la respuesta va a seguir siendo la misma.

—No recuerdo que me hubiera dado una respuesta, Steven.

—Yo, en su lugar, cuidaría ese tono, inspectora, o su colega podría darle

una patada bajo la mesa por tercera vez.

—Vale, esto no va a seguir así —dijo Kim, y echó su silla atrás—. No voy a tratarlo como a un testigo útil cuando sé de sobra que es el responsable del secuestro y el asesinato de niñas. Considéreme fuera de su partida. —Puso las manos sobre la mesa y se inclinó hacia él—. Se quede o se vaya o no, sepa que la próxima vez que nos veamos yo pondré las reglas.

Él echó la silla hacia atrás.

—Inspectora, se va a arrepentir...

—Tal vez —dijo ella desde la puerta—. Pero podré vivir con ello, porque, ahora mismo, solo me está haciendo perder el tiempo.

Mientras salía furiosa de la sala de interrogatorios, se imaginó a Alison, negando con la cabeza, desesperada; pero era incapaz de soportar más el silencioso triunfo de ese tipejo. Cada vez que abría la boca, confirmaba que estaba implicado, pero no de forma que a ella le sirviera.

Se apoyó en la pared del pasillo.

—Lo sé, lo sé —le dijo a Bryant.

—Para serte franco, me sorprende que hayas mantenido la calma tanto tiempo.

—Sí, pero he jodido por completo nuestras posibilidades de...

Ya no siguió hablando, porque su teléfono empezó a sonar.

Vio con tristeza cómo Steven Harte salía del edificio y se dirigía a su coche. Kim sabía que, si Woody había estado mirando, él sería el próximo en llamarla.

—Dame algo bueno, doctora A.

—Te doy lo que tengo, inspectora. Hemos recuperado todos los huesos. Son de una persona pequeña.

—¿Sexo?

—Desconocido, por el momento, pero estoy preparada para decirte que estamos buscando a una niña o un niño de no más de doce años. Te mantendré informada de nuestros...

—Gracias, doctora —dijo, y colgó.

El coche de Steven Harte salía marcha atrás de una plaza de aparcamiento.

Ahora mismo, tenía los medios, un buen motivo y la oportunidad de huir del país para nunca volver a ser visto.

Kim salió corriendo y pasó junto al coche de Hart, que ya iba en dirección a la salida.

Se interpuso en su camino.

La mirada del hombre se encontró con la suya. Él no aminoró la marcha.

Ella plantó bien los pies y se cruzó de brazos.

El coche siguió avanzando.

Desde las puertas automáticas, Bryant se lanzó hacia ella.

El corazón latía desbocado en el pecho de Kim, pero no se movió. No iba a dejar que se fuera.

El coche se detuvo a unos centímetros de sus piernas.

Nunca en su vida había perdido en a ver quién se ponía más gallito.

—Jefa, ¿a qué demonios estás jugando? —gruñó Bryant.

Ella fue a un lateral del coche y abrió la puerta del conductor.

—Señor Harte, por favor, bájese.

Él salió con una gran sonrisa.

—Creí que ya no estábamos jugando. ¿Ha cambiado su...?

—Juego diferente, reglas diferentes.

Él ladeó la cabeza.

—No, no lo creo. Me gustaban las reglas anteriores.

—Señor Harte, en unos treinta segundos, Bryant va a decir algo que de verdad no le va a gustar. Así que, antes de que lo haga, le pregunto una vez más: ¿qué sabe del secuestro de Melody Jones y del paradero de Grace Lennard?

Él se apoyó en su coche.

—Ya le he dicho que no tengo nada más que decir.

Kim se volvió hacia su colega.

—Arréstalo —dijo. Se dio la vuelta y se alejó.

Capítulo 29

Woody apartó su silla del escritorio con un fuerte movimiento.

—¿Con qué motivo? —ladró.

—El secuestro y asesinato de Melody Jones.

Él se pasó la mano sobre su lisa cabeza.

—¿Bajo qué criterios? No tienes...

—Para permitir una investigación rápida y efectiva del delito. Es poco probable que yo consiga nada si él sigue manteniendo el control.

—Has tenido la oportunidad de sacar la información de...

—Señor, perdone que lo interrumpa, pero Steven Harte ha tenido todo bajo control desde el momento en que entró en la comisaría. Ha sido muy consciente de nuestro alcance mientras nos ayuda con nuestras investigaciones. Yo he roto cien cáscaras de huevo caminando de puntillas a su alrededor para no cometer ninguna equivocación con la que después pueda machacarnos. Y afirmo, con la mano en el corazón, que el tipo no compartirá nada que no quiera. Lo necesito aquí por la fuerza, no por elección. Necesito libertad para interrogarlo como es debido.

Durante su discurso, vio que parte de la tensión abandonaba el rostro de su jefe.

—Ni un error aquí, Stone. Te lo advierto.

—Está con Jack ahora mismo.

Después de detenerlo, Bryant había llevado a Harte ante el oficial de guardia, quien lo informó de sus derechos. Jack se aseguraría de que el detenido pudiera llamar a alguien, así como de ofrecerle asesoramiento jurídico gratuito. Le darían la oportunidad de consultar el Código de Procedimientos Policiales, le ofrecerían atención médica en caso de que se encontrara mal y lo informarían, por escrito, de sus derechos sobre las pausas periódicas para comer y usar el baño.

Kim suponía que Steven Harte no necesitaba esa orientación, pero se sintió aliviada de saber que, cuando Jack acabara con él, lo pondría en una celda, y no en la sala de interrogatorios.

—¿Te das cuenta de que has destruido cualquier posibilidad de que nos lleve a Grace Lennard?

—No iba a hacerlo —respondió ella—. Lo hemos tenido vigilado desde que salió ayer de comisaría hasta que ha vuelto esta mañana. Si la niña no está en su casa, la tiene en algún sitio donde pueda comer, tomar agua; o bien, ya está...

—No pensemos mucho en un probable «Ya está...» —dijo él, y se frotó de nuevo la cabeza. Suspiró—. Déjame a mí lo de la orden de registro. Va a hacer falta una redacción creativa para conseguir una firma, y creo que tienes bastante que hacer.

Kim conocía las restricciones que la limitaban. De no encontrar algo concreto pronto, tendrían que pedir permiso a un superintendente para prorrogar la detención otras doce horas, o bien a un magistrado para retenerlo hasta un máximo de noventa y seis horas. Si no lograban acusarlo en ese periodo, tendrían que soltarlo. Sabía que, con lo que ahora tenían, conseguir cualquier tipo de prórroga sería pedir peras al olmo.

—Tienes veinticuatro horas para inventar algo bueno, Stone, así que será mejor que desaparezcas de mi vista y las aproveches.

Capítulo 30

—¿Así que mañana a las tres tendremos que acusarlo o soltarlo? —preguntó Penn. Frunció el ceño.

Kim sabía que el sargento entendía bien los procedimientos policiales y que solo repetía las palabras de Kim en plan de «necesito que esto cale».

—Tenemos que conseguir algo, chicos. No nos hemos acercado tanto para luego soltarlo. En alguna parte hay una niña y no podemos confiar en que Steven Harte nos dirá dónde está.

Todos asintieron, excepto Alison, que levantó los pulgares.

—Gracias por seguir mis indicaciones, ¿eh? Buen trabajo. —Kim enarcó una ceja—. Aunque, para ser justos, no ibas a sacarle nada.

La inspectora ya sabía eso.

—La próxima vez que me des un consejo, asegúrate de que sea algo que de verdad pueda hacer. ¿Cuánto de eso esperabas que me tragara?, nunca lo sabré.

—He visto lo suficiente para empezar.

—Bien, y, ahora, ¿qué tenéis para mí? —preguntó Kim.

—Jefa, Penn y yo estamos intentando averiguar si Melody ha sido su última víctima —dijo Stacey. El sargento fue a la pizarra—. Hasta ahora, todos los secuestros parecen haber ocurrido en intervalos de dos años. Se llevó a Libby en el 92 y la liberó en el 93. Se llevó a Suzie en el 94 y la liberó en el 95. Se llevó a Melody en el 96.

—¿Así que piensas que el asesinato de Melody podría haber marcado algún tipo de cambio en su comportamiento con las niñas?, ¿que podría haber secuestrado a otra en el 98?

—Eso estamos buscando, jefa —confirmó Stacey.

—Vale, sigue en ello, Stace. Penn, quiero una lista de cada centímetro cuadrado que posea.

—De acuerdo, jefa.

Kim se volvió hacia la psicóloga.

—Alison, estudia cada minuto de esas grabaciones. Encuéntrame algo que pueda usar. Tenemos que ser capaces de controlar esto.

—Me pongo —dijo, y volvió a la pantalla.

Bryant la miró y ella asintió hacia la puerta. Tenían mucho que hacer y poco tiempo.

Capítulo 31

Ver huesos infantiles tendidos en una camilla era triste.

Tanto ella como Bryant se tomaron un momento para procesarlo. Habían visitado esa morgue cientos de veces a lo largo de los años. Habían visto cadáveres en todos los estados de descomposición. Habían observado cuerpos torturados y heridas autoinfligidas. La mayoría de las veces, a partir de la pista más tenue, lograban formarse una vaga idea de la familia, la vida y los gustos de la persona.

Allí no había nada. Y el que no hubiera carne en los huesos, literalmente,

hacía la situación aún más conmovedora.

En cierto modo, Kim habría deseado que el esqueleto no estuviera recompuesto con tanta precisión. La imagen demostraba lo pequeña e indefensa que había sido esta criatura.

Reclamó la atención de su colega, que aún no apartaba la vista de la camilla.

—Bryant —dijo.

—Tenemos la mayoría de los huesos —los informó en tono sombrío la doctora A—. Mi equipo sigue sirviendo más huesos pequeños.

Kim supuso que la mujer había querido decir «cerniendo», pero no hizo nada por corregirla.

—¿Alguna novedad sobre el sexo? —preguntó.

La doctora A soltó un pesado suspiro.

—Se han desarrollado varios métodos macroscópicos para determinar el sexo de restos óseos infantiles y juveniles, pero las normas actuales recomiendan, en general, que no lo intentemos, porque el nivel de fiabilidad es bajo. Las diferencias entre los esqueletos masculinos y femeninos son una combinación de efectos genéticos, variaciones hormonales, cultura y entorno. En individuos que han alcanzado la madurez esquelética, la determinación del sexo se considera fiable; sin embargo, los esqueletos no siempre pueden clasificarse en dos categorías nítidas. Los rasgos relevantes componen un espectro que va de muy femenino a muy masculino y pasa por un estado intermedio.

«En el análisis antropológico se utilizan cinco categorías: femenino, probablemente femenino, intermedio, probablemente masculino y masculino».

Kim miró la pequeña cabeza.

—¿No podemos saberlo por el cráneo? —preguntó.

La doctora A negó con un gesto.

—Los huesos aún no están formados del todo. Los niños suelen tener mentones más prominentes, arcadas dentales anteriores más anchas y escotaduras ciáticas más estrechas y profundas que las niñas. Tomando en cuenta estos rasgos, la valoración es correcta en el setenta por ciento de los

casos, más o menos.

«Las señales de sexo más efectivas no empiezan a desarrollarse hasta la adolescencia, y algunas no se expresan del todo hasta la adultez. En los niños, estimar el sexo sigue siendo un problema.

Keats dio un paso adelante.

—Hay análisis de ADN que exigen una buena supervivencia de este y llevan mucho tiempo.

—¿Y el análisis de péptidos? —preguntó Bryant. En la sala, todos los ojos se volvieron hacia él.

—¿De quién? —preguntó Kim.

—Estoy impresionada, Bryan —dijo la doctora A. Incluso Keats lo miró con una sonrisa.

—¿Qué? Me gusta estar al día —dijo, y se encogió de hombros.

—Volveré a meter en la cama a nuestra joven víctima mientras la doctora A os lo explica —dijo Keats, y cubrió los huesos.

Antes de que los detectives pudieran concentrarse en la respuesta, Bryant abrió la puerta para que Keats trasladase la camilla al almacén.

—El análisis peptídico consiste en un grabado al ácido del esmalte dental, superficial y apenas destructivo. A partir de ahí, se puede identificar el cromosoma sexual. El esmalte dental es el tejido más duro del cuerpo humano y su supervivencia al enterramiento es excepcional, incluso si el resto del esqueleto o el ADN de la fracción orgánica ya se han descompuesto.

—Suena caro —señaló Kim.

—Parece que se avecina un gran pero —observó Bryant.

—Su precio es prohibitivo y aún no se utiliza de forma generalizada.

¿Estaría Woody dispuesto a destinar miles de libras de su presupuesto a una sola prueba forense de última generación? Kim sospechaba que no.

—Vale. Si tenemos en cuenta lo que has averiguado hasta ahora, ¿en qué categoría, de las cinco que has enumerado, pondrías esto? —preguntó Kim.

—Yo diría que quizás se trate de una niña de entre siete y trece años —dijo. En ese momento, Keats volvió a entrar en la habitación.

—Gracias, doctora A —dijo Kim, y se volvió al médico forense.

—Nadie te está presionando para que nos des algo bueno después de eso, ¿eh, Keats?

—Yo no soy una foca que actúa a petición del público, inspectora. Aunque podría decir que la causa de la muerte...

—¿Sí? —preguntó Kim, esperanzada.

—Lo más probable es que siga siendo, para siempre, un misterio.

—Keats —gimió Kim.

Él se encogió de hombros.

—En ausencia de cualquier tejido blando, es imposible hacer deducciones. Puedo decir que no hay trauma evidente en los restos que tenemos.

—Maldita sea.

Keats se apartó y anotó algo en su portapapeles. Kim entendía el problema del médico forense. Si la víctima hubiera sido apuñalada sin que ningún hueso resultara afectado, no habría pruebas, ya que la carne y los órganos habrían desaparecido hacía tiempo.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando? —preguntó. No sabía a quién era mejor plantearle esa pregunta. En caso de que las respuestas difirieran, elegiría la que más le gustara.

—De veinte a veinticinco años —dijeron juntos.

Keats levantó la mano como para recibir un «choca esos cinco», algo muy inusual en él. La doctora A lo miró como a un loco y se alejó.

Keats bajó la mano.

—Puede que sea la primera vez que os veo estar de acuerdo en algo, pero, de verdad, ¿no podéis reducirlo más que eso?

—Ah, Keatings, hemos olvidado mencionar el periódico —dijo la doctora A, y alzó la mano hacia Keats.

—No, doctora A, eso será después de algo.

La mujer negó con un movimiento de cabeza.

—Nunca os entenderé, locos británicos.

—¿Qué periódico? —preguntó Kim, sin hacer caso a esa nueva y extraña dinámica entre los dos.

—El que yacía sobre el cuerpo, dándonos la fecha y la hora exactas.

—Ah, qué graciosos.

La doctora A se volvió hacia Keats.

—¿Ahora?

—Sí, ahora —dijo él, con lo que, por fin, llegó el choca esos cinco que había estado esperando.

—Creo que os prefiero cuando os odiáis.

—Sí, estáis un poco raros —coincidió Bryant.

—¿Así que no hay nada más? —les preguntó Kim.

Las respuestas fueron negativas.

Los detectives salieron de la morgue a toda velocidad.

—Despacio, jefa, que no soy Usain Bolt. ¿Qué pasa?

—No tenemos nada definitivo, Bryant. Hemos arrestado a Harte por el asesinato de Melody Jones. Ahora mismo, no podemos probar que fuera un asesinato ni que sea Melody Jones.

—Podemos reducirlo nosotros mismos —dijo Bryant, que, por fin, acababa de igualar su paso.

—¿Cómo?

—El constructor debe tener registros. Esto no pudo haber ocurrido después de que el tipo rellenara el agujero. Plantó árboles encima.

—Bryant, hay días en que vales tu peso en oro. Vamos a ver qué tiene que decir Jenson Butler.

Capítulo 32

—¿Tienes algo más para comer, Stace? —gritó Alison de un lado al otro de la oficina.

—Como ya te has comido mi último paquete de patatas fritas con cóctel de gambas, mi manzana y mi barrita energética de emergencia, te puedo decir, con toda seguridad, que ya no hay nada. Pero, oye, eres genial para mi dieta.

Si Alison no fuera una de sus mejores amigas, Stacey la habría detestado por esa capacidad para comer más que un pueblo entero sin engordar ni un gramo.

—Dentro de un rato iré a la cafetería a tomar un tentempié —dijo Alison, y volvió a su ordenador.

—¿Qué piensas de él? —preguntó Stacey. Sus dudas iniciales sobre la implicación de Steven Harte se desvanecían con cada nuevo dato.

—Es difícil decirlo hasta que haya visto más imágenes.

—¿Por qué tienes apagado el sonido?

—Me distrae.

—¿Qué?, ¿te distrae escuchar lo que dice? —Stacey había pensado que las palabras del interrogado eran de suma importancia.

—Quiero observar sus movimientos, sus expresiones, su postura. ¿Nunca haces eso?

—¿Ver la tele con el sonido apagado? Eh..., no. Para seguir la trama, suele ser necesario oír los parlamentos.

—Lo creas o no, puedes captar muchas cosas solo con las expresiones y el lenguaje corporal.

—Vale, la próxima vez que alquile una película, me aseguraré de verla con el so...

—Ah, Penn, te quiero —dijo Alison al ver a su colega entrar en la sala.

Stacey miró el botín que Penn traía en los brazos.

—Me preguntaba dónde te habías metido —dijo.

—He pensado que sería mejor conseguir algo de combustible antes de que Betty cierre la cafetería.

Había comprado los últimos bocadillos fríos, panecillos de salchicha, patatas fritas de bolsa y una selección de brownies y galletas.

Para Alison, fue como si Papá Noel acabara de bajar por la chimenea.

—Penn, te juro que, si dentro de cinco años no te has casado, eres mío.

Él sonrió y se ruborizó un poco. Abrió la envoltura de una barra Mars.

—¿Ha habido suerte con las niñas desaparecidas? —preguntó.

—Sí, he entrado en una lista que me ha dado todos los casos no resueltos de niños desaparecidos desde 1996. Me dice qué llevaban puesto e incluso qué desayunaron.

—Qué guay. No sabía que eso se podía hacer —dijo él.

—No se puede, capullo. Ojalá fuera así de fácil. —Stacey consultó su cuaderno—. ¿Sabías que, solo en el Reino Unido, cada año se denuncian más de cien mil desapariciones de niños? De esa cifra, alrededor del noventa y ocho por ciento vuelven con sus familias bastante rápido. Aun así, el último informe de la unidad de personas desaparecidas afirma que más de mil quinientos han sido de larga duración. Eso significa que han estado ausentes más de veintiocho días. Buscar información actualizada es una pesadilla, porque los datos de cada año difieren.

—¿En qué? —preguntó Penn.

—Tomemos las estadísticas de 2018 a 2019. Las fuerzas policiales del Reino Unido registraron casi setenta y seis mil niños desaparecidos; sin embargo, hubo más de doscientos mil incidentes.

—¿Por qué?

—Porque algunos niños desaparecen varias veces al año.

—Pero tu chico a veces los devuelve.

—Cómete tu pastel, Alison, o dime algo que no sepa.

—En general, la mayoría de los incidentes de menores desaparecidos se resuelven pronto y sin causar daños. La mayoría de los incidentes resueltos terminan en ocho horas. El ochenta por ciento se resuelven en veinticuatro.

—Concéntrate en los mil quinientos —dijo Alison, y apartó la mirada.

—¿Por qué?

—Porque el secuestro de Melody Jones cambió algo en él. Si ella fue su primer asesinato, puedes aventurarte a afirmar que todas las niñas secuestradas después de Melody corrieron la misma suerte. Algo ocurrió con esa niña. Tal vez fuera el miedo a ser identificado, pero la situación lo hizo cruzar alguna línea. Es poco probable que diera marcha atrás y, de pronto, empezara a devolverlas.

Stacey no podía estar en desacuerdo. Su pensamiento más acuciante, mientras volvía al ordenador, era qué significaba eso para el destino de Grace Lennard.

Capítulo 33

Alex metió la mano debajo del colchón y buscó su posesión más preciada. La valoraba mucho, puesto que era la herramienta que la ayudaría a conseguir lo que quería, y le había costado tres semanas de su asignación para cigarrillos. No fumaba, nunca lo había hecho, pero en la cárcel era moneda de cambio, así que la tomabas igual.

Devolvió el objeto a su sitio. Lo necesitaría pronto, pero no ese día. Para causar el efecto deseado, tendría que sacarlo en el momento más conveniente. Tenía que ser el catalizador para que todo encajara. Alex tenía que asegurarse de que el destinatario lo apreciara y supiera bien cómo utilizarlo.

Los reclusos eran bastante ingeniosos a la hora de fabricar armas. Una de las más comunes era un cepillo de dientes afilado como navaja. Otra más creativa era un sacaojos hecho con dos tenedores de plástico unidos y sin los dientes centrales. Durante el tiempo que llevaba dentro, había visto un peine que cortaba como una navaja de afeitar. También un guante con pinchos hecho con un guante de jardinero y tachuelas de tapicería. Incluso había visto un puñal de papel. Una reclusa había arrancado páginas de un libro, las había mojado y las había enrollado muy apretadas. Luego las había secado en salazón. El resultado: un cuchillo.

Pero Alex no necesitaba un arma para la siguiente parte de su plan. Tenía su propia boca, y eso era suficiente por ahora.

Para el próximo movimiento, había esperado a que terminara el horario de visitas.

Llamó a la puerta y entró en una celda situada a cuatro de la suya. Puso

en su rostro una falsa sonrisa.

—Eh, Lisa —dijo.

Aparentar amabilidad e interés la dejaba exhausta. Como no sentía ninguna de las dos cosas, tenía que poner mucho esmero y energía para fingir. Era como desempeñar un papel exigente las veinticuatro horas del día. Ah, qué alivio cuando las luces se apagaban y podía quitarse la máscara y permitir que sus expresiones faciales coincidieran con las cavilaciones de su mente.

—Ya sabes, otro día, pero la misma mierda.

De inmediato, Alex notó que Lisa tenía los ojos enrojecidos e hinchados.

Bien.

—¿Cómo ha ido la visita de Rod?

Dios, una charla informal exigía un gran esfuerzo.

—No ha venido —dijo Lisa, que arrancaba las bolitas de su tosca manta gris.

Claro que no. Las visitas del novio eran cada vez más infrecuentes.

Hacía un mes que Alex había identificado a Lisa como la candidata perfecta para su plan.

No era la primera vez que la joven de veinticuatro años adornaba las celdas de Drake Hall. Hacía dos años, había estado dentro por revender objetos robados. Después de nueve meses de cautiverio, ya recuperada, había salido de la cárcel como ejemplo del proceso de rehabilitación.

Todo era de color de rosa hasta que se topó con uno de sus antiguos compinches, quien la convenció de guardar unas joyas robadas. Y había dicho que sí solo porque ella y su novio estaban arruinados. Lisa acababa de enterarse de que estaba embarazada y sabía que ese dinero extra le vendría bien.

Alguien se chivó. Su casa fue allanada y ella volvió a la cárcel otros cinco años. Debido a las condenas anteriores, el juez no tuvo en cuenta las súplicas de la mujer, que estaba casi a término, y le impuso la pena máxima.

Hasta el día del parto, Lisa había intentado, por todos los medios, que la trasladaran a una de las seis prisiones del país con unidad materno-infantil, pero no había plazas disponibles. El niño se lo habían quitado a las pocas

horas de nacer.

La madre había caído en una profunda depresión. Si bien era triste para ella, para Alex era un suceso afortunado. La cárcel no era un buen lugar para desarrollar problemas de salud mental. El personal había hecho su mejor esfuerzo, pero no estaba lo bastante formado para detectar las señales y saber qué hacer. Pero, por suerte, Alex estaba allí para ayudarlos.

—¿Así que no has podido volver a ver al pequeño? —preguntó.

No recordaba el nombre del niño.

Lisa negó con un movimiento de cabeza y, al instante, sus ojos se llenaron de lágrimas.

Perfecto.

Este dolor crudo era el mejor tipo de dolor para trabajar. No quería que la mujer sintiera ningún alivio. Quería que experimentara el filo de la pérdida y la soledad.

—Es extraño, porque aún tengo aquí la huella de su cuerpecito contra mi pecho. Puedo ver cada detalle de su carita arrugada. No sé cómo voy a soportar estar lejos de él hasta que haya cumplido mi condena.

Alex echó mano de su habitual truco de mirar sin pestañear. Se le humedecieron los ojos.

—¿Tienes hijos? —le preguntó Lisa.

Alex guardó silencio por un instante antes de negar con un movimiento lento de la cabeza.

—Ya no. —Lo más cerca que había estado de tener hijos era una foto de dos niños que, para guardar las apariencias, había puesto hacía años en su escritorio. La había recortado de un catálogo. Resopló—. Tuve dos —dijo.

—¿Tuviste?

—Sí, cuando me divorcié, mi marido solicitó la custodia completa. Y, como él se había quedado con todo nuestro dinero, ni siquiera pude defenderme. Ganó y se los llevó a vivir a Nueva Zelanda. Los hombres se reponen muy rápido.

—Ay, lo siento mucho...

—No pasa nada.

—Cuéntamelo —insistió Lisa.

—Ay, no, no quieres oír nada de eso —dijo Alex, aunque sabía muy bien que sí. En su niebla de desesperación, Lisa quería algún tipo de garantía de que las cosas iban a mejorar. Que había esperanza.

—Por favor, cuéntamelo, y quizá no me sienta tan sola.

—Lo que más me torturaba eran las visiones de mi marido con otras mujeres.

Lisa palideció.

—Ay, Dios, ¿no creerás que Rod...?

Alex levantó la mano.

—No —dijo. Eso había estado bien. La idea ya estaba sembrada, no necesitaba trabajarla más—. Tu caso es diferente. Yo trabajaba muchas horas y no estaba disponible para él. Tuvo una aventura que, al parecer, se convirtió en amor. Yo nunca sospeché nada.

Alex empezaba a intercalar pausas entre las oraciones. Le daba a Lisa tiempo para digerir lo que le estaba diciendo. Y ahora mismo, la mujer se estaría preguntando cómo averiguar algo desde allí dentro.

—Sus reuniones se alargaban —continuó Alex— y él siempre tenía una excusa para no volver a casa antes de la medianoche. Por supuesto, es diferente para ti. Rod viene a verte cada vez que puede.

—Se le ha averiado la furgoneta —se lamentó Lisa con tristeza.

—Por supuesto que sí —dijo Alex—. De todos modos, nosotros intentamos superarlo por el bien de los chicos. Él quiere mucho a sus hijos.

Lisa se animó.

—Rod quiere mucho a Josh.

—Pero ya no estábamos por la labor. Le dije que las cosas mejorarían dentro de unos años, una vez que hubiera montado mi bufete. Si él hubiera aguantado un par de años más, habríamos tenido la vida que siempre quiso. —»Igual que Rod tendrá que esperarte un par de años». Merecía la pena insistir en este punto—. Pero él no fue capaz. Un par de meses después de nuestro nuevo comienzo empezó a llegar tarde.

Lisa bajó el rostro apenas un par de centímetros y sus dedos hurgaron de

nuevo en la manta.

—¿Y los niños?

—Cuanto más me esforzaba por resistir, más duro era para ellos. Por el bien de los dos, no tuve más remedio que dejarlo marchar. —Alex suspiró con fuerza para que Lisa valorara su martirio y sacrificio. Necesitaba dejar muchas semillitas para que germinaran en la mente de esa chica.

«En cuanto se fueron, empecé a torturarme con visiones de él encontrándose con alguien más. Me iba a dormir imaginándolos juntos. Me preocupaba que mis hijos me olvidaran. Esos pensamientos giraban en torno a él enamorándose, casándose con otra; mis hijos encariñándose de alguien más mientras se desvanecían sus recuerdos de mí. Me torturaban las imágenes de otra persona acostándolos, de otra mujer leyéndoles cuentos; de ellos viendo el rostro de esa mujer justo antes de dormirse. —Hizo una pausa para comprobar que el terror inundaba los ojos de Lisa.

«Pero lo peor que imaginé, porque no había nada que yo pudiera hacer al respecto, era que la llamaran mamá.

Lisa se tapó la boca horrorizada y un grito ahogado escapó de sus labios.

—Lo siento. No debería haberme desahogado así. Nuestras situaciones son completamente distintas. Estoy segura..., o sea, yo no habría pensado que nada de eso te pasaría, pero el dolor sigue tan crudo..., incluso después de seis años. No hace falta mucho para que todo se desborde.

—Está... Está bien —dijo Lisa, que intentaba ordenar sus pensamientos.

Alex negó con la cabeza.

—Nunca le había dicho esto a nadie —dijo en tono de conspiración—, pero, cuando el dolor estaba en pleno apogeo, me sorprendí de encontrar fuerzas para seguir adelante. —Se levantó y fue a la puerta—. La mayoría de los días solo quería morirme. Es un dolor que nunca desaparece, y, como tú eres madre, sé que me entiendes.

Alex esbozó una última media sonrisa antes de darse la vuelta y salir de la celda.

La media sonrisa se convirtió en una sonrisa de verdad.

Sí, esa parte de su plan iba por buen camino.

Capítulo 34

Butler Building Limited tenía su sede en un pequeño polígono comercial a las afueras de Quinton. Desde el aparcamiento, Kim vio que el negocio había crecido con los años hasta ocupar los locales aledaños. A la derecha del edificio de dos plantas, una verja metálica doble encerraba un solar que parecía destinado al almacenamiento de equipos y materiales.

Las tres plazas reservadas frente a la puerta estaban ocupadas por un BMW, un Jaguar y un Mercedes nuevos.

—Parece que la empresa prospera —dijo Bryant mientras pasaban junto al grupo de vehículos.

—De todos modos, los altos cargos siempre son los últimos en sufrir —dijo Kim.

Abrió de un empujón la pesada puerta de cristal de la entrada. La zona de recepción era un lugar agradable y sin pretensiones. Las sillas parecían cómodas, pero no había flores ni revistas que hicieran más amable el espacio. Las paredes estaban llenas de montajes enmarcados de lo que, Kim supuso, eran proyectos de gran envergadura en distintas fases de construcción.

Frunció el ceño cuando apareció una mujer en el mostrador.

Bryant se adelantó.

—¿Podemos hablar con Jenson Butler, por favor? —Mostró su identificación. La mujer cogió sus gafas del escritorio y le dedicó una mirada atenta—. Hablamos con él brevemente en el parque Hawne —aclaró.

—Ay, Dios, ¿ese lugar donde aparecieron los huesos, no? ¿Son humanos?

—Si pudiéramos hablar con el señor Butler... —insistió Bryant. Hacía gala, con tanta gentileza como firmeza, de una de sus muchas habilidades sociales. Era capaz de templar dos emociones en el punto exacto para obtener el resultado que deseaba. Kim no había sido dotada con esa habilidad. Ella preguntaba una vez. A la siguiente, gritaba. Dejaba muy poco margen para los puntos medios.

La mujer cogió el teléfono y Bryant se apartó del escritorio para darle intimidad. Se tomó un momento para examinar la galería. El mismo ceño fruncido que había aparecido en el rostro de su jefa se reflejaba en el suyo.

En definitiva, había algo que abordar cuando hablaran con el hombre.

La mujer colgó el teléfono.

—Tardará solo un par de minutos —dijo.

Bryant volvió a acercarse al escritorio. Se apoyó en el mostrador, como si fuera el bar de su localidad.

—¿Usted lleva mucho tiempo aquí? —preguntó.

—Veintinueve años —dijo ella, con orgullo en la voz.

—¿De verdad? Debió salir de la escuela muy joven, a una edad insólita.

Kim se alegró de estar mirando hacia el otro lado y poder ocultar su sonrisa. Ese hombre era encantador, y ella entendía por qué. En boca de otro, esas palabras podrían haber sonado zalameras, pero no en la de Bryant. Las decía con naturalidad y sin rodeos, lo que les añadía autenticidad.

—Ay, gracias. Sí, era bastante joven cuando empecé aquí. Esto no se parecía en nada a lo que es hoy. Billy Butler, el padre de Jenson, empezó el negocio con una excavadora, una pala mecánica y un par de hombres. Hizo crecer el negocio hasta tener un equipo de ocho, pero ha sido el señor Butler hijo quien lo ha llevado hasta donde está ahora.

Kim se giró.

—¿Y de qué estamos hablando? —preguntó.

—Tenemos más de trescientos empleados y trabajamos en todos los condados del Reino Unido. Hemos construido algunos edificios importantes por todo el país y...

—Gracias por el discurso de relaciones públicas, Barbara —dijo Jenson Butler, que acababa de aparecer detrás de ella—, pero no creo que a los agentes les interese nuestra cartera.

—Lo siento, señor Butler, solo estaba...

—¿Quieren seguirme? —Señaló una puerta a la derecha del mostrador.

Kim notó el trato formal de Bárbara con su jefe. La mujer llevaba con ellos cerca de treinta años. ¿No era casi parte de la familia?

—Sí, recuerdo los tiempos en que uno no se sentía culpable por haber impreso un trozo de papel —murmuró Barbara al pasar Kim.

La detective sabía que muchas empresas estaban prescindiendo del papel en su esfuerzo por ser ecológicas y respetuosas con el medio ambiente. Otras lo hacían porque se lo imponían los organismos de acreditación, nada más. Si

no cumplías las directivas, perdías la afiliación.

Y estaba claro que esa empresa quería ser miembro del club de los guais, pensó Kim al entrar en lo que, supuso, sería la sala de reuniones. La mesa tenía el cristal más grande que hubiera visto nunca. En el centro había un teléfono tipo centralita. Del techo colgaba un proyector desplegable. No había ningún papel a la vista. Todo le pareció bien, hasta que tuvo en cuenta el nivel de ingeniería que se necesitaba para fabricar una mesa como esa y llevarla hasta allí. Estaba claro que algunas de las directivas eran solo para exhibirlas y tener un certificado.

—Se ha ido antes de tiempo, señor Butler —observó Kim mientras tomaba asiento—. Confío en que la urgencia haya quedado resuelta.

—¿Qué urg...? Ah, sí, por supuesto. Mis disculpas.

Kim estaba segura de que ninguna urgencia lo había obligado a abandonar el lugar. El hombre no había querido quedarse, nada más.

—Sin embargo, me alegro de haber tenido la oportunidad de hacerle una visita. Barbara nos estaba contando un poco de la historia del negocio. —Un destello de fastidio se reflejó en el rostro de Butler—. Ha sido una cortesía de su parte —le aseguró. No quería meter a la mujer en problemas—. Solo nos ha contado que usted lo ha hecho crecer a partir de lo que construyó su padre.

—Sí. Barbara no deja de añorar los viejos tiempos, cuando llamaba a mi padre por su nombre de pila y charlaba con él durante la jornada. Hoy exigimos otro nivel de profesionalidad —dijo él con rigidez.

—Me sorprende que siga por aquí —observó Kim.

—Era un requisito —dijo él con pesar.

—¿Un qué?

—Una condición en el contrato que redactó mi padre antes de permitir que yo me hiciera cargo del negocio.

—Ah, ¿así que usted la ha heredado? —preguntó Kim.

—Mientras ella quiera trabajar o hasta que muera, lo que ocurra primero.

Si hubiera habido el menor rastro de humor en esas palabras, a ella le habrían hecho gracia, pero el tono del hombre solo demostraba su fastidio por no tener ningún control.

«Buen trabajo, Butler padre», pensó Kim.

—Así que, esos huesos en...

Él levantó la mano.

—Antes de empezar —dijo—, ¿necesito que mi abogado esté presente?

—¿Para qué?

—Bueno, hemos descubierto huesos. No sé si...

—Señor Butler, ¿ha hecho algo malo? —preguntó ella.

—No, que yo sepa.

—Entonces, creo que estamos bien. Me gustaría saber un poco más sobre su negocio, si no le importa.

—Estoy seguro de que Barbara ha hecho un resumen adecuado de nuestra historia, pero, en pocas palabras, mi padre trabajaba gracias a recomendaciones, es decir, al boca a boca: pequeñas ampliaciones de casas, pequeñas reparaciones comerciales y reformas. Trabajó sin parar en un radio de treinta kilómetros y no puso un solo anuncio durante treinta años.

—¿Y usted se unió a la compañía...?

—Después de la universidad y tras haber puesto en práctica mi licenciatura en Empresariales en el mundo real durante algunos años. Me incorporé cuando mi padre decidió que tenía ganas de bajar el ritmo. Ese había sido siempre su plan.

—¿Usted ha dirigido la empresa en una dirección diferente?

—Por supuesto. Seguimos los principios de mi padre, pero ampliamos la cobertura y los aplicamos a proyectos más grandes.

—¿Y usted trabajó en el parque Hawne hace muchos años?

El hombre asintió.

—Puedo conseguirle la fecha exacta, pero fue en agosto del 99.

Lo que había dicho el presidente de la asociación de vecinos, ni más ni menos.

—¿Está seguro? —preguntó Kim.

—Por supuesto que estoy seguro.

Si eso era cierto, o bien Harte había retenido a Melody durante tres años, en lugar del año que había retenido a las demás, o bien había puesto el cadáver en otro sitio.

Butler sacó su teléfono y empezó a enviar mensajes. Sus dedos eran rápidos y ágiles.

—Le daré las fechas exactas en breve —dijo, y dejó su teléfono sobre la mesa.

—¿Y así es como conoció a Steven Harte? —preguntó Kim—, ¿en el proyecto del parque Hawne?

—No, nos conocimos en nuestro primer año de universidad. No había muchos chicos del Black Country en Oxford ese año. Nuestros acentos nos distinguían. —Kim inclinó la cabeza y frunció el ceño—. He trabajado duro para suavizar el mío a lo largo de los años, inspectora. Me harté de que me llamaran brummie.

Kim sonrió.

—Así que son amigos desde...

—Espere. Yo no diría que somos amigos exactamente. Nos llevábamos bien y pasábamos el tiempo, pero, aparte de nuestro acento, no teníamos mucho en común. Yo sí empecé a hacer amigos. Le pedí que viniera a un par de fiestas o a un partido, incluso solo a tomar una caña, pero siempre estaba ocupado.

—¿En qué? —preguntó Kim.

Él se encogió de hombros.

—Le gustaba hacer fotos.

—¿De chicas?

Butler se rio.

—No. De haber sido así, yo lo habría entendido, pero eran de pájaros, árboles y flores y mierdas... Perdón, cosas así.

—¿Y han mantenido el contacto todos estos años? —preguntó Kim. Qué extraño que dijera que ni siquiera habían sido amigos.

—La verdad es que no. Perdimos el contacto mientras él andaba por ahí haciendo sus millones. Yo estaba trabajando en Londres, como le he dicho. Volví a saber de él cuando llamó a la empresa y me pidió un presupuesto para un trabajo. Todavía hacíamos cosas pequeñas, así que quedamos y charlamos.

—¿Y era lo del parque Hawne?

Él consultó un mensaje que acababa de hacer parpadear su teléfono.

—Sí. Fue del diecisiete al veintiuno de agosto de 1999 —dijo.

—¿Y él había cambiado en los años transcurridos desde que solían verse?

—Ni un poco. Seguía siendo callado y estudioso; agradable, pero un poco distante.

—¿Tenía esposa o novia?

Butler hizo una pausa y levantó la vista, como hurgando en su memoria.

—¿Sabe?, en todos estos años, desde que lo conozco, nunca ha mencionado el nombre de una mujer. Ni de un hombre, ya que estamos.

Era como si el propio Butler acabara de darse cuenta.

—¿Y ha trabajado con asiduidad para él desde entonces?

—Es un buen cliente, y un nombre nada malo que lanzar para pescar otros negocios.

—Y, después de haberle dado instrucciones, ¿Steven Harte visitó alguna vez las obras?

—Sí, fue un dolor de muelas mantenerlo alejado. Molestó a uno o dos de los trabajadores más antiguos con su obsesión por los detalles, pero, oiga, es el cliente. Puede ser tan tocapelotas como quiera.

—¿Y era eso?, tocapelotas, quiero decir.

—Del todo, pero el resultado siempre merecía la pena. Él sabía lo que quería y no se conformaba con menos.

—¿Cree que visitaba el sitio fuera de horario?

Butler se rio.

—No me sorprendería. Le gustaba estar seguro de que sus instrucciones fueran... Espere, ¿no estará insinuando que él puso esos...?

—No estoy insinuando nada, señor Butler. Solo estoy recopilando antecedentes acerca de la relación de trabajo entre ustedes dos.

—¿Y está segura de que no necesito a mi abogado? —preguntó él con suspicacia.

—No, a menos que usted haya cometido un delito desde la última vez que me ha preguntado esto mismo.

—Vale. Por favor, continúe.

—En aquel tiempo, ¿usted o sus chicos informaron de alguna actividad extraña en la zona?

—Maldita sea, inspectora, han pasado más de veinte años.

Y ese iba a ser el problema de Kim, siempre. Excepto que Grace Lennard no estaba hacía veinte años, y tampoco estaba muerta, o Kim rezaba por que así fuera; pero, para encontrarla, tenía que saber todo lo posible sobre Steven Harte y sus socios.

Butler negó con la cabeza.

—De haber sido así, estoy seguro de que lo habríamos denunciado en su momento.

Bryant sacó su cuaderno y Kim lo vio garabatear un recordatorio. Tendría que comprobar si en 1999 había habido actividades sospechosas en los alrededores de un parque comunitario.

—Una última cosa, señor Butler —dijo Kim. Recordaba el desconcierto que ella y Bryant acababan de sentir en la recepción—. Por las fotos en la recepción, veo que ha trabajado en edificios importantes de todo el país; proyectos que valen cientos de miles, si no millones, de libras.

—Es cierto —respondió él, e hinchó el pecho.

—Entonces, ¿por qué demonios está interesado en encargarse de un proyecto tan minúsculo, de un par de cientos de libras, para una pequeña comunidad?

—Porque nos lo han pedido, y nos gusta tener contentos a nuestros mejores clientes.

—¿Roy Barber, el de la asociación de vecinos, es un buen cliente?

Butler se rio.

—No, nosotros lo rechazamos.

—Entonces, ¿quién?

—Steven Harte nos pidió que reconsideráramos la petición. Él fue quien nos pidió que excaváramos en el parque Hawne.

Capítulo 35

Alison se apoyó en el respaldo de la silla.

—Maldita sea, tu jefa necesita reciclarse en relaciones diplomáticas —dijo.

Stacey gimió.

—Alison, ya ha venido un tipo a sermonearnos. No necesitamos...

—Estamos hablando de cuestiones básicas, Stace. La idea es sacarle respuestas a ese tipo.

Penn acercó su silla.

—Entonces, ¿qué ha hecho mal? —preguntó.

—Ha empezado bien. Ha sido profesional, ni hostil ni demasiado amistosa, solo que nunca a controlado su temperamento ni enmascarado el desagrado ni el disgusto. Se supone que debe permanecer emocionalmente distante y relajada, pero se ve la tensión en cada parte de su cuerpo.

—Él ha tratado de manipularla como quien toca un violín —la defendió Penn.

—¿Y a quién analizas?, ¿al sospechoso o a la jefa? —preguntó Stacey.

—En este momento, a ambos, porque no puedo averiguar si él está tenso de verdad o si está reflejando.

—¿Qué? —preguntó Penn.

—Es lo que ocurre cuando alguien imita los movimientos o gestos de otra persona para aumentar la familiaridad y la simpatía. No sé si él es consciente de su propia tensión o la capta de la jefa.

—Bueno, has tomado muchos apuntes, así que algo habrás visto.

—Limpieza —respondió ella—. Toca el aro...

—¿Toca el qué? —exclamó Stacey.

—El borde de su taza. Es un comportamiento no verbal engañoso. La ansiedad se disipa con una actividad física en forma de aseo del propio cuerpo o del entorno inmediato.

—Pide mucho té —comentó Penn.

—A menudo se toca la cara o la cabeza antes de juguetear con la taza. Es otra forma de comportamiento no verbal engañoso, esta vez provocado por el malestar asociado a cambios circulatorios. Los cambios en la circulación sanguínea se desencadenan por la respuesta de luchar o huir.

—¿Y si fuera un picor o una afección cutánea leve? —preguntó Penn.

—Por eso buscamos cúmulos —explicó Alison.

—No todas las enfermedades de la piel producen cúmulos —dijo Penn con una sonrisa pícara.

Alison rio antes de continuar.

—Me refiero a conjuntos de comportamientos. Los cúmulos no verbales incluyen gestos de limpieza, retorcimiento de manos, pies curvados hacia dentro, labios fruncidos o mordidos, postura encorvada, golpeteo con los dedos, cambio en el ritmo de parpadeo, encogimiento de hombros, puños apretados, guiños, ojos cerrados y sonrisas falsas. —Alison sonrió y tomó aire —. Hay más, si quieres que...

—Pero ¿cómo puedes saber si una sonrisa es falsa? —preguntó Stacey, intrigada—. Cada persona es diferente.

—Los músculos que rodean las cuencas de los ojos son los más difíciles de controlar. Solo una de cada diez personas consigue hacerlo. Es difícil forzar una sonrisa para que llegue a los ojos. Solo la felicidad genuina puede controlar el orbicularis oculi, el músculo orbicular de los ojos.

—¿Y qué hay de los grupos verbales? —preguntó Penn.

—Afirmaciones calificativas, como «a decir verdad», repeticiones literales de las preguntas, tiempos de respuesta no espontáneos, tono de voz débil; esquivar preguntas, dar detalles inapropiados, presentar objeciones a detalles irrelevantes, actitudes despectivas; más énfasis en la persuasión que

en los hechos.

—Pero ¿y si una persona habla o actúa así de forma natural? —preguntó Stacey—. Todos somos diferentes. Algunas personas tienen caracteres que pueden interpretarse de forma inexacta.

—Por eso necesitamos un baremo con el que hacer comparaciones, igual que con un polígrafo: se hacen preguntas de referencia antes de empezar la prueba de detección de mentiras. Es preciso establecer respuestas físicas normales con las que comparar las preguntas relevantes. Necesito un comportamiento de referencia antes de que la jefa empiece a interrogarlo.

—Pero no lo tenemos —dijo Penn—. La jefa lo metió en la habitación y la cámara empezó a grabar.

Alison sonrió.

—Por suerte para mí, tu jefa decidió hacerlo esperar un rato en el vestíbulo. No ha sido mucho. Solo puedo calibrar algunos comportamientos no verbales, pero es suficiente para detectar cambios importantes durante la entrevista.

Stacey se inclinó hacia delante.

—¿Así que lo ha hecho? —preguntó.

Alison rio.

—Llevo aquí un par de horas apenas y he visto las entrevistas una sola vez. ¿Quieres que responda a una pregunta así?

—Vale, ¿hay alguna pregunta que puedas responder?

—Pregúntame si existe algún indicador particular de engaño.

—¿Hay?

—Sí, unos diez.

—¿Y?

—Hasta ahora, nuestro hombre los ha mostrado casi todos.

Capítulo 36

—¿Con quién crees que ha tenido que acostarse Woody para que esto saliera adelante tan rápido? —preguntó Bryant mientras se dirigían a la casa

de Steven Harte.

—Me parece que entra en la política de no preguntes nada, no digas nada.

—¿Y tenemos una política así?

—No somos el puñetero Ejército —dijo ella, y puso los ojos en blanco.

Pero Kim había pensado más o menos lo mismo después de haber recibido la llamada de Woody a su salida de las instalaciones de Butler Building Limited.

La verdad, no le importaba qué órganos había tenido que vender su jefe con tal de conseguir la orden de registro. Woody le había asegurado la que encontrarían al llegar allí. Ahora mismo, no estaban más que a unos minutos de la dirección de Harte en Wombourne. Kim aprovechó el momento para rezar en silencio. Tenían que encontrar a Grace Lennard sana y salva, completamente ilesa.

—Un poco demasiado fácil, jefa —dijo Bryant.

Eso daba voz a los persistentes pensamientos de Kim.

—Cállate, Bryant —espetó ella.

Él obedeció hasta que pasaron junto a tres vehículos policiales y la furgoneta de Mitch. La puerta de la propiedad estaba abierta. El principal técnico forense ya estaba ahí.

—¿Cómo han conseguido abrir las...? Ah, ya veo —dijo Bryant, después de echar un buen vistazo.

Habían retirado las placas metálicas hasta dejar el mecanismo al descubierto. Después habían corrido las puertas a mano.

Ya dentro, detuvieron el coche cuando el inspector Weaver le hizo señas a Kim de que Nosotros trabajaremos en los exteriores, pero ya hemos abierto la puerta principal. Nadie ha entrado.

Kim quiso saber de Rocky y Tyson, los dóberman.

—¿Los perros están encerrados?

El inspector negó con la cabeza.

—No hay perros, señora.

—Gracias —dijo ella, y cerró la ventanilla. Otra mentira.

Bryant avanzó poco a poco mientras Kim pensaba en lo extraño que era estar de ese lado del muro después de haber intentado, la noche anterior, echar un vistazo por todos los medios a través de la barrera de setos.

Se daba cuenta de que estaban, con diferencia, en la propiedad más grandiosa y cara que habían visitado nunca.

—¿Cuánto? —preguntó a su colega.

—De cuatro a cinco —contestó él. Se estaban acercando a la casa por un camino de grava. Este terminaba en una zona circular de césped situada frente al centro de la fachada.

Bryant notó que había un establo y una cochera.

—Más bien, cinco —dijo.

—Es una casa bonita —observó ella—. Y nos llevará algún tiempo buscar a fondo.

—Aquí tenemos a la maestra de la infravaloración, jefa —dijo él. Se detuvo frente a la casa estilo Regencia pintada de blanco.

Ya habían retirado una puerta verde doble. Mitch los esperaba calzado y listo para entrar.

Kim salió del coche y se tomó un momento para apreciar la belleza de la casa y sus alrededores. Doce ventanas en arco adornaban la fachada.

Mitch, que iba con el teléfono en la mano, se acercó a ella.

—Neogótico de Regencia grado II, dijo. La última vez que se vendió fue hace veinticinco años, por medio millón, pero quizás ahora valga cerca de cinco.

Bryant sonrió con suficiencia.

Llegaron a la puerta principal.

—¿Qué más te dice Rightmove? —preguntó Kim.

—Que tiene diez dormitorios, cinco cuartos de baño, un buen puñado de salones y una bodega.

—¿Tienes los planos de cuando se vendió? —Mitch asintió—. Envíame el

enlace por mensaje de texto. También a Bryant —dijo ella, y entró en la residencia—. Ve al sótano tan rápido como puedas.

El vestíbulo era impresionante, un espacio restaurado con esmero, con suelo de baldosas geométricas y techos altos.

—Virgen santa —exclamó Bryant desde atrás.

Kim apartó la vista de la ornamentada cornisa y las delicadas rosas del techo. No habían ido a apreciar la belleza de la construcción.

—Vale. Tú ve arriba —le indicó a Bryant. En ese momento, los teléfonos de ambos acusaron recibo del mensaje de Mitch. El técnico forense ponía al corriente a los miembros de su equipo, que acababan de llegar.

—Si no vuelvo en una hora, es porque me he mudado.

Kim se echó a reír, porque comprendía a la perfección ese sentimiento. Cogió los guantes que alguien le ofrecía.

A pesar de que era una propiedad muy grande, había algo cómodo y acogedor. Le habían devuelto su antiguo esplendor, aunque sin exageraciones. No había grandezas innecesarias. Lo más sorprendente era que seguía siendo un hogar.

Para una sola persona, se recordó a sí misma. Todo eso era para un hombre que vivía solo y del que no se sabía que hubiera tenido ninguna relación sentimental en los últimos treinta años.

—No te olvides de buscar el sistema de circuito cerrado —pidió a Bryant cuando este ya se dirigía a las escaleras.

Él, con un gesto por encima del hombro, le indicó que la había oído.

Kim cargó el plano en su teléfono y se orientó. Grace tenía que estar allí, en alguna parte. Rezó para que se toparan con una habitación cerrada y que, dentro, hubiera una niña pequeña. Quizás asustada, desorientada, pero viva e ilesa.

Tomó el primer pasillo a la izquierda, hacia el comedor. La galería fluía con suavidad hacia el siguiente espacio.

Kim lo recorrió abriendo y cerrando cajones y armarios, con su ojo analítico en busca de cualquier cosa fuera de lugar. Aunque se trataba de una primera búsqueda superficial, no quería perderse nada. Los suelos de madera la guiaron de vuelta al pasillo.

Recorrió el salón, el guardarropa, la sala de estar, la sala de música y el comedor, en busca de cualquier evidencia, pero no podía no fijarse en las cortinas hasta el suelo, las intrincadas cenefas, la ornamentación y las delicadas lámparas de araña. Todas las habitaciones tenían una vista espectacular del terreno circundante.

Cuando llegó a la cocina, ya menguaban sus esperanzas de encontrar a Grace. Abrió la puerta del frigorífico doble y del congelador. Las dos víctimas anteriores habían sido atendidas con comidas calientes, bocadillos, bebidas y dulces ocasionales. Este era el frigorífico más verde y frondoso que hubiera visto nunca. No se parecía en nada al suyo, que contenía media tarrina de mantequilla Lurpak, unos cuantos quesos y su único guiño a la buena salud, que eran unas botellitas de Actimel.

No encontró indicios de alimentos para niños.

Pero ¿ese hombre no se habría esperado algo así?, se preguntó. Había acudido a la comisaría. Había dispuesto que se hicieran excavaciones en el parque Hawne. No era difícil creer que hubiera vaciado su nevera.

Incluso antes de entrar en la comisaría, habría sabido que eso iba a suceder.

Kim siguió rodeando la cocina y volvió al pasillo, aunque con una sensación de naufragio. Grace Lennard no estaba allí. No había forma de que Steven Harte los llevara hasta la niña hasta que estuviera listo.

Tenía la inquietante sensación de ser una actriz, de estar siguiendo un guion escrito hacía mucho tiempo.

Bryant llegó a la cocina.

—No hay nada llamativo arriba —dijo—. He comprobado los diez dormitorios y los tres cuartos de baño, así como otras dos salas de recepción.

—El sótano está despejado —dijo Mitch, que seguía de cerca a Bryant—. Aunque, si quisieras mantener a alguien cautivo, podrías hacerlo fácilmente ahí abajo. Hay seis habitaciones separadas, cada una tan espeluznante y oscura como la otra.

Kim recordó los relatos de las chicas que habían vuelto.

—Ese no es su estilo. —Ambas habían hablado de una furgoneta aparcada justo delante de la puerta principal. No habían hablado de espacios oscuros y cerrados.

—De todos modos, empezaré por ahí abajo —dijo Mitch, justo antes de que ella se lo sugiriera.

Melody Jones nunca había vuelto a casa. No había cuerpo, pero podría haber restos de ADN. Steven Harte había comprado esta casa en la misma época, más o menos, en que Melody había desaparecido. Cabía la posibilidad de que ella hubiera pasado por allí.

—¿Y los planos? —preguntó ella.

Mitch asintió.

—Tal como estaban cuando se vendió la residencia.

Bryant asintió para expresar que estaba de acuerdo.

Desde que Harte era el dueño de la vivienda, no se había añadido ninguna habitación. No había nuevos espacios secretos diseñados para mantener a alguien prisionero.

El inspector Weaver también llegó a la cocina.

—Nada llamativo fuera, ni en la cochera ni en las dependencias —dijo.

Kim actualizó su teléfono y mostró al inspector los datos de la casa.

—¿Cuántas hectáreas? —preguntó él.

—Diecinueve. Y tendremos que revisar y registrar cada una.

Weaver se pasó una mano por el pelo castaño.

—Bueno, me tocará hacerlo hasta el día de mi jubilación —dijo, y cogió su radio—. Lo mejor será llamar al jefe y para que envíe más cuerpos. —Hizo una pausa—. En realidad, no he elegido bien las palabras, pero tú entiendes lo que he querido decir.

Kim asintió. Gracias a Dios que no había un segmento de tomas falsas al final de cada caso.

—Solo queda una habitación —dijo ella, y se dirigió hacia lo que, estaba segura, era el estudio de Steven Harte.

La puerta no ofreció resistencia. Al abrirla, el impacto fue inmediato. La habitación estaba situada en la parte trasera de la casa. Justo enfrente, Kim se encontró con una doble puerta cristalera. Como en las demás habitaciones, las vistas eran impresionantes. Cada ángulo tenía algo diferente

que ofrecer: viejos árboles, un lago. Incluso había visto un par de gansos.

Pero nada se comparaba con la galería que formaban las glicinas, que enmarcaban el camino hasta la puerta de un jardín amurallado.

Bryant siguió la mirada de su jefa.

—No le faltan cosas que contemplar, ¿verdad? —dijo.

A Kim cada vez le resultaba más difícil recordar que esa casa pertenecía a un hombre a quien le gustaba secuestrar y asesinar niñas.

Se detuvo y se tomó un momento para oler lo que, tal vez, era el espacio más personal de de Steven Harte. El espacio donde guardaba las cosas más importantes para él.

Bryant ya estaba abriendo y cerrando los cajones del escritorio. Iba a salir con las manos vacías. Sí, ella lo sabía. Harte era consciente de que llegarían tarde o temprano, así que había preparado su casa.

La mirada de Kim recorrió las paredes, llenas de vitrinas, hasta el último espacio disponible. En muchas había mariposas.

Echó un vistazo más de cerca. Nunca había prestado mucha atención a las mariposas, pero, al verlas juntas, apreció los diferentes tamaños y formas; sobre todo, los colores. Cada mariposa estaba etiquetada con un nombre: Pseudochazara cingovskii, Pseudophilotes sinaicus, Euchloe ausonides insulana. Calculó que, con veinte o veinticinco en cada cuadro, había cientos. Vio otros marcos. Todos albergaban algún tipo de insecto colorido. Uno estaba etiquetado como Fulgoromorpha, una especie de insecto de exoesqueleto duro con un diseño de camuflaje único. Había escarabajos joya, libélulas rayadoras flameadas, mantis orquídea, Parasa lepida.

Kim sabía que no se trataba de una colección de insectos cualquiera. Cada ejemplar era único, vibrante y exótico. Estaba segura de que uno podía mirar esos exhibidores día tras día y seguir encontrando algo en lo que no se había fijado antes.

—Vale, Bryant, vámonos de aquí —dijo después de que su compañero hubiera completado una primera vuelta por la habitación—. Mitch, esfuerzos especiales para el disco duro del circuito cerrado.

Él asintió con la cabeza.

—Jefa, ¿no crees que una segunda búsqueda...?

—No está aquí, Bryant —dijo Kim—. Puede que haya alguna pista, y confío en que Mitch la encuentre, pero, ahora mismo, quiero tener otra charla con el señor Harte. Me parece que he descubierto uno de sus secretos.

Capítulo 37

—¿Algo en su teléfono? —preguntó Kim una vez que hubo tomado su primer sorbo de café. El día avanzaba con rapidez, y cada hora sin pruebas para acusar a Steven Harte agotaba el tiempo.

—Enviado a Ridgepoint, jefa —dijo Stacey—. Yo no puedo entrar. O sea, estamos hablando de un desarrollador de software —dijo en su defensa.

—Así es como las vigila —dijo Kim. Había dejado la casa abierta y disponible porque sabía que no había nada que encontrar. Si su teléfono estaba bloqueado, era por alguna razón.

—También debe controlar con su teléfono el sistema de seguridad de la puerta —sugirió Penn. Se había familiarizado con sus movimientos mientras lo vigilaba.

—Mitch tiene como prioridad encontrar el disco duro en la casa, pero ve a Ridgepoint, Stace, y asegúrate de que entiendan la urgencia de meterse en ese teléfono.

—Bueno, no lo ha soltado cuando no estabas por aquí —dijo Alison.

—Joder —gruñó Kim. Seguro que Harte había estado observando a Grace todo el tiempo. El camino para encontrarla estaba en ese teléfono, pero no habían conseguido entrar.

—Sin embargo, si la ha estado vigilando, sigue viva —dijo Bryant. En ese momento, la impresora se puso en marcha. Kim le había pedido a Stacey que imprimiera fotos de las niñas. Había pequeños trozos de adhesivo Blutack listos para pegar las imágenes en la pizarra.

—Vale, Penn, ¿en cuántos proyectos ha trabajado? —preguntó Kim.

—Hablamos de cientos, jefa. Algunos locales, otros nacionales. Ha financiado proyectos pequeños, así como otros que cuestan miles. Todavía no los tengo todos.

—Reduce la lista. Para mañana, quiero conocer los proyectos que hayan implicado algún tipo de construcción. Pon al principio de la lista aquellos en los que haya usado a Butler Building Limited.

—Entendido, jefa.

—¿Propiedades?

Penn gimió.

—Otro maldito laberinto de papeleo y pistas falsas. Hasta ahora, he encontrado siete empresas británicas que conducen a Steven Harte. Tres de ellas poseen propiedades sustanciales que van desde almacenes en desuso a tierras de cultivo y silvicultura. También hay dinero que se mueve por la Unión Europea, así que sospecho que en el extranjero hay otras empresas que usa con fines fiscales. Cualquiera de ellas podría ser propietaria de tierras.

—Sigue con eso —dijo Kim, aunque la sensación en la boca del estómago le decía que así no iban a encontrar a Grace. En medio de una cartera tan considerable, el hombre no necesitaba más que una pequeña casa en una granja.

—Una vez que tenga las propiedades listadas, haré una evaluación de los radios de desplazamiento.

Kim asintió con la cabeza.

Había una cronología entre el momento de llevarse a Grace del parvulario y el de llegar a la comisaría. En ese tiempo, solo podría haber viajado cierto número de kilómetros de ida y vuelta. A Penn le encantaban los rompecabezas y se le daban muy bien.

—¿Stace? —preguntó Kim después de haber alineado las fotos en la pared.

Stacey las había ordenado cronológicamente, empezando por Libby Turner, la joyera que había sufrido abusos. Después, Suzie Keene, la arquitecta que había tenido una vida familiar miserable. Enseguida, Melody Jones, cuya familia parecía amar el dinero más que a ella. Y Grace Lennard, a quien se habían llevado el día anterior de la ludoteca.

—Me quedan dieciséis víctimas potenciales después de Melody. Solo necesito cotejar algunas cosas para reducir la lista.

—¿Mañana por la mañana?

—Sin duda, jefa.

—¿Alison? —preguntó Kim. La criminalista ya llevaba un par de horas ahí.

—Bien, me imagino que no le gustará que le digan que está loco, así que yo me abstendría —comentó Alison. Sí, Kim ya lo había deducido a partir de las reacciones de Harte—. Es muy bueno ocultando sus verdaderas emociones, pero no lo suficiente. Se le filtran algunas cosillas.

—¿Qué?

—Los sentimientos reales terminan por aflorar. No podemos vernos la cara. Lo que hay que vigilar son las microexpresiones. Son destellos que duran un veinticincoavo de segundo. Nuestras expresiones faciales están directamente conectadas con nuestros pensamientos y emociones. Son casi imposibles de embozar.

—¿Embozar? —preguntó Kim, que se preguntaba si ese sería un término técnico de verdad.

—Ah, sí, eso es lo que uno hace cuando intenta esconder la emoción real. Verás, no podemos ajustar nuestros sentimientos en preparación para lo que se va a decir, y el cerebro no es lo bastante rápido para ocultar la respuesta inicial.

—Madre mía —exclamó Bryant—. Todo esto del embozado y las fugas me recuerda a algunas de las malas películas que vi en la universidad.

Kim se encogió de vergüenza ajena.

—Demasiada información, Bryant —dijo—. Ya sé que puedes analizar nuestras conversaciones a posteriori, lo que está muy bien, pero dime lo que debo buscar en cuanto vuelva a esa sala.

—Vale. De manera inconsciente, las personas suelen tocarse los ojos o intentar tapárselos cuando están intentando engañar. Los hombres tienden a frotarse los ojos. Fíjate en sus parpadeos. Los mentirosos parpadean más. Busca expresiones asimétricas. Las emociones genuinas son equilibradas, así que, si resultan forzadas, a veces parecen torcidas. Busca gestos que se ajusten a las emociones. Los indicadores emocionales genuinos suelen expresarse de manera simultánea. Los indicadores fingidos se producen en rápida sucesión.

—¿Ejemplo? —preguntó Kim.

—Si estoy indignada, me cruzo de brazos y frunzo el ceño. Si fuerzo el gesto, la acción viene después de la emoción. Vigila la duración. Las expresiones genuinas rara vez duran más de cinco segundos. Una emoción fijada permanece más tiempo.

—Otra obviedad es mover la cabeza en sentido contrario: decir que no en vez de sí y viceversa. Los mentirosos ensayan sus palabras, pero no los gestos. Si una persona que suele gesticular con soltura deja de mover la parte superior del cuerpo, quizás esté mintiendo. No sé si esto tiene sentido, pero se delatan más al intentar no delatarse. Cuidado también con los emblemas.

—¿Estamos usando un idioma especial? —preguntó Bryant.

—Cosas como guiñar el ojo, agitar el puño, el signo de la victoria. Si se utilizan fuera del contexto, son señales de engaño. El uso de los gestos disminuye si alguien miente.

—Madre del amor hermoso —gimió Bryant.

Alison hizo un ademán de corte.

—Esta es una seña ilustradora. Está directamente relacionada con el habla y se utiliza para enfatizar un punto. Y, por ahora, una última cosa: los mentirosos no reflejan. Como ya os he explicado, hacerlo es sinónimo de comodidad. Es más probable que los mentirosos retrocedan si te inclinas hacia delante en el asiento.

Kim ya se había topado muchas veces con movimientos en espejo. Era una técnica que Alex Thorne había probado con ella. El solo pensar en la mujer le produjo un retortijón de ansiedad en el estómago, pero lo apartó. Su atención tenía que centrarse ahora en Grace Lennard y las otras niñas cuyas fotos estaban colgadas en la pared.

—Espero ser más específica una vez que haya visto vuestra interacción en directo y reproducido a cámara lenta todas las imágenes de las cámaras —continuó Alison.

Kim asintió distraída, sus ojos pasaban de una foto a otra.

Alison siguió su mirada.

—Qué niñas más guapas —dijo.

—Estaba pensando exactamente lo mismo —dijo Kim mientras se dirigía a la puerta.

Capítulo 38

Esta vez, cuando Steven Harte fue conducido a la sala de entrevistas, Kim lo estaba esperando. Estaba segura de que, si el hombre tenía alguna experiencia en detectar microexpresiones, detectaría su satisfacción al verlo

vestido con el mono azul de papel y al oír que le daban órdenes sobre qué hacer y cuándo. Habían terminado sus días de entrar y salir de la comisaría por su propia voluntad.

—Buenas noches, señor Harte. ¿Le apetece una bebida?

El hombre asintió.

—Té con...

—Una de azúcar. Sí, lo sabemos —dijo ella, e hizo una señal con la cabeza al ayudante.

Bryant se tomó un momento para repetirle sus derechos. No iban a correr ningún riesgo.

—¿Quiere confirmarme que ha renunciado a su derecho a un representante legal en este acto?

El hombre asintió.

Kim miró la grabadora.

—Por favor, responda en voz alta.

—No lo necesito por ahora.

Ella lo miró durante unos segundos. Buscaba alguna de las señales que Alison había mencionado, pero parecía tranquilo y relajado.

—Confío en que lo estén tratando bien —dijo Kim.

Las últimas palabras de Alison habían sido que lo dejara tomarse el té.

—La comida es como me la imaginaba.

—¿Ya esperaba que lo detuvieran? —preguntó ella, y enarcó una ceja.

—Por supuesto —respondió él.

De nuevo, esa sensación de que ella interpretaba un papel, que seguía un guion.

—Hoy hemos pasado un rato en su casa. —Él sonrió y, por lo que ella acababa de aprender, las patas de gallo le indicaron que la expresión era genuina. No había tensión. Kim no se había equivocado: Grace no estaba allí —. Es una casa muy bonita. Restaurada con exquisitez, pero es un espacio

enorme para una persona sola.

Él no dijo nada.

Kim esperó.

—Lo siento, agente, pero lo que acaba de decir era una afirmación, no una pregunta. ¿Hay algo sobre mi casa que le gustaría saber?

—¿Por qué no la comparte con nadie?

Él se reclinó en la silla y la miró. Kim notó que el hombre no había mirado a Bryant ni una sola vez.

—Tener una pareja no me define. No entiendo por qué todo el mundo opina que uno debe ser la mitad de una pareja, a menos que uno sea mormón y eso forme parte de un nuevo conjunto de reglas. Puede que usted no comprenda que soy capaz de funcionar muy bien como un ser único y estar contento. Que todo el mundo esté emparejado es un deseo ajeno. Soy perfectamente feliz estando solo.

En realidad, ella lo comprendía. A la perfección.

Harte ladeó la cabeza.

—¿Usted está casada?, ¿tiene hijos? —Era evidente que ya sabía la respuesta.

Ella no hizo caso a su pregunta.

—Jenson Butler parece creer que usted nunca ha tenido una relación íntima —dijo.

El hombre echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Ah, por Dios, ¿da por hecho lo que mi constructor le ha contado de mi vida amorosa?

—Parece que lo conoce desde hace algunos años.

—Nos conocimos en la universidad. Hablábamos de vez en cuando. Teníamos poco en común, pero era una cara conocida. Después dejamos tener contacto durante años, hasta que me lo llamé para pedirle un presupuesto, así que no entiendo cómo puede haberse convertido en una autoridad sobre mi vida personal. En los últimos veinticinco años, no hemos trabajado juntos más de una docena de veces.

Kim esperaba que Penn estuviera escuchando. Ahora sabría, más o menos, cuántos proyectos conjuntos tendría que buscar.

—¿No está casado?

—Eso no es relevante.

Tenía razón, pero la detective quería comprobar sus reacciones, saber si era un tema delicado. No había detectado arrepentimiento en su respuesta, por lo que no podría usarlo.

—Esta casa es muy diferente a aquella en la que usted se crio, ¿no?

El primer signo de tensión se manifestó en su mandíbula.

—No es relevante.

—Yo creo que sí —presionó Kim—. Conozco muy bien la urbanización Hollytree. También sé muy bien dónde está la casa en la que usted creció. Desde la ventana, la vista principal es a los contenedores: la basura, el lugar de los trapicheos de drogas y de las defecaciones humanas.

—¿Y cómo lo sabe, inspectora? A menos, por supuesto, que haya experimentado la vida allí en sus propias carnes.

—Señor Harte, no estamos hablando de...

—Pero tal vez deberíamos. Tal vez deberíamos tomarnos un minuto para explorar la profundidad de la decadencia de Hollytree, algo que se reproduce como las alimañas.

Ella sintió que se le ruborizaban las mejillas al ver el brillo de diversión en los ojos de Harte. No le quedó ninguna duda de que él sabía, con toda precisión, dónde había pasado Kim los seis primeros años de su vida.

Él continuó:

—Tal vez deberíamos discutir en detalle lo difícil que es tener øito en cualquier cosa si uno empieza allí. Creo que usted entiende, mejor que la mayoría, que cualquiera que salga vivo de esa urbanización hace bien en evitar las drogas, el alcohol y... las instituciones mentales.

Kim luchaba para mantener la compostura. No dejaría que la llevara de vuelta allí. Continuaría con su línea de interrogatorio.

Se aclaró la garganta.

—Estoy de acuerdo: es donde gran parte de la fealdad de la vida viene a visitarnos a diferentes horas del día. Es un abismo negro. Recuérdeme: ¿cuánto hacía que no salía de casa?

—Usted sabe la respuesta, inspectora, y ahora tengo una pregunta para usted.

—No puede interrogar a...

—¿Qué se prometía a sí misma?

—Lo siento. No sé lo que quiere decir.

—¿Qué se prometía durante esas largas horas de miedo, hambre y desesperación?, ¿durante esos días de impotencia, de no saber si comería? Su madre, mentalmente inestable, ¿se arrastraría fuera de la cama para hacer un bocadillo?; ¿le tocaría comer algo caliente o los gruñidos de su estómago serían más sonoros?, ¿lo sabía cuando comía cortezas que llevaban dos días en la basura para que su cuerpo siguiera funcionando?, ¿cuando su única ventana al mundo era una vista a las cosas más sucias y sórdidas que la vida podía ofrecerle? ¿Cuál fue la promesa que se hizo para «Cuando sea mayor»?

Kim no dijo nada, pero sabía de sobra a qué se refería. Se había prometido muchas cosas: «Cuando sea mayor, tendré la nevera llena de comida; cuando sea mayor, me beberé todo el zumo de naranja del mundo; cuando sea mayor, no me permitiré sentir miedo; cuando sea mayor, podré proteger a Mikey del mundo».

Kim sintió el pie de Bryant contra el suyo. Un gesto sencillo que la devolvió al presente.

—Señor Harte, no pienso apartarme del asunto que nos ocupa —dijo enérgica—, pero, si vamos a hablar de sus promesas de «Cuando sea mayor», ahora sé lo que se prometió a sí mismo.

Al darse cuenta de que el momento había pasado y ella se había vuelto a plantar con firmeza en el presente, se encogió de hombros, como si no le interesara su opinión.

—Es su búsqueda de la belleza. Usted se prometió rodearse de cosas bellas: mobiliario, vida salvaje, cuadros, naturaleza, insectos de colores, cualquier cosa hermosa... Incluso niñas inocentes.

De eso se había dado cuenta mientras paseaba por la casa. Todo era impresionante, de buen gusto. Mirara donde mirara, encontraba algo bonito.

Al ver las fotos de las niñas, se quedó impresionada por la belleza de su candor.

—La habitación en la que las retenía no es diferente de las vitrinas que albergan sus mariposas y sus insectos. Solo faltaban los alfileres de las alas. Todo está dispuesto para que usted pueda observarlas, disfrutarlas.

—Apreciarlas —añadió.

—¿A las niñas?

—A las mariposas.

—Excepto que las niñas no son como las mariposas. No fueron hechas para ser encerradas ni observadas para el placer del espectador. No forman parte de la colección exótica de alguien. Son seres humanos arrancados de sus familias, de sus hogares, para ser...

—Creo que ya hemos dejado claro que no todos los niños tienen una infancia idílica, inspectora.

—¿Es así como se justifica? ¿Ese es su criterio: guapa e infeliz? Si es así, ¿eso lo hace aceptable para usted, de algún modo?

—Digo que algunas de las que usted ha mencionado no parecen haber sufrido como resultado de su experiencia.

—Pero usted no podía saberlo —dijo Kim, que trataba de mantener la compostura. Ella hablaba de él; él hablaba de otra persona. Un desliz, un solo desliz. Eso era lo único que necesitaba.

—A veces, un breve período lejos de los problemas...

—Un año no es poco tiempo, señor Harte, y, por supuesto, sus dos primeras víctimas se adaptaron. No tuvieron más remedio que adaptarse a su entorno mientras usted se las comía con los ojos. —Vio una leve mirada de desagrado ante el uso intencionado que Kim hizo de la expresión «Comérselas con los ojos».

«Un año, para un niño, es media vida. ¿Por qué las retuvo tanto tiempo?

Él sopesó sus palabras.

—La mariposa media tiene una vida adulta de dos semanas o menos. Durante ese período, está en su mejor momento, en su etapa más hermosa. Alcanza su belleza culminante, inmaculada, antes de que el tiempo y otros insectos tengan la oportunidad de envejecerla y mutilarla.

—Así que, cuando habla de otros insectos, se refiere a humanos, a la vida y a la edad en relación con las niñas. ¿Las coge en lo que, según usted, es su momento de belleza culminante?, ¿las observa y luego las libera?

—Estoy hablando de mariposas.

—Y yo estoy hablando de niñas de la vida real.

Él no dijo nada.

—¿Qué salió mal con Melody? —El rostro del hombre se endureció aún más—. ¿Por qué no fue liberada como el resto?

Él se cruzó de brazos y la miró en silencio, con el rostro carente de emoción.

Ahora que había sacado el tema, no tenía más remedio que comprometerse con esa línea de interrogatorio.

—¿Por qué no liberó a Melody en cuanto envejeció más allá de su expectativa culminante?

No hubo respuesta.

—¿Por qué Melody no está ahí fuera viviendo su vida como las dos primeras?

No hubo respuesta.

—¿Decidió que mirar ya no era suficiente?

Ninguna respuesta, pero otro apretón de mandíbula.

—¿Ella se resistió cuando usted intentó tocarla?

No hubo respuesta, pero notó cómo él luchaba por controlar el reflejo de las emociones en su rostro.

—¿O es que después se sintió culpable por haber sucumbido a sus verdaderos deseos?

Vio cómo hacía movimientos casi imperceptibles de cabeza hacia un lado.

—¿Hubo algo en Melody que le despertara esos impulsos?

La mirada de Harte se fijó en ella.

—¿Mató a Melody y la enterró en el parque Hawne?

Los ojos del hombre ardían.

—¿Murió Melody porque supo que usted era un pedófilo?

—Ya basta —dijo él, y golpeó la mesa con el puño.

—¿Hay algo que le gustaría decir, señor Harte?

—Sí, inspectora, hay algo que me gustaría decirle: creo que es hora de llamar a mi abogada.

Capítulo 39

—Espero que hayáis sacado algo bueno de eso —dijo Kim cuando ella y Bryant entraron en la sala del escuadrón—, porque parece que ha sido nuestra última charla íntima.

Entregado de nuevo a Jack, el sargento de custodia, Steven Harte podría hacer las llamadas necesarias.

Kim se preguntó si el hombre estaba tratando de alargar el tiempo. Eran casi las siete y la representante legal no acudiría hasta la mañana siguiente, de modo que Harte estaría más allá de los límites por unas doce o catorce horas de las veinticuatro iniciales que les habían dado para retenerlo.

Por mucho control que ella creyera tener, él seguía mandando.

Alison señaló la pantalla con la cabeza.

—Me alegra ver que has seguido mi consejo.

—Mantén la calma y sé racional mientras entrevistas al loco —espetó Kim.

—Me refería al té —dijo Alison con sencillez—. Yo le habría dado una patada en los cojones a los dos minutos, pero, oye, por eso trabajo en lo que trabajo.

Kim soltó una sonora carcajada. Se preguntó si Alison era una de esas personas imposibles de ofender, pero supuso que la criminóloga la conocía lo suficiente como para aceptar que no había malicia en su tono. Solo frustración.

Siguió hablando con Alison.

—¿Tienes algo para mí?

—Algunas cosas, creo, pero me gustaría repasar la grabación unas cuantas veces antes de informarte.

Kim asintió con la cabeza. De todos modos, no volvería a enfrentarse a él hasta mañana.

—¿Stace?

—He descartado a más niñas, jefa, pero sigo con un número de dos dígitos.

—¿Penn?

—He empezado a reducir los proyectos.

Kim echó un vistazo a su equipo.

—¿Alguien ha conseguido algo que pueda ayudarnos a encontrar a Grace Lennard antes de aprovechar unas muy necesarias horas de sueño?

El equipo parecía agotado. Habían concentrado todo su esfuerzo en vigilar a Harte la noche anterior, y Stacey ni siquiera había pasado la noche en casa. Kim sabía que Devon, la esposa de Stacey, lo entendería bien, ya que ella misma tenía un trabajo de mucha presión.

Recibió como respuesta una colección de noes llenos de abatimiento. De haber vislumbrado la menor oportunidad, ninguno se habría marchado, por muy mal que se sintiera.

Para demostrarlo, los esfuerzos del equipo por recoger sus pertenencias fueron lentos, como si, de pronto, Kim fuera a cambiar de opinión.

—En serio, chicos, id a descansar. Reunión informativa a las siete.

—Vale. El que me quiera más que me lleve a casa —les dijo Stacey a Penn y Alison—. Tengo una cita íntima con un pollo al curry y una jirafa peluda.

Alison enarcó una ceja antes de contestar.

—Esta noche no, colega. Me quedaré aquí un rato. —Tenía permiso para revisar las imágenes, pero no para llevárselas.

—Yo iré hacia el otro lado, Stace. Debo recoger a Jasper de casa de Billy. Es noche de estrechar lazos entre hermanos, lo que consiste en comprar comida en un McDonald’s y luego verlo pelear con sus colegas en la Xbox.

Kim miró a Bryant.

—Bueno, aunque yo ni siquiera estuviera entre tus preferencias, será un placer llevarte.

—Ay, Bryant, eres mi caballero de brillante Astra —dijo Stacey de camino a la puerta.

Él se puso de pie.

—¿Stace?

Ella se giró justo a tiempo para atrapar las llaves del coche.

—Bajaré en un minuto.

Bryant esperó unos segundos y luego miró fijamente a Alison.

—¿Qué?

—Tengo la impresión de que Betty está regalando los panecillos sobrantes ahora mismo.

—Aaaah, vuelvo en un minuto —dijo ella, y se lanzó fuera de la habitación.

—¿Qué pasa?

—Oye, acabo de pillar un microorganismo en tu cara y no me voy a meter con nada.

—Microexpresión —lo corrigió ella sin ninguna necesidad.

—Ten cuidado, jefa. Está intentando meterse en tu piel. Hay demasiados paralelismos contigo. No sé de qué va esto, pero no es conmigo con quien juega. Lo que busca es tu atención. Te lo digo solo para que lo tengas en cuenta.

Bryant se había permitido el lujo de observar el intercambio.

—Gracias, Bryant. Ahora, largo, y saluda a Jenny de mi parte.

Él le dedicó un gesto de despedida y se dirigió a la puerta.

En parte, una pequeña parte, Kim lamentaba no haberle hablado de Alexandra Thorne. Confiaba en su criterio. Era un hombre sabio.

Y, dado lo que estaba a punto de hacer, no sabía si confiar en el suyo propio.

Capítulo 40

Alex sabía que algo especial ocurría, y no necesitaba preguntarle al guardia de qué se trataba. No la habrían llevado al centro de visitantes a las ocho en punto por una visita cualquiera. Tenía que ser alguien con poder, alguien con autoridad y alguien a quien no le gustara que le dijeran que no.

Se sintió alentada al ver a la detective inspectora sentada a una mesa, en el centro de la sala, mirándola fijamente. Como de costumbre, iba vestida de negro de pies a cabeza, con las largas piernas estiradas y cruzadas a la altura de los tobillos.

Aunque su rostro era indescifrable, Alex se hizo una idea de lo que estaría sintiendo. Su curiosidad había podido más que su determinación de mantenerse alejada. En ese momento se sentiría bastante enfadada consigo misma por haber cedido a sus propias emociones. Vaya, cómo disfrutaba Alex con esos pequeños testimonios de humanidad en la mujer.

—Me alegro de verte, Kim —dijo, y se sentó—. Gracias por venir.

—Déjate de tonterías, Alex. ¿Qué quieres?

—Solo te estoy expresando mi agradecimiento por tus esfuerzos en este momento de...

—Por lo general, cuando pides verme, es porque va a salir gente herida, así que ¿quién está en tu lista negra esta vez?

—A eso llegaremos en un minuto. En primer lugar, dime cómo estás. Ha pasado mucho tiempo. Pareces cansada.

—Porque tengo que tratar con psicópatas.

—Vale, creo que eso quedó claro hace años. Nunca he pretendido...

—Tú no, Alex. No eres la única psicópata en esta ciudad y, la verdad, tampoco eres la más problemática.

«Pero es por mí, por verme a mí, por quien has conducido de noche más de sesenta kilómetros», pensó Alex con satisfacción.

—Cuéntamelo, desahógate. Quizá pueda ayudarte.

—No, Alex, no trates de salirte de tu personaje. La única persona a la que

has podido ayudar es a ti misma.

—Ponme a prueba —dijo. No había disfrutado tanto de ninguna compañía desde la última vez que Kim estuvo allí—. Si estás tan segura de que estás tratando con un psicópata, con uno puedes conocer a otro.

«Y, en este momento, ese o esa es el centro de toda tu atención», pensó Alex, que podía leer la distracción en los ojos de Kim. Estaba allí, pero solo a medias. Tuvo que tragarse su irritación. Quería, esperaba, exigía que toda la atención de la mujer se centrara en ella.

—Me gustaría mucho ayudarte —dijo con tanta seriedad como pudo reunir.

Kim suspiró.

—Tengo un tipo que secuestra niñas, las retiene durante un año y luego las devuelve sanas y salvas.

—¿Sexual?

Kim negó con la cabeza.

—No lo creo.

—Respuesta extraña, pero está bien. ¿Daños físicos, daños psicológicos?

—No y no.

—¿Qué hace?, ¿se las lleva a Disneylandia?

—Las vigila.

—¿Es todo?

—Sí. Las alimenta, las viste, las educa y las vigila.

—No es un psicópata.

—Su tercera víctima nunca regresó.

—No es un psicópata.

—¿Cómo puedes decir eso? Fuiste tú quien me explicó que no todos los psicópatas son violentos. Me dijiste que querían lo que querían. Pues este quiere encerrar a niñas y alimentarse de su belleza. ¿No crees que eso es de psicópatas?

—En absoluto, y deberías estar contenta.

—Espera, ¿cómo estás tan segura de que no lo es? Te he dicho apenas cuatro frases.

—Si lo que hace es mirar a las niñas y nada más, no es lo que crees. Los sociópatas, como prefiero que nos llamen, no nos sentamos a mirar nada. Tenemos que participar, jugar, competir, hacer algo. Nuestros cerebros no están diseñados para sentarnos y apreciar la belleza. Nuestras emociones son demasiado fuertes. Queremos poseer, batallar, ganar. Ver algo mundano no es interesante.

—Acudió voluntariamente a la comisaría para colaborar con nuestras pesquisas, pero, por ahora, no ha admitido nada.

—Eso sí que es interesante. Es evidente está jugando algún tipo de juego de control, lo que significaría que es un narcisista o un maniático del control. ¿Dices que su tercera víctima nunca volvió?

Kim negó con la cabeza.

—Y hemos encontrado el cuerpo de una niña en un sitio con el que está muy conectado.

—¿Ha habido otra desde la número tres?

—Estamos buscando. Si las hubo, tampoco volvieron.

—Mmm, interesante —dijo Alex. Le habría gustado hablar más del tema, pero acababa de ver al guardia consultar su reloj.

Que esa mujer fuera una agente de policía respetada le valía una visita fuera del horario laboral, pero no le daba el derecho a quedarse toda la noche.

—Vale, me alegro...

—¿Por qué debería alegrarme que no sea un psicópata? —preguntó Kim, frunciendo el ceño, lo que daba muestras de que escuchaba con atención cada palabra.

—Porque significa que tiene alguna debilidad. Tiene una vulnerabilidad. Por muy malvado que creas que es, tendrá una cuerda de la que puedas agarrarte y tirar hasta desenredarlo. Solo tienes que poner atención para encontrarla.

Kim parecía estar considerando esas palabras, pero Alex necesitaba

avanzar. A pesar de lo mucho que estaba disfrutando de la conversación, esta reunión era sobre ella misma, y ahora quería toda la atención de la inspectora.

—Te pedí que me visitaras porque tengo una audiencia de libertad condicional al final de la semana.

Kim echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Gracias, Alex. De verdad lo necesitaba. Ha sido un día difícil, pero el viaje ha merecido la pena.

—Lo digo en serio.

—Lo sé, siempre eres así... Eso es lo gracioso. ¿Quién demonios te va a dejar salir de aquí? No te has rehabilitado. No has cambiado. No puedes cambiar y ni siquiera quieres hacerlo. Después de que te hubieran caído años adicionales por haber intentado asesinar a quienes se interpusieron en tu apelación, yo no me haría demasiadas ilusiones.

Alex reprimió su enfado. Era la respuesta esperada. Fuera cumplidos. Era hora de pasar a la acción.

—Ah, Kim, tengo grandes esperanzas. Voy a salir y, además, vas a ayudarme.

La mirada de Kim estaba ahora alerta y fría.

—¿Y por qué demonios querría hacer eso?

Capítulo 41

Kim sintió que el ambiente se enfriaba entre las dos, como si alguien hubiera pulsado el interruptor del aire acondicionado.

Todavía se daba de silenciosas patadas en el culo por haber ido. Maldita curiosidad cuando se trataba de Alexandra Thorne.

En realidad, lo que habría querido era llevar a Steven Harte de vuelta a la sala de interrogatorios uno y preguntarle si la había elegido porque había empezado su vida en Hollytree. ¿Se habría imaginado que eso le daría un salvoconducto o que ella sentiría tal afinidad que le impediría hacer su trabajo?

—Porque sé dos cosas que tú quieres saber —respondió Alex—. La primera te la diré gratis, como gesto de buena fe, pero la segunda tiene un precio.

—¿Cuál es la primera? —preguntó Kim. Estaba dispuesta a seguirle el juego. Por un rato. La tensión que había aliviado aquella risa genuina estaba volviendo a su cuello.

—Tu madre se está muriendo.

—Ay, Alex, por el amor de Dios.

—Pensé que querrías saberlo.

—Es mi madre. Puedo llamar cuando quiera para saber cómo está.

—Pero no lo haces.

—Porque me importa una mierda si se muere o no.

El personal del Grantley Care Facility, un asilo para delincuentes psiquiátricos, tenía instrucciones estrictas de llamarla solo cuando su madre hubiera muerto.

—¿De verdad quieres dejar las cosas así entre vosotras dos?

—¿Qué coño tiene que ver contigo?

—Me preocupo por tu bienestar, Kim.

—No, te la trae al pairo. Lo que quieres es meterte en mi cabeza, y que no te deje acercarte a mí ni con un palo te frustra muchísimo. Tú misma lo has dicho hace un momento: a los psicópatas os gusta jugar y os gusta ganar.

—Esto no va de mí.

—Bah, Alex, todo tu mundo gira en torno a ti. Tu motivación ahora mismo es que esa información tenga algún tipo de efecto negativo en mí, que me traiga recuerdos, pero no comprendes que mi madre murió el día en que se fue de aquel piso y nos dejó a mi hermano y a mí encadenados al radiador.

Kim hizo una pausa y contuvo sus emociones. No mordería el anzuelo, no se pondría a hablar de Mikey. Disimuló la rabia que le provocaban los intentos de esa mujer por controlarla a través de la información.

—De todas formas, ¿cómo demonios te has enterado? —preguntó.

—Seguimos en contacto.

Kim se quedó de piedra. Luego se preguntó que por qué le extrañaba. Había pensado que esa mujer no sería capaz de darle una sorpresa más y, aun así, Alex se las había arreglado para sacarse algo inesperado de la manga.

Haciéndose pasar por Kim, se había puesto en contacto con su madre hacía unos años. Le había ofrecido el perdón en nombre de Kim. Luego había intentado aprovechar el odio de la inspectora hacia su madre para manipularla. Kim había dado por hecho que, una vez descubierto el engaño, la correspondencia habría cesado.

Debería haber sabido que Alex no se detendría sin haber exprimido hasta la última pizca del retorcido potencial de su madre.

—Me disculpé con ella por haberla engañado. Ahora me reconoce como una amiga.

—Maldita sea, eso es casi tan retorcido como haberte hecho pasar por mí. Y, por mucho que me gustaría seguir charlando, si es lo mejor que tienes...

—Uy, ni por asomo, así, que, por favor, siéntate de nuevo, que no nos queda mucho tiempo.

Kim se quedó de pie. Estaba un poco harta de que le dijeran lo que tenía que hacer. No sabía si Alex derramaría su veneno o no, pero, a juzgar por el número de veces que el guardia había consultado su reloj, apenas les quedaban unos minutos.

—Tu madre y yo nos hemos hecho íntimas. Hemos intercambiado correspondencia sobre muchas cosas. Se ha abierto conmigo, confía en mí. Me ha contado cosas que nunca le había contado a nadie.

Kim sintió que las náuseas la inundaban. Que las dos personas que más odiaba en el mundo tuvieran un vínculo enfermizo a sus espaldas era más que perverso.

—Vale, ya te has enrollado bastante, hasta oigo la música de suspense. Escúpelo.

—Puede que quieras volver a sentarte para...

—Ya he tenido bastante —dijo Kim, y se apartó de la mesa.

—Es grande, Kim. Es algo que siempre te has preguntado, y te lo diré el jueves, cuando traigas tu carta de recomendación para mi vista.

Kim se giró.

—No hay ninguna información que puedas tener que ...

—Ah, en eso te equivocas, Kimmy —dijo Alex con el nombre que su madre usaba para referirse a ella.

Alex caminó hacia la inspectora y se detuvo a escasos centímetros. Su voz se volvió grave y amenazadora—. Trae esa carta y te diré algo que cambiará tu vida para siempre.

—Tú no tienes ese poder —le espetó Kim.

—Yo no, pero tu padre sí, y sé quién es.

Capítulo 42

Kim no dejó salir el aire de sus pulmones hasta que estuvo en la seguridad de su coche. Solo entonces respiró hondo para despejar la sensación de flotar que se le había puesto en la cabeza. De flotar o de ahogarse, no estaba segura.

Tiró de Barney.

—Bueno, ha sido una bomba, ¿eh, chico? —Necesitaba el consuelo de su mejor amigo. Él accedió a dárselo encantado. Se interpuso entre ella y el volante y saltó a su regazo.

Kim rodeó al perro con los brazos mientras intentaba comprender lo que le acababan de decir.

Su padre. Las palabras sonaban extrañas. Entre todas las emociones que rondaban su cabeza, se dio cuenta de que tenía uno.

De niña había pensado mucho en él. En los hogares infantiles y de acogida, había rezado por que fuera a rescatarla; para que, de alguna manera, y a pesar de la muerte de Mikey, encontrara la forma de que todo saliera bien. Y nunca había sucedido. Así que el único padre que había conocido era Keith, el hombre que la había acogido de los diez a los trece años.

De él había heredado el amor por las motos y su restauración; había aprendido a empezar un proyecto, a terminarlo y a hacerlo bien. Y también había aprendido, tanto de Keith como de su madre adoptiva, Erica, a abrir su corazón, solo un poco, a la gente que se preocupaba por ella.

A lo largo de los años, fue pensando cada vez menos en el hombre que los había engendrado, a ella y a su gemelo. Kim y Mikey se habían convertido en el resultado de un proceso unipersonal.

El tener un pariente consanguíneo en alguna parte empezaba a volverla loca. Era un enlace con Mikey.

Por su cabeza pasaban todo tipo de preguntas. ¿Su padre habría sabido de la existencia de ella y su hermano? ¿Kim tendría hermanos y hermanas?, ¿primos? ¿Alguno sería como Mikey? ¿Tendrían los rasgos de Mikey, ese brillo en los ojos cuando reía, la costumbre de manotear al contar una historia?

—Que te jodan, Alex —gruñó, aunque la emoción iba estrechando su garganta.

¿Y qué respuesta esperaba esa mujer en relación con las noticias sobre su madre? Kim ya sabía que había sido un aperitivo, una muestra, un juego de poder para aclararle que tenía la primicia sobre su madre. Había sido un pequeño triunfo. Y la noticia había sido bienvenida. Kim sabía que algún día iba a recibirla, y no es que no supiera qué sentir. Era que no sentía nada en absoluto.

Lo que la fastidiaba era esa insistencia de Alex en intentar forzar algún

tipo de reacción, la revelación de que tenía que actuar o perdería la oportunidad para siempre. No tenía ninguna intención de visitar a su madre. La barrera de la indiferencia seguiría en pie. Pero maldita Alex por seguir presionando.

Hizo a un lado los demás sentimientos y se aferró a la rabia. Esa malévola mujer siempre conseguía remover cosas en su interior. Sabía que cualquier mención a su padre la llevaría a pensar en Mikey, su única vulnerabilidad, su única debilidad, una de la que Alex tenía conciencia plena. Y eso era lo que la hacía peligrosa.

—Lo juro, Barney, esa mujer...

Pero tuvo que interrumpirse, porque su teléfono empezó a sonar.

Barney saltó de nuevo al asiento del copiloto mientras ella rebuscaba en su bolsillo trasero para sacar el móvil.

Frunció el ceño.

—Oye, Keats, ¿has olvidado dónde está tu casa o algo?

—Solo he estado haciendo limpieza después de que el tornado macedonio arrasara este lugar.

Kim sonrió ante esa acertada descripción. Mentes brillantes, las dos, pero formas de trabajar muy diferentes. Había momentos en que los necesitaba a ambos y, por mucho que le gustara cebarse con Keats, el médico forense se había pasado el día rodeado de huesos de niño.

—Estaba comprobando mis correos electrónicos antes de irme — continuó él. He recibido los registros dentales de Melody Jones. Todavía no les he echado un buen vistazo, pero quería que supieras que habían llegado.

—Keats, ¿has perdido la cabeza?

La estaba llamando para decirle que había recibido un correo electrónico.

—No puedo reenviártelo ahora mismo, ya que he apagado el ordenador. Además, tengo una reunión mañana temprano, lo que significa que tal vez no pueda mandártelos hasta, digamos, las diez.

—Keats, ¿qué demonios quieres decir...?

Pero sus propias palabras fueron perdiendo fuelle mientras se daba cuenta de lo que el médico trataba de explicarle sin pronunciar las palabras ni meterlos en problemas.

Ella le dio las gracias y colgó.

Lo que acababa de averiguar no iba a ayudarlos ni un poquito.

Capítulo 43

—Venga, chicos, animaos, que no hay tiempo que perder —dijo Kim exactamente un minuto después de las siete de la mañana. Su equipo parecía descansado y alerta. Qué bien. Así tenían que estar. Esa mañana se tendrían que poner manos a la obra.

—Tenemos que prepararnos para el hecho de que podría no ser Melody Jones a quien hemos encontrado en el parque Hawne.

Cuatro expresiones de sorpresa le cayeron encima.

—¿Por qué, jefa? —preguntó Penn—. La cronología de su desaparición encaja con la fecha de las obras.

—Solo en caso de que la hubiera retenido más tiempo que a las demás o almacenado su cadáver en otro lugar antes de enterrarla allí. Melody fue secuestrada en 1996 y las obras se llevaron a cabo en 1999. Son tres años de diferencia. Demasiado tiempo como para haberse apegado a su programa de un año de secuestrar y liberar o matar. Tenemos que estar seguros de que es ella, y tendrá que ser antes de las diez.

Stacey enarcó una ceja.

—¿Por qué, jefa? —preguntó—. Tendremos a Harte hasta las tres de la tarde antes de tener que pedir una prórroga.

Prórroga que no les concederían en caso de que lo hubieran detenido por la niña equivocada, pensó Kim. Estaba segura de que ese había sido el motivo de la llamada nocturna de Keats. Sin pronunciar las palabras, el médico forense le había dicho que los registros dentales no se correspondían con los de Melody Jones. Era un subterfugio con el que daba a la detective tiempo para hacer algo al respecto. La niña enterrada no era Melody y, sin embargo, era el crimen por el que tenían detenido a Steven Harte.

En este momento, Kim podría alegar negación plausible, porque, en realidad, no le habían dicho nada. De haberlo sabido con certeza, habría tenido que actuar. Estaba metida en una zona gris, solo que no le revelaría nada a su equipo. Keats le había dado hasta las diez para que hiciera algo.

—Échame una mano y nada más, Stace —pidió a la ayudante de detective. Tomó aire y, luego, un sorbo de café. Stacey asintió—. La abogada

de Harte vendrá esta mañana, en algún momento, y querrá tener una buena charla, así que nos quedan algunas horas. Stace, necesito que identifiques a otras víctimas que pudieran ser nuestra niña bajo tierra. Una vez que lo hayas hecho, quiero los registros dentales de todas.

Stacey tomó nota y empezó a teclear.

—Penn, quiero que mires las cosas desde otro ángulo. Si Melody no es la víctima del parque Hawne, ¿dónde podría estar enterrada?

Kim no añadió que necesitaba una cosa o la otra antes de las diez o Steven Harte saldría de la comisaría, como un hombre libre, a las diez y cinco.

Él asintió con la cabeza.

—¿Algún avance en la búsqueda de propiedades?

Penn gimió.

—Es como un laberinto, jefa. He encontrado dos paraguas corporativos: uno en Jersey y otro en Portugal. Cada empresa matriz tiene a su vez otras seis subdivisiones, por lo que tengo que buscar cada una por separado en el Registro de la Propiedad. Hasta ahora, he encontrado dos. Además, he descartado cualquier cosa que esté a más de cincuenta kilómetros.

—Sigue así, Penn. —Se giró a su derecha—. Bryant, mira a ver qué puedes averiguar sobre Butler Building Limited como empresa. En ese tipo hay algo que no me huele bien.

—Me pongo a ello, jefa —dijo él, y se volvió hacia su ordenador.

Aunque a Bryant no se le gustaba la minería de datos, ahora mismo era todo manos a la obra.

Por último, Kim se volvió hacia Alison, que estaba metiendo tres Weetabix en una espesa piscina de leche. Había venido preparada.

—¿Tienes algo para mí?

Alison dejó el cuenco a un lado.

—Ah, sí, por supuesto que tengo algunas observaciones. Si quieres, acerca una silla.

Kim lo hizo. Esperaba que Alison tuviera algo útil. Ahora necesitaba que todos los miembros de su equipo estuvieran a pleno rendimiento.

Capítulo 42

—Dispara —dijo Kim después de haber colocado su silla junto a Alison.

La psicóloga abrió su cuaderno.

—Es una palabra poco apropiada para una oficial de policía, ¿no? —comentó.

—Has estado muy ocupada —comentó Kim después de haber visto un montón de notas escritas a toda velocidad.

—Ya he visto la entrevista diez veces: a velocidad normal, a velocidad lenta, con sonido y sin sonido. Cada vez descubro algo nuevo.

—Estuve allí diez minutos.

—Sí, pero fueron minutos de calidad para descubrir emociones reales y fingidas. Te voy a señalar solo algunas cosas. Si intentara enseñártelo todo, nos quedaríamos aquí sentadas hasta pasadas las diez de la mañana. Así que vamos a resumir y, aunque te cueste, intenta no interrumpirme. —Kim resopló.

«En primer lugar, un agente lleva a Harte a la sala. Antes de que él pueda fijar un rostro inexpresivo, hay un breve destello de calidez. Es la primera de muchas microexpresiones que te voy a mencionar, pero ese hombre se alegra de verdad al verte.

—No miró a Bryant ni una sola vez —comentó Kim mientras veía el vídeo.

—Bryant ni siquiera está ahí. Es totalmente irrelevante.

El sargento hizo un gesto con la mano desde su escritorio.

—Eh... Chicas, estoy aquí, ¿eh? —dijo.

—No hay nadie en este juego más que tú y él. Incluso cuando Bryant le está leyendo sus derechos, Harte no te quita los ojos de encima. En ese momento está relajado, no muestra ningún signo de tensión.

—¿De verdad esperaba que lo arrestáramos?

—Vale, está claro que la petición «No interrumpas» ha caído en saco roto. La respuesta es «Sí». Sin duda, ya se lo esperaba. Tiene abiertas las palmas de las manos y sus ademanes coinciden con lo que está diciendo. A medida que avanzamos y habla de su casa, vemos auténtica felicidad. Los movimientos involuntarios provocan patas de gallo y párpados

entrecerrados. Al mismo tiempo, las comisuras de los labios se curvan hacia arriba. Aunque breve, es la única vez que he visto esto en su rostro. A esto me refiero cuando digo que algunas emociones genuinas se filtrarán sin que él lo sepa. Cuando hablas de su casa y te reclama que no hayas hecho una pregunta, vemos un destello de desprecio.

Como prueba, Alison llevó el vídeo a un marcador que tenía anotado.

—Mira esto. A diferencia de las otras expresiones básicas, el desprecio es asimétrico. Una comisura de los labios se mete hacia dentro y hacia atrás. Él siente que esa línea de interrogatorio está por debajo de tu nivel.

Kim no se habría dado cuenta si no se lo hubieran mostrado.

—Las respuestas que te da acerca de los socios y su necesidad de uno parecen todas sinceras, pero mira esta pequeña fuga. —Se desplazó hasta el siguiente marcador—. Tiene las cejas levantadas, los párpados abiertos y la boca un tanto caída. En definitiva, está sorprendido por los comentarios de Jenson Butler sobre su vida amorosa.

«Cuando te dice que el interrogatorio no es importante, hay un destello de impaciencia. En realidad, quiere que llegues a lo que importa; quiere hablar de las niñas.

Alison hizo una pausa, como si esperara una interrupción. Kim no dijo nada.

—Los primeros signos de tensión real solo aparecen al mencionarle su infancia. Fíjate en lo que hace.

Alison reprodujo las imágenes.

—Traza el aro de su taza —observó Kim.

—Por eso te pedí que lo dejaras tomar té. Quería ver qué lo impulsaba a tocar el aro. Es su chupete. Es su versión de acicalarse. Asegúrate de que siempre tenga té. Eso te dirá mucho.

—Entiendo.

—A continuación, tenemos un buen ejemplo de engaño. Cuando le dices que sabes por qué se lleva a las niñas, se encoge de hombros, como si no pudiera importarle menos. El movimiento es unilateral y sus ojos se entrecierran. Le importa mucho lo que tengas que decir y no muestra sorpresa cuando lo verbalizas, pero fíjate en lo que pasa después.

Alison reprodujo unos veinte segundos y detuvo el vídeo.

—Ese fue su discurso de la mariposa; sin duda, tiene que ver con las niñas, pero ¿notaste algo?

—Nada —respondió Kim con sinceridad.

—Exacto. No hay un solo movimiento ni cambio de expresión al hablar de las mariposas. Esto nos dice que tiene un gran control sobre sus reacciones. Y tú, en realidad, estás buscando alguna pista. Haz que hable de las niñas sin mencionar las mariposas y quítale el té. Me interesa ver hasta qué punto es capaz de mantener el control.

—Entendido —dijo Kim.

—Tras pasar a sus motivos para llevarse a las niñas, mantiene la compostura. Te digo ya que no cree en absoluto haber hecho nada malo. De verdad cree que ha sido un salvador para las niñas que se ha llevado.

«Cualquiera de tus palabras que insinúe algo impropio es ofensiva para él. Está molesto, pero aún no enfadado. Creo que le molesta que no lo entiendas.

—Ah, pero lo entiendo, y sigo pensando que es un enfermo.

—Bien, aquí es donde se pone aún más interesante. En su primera mención de Melody he visto, por única vez, auténtica tristeza en su rostro. Mira: las comisuras de sus labios caen, las mejillas se elevan hasta que casi entrecierra los ojos y los párpados superiores descienden. Además, la verdadera tristeza se revela a través de los fiables músculos de la barbilla. A medida que te vuelves más agresiva y directa en tus preguntas sobre Melody, arruga la nariz y levanta las mejillas y el labio superior. Le repugna que pienses que le hizo algo sexual. Cuanto más lo provocas, el asco se convierte poco a poco en ira. —Saltó al siguiente marcador—. Mira sus cejas caídas y sus labios entrecerrados. Le estás dando cuerda.

—Sí, esa era mi intención. Quería presionarlo —dijo Kim, y se enderezó en la silla—, pero ¿tienes alguna pista de por qué pidió a su abogada? Cuando entró en la sala, renunció a su derecho a ser representado. Sabía por qué había sido detenido, así que sabía de qué iba el interrogatorio. Sabía que íbamos a hablar de Melody, así que ¿por qué esperar antes de decir que quería ayuda legal?

—Puedo darte más que una pista de su razonamiento, pero nada tiene que ver con Melody. Todo tiene que ver contigo.

—Explícate —le pidió Kim.

—Ha sido tu desaprobación lo que lo ha llevado a llamar a su abogada. Puede que, al añadir una barrera a vuestra comunicación, te esté castigando. Él ve las similitudes entre vosotros dos: el lugar en el que pasasteis vuestros primeros años, la madre con enfermedad mental.

Kim se erizó. Tiempo antes, Alison había trabajado con el equipo en un caso en el que alguien del pasado reciente de la detective había recreado crímenes basados en su pasado lejano. Gran parte de la infancia de Kim había quedado al descubierto ante los ojos de su equipo. Y Alison había estado a punto de morir. Para Kim, era menos molesto que el equipo conociera su origen que el hecho de que eso se estuviera interfiriera en su trabajo. Otra vez.

—¿Y crees que esa es la razón por la que ha elegido esta comisaría? —preguntó Kim. Estaba cayendo en la cuenta de que Bryant lo había notado antes que nadie y la había advertido.

—Sin duda —dijo Alison.

—Así que está esperando algún tipo de concesión, tal vez. ¿Cree que seré indulgente con él porque entiendo de dónde viene?

Alison negó con la cabeza.

—No espera nada concreto a cambio. No cree que dejarás de hacer lo que tienes que hacer, pero está decepcionado, y supongo que es porque no lo entiendes. Para él es importante que lo comprendas.

—¿Por qué?

—Steven Harte parece haber formado vínculos emocionales con las niñas que ha secuestrado y, te guste o no, parece estar formándolos también contigo.

Capítulo 45

Eran las ocho en punto de la mañana cuando a Kim la informaron por teléfono de que la abogada de Harte había llegado. Y aún no eran las ocho y uno cuando ya estaba quejándose al saber de quién se trataba.

—Es Kate Swift, gente —dijo, y colgó.

Un gemido colectivo recorrió la sala y llegó hasta Alison.

—¿Quién es Kate Swift?

—Una abogada ambiciosa y despiadada, pero brillante. Por lo general, anima a sus clientes a seguir la vía del «Sin comentarios». Es fría e inexpresiva. La hemos tenido aquí un par de veces, pero no muchos de nuestros clientes habituales pueden permitirse sus precios.

—¿Crees que Harte se cerrará ahora? —preguntó Bryant.

Kim se encogió de hombros. Después de lo que había dicho Alison, eso dependía de cuánto quisiera castigar a Kim.

—¿Stace? —preguntó. Sentía que la soga empezaba a apretarse alrededor de su cuello.

—Voy tan rápido como puedo, jefa —dijo la ayudante sin levantar la vista.

—Vuelvo en un minuto —dijo Kim, y salió de la sala.

Mientras bajaba las escaleras, pensó que, tal vez, unas palabras rápidas con la abogada ayudarían a que las cosas avanzaran.

* * *

—Señora Swift, me alegro de verla de nuevo —dijo Kim, de pie en la puerta del vestíbulo. —Si Alison pudiera verla, estaría gritando: «Mentirosa»—.Traeremos a su cliente en breve, pero, si me deja robarle un minuto de su tiempo...

La mujer consultó su reloj.

—Un momento —dijo.

No había cambiado desde la última vez. Como antes, llevaba un elegante traje pantalón azul marino con unos tacones que la alzaban unos buenos ocho centímetros. Su camisa blanca estaba almidonada e inmaculada. Llevaba el pelo largo y negro recogido en una coleta que le llegaba hasta la mitad de la espalda. Su atractivo rostro no necesitaba apenas maquillaje.

—Es obvio que estoy ansiosa por hablar con mi cliente.

—Su cliente ha secuestrado a una niña de ocho años. Necesitamos saber dónde la tiene.

—Ese es su trabajo, inspectora, no el mío.

Cualquier esperanza que Kim hubiera tenido de apelar a la humanidad de esa mujer estaba desapareciendo en instantes.

—Señora Swift, estamos seguros de que es el responsable del secuestro y asesinato de Melody Jones, hace veinticinco años. Su cliente es peligroso.

—¿Ha confesado algún crimen?

—Todavía no.

—¿Y ha sido detenido y no acusado?

—Es correcto.

—Entonces, ¿lo que usted tiene son sospechas y no pruebas?

—Vaya, tendremos pruebas —dijo Kim, aunque se daba cuenta de que no estaba consiguiendo nada de esa mujer.

—Pues le sugiero que las consiga antes de las tres de la tarde o mi cliente saldrá de aquí y volverá a su vida normal.

Kim sintió el impulso de estirar el brazo y abofetearla por su educada formalidad.

Tenía la sensación de que el cliente de Kate Swift podría haber sido sorprendido prendiendo fuego a su propia abuela y que, aun así, esta mujer exigiría pruebas de ADN.

—Lo atraparemos, señora Swift —la advirtió Kim, y abrió la puerta para dejarla pasar.

—Ya lo veremos, inspectora. Ya lo veremos.

Capítulo 46

Menos de cinco minutos después de haber dejado entrar a Kate Swift en las instalaciones, Kim vio que Mitch llegaba con el remolque al aparcamiento.

Aunque la solicitud se había presentado el día anterior, la prioridad del equipo había sido registrar la casa. Mitch le había asegurado que llegaría temprano para incautar el coche.

Juraría haber oído a su equipo suspirar de alivio cuando salió de la sala para ir a su encuentro. Kim era como una bomba de relojería que se paseaba con su tic tac entre los miembros de la brigada. Les quedaba poco más de hora y media antes de verse obligados a liberar a Harte sin cargos. En cuanto ese correo electrónico aterrizara en su bandeja de entrada, quedaría atada de manos.

Al pasar por recepción, cogió la bolsa de pruebas que contenía las llaves del Mercedes Estate. Se encontró en el aparcamiento con Mitch, que estaba situando la grúa.

—¿Quieres que lo examinemos juntos antes de que lo enganche?

Kim asintió y le ofreció la bolsa.

Mientras rellenaba los formularios de la cadena de custodia de las pruebas, le preguntó:

—¿Habéis encontrado algo en la casa?

Él negó con la cabeza.

—Buscamos cualquier cosa de menos de medio metro cuadrado en una propiedad del tamaño de un pueblo pequeño. Aún no hemos encontrado nada que lo relacione con Grace Lennard.

Kim no se esperaba otra cosa. La cronología sugería que no había tenido tiempo de llevarla a su casa y, de ahí, a donde fuera que la hubiera escondido. Si tenía razón en que Steven Harte era el secuestrador, Grace Lennard había estado en este coche.

Mitch abrió la puerta trasera.

—Está muy limpio —observó.

—Demasiado limpio —dijo Kim. No había nada en la parte de atrás.

Ella pensó en su propio maletero. Había un bote de anticongelante y un rascador de nieve que no sacaba ni durante los meses de verano; un par de botas para el barro, por si tenía que pasear a Barney bajo la lluvia; un hinchador de pie, por si acaso, y una botella de agua por si se sobrecalentaba el radiador, entre otras cosas.

—El mío tiene más migas que el suelo de la panadería Greggs, además de herramientas, bolsas de la compra y todo tipo de mierda que no tiene por qué estar allí. Trato mi coche como si fuera otra habitación —dijo Mitch.

La mayoría de la gente hacía lo mismo, pensó Kim, que buscaba la fuente del olor dulzón y empalagoso que ahora escapaba del reducido espacio.

Estaba cerca de los pies del copiloto.

—Ambientador de rosas de verano. —Pasó la mirada por la parte delantera del coche. Estaba impecable: no había nada en los bolsillos de las

puertas, nada en la consola, nada en el suelo.

—Disculpa —dijo Mitch desde atrás.

Extendió el brazo y abrió la guantera. Vacía.

—Lo ha preparado —dijo Kim. No había forma de que hubiera podido limpiar con tanto esmero entre el momento en que dejó a Grace donde quiera que la hubiera dejado y su llegada a la comisaría.

Mitch se dirigió a la parte trasera. Se quitó el guante y tocó ciertos puntos por encima del guardabarros y detrás de los asientos traseros.

—Pegajoso. Cuatro esquinas del espacio. Pegó algún tipo de cubierta que luego tiró en alguna parte. Esto reduce nuestras posibilidades de encontrar algo significativo.

Claro que sí, pensó Kim, pero su mente estaba concentrada en lo único que había quedado en el coche.

Palpó la alfombra de la parte trasera.

—Comprueba si hay orina —ordenó. Tenía que haber una razón para ese ambientador. Estaba ahí para enmascarar algún olor, y ese hombre había tenido a una aterrorizada niña de ocho años en la parte trasera.

Mitch cerró la puerta del pasajero delantero.

—¿Algo más? —preguntó.

Kim se alejó del vehículo. Se preguntó qué más podría decirles. Ya había visto que no había GPS del que sacar datos.

—Los neumáticos —dijo—. Toma muestras de cada uno antes de moverlo.

Cualquier tipo de análisis que hicieran no les daría resultados inmediatos.

Miró ansiosa el reloj y volvió a subir a la sala de la brigada.

El tiempo seguía corriendo.

Capítulo 47

Alex se preguntó si alguna vez se aburriría de recrear en su mente, una y otra vez, la conversación de la noche anterior.

Volver a ver a Kim después de tanto tiempo era casi suficiente, pero presenciar el comienzo de la montaña rusa que había puesto en marcha había sido perfecto.

Aquellas horas, meses y años de mantener el contacto con Patty habían merecido la pena. Lo había hecho a sabiendas de que, si perseveraba lo suficiente, conseguiría algo que podría aprovechar.

Siendo realista, cuando empezó a sentar las bases para hacer la pregunta, no se esperaba una respuesta. La técnica había sido bastante sencilla: en cada carta, preguntaba a Patty algo sobre su adolescencia; luego, sobre sus veinte años. Cualquier respuesta la devolvía magnificada. Si Patty le hubiera dicho que le encantaba ir a la playa, Alex le habría contestado con una docena de preguntas sobre la playa: «¿Con quién fuiste? ¿Cómo llegaste?». Con el tiempo, Patty había mencionado un «él». Ese «él» se había convertido en un nombre y, después, en un apellido. Si Alex hubiera empezado con una lista de los datos que esperaba obtener, la identidad del padre de Kim habría estado entre los primeros. Estaba sorprendida de que Patty pudiera recordarlo, pero, según ella misma le había revelado, había sido su único amor.

Alex trataba de imaginar los pensamientos que podrían estar pasando por la mente de la inspectora. Suponía que Kim estaría furiosa de que, entre toda la gente, le hubieran confiado a ella esa información.

Si conocía un poco a Kim, sus pensamientos se habrían convertido en curiosidad. La misma que la había llevado hasta allí. Alex imaginó las posibilidades que rondaban por la cabeza de la detective. ¿Estaría vivo? ¿Sería una buena persona? ¿Su padre habría sabido de la existencia de ella y su hermano? ¿Tendría familia? ¿Kim tenía parientes?

Había pasado más de treinta años pensando que el único pariente consanguíneo que le quedaba era la mujer a la que odiaba con cada célula de su ser. ¿Cómo habría reaccionado ante la posibilidad de tener familia?, ¿cuál sería la mejor manera de manipular esos sentimientos, en caso de que Alex se lo propusiera?

Conociendo a Kim, querría otro pequeño Mikey para reemplazar al que había perdido. Y, si ese era el incentivo que la hiciera volver con la carta de recomendación, tanto mejor.

Por el momento, alejó esos pensamientos placenteros. Esa conversación le haría compañía durante horas, pero tenía que centrarse en el plan B. Y ese plan, en concreto, tendría un saldo mortal.

Solo era cuestión de saber cuántas muertes acarrearía.

Capítulo 48

—Stacey, no estoy bromeando. Si pudieras hacer algo para crispar mis nervios un poco más, te lo agradecería. —Stacey no dijo nada—. Stace, son las diez menos tres y...

—Han pasado solo dos minutos desde la última vez que me lo has dicho. De las cinco potenciales, he conseguido cuatro historiales dentales. Estoy esperando la quinta. ¿Qué más quieres que haga?

—En los próximos minutos llegará un correo electrónico que me obligará a bajar...

El correo electrónico de Stacey tocó una alarma en el mismo instante que el suyo. Kim puso el teléfono boca abajo sobre el escritorio. Ya sabía lo que decía el mensaje que acababan de enviarle.

—¿Stace?

—Un momento...

—¿Stace?

—Solo dame...

—Stace, no tenemos...

—Coincide —gritó, y lanzó al aire trozos de papel.

—Gracias a Dios —dijo Kim mientras una ovación recorría la sala.

Stacey dejó escapar un enorme suspiro de alivio y luego se puso seria.

—Jefa, siento haberte mandado a callar.

—Está bien. Imprime los detalles de nuestra víctima.

Cogió el teléfono y abrió el correo electrónico de Keats. Decía exactamente lo que ella esperaba: los restos encontrados en el parque Hawne no eran los de Melody Jones.

Tecleó una respuesta:

Gracias por este informe. Hemos identificado a la víctima y te enviaremos los detalles muy pronto.

Agradecemos tu ayuda.

Esperó un momento, Stacey recopilaba los detalles. La respuesta de Keats fue breve.

Es bueno saberlo.

Envió un silencioso agradecimiento al malhumorado médico forense, que solo se ponía del lado de las víctimas. Sin esa llamada de la noche anterior, Kim estaría de camino de dejar marchar a Steven Harte.

Cogió el papel de la impresora.

—Bryant, ¿estás listo para...?

—Llévate a otro, jefa —dijo él, sin apartar los ojos del teclado—. Hay algo aquí que quiero corroborar.

—De acuerdo. —Señaló con la cabeza a Stacey—. Vamos, heroína del momento: te vienes conmigo.

Capítulo 49

Kim y Stacey se dirigieron En silencio a la sala de interrogatorios. La imagen de Grace Lennard no se apartaba de la mente de la detective. Se acercaban a las cuarenta y ocho horas y no dejaba de preguntarse por el acceso de la niña a la comida, el agua y el aire fresco. No hizo caso a la voz que le decía que, quizás, esas necesidades ya no eran un problema.

Al entrar en la sala de interrogatorios número uno, despejó su mente de esos pensamientos.

Harte y su abogada parecían llevar un rato sentados en silencio.

Stacey cerró la puerta.

Kim se sentó, encendió la cinta y se presentó.

—... y conmigo está la ayudante de detective Stacey Wood. —Hizo una pausa—. Señor Harte, hemos recibido la noticia de que los restos encontrados en el parque Hawne no son los de Melody Jones. En ese sentido, ya no está detenido en relación con el secuestro y asesinato de Melody Jones.

Una leve expresión de triunfo pasó por el rostro de Kate Swift, pero el rostro de Harte no mostraba ninguna sorpresa.

—Hemos identificado los restos como los de Lexi Walters, de seis años, secuestrada en el parque Leasowes el diecisiete de agosto de 1998. Por lo

tanto, lo arresto por el secuestro y asesinato de Lexi Walters. No tiene que decir nada, pero su defensa podría verse perjudicada si usted no menciona en los interrogatorios algo que más tarde decida usar ante el tribunal. Todo lo que diga podrá ser usado como prueba.

Ella hizo una pausa y disfrutó un instante de la sorpresa que él intentó ocultar con rapidez.

No había duda de que ese hombre esperaba que encontraran los restos, pero Kim supuso que no creía que los identificarían tan pronto.

Ambos esperaron a que dijera algo más.

Ella echó la silla atrás.

—Seguro que esto los deja con más cosas de qué hablar, así que les daremos algo de tiempo.

Ahora tenía que ir a informar a los padres de Lexi de que por fin podían lleva a casa a su pequeña.

Capítulo 50

Kim salió del despacho de Woody y se dirigió a la sala de la brigada. Había aprovechado para poner a su jefe al día de las conversaciones con Harte y su abogada.

—¿Y fue una casualidad que Keats te llamara para decirte que el envío del correo electrónico donde se confirmaba que los restos no pertenecían a Melody Jones se había retrasado? —le había preguntado Woody.

—Tal cual.

—¿Pero él no te dijo lo que decía el informe?

—Absolutamente no.

—¿Cuándo empezaste a buscar víctimas alternativas?

—A primera hora de esta mañana, señor. Fue algo instintivo, pero puedo asegurarle que no se infringió ninguna norma, y Steven Harte y su abogada fueron informados de los hallazgos a los pocos minutos de que yo recibiera el correo electrónico.

—Para entonces ¿ya habías identificado correctamente los restos?

—Sí, señor. —Él enarcó una ceja—. El trabajo policial es inescrutable,

señor.

Con la seguridad de que no había nada ilegal, Woody redactó un informe con la cronología de los hechos. Se incorporaría como prueba y le cubriría la espalda, así como otras partes de su anatomía.

* * *

—Buen trabajo, chicos —dijo Kim en cuanto entró en la sala.

La recibió un silencio pensativo.

Miró a su alrededor.

—¿Quién ha muerto? —preguntó.

—Nadie, pero Bryant ha encontrado algo que no te va a gustar.

¿Cómo era posible que Bryant hubiera descubierto algo? Le habían encargado que comprobara los antecedentes del constructor.

—Es acerca de Jenson Butler, jefa —dijo, y se volvió a su ordenador—. Lo interrogaron en 1996 por la desaparición de Melody Jones.

Todas las emociones positivas abandonaron a Kim.

¿De verdad era posible que hubieran detenido al hombre equivocado?

Capítulo 51

—¿No crees que primero deberíamos haber ido a ver a Chicle? —dijo Bryant de camino a Mucklow Hill.

Kim seguía dándole vueltas el hecho de que el inspector Wrigley hubiera hablado con el dueño de la constructora veinticinco años antes. Quería charlar de inmediato con ambos, pero antes debía cumplir con otra visita.

—No. Yo diría que esta familia ya ha esperado bastante, ¿no crees?

—Tienes razón —dijo él.

—Entonces, ¿querrás hacer un poco más de investigación de datos en lugar de salir y...?

Él negó con la cabeza.

—No, por Dios —dijo—. Apenas puedo orientarme en un teclado squirty

con dos dedos...

—Qwerty —corrigió ella.

—¿Ves?, ¿qué clase de maldita palabra es esa?

—Ay, Bryant, cállate y conduce.

—Bueno, no es que tengamos que ir muy lejos. —Tomó la primera a la derecha en la mediana, tras un B&Q.

Las casas eran una mezcla de viviendas unifamiliares y adosadas construidas a mediados de los noventa. En todas, el ladrillo rojo nuevo que habían usado para construirlas mostraba signos de envejecimiento, pero los edificios aún parecían miembros de la misma familia.

Bryant aparcó delante de una de las viviendas unifamiliares, una que tenía un jardín inmaculado.

Cuando estuvieron en el camino de entrada, una atractiva mujer de unos cincuenta años salió del porche con una taza de café en la mano. Sin duda, se dirigía a una esquina del jardín, a un banco bañado por el sol de la mañana.

—¿Señora Walters? —preguntó Kim.

La mujer asintió y esperó.

La detective se presentó a sí misma y a su compañero y ambos mostraron sus placas.

Eligió con cuidado sus siguientes palabras. No quería que, ni por un segundo, esa mujer abrazara falsas esperanzas. Cualquier frase que empezara con «Hemos encontrado a Lexi» podría dar una impresión equivocada.

—Señora Walters, ¿quiere sentarse?

La mujer negó con la cabeza y esperó.

—Señora Walters, hemos encontrado los restos de una niña en el parque Hawne.

—¿Lexi? —susurró la mujer.

Kim asintió.

—Lo hemos confirmado gracias a los registros dentales.

La taza se escapó de las manos de la mujer y se estrelló contra el suelo.

Ninguno miró la taza.

Kim tocó en el codo a la madre de Lexi.

—Entremos —la aconsejó.

Como en un sueño, la señora Walters se dio la vuelta. Los dos detectives la siguieron.

Entraron en la cocina. Kim se sorprendió de que estuviera en la parte delantera de la casa.

—Por eso la compramos —dijo la señora Walters mientras llenaba la tetera.

—No, gracias —dijeron los dos.

La señora Walters habló de espaldas a ellos:

—Por favor, tomen un poco de té.

—Vale, gracias —dijo Kim. Comprendía que les estaba pidiendo un minuto para asimilar la noticia. Una de las cosas más difíciles era lidiar con la esperanza. Le había hecho compañía durante veintitrés años. Ahora tenía que dejarla marchar.

—¿Están seguros de que es Lexi? —preguntó.

—Sí.

Con una cuchara, puso café en las tazas.

—¿Cuántos años tenía cuando murió?

Añadió también una bolsita de té. Kim agradecía que nadie esperara que se bebiera eso.

—No más de siete —dijo Kim en voz baja.

A Lexi se la habían llevado en 1998, a los seis años, y las obras habían terminado a finales del 99, antes del milenio.

Durante muchos años, esa mujer había tenido la esperanza de que su hija regresara. Durante veintidós, la esperanza había sido vana. Pero Kim se sorprendió al ver que, al parecer, exhalaba por fin un viejo suspiro.

—¿Y el señor Walters...?

—Muerto. El mes que viene hará dos años. Nunca lo superó; ninguno de los dos lo superamos —dijo ella. Puso las bebidas calientes sobre la mesa a la que se habían sentado. Bryant las miró. Él también se había dado cuenta del error. La señora Walters se sentó.

«En un momento dado, mi marido quiso que intentáramos tener más hijos, pero yo no estaba por la labor. Lo único que podía pensar era que, si Lexi regresaba, creería que habíamos intentado sustituirla. Yo no soportaba la idea de intentar querer a otro hijo, de jugar con él, de reírme con él mientras Lexi pasaba por Dios sabía qué. —La recorrió otro escalofrío, aunque de otro tipo—. Una capa más de culpa, tan solo, y yo no merecía la dicha de una segunda oportunidad. —Hizo una pausa. Miró a Bryant y volvió a Kim.

«Lo siento, deben de pensar que soy horrible. Todavía no he llorado. No entiendo por qué no.

—Por favor, no se disculpe. Su mente está lidiando con muchas emociones. Las procesará de una en una. Las lágrimas pujarán, y entonces empezará a llorar. —Ella asintió—. Señora Walters, ¿puede decirnos qué pasó ese día en el parque? —preguntó Kim.

—No sé cuánto puede importar ahora, pero, por supuesto. Era entre semana y tuve que tomarme el día libre en el trabajo. Apenas conseguí avisar. Había vacaciones escolares y ese día yo me había quedado sin ludoteca. Había bastantes niños, pero yo no conocía a ninguno. Aparté la mirada un minuto apenas. Yo era contable; Paul, ejecutivo de cuentas de una empresa petrolera. Los dos éramos ambiciosos. Yo lo quería todo. Acabé sin nada. —Kim esperó.

«Nunca volví a trabajar —dijo apesumbrada—. No conseguí afrontarlo. Me sentía demasiado culpable y enfadada.

—¿Por qué?

—A mi jefe no le había hecho mucha gracia que le pidiera tiempo libre a última hora. Atendí una llamada de trabajo y me entretuve intentando resolver cierto problema, el que fuera. Me distraje y le quité el ojo de encima a mi hija. A mí me pareció solo un minuto, pero, cuando colgué y miré a mi alrededor, ella ya no estaba.

«Uno de los padres creyó haber visto a Lexi caminando hacia los patos. Busqué en cada centímetro del parque, pero sabía que se había ido y que la culpa era mía.

Los ojos de la mujer se inundaron de tristeza mientras miraba a lo lejos, reviviendo lo sucedido.

—Señora Walters...

—Por favor, no desperdicie sus palabras, inspectora. Cuando digo que aparté la vista un minuto, intento excusarme ante usted. Probablemente fueron más de diez, unos quince. Me molestaba estar en el parque. Yo quería estar en el trabajo. Por supuesto, ninguno nos dimos cuenta de que no le habíamos dedicado suficiente tiempo hasta que la perdimos.

Kim agradecía la franqueza de la mujer, pero pensaba que estaba siendo demasiado dura consigo misma.

Bryant se inclinó hacia delante.

—No puede culparse, señora Walters. Usted no le pidió a nadie que se llevara a su hija. Lexi debería haber estado a salvo en ese parque. El culpable es la persona que se la llevó, no usted.

Con una mirada, la mujer le dijo que agradecía las palabras compasivas, pero que se quedaría con los mismos sentimientos que la habían acompañado durante décadas.

Así que continuó:

—Se organizó una búsqueda. Cada día llegaba menos gente. El contacto con la policía era cada vez menor. Nos aseguraron que el caso seguiría abierto y que investigarían cualquier nueva pista. Luego, todos siguieron con sus vidas, menos nosotros. Esperamos y esperamos y esperamos. —Suspiró—. Las noticias que me trae son, en muchos sentidos, un alivio. Ya no tengo que esperar más ni imaginar el dolor por el que Lexi podría estar pasando. En los últimos años, cuando la trata de mujeres se hizo más común, mis pesadillas se convirtieron en visiones de mi hija sufriendo abusos, atrapada y golpeada y...

Kim levantó la mano al ver que los ojos de la mujer empezaban a enrojecerse. Ya no hablaban de algo abstracto. Era real, y la emoción afloraba.

—Señora Walters, su hija estuvo viva solo un año después de que se la llevaran.

Ahora, las lágrimas rodaban sin contención por sus mejillas.

—Dios mío, no tiene ni idea de lo mucho que significa oír que mi bebé no

sufrió durante años ni...

—Señora Walters, en los restos no hay heridas que hablen de un sufrimiento prolongado, pero las circunstancias completas de su secuestro aún no están claras.

—Ay, gracias a Dios —dijo. Las lágrimas brotaban con fuerza.

Kim se tomó un momento para pensar por qué el secuestrador se había sentido atraído hacia Lexi. Ya había visto la foto en el archivo de personas desaparecidas. Había sido una niña preciosa, pero había algo más.

Suzie había soportado una vida miserable en casa, pues sus padres se habían planteado el divorcio. Libby había sido víctima de abusos perpetrados por su tío. Melody era una niña invisible, a la que nadie quería. ¿Y Lexi? ¿Por qué?

La palabra «negligencia» apareció en su mente.

En su visión enfermiza y distorsionada, ese hombre pensaba que les estaba haciendo un favor a todos.

Capítulo 52

Alison se volvió hacia Stacey.

—¿Qué tal tu cita? —preguntó.

—¿Eh?

—Jirafa y curry.

—La comida estuvo bien, pero la conversación fue una mierda —dijo Stacey.

—Y, sin embargo, tienes esa sonrisa latente en la cara —observó Alison.

Stacey ladeó la cabeza.

—¿Cómo puede ser latente una sonrisa?

—Revolotea alrededor de tu boca. —Alison se dio una palmada en la frente—. Aaaah, Devon vuelve esta noche y ya te podrás imaginar que...

—Alison, cállate —dijo Stacey. Dejó que se le escapara una sonrisa. Y, en efecto, ese era el motivo. No importaba lo que le deparara el día. Al llegar a casa, Devon la estaría esperando. Y no veía la hora. Geoffrey había sido un

sustituto muy pobre—.»

Está claro que te aburres, así que ¿quieres hacer algo? —le preguntó a Alison, que no hacía otra cosa que tamborilear con los dedos sobre el escritorio ante una pantalla vacía. La conversación que acababa de tener con la jefa no había servido para aligerar su carga de trabajo.

—Ah, cómo me gustaría escuchar lo que están diciendo —comentó.

—Sí, pero hay leyes que lo prohíben —dijo Stacey. Mientras Harte consultaba con su abogada por segunda vez, la cámara de la sala de interrogatorios uno estaba apagada.

—No quiero escuchar sus palabras. Quiero escuchar su cuerpo.

—Y, si por casualidad, leyeras cualquier cosa en sus labios, estaríamos ante un juicio nulo.

—Detalles. Detalles. Detalles.

—Tengo trabajos que podrías...

—No tengo autorización, Stace —le recordó Alison.

—Detalles. Detalles. Detalles —le espetó Stacey, aunque sabía que era cierto. Alison los asesoraba sobre conductas, y era tentador intentar utilizarla como otro par de manos.

—¿Puedo ayudar en algo? —se ofreció Penn.

—Te has tomado tu tiempo para ofrecerte, colega. ¿Te encuentras bien? —preguntó Stacey. Lo miró más de cerca. Una línea tensa recorría la mandíbula del sargento. Penn era el primero en ofrecer su ayuda. Que no lo hubiera hecho antes significaba que le preocupaba algo.

—Estoy bien, gracias.

—¿Jasper está bien?

La línea de tensión se apretó.

—Sí, está bien.

—Oye, si algo va mal con mi amigo el cocinero, yo...

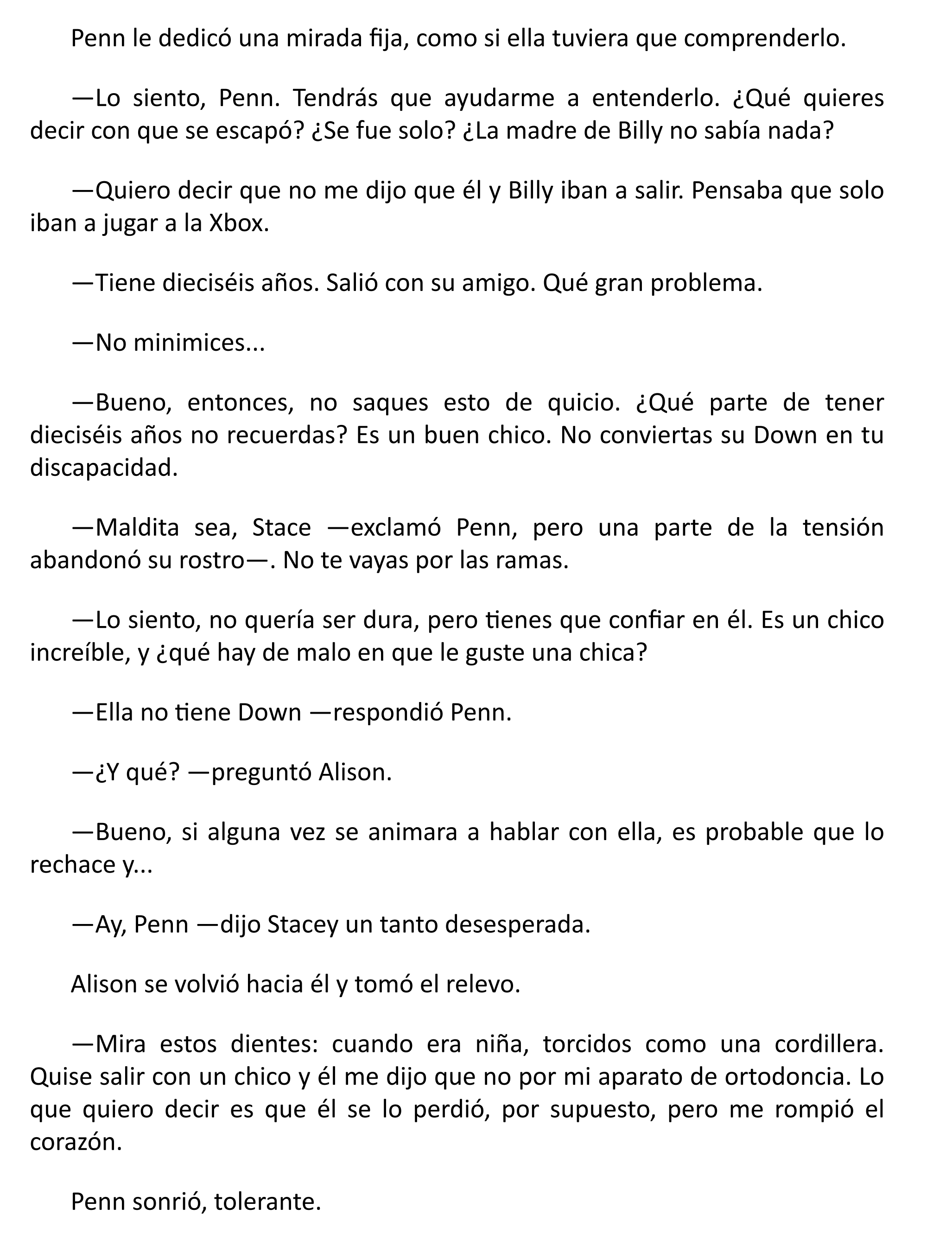
—Está bien. Déjalo.

Esa última palabra anulaba la afirmación anterior.

—Vale, pero, si quieres hablar de...

—Se escapó de casa de Billy y le gusta una chica —soltó Penn.

Stacey esperó.



Penn le dedicó una mirada fija, como si ella tuviera que comprenderlo.

—Lo siento, Penn. Tendrás que ayudarme a entenderlo. ¿Qué quieres decir con que se escapó? ¿Se fue solo? ¿La madre de Billy no sabía nada?

—Quiero decir que no me dijo que él y Billy iban a salir. Pensaba que solo iban a jugar a la Xbox.

—Tiene dieciséis años. Salió con su amigo. Qué gran problema.

—No minimices...

—Bueno, entonces, no saques esto de quicio. ¿Qué parte de tener dieciséis años no recuerdas? Es un buen chico. No conviertas su Down en tu discapacidad.

—Maldita sea, Stace —exclamó Penn, pero una parte de la tensión abandonó su rostro—. No te vayas por las ramas.

—Lo siento, no quería ser dura, pero tienes que confiar en él. Es un chico increíble, y ¿qué hay de malo en que le guste una chica?

—Ella no tiene Down —respondió Penn.

—¿Y qué? —preguntó Alison.

—Bueno, si alguna vez se animara a hablar con ella, es probable que lo rechace y...

—Ay, Penn —dijo Stacey un tanto desesperada.

Alison se volvió hacia él y tomó el relevo.

—Mira estos dientes: cuando era niña, torcidos como una cordillera. Quise salir con un chico y él me dijo que no por mi aparato de ortodoncia. Lo que quiero decir es que él se lo perdió, por supuesto, pero me rompió el corazón.

Penn sonrió, tolerante.

—Aunque no es exactamente lo mismo. Los dientes se pueden enderezar.

—En ese momento, Penn, la angustia era real. El motivo no importaba.

—¿Quieres saber cuántas veces me han rechazado por ser negra? —preguntó Stacey—. Y ninguna cantidad de aparatos dentales habría cambiado eso. Lo que queremos decir es que el desamor, en la adolescencia, es inevitable, colega. Va a pasar y no puedes protegerlo de todo.

Penn levantó el teléfono.

—Me ha mandado un mensaje. Quiere quedarse en casa de Billy otra vez esta noche.

—Joder, ese chico sale más que yo —dijo Alison.

Stacey captó la mirada de su compañero.

—¿Sabes, Penn?, quizás, si tuvieras un poco más de marcha en tu propia vida social, no te daría tanto miedo soltarle las riendas a Jasper.

—Vale. En serio, ahora me siento superado en número, así que, volvamos a tu problema del trabajo, Stace, porque no puedo con las dos.

—No sé hasta qué punto el nuevo criterio de la jefa me ayudará a reducir el número de niñas.

—Creía que solo quedaban cinco —dijo Alison.

—Esas fueron las desaparecidas en 1998. todo un nuevo lote que examinar en el 2000. Comprobaré cualquier detalle con los registros dentales que ya tengo, pero ninguna de estas otras encaja con el perfil específico que me acaba de dar la jefa.

—¿Qué perfil? —preguntó Penn.

—Niña problemática, posiblemente maltratada, abandonada o algo así... —dijo ella, y se volvió a su pantalla.

—¿Por qué? Grace no es nada de eso —dijo Alison.

—¿Cómo lo sabemos? —preguntó Penn.

—La jefa ha dicho que son un pequeño gran equipo —dijo Stacey—. He investigado a la familia y no hay ninguna prueba, en absoluto, de ningún tipo de maltrato.

—No siempre es obvio para los de fuera —dijo Alison—. Y, como se trata de la víctima actual, la que esperamos que siga viva, me centraría en...

—Sin llamar a Claire Lennard para preguntarle si golpea, mata de hambre o desatiende a su hija, no tengo forma de... Ah, espera —dijo Stacey, y pulsó unas teclas. La ludoteca acababa de enviarle las imágenes de Grace del día de su desaparición. Había siete carpetas. Las dos últimas eran las que la jefa había visto el mismo lunes en el lugar de los hechos. Todo había sido enviado a Ridgepoint para que los técnicos lo examinaran desde el punto de vista forense.

Cargó las imágenes de lo que había sucedido ese mismo día, más tarde. Grace no era difícil de identificar, gracias a la foto en la pizarra.

Stacey vio cómo la niña se presentaba para que pasaran lista mientras el personal y los demás niños se reunían frente al cobertizo, en el fondo del jardín. Grace entraba y salía de la luz del sol, moviéndose entre los grupos. Sin poder evitarlo, Stacey sonrió ante la emoción colectiva de que algo fuera de lo común ocurriera en un luminoso día de agosto. A medida que el sol se movía lentamente, la sombra del cobertizo fue dividiendo el grupo en dos.

Stacey observaba a Grace, en busca de cualquier signo de aislamiento o tristeza que la niña diera, señales de retraimiento o incomodidad. Pero iba de aquí para allá entre sus compañeros. Stacey no notó nada.

La vigiló hasta el momento en que a los niños les dieron permiso de reanudar sus actividades normales. Grace salió de la sombra del cobertizo y se dirigió de nuevo al huerto. Fuera de la vista de la cámara, quedó un momento bajo la luz del sol.

Stacey rebobinó la grabación diez segundos hasta el instante en que la niña salía de la sombra y aparecía bajo el sol. En ese momento, su sonrisa se transformó en un ceño fruncido.

Volvió a mirar, y el gesto de enfado no se borró de su cara.

—¿Qué pasa? —preguntó Alison desde el otro lado de la habitación.

—Tal vez nada, pero dame un minuto. Hay algo que necesito comprobar.

Volvió al primer archivo de imágenes para ver si sus sospechas eran ciertas.

Capítulo 53

—Espera aquí —dijo Kim mientras Bryant aparcaba el coche delante de

una casa adosada, a menos de un kilómetro y medio de The Dog, en Tipton. Según el domicilio que tenían registrado, Chicle vivía muy cerca de su abrevadero favorito.

El exterior de la vivienda era una representación visual del propio hombre: despreciado, desgastado, descuidado, abandonado. Nadie más necesitaba ver en qué se había convertido la vida del expolicía.

Bryant no se ofendió. Se desabrochó el cinturón de seguridad y se acomodó en su asiento.

Kim salió del coche. Vadeó maleza y un camino de entrada cubierto de musgo hasta llegar a la casa. A la puerta, cuatro bolsas de basura atraían una colonia de moscas. El hedor era insoportable.

Llamó. Se preguntó si de verdad quería entrar, pero enterró esos pensamientos bajo el recuerdo de que ese hombre había sido una vez un gran detective y muchas familias le debían que se hubiera hecho justicia.

Chicle abrió la puerta.

—¿Qué coño quieres? —preguntó.

—Un minuto. —En la mente tenía su historial de arrestos y condenas.

—Podrás comprarlo en The Dog a partir de las siete. —Quiso cerrar la puerta, pero el pie de ella ya estaba en medio.

—Es solo un minuto, Chicle, no te pido más.

Él maldijo y se hizo a un lado. Rozó con el pie otra bolsa de basura que esperaba su turno de salir.

—Me han vuelto a robar el cubo. Algún mierdecilla. Y el Ayuntamiento ya no recoge las bolsas negras. —Sacudió la cabeza.

Kim pasó junto a la bolsa, que ya empezaba a oler tan mal como sus compañeras de la entrada.

Chicle la guio hasta la cocina y cogió una lata de cerveza que había dejado sobre la encimera. En esta habitación no había sitio para sentarse, y ni siquiera estaba segura de querer hacerlo. El olor de la cocina era una mezcla de grasa de fritura vieja y alcohol.

—Recuerdo cuando teníamos verdaderos recolectores de basura, de esos que recogían tu cubo de hojalata, se lo echaban al hombro y lo vaciaban en la parte trasera de un camión. Luego volvían a poner el cubo en la puerta de tu

casa.

—Chicle, ¿por qué interrogaste a Jenson Butler en relación con la desaparición de Melody?

—Porque lo conocíamos —respondió de inmediato, sin pausas para recordar. A pesar del cuerpo maltratado, el cerebro de ese hombre seguía siendo agudo. Parecía que cada recuerdo asociado a la desaparición de Melody siguiera fresco en su mente.

Ella se apoyó en la encimera y se cruzó de brazos.

—¿Cómo?

Chicle apuró su cerveza y arrojó la lata a la papelera. Falló. Extendió la mano por detrás y abrió otra.

—Uno de mis primeros trabajos como detective, allá por 1989, fue tomar declaración a una chica y a sus padres. Decía que Jenson Butler la había violado.

—¿Es coña? —preguntó ella.

—Se llamaba Sylvie y tenía trece años.

—Ay, mierda —dijo Kim, y se echó las manos a los bolsillos.

—*Por supuesto, él alegó que había sido consentido, que se habían encontrado a la salida de un pub para celebrar alguna cosa relacionada con su educación.*

—¿Él estaba en la universidad? —preguntó.

—En el último año.

—Entonces, ¿cómo se libró? —quiso saber Kim. Intentaba comprender las complejidades que todo eso añadía a su caso.

—No lo hizo. Fue condenado por el delito y lo encerraron veinticuatro meses.

Kim negó con la cabeza.

—Chicle, esa porquería te ha reventado el cerebro. No hay antecedentes penales en la Base de Datos de la Policía, no hay nada en el Registro de Delincuentes Sexuales. —Stacey había comprobado ambas cosas y se las había destacado.

—El Registro de Delincuentes Sexuales no empezó hasta 1997. De todas formas, la sentencia no habría sido indefinida, ya que fue condenado a menos de treinta meses.

Vale, lo entendía, pero la condena debería seguir en su expediente.

—Butler se declaró sin oposición.

Kim puso los ojos en blanco. Declararse sin oposición significaba que, aunque no admitías la culpabilidad, permitías que el tribunal decidiera tu castigo.

—Pero su condena tendría que haber permanecido en su historial hasta que cumpliera cien años —dijo ella, citando las normas de conservación de datos.

Él dio un trago a su bebida y asintió.

—Así son las normas ahora, y están en vigor desde 2006, pero antes se llevaba a cabo un proceso llamado «desbroce».

Ella había oído el término. Según lo entendía, significaba la eliminación de las condenas y todas las pruebas asociadas, tales como las huellas dactilares y el ADN.

—El sistema no estaba automatizado y el proceso no tenía mucho sentido, pero algunos delitos que deberían haberse conservado desaparecieron, en tanto que otros que deberían haberse destruido se conservaron. De ahí la necesidad de un sistema automatizado que pudiera contar hasta cien.

—Joder, Chicle, ¿por qué no me dijiste nada de esto el otro día?

—Nunca mencionaste el nombre de Butler. No había nada que lo relacionara con el secuestro de Melody. Nosotros esperábamos que pidiera un abogado de inmediato, pero no lo hizo.

—¿Por qué?

—Porque tenía una coartada bastante sólida. Decía haber estado en una obra a cincuenta kilómetros de distancia con más de una docena de miembros de su equipo, un capataz de obra y el contratista principal.

—Madre mía —dijo Kim, y se frotó la frente.

Chicle entrecerró los ojos.

—Y, ahora, ¿estáis interesados en él? —preguntó. Sus ojos destellaban y estaban alerta. Apenas había tocado su cerveza desde el principio de la conversación.

—En este momento, Chicle, tus suposiciones son tan buenas como las mías —dijo ella, y salió de la cocina. Necesitaba aire por más razones que el abrumador hedor de la inmundicia.

Necesitaba procesar el hecho de que Steven Harte hacía negocios con un delincuente sexual condenado.

Capítulo 54

Kim no esperaba volver tan pronto a las oficinas de Butler.

—El señor Butler está en una reunión —dijo Barbara—. No puedo molestarlo —añadió con cara de nerviosismo.

Estaba claro que esta mujer tenía una relación laboral muy diferente con Butler hijo de la que había tenido con Butler padre.

—Me temo que debo insistir. Si su jefe prefiere que nos sentemos aquí con el uniforme completo hasta que sus visitantes se vayan, lo podemos arreglar.

Ahora, la mujer podría amenazarlo con algo que provenía de la propia Kim.

—Vuelvo enseguida —dijo, y salió de la recepción.

—¿No es extraño que un dato pueda cambiar toda tu opinión sobre cierta persona? —preguntó Bryant una vez que estuvieron solos—. Recuerdo que, antes de ser policía, trabajé con un grupo en un almacén. Uno de ellos, la sal de la tierra, habría hecho cualquier cosa por los demás. Era el tío más popular hasta que, en una conversación, soltó que solía conducir después de haber bebido. Desde entonces, la mayoría de la gente se distanció de él.

Kim entendía lo que su compañero quería decir en relación con Butler. El día anterior habían visto los cuadros colgados en la pared. Habían quedado impresionados por el alcance de las obras, el crecimiento de la empresa, el número de empleados locales. Todas esas cosas seguían siendo ciertas y, sin embargo, nada de eso contaba después de lo que acababan de averiguar.

—Inspectora, ¿a qué viene esta interrupción? Sus exigencias no...

—Señor Butler, le sugiero que nos traslademos a una habitación más

privada.

—No necesito privacidad para decirle que no estoy disponible para hablar en este momento. Por favor, haga una...

—Esta es mi última advertencia para que hablemos de esto en privado, señor Butler; de lo contrario, tendremos esta conversación aquí mismo y ahora.

Él dudó antes de resoplar e indicarles que lo siguieran.

Pasaron la sala de reuniones acristalada que habían utilizado el día anterior y entraron en una mucho más pequeña, con una mesa redonda de madera y cuatro sillas.

—Inspectora, por favor, deme el nombre de su oficial superior, ya que tengo la intención de presentar una queja formal contra usted.

—Es el inspector jefe de detectives Woodward y está acostumbrado. Como usted tiene prisa, iré al grano. ¿Hay alguna razón por la que decidió no revelarnos que es un delincuente sexual condenado?

Él abrió la boca para discutir y se dejó caer en una silla.

Kim seguía esperando una respuesta.

—No se lo cuento a todo el que conozco.

—¿Ni siquiera a policías que investigan el secuestro de niñas?

Él negó con la cabeza.

—Eso no tiene nada que ver conmigo.

—Su empresa llevó a cabo las obras donde nuestra víctima fue enterrada. ¿Quiere contárnoslo o prefiere llamar a su abogado? De cualquier forma, vamos a tener que hablar del asunto.

—Fue una metida de pata. —Se frotó la frente con un movimiento furioso. Kim sabía lo que Alison le habría dicho: estaba intentando borrar el recuerdo.

Ella le ofreció su propio mensaje no verbal. Se cruzó de brazos y no dijo nada.

—Celebrábamos el fin de curso. Yo estaba borracho y ella parecía mucho mayor.

—¿Qué defensa le gustaría usar, señor Butler?

—Un poco de las dos, pero le juro que no sabía su verdadera edad. Me dijo que tenía diecisiete.

—¿Y tenía...?

—Ocurrió una semana antes de que cumpliera catorce.

—¿Así que tenía trece años? —preguntó Kim para dejarlo bien claro.

Bryant se llevó las manos a los bolsillos mientras Butler se estremecía ante las palabras de la detective.

—Parecía mucho mayor; llevaba maquillaje, ropa de chica madura. Parecía bastante mayor.

—¿Para el sexo?

El hombre asintió.

—Juro que yo no sabía nada. Fue totalmente consentido. Estaba muy borracho. Ni siquiera me acuerdo.

—Señor Butler, ¿a qué defensa quiere atenerse?: ¿a que fue consentido, a que estaba muy borracho o a que no se acuerda? Tanto la segunda como la tercera son impedimentos para un recuerdo preciso de la primera.

En cuanto su cerebro captó bien palabras, el hombre se ruborizó.

—La acusación vino de los padres, no de la chica.

—Me imagino que fue ella quien se lo contó a sus padres, así que, en realidad, es lo mismo. Y, a fin de cuentas, tenía trece años. ¿Lo acusaron de estupro?

—Sí.

—Y se declaró sin oposición.

El hombre asintió.

—Quizás debí haber intentado defenderme, declararme inocente, pero me aconsejaron que no declarara y aceptara el castigo.

—¿Y qué castigo fue?

—Una condena de tres años y cuarenta horas de servicios a la comunidad. No me explicaron bien que era posible que pasara más de un año en prisión.

—Demande a su abogado —dijo Kim sin compasión. El derecho de ese hombre a entender las normas había desaparecido en cuanto se acostó con una menor.

—¿Y fue interrogado en relación con la desaparición de Melody Jones en 1996?

—Apenas —dijo, como si fuera un hecho sin importancia que hubiera olvidado—. Pero yo ni siquiera estaba aquí cuando esa niña desapareció. —»Esa niña»—. Y tenía una coartada de hierro que...

—Se la proporcionó gente que trabajaba para usted —aclaró ella.

—Yo no estaba allí, y no soy un pervertido —protestó, enérgico.

Kim no estuvo ni de acuerdo ni en desacuerdo. Los hechos eran los hechos.

De repente, se le ocurrió algo.

—¿Estaba en la universidad cuando lo condenaron por violación? —preguntó.

El hombre asintió.

—¿Y dice que pidió consejo a quienes lo rodeaban?

—Sí.

—¿Una de esas personas era Steven Harte?

—Podría ser. Era un tipo listo y de confianza, así que, sí, es muy probable que le pidiera consejo.

Así que Steven Harte sabía que el hombre era un delincuente sexual y, aun así, había decidido hacer negocios con él.

Capítulo 55

Stacey había querido estar completamente segura antes de decirles nada a sus compañeros y, sobre todo, a la jefa. Después de revisar las imágenes donde aparecía Grace Lennard el día del secuestro, estaba bastante segura de que tenía razón.

—Alison, Penn, venid a echar un vistazo rápido —dijo.

Penn arrastró su silla con ruedas de un escritorio al otro y Alison lo siguió.

Stacey había cogido los recortes de Grace de aquel día y los había montado a cámara lenta.

Cuando sus compañeros estuvieron listos, puso en marcha el vídeo.

Grace en el corrillo.

Grace volvía al huerto.

Grace, con una rebeca amarilla, entraba a primera hora en el local.

Grace en la cocina, sin la rebeca, tomaba un vaso de zumo y comía una galleta.

—Stace, ¿qué se supone que estamos buscando...?

—Solo mira. —Alison ya había empezado a examinar los vídeos con más diligencia.

Grace, en el pasillo, sacaba algo de su mochila de unicornio.

Grace aparecía justo detrás de un par de niñas.

—Pon esa parte otra vez —dijo Alison.

Era la parte donde el hallazgo de Stacey era más evidente. La ayudante de detective rebobinó y congeló el fotograma.

—Ah —dijo Alison.

Penn negó con la cabeza.

—Todavía no... Ah, sí. ¿Eso es lo que creo que es?

Sí, era eso, ni más ni menos.

Grace Lennard tenía un moratón enorme en el lado izquierdo del brazo.

Capítulo 56

—Sabes bien cuándo no estás convencida del todo —dijo Bryant. Iban rumbo a la casa de Claire Lennard.

Había escuchado en silencio lo que Stacey le contaba a Kim tras salir de la

charla con Jenson Butler. La reacción inmediata de la jefa había sido visceral, contraria a la idea de que Claire Lennard le hubiera hecho algún daño a su hija.

—Por una vez, estamos de acuerdo en algo —dijo.

Bryant entró en la zona de Kate’s Hill.

—Todo en esa casa era un grito de amor y calidez. ¿Viste las figuritas de arcilla?

Kim asintió. Ella también se había fijado en eso. Parecía una familia de tres miembros modelada con arcilla artesanal. Era obvio que la había hecho una niña, pero ocupaba un lugar de honor sobre la chimenea entre dos fotos familiares. Siempre eran las cosas pequeñas.

—Pero no tengo más remedio que discutir el tema —dijo, aunque su estómago se rebelaba.

La inquietud no disminuyó cuando Bryant aparcó detrás del Ford Fiesta de Bernadette, que parecía no haberse movido desde el lunes.

La oficial de enlace abrió la puerta con una sonrisa.

—¿Aún no has ido a casa? —le preguntó Kim.

—No. La Tercera Guerra Mundial está haciendo estragos en mi casa, y he decidido convertirme en Suiza. En este momento, aquí me necesitan más.

—¿Cómo está?

Bernadette suspiró.

—Como era de esperar, no muy bien. No quiere comer, no quiere dormir, no quiere lavarse, va a todas horas arriba y abajo. La adrenalina corre por su cuerpo y no sabe qué hacer con ella. Tengo la impresión de que, si permitiera que se asentara cualquier tipo de normalidad, sentiría que está defraudando a Grace. Y las cosas empeoran porque no hay nada que pueda hacer para ayudar a encontrarla.

Genial. Claire no tendría una jornada más alegre gracias a las preguntas de Kim.

Desde el salón, la madre de Grace se asomó a la entrada.

—¿Es la inspectora? —preguntó.

Kim disimuló su sorpresa ante la aparición de la mujer. No la juzgaba por no haberse cambiado de ropa desde el lunes ni por llevar el pelo sin lavar ni peinar. Estaba pálida, tenía los ojos enrojecidos, y los párpados inferiores hinchados.

—Aún no la hemos encontrado —dijo Kim como respuesta a la única pregunta que consiguió descifrar en su mirada—. Pero seguimos pistas.

El cansancio parecía ralentizar las reacciones de Claire. Sin embargo, bastaron unos segundos para que su expresión se tornara suspicaz.

No tenía sentido mentirle. Claire sabía que si lo que Kim estaba buscando era que la pusieran al día, podría haber llamado a Bernadette. Ese era el trabajo de la oficial de enlace.

La detective se acercó a la puerta del salón.

—¿Nos sentamos, Claire? —preguntó.

La mujer se dejó acompañar a la sala y tomó asiento en el sofá de dos plazas. Kim ocupó la silla individual, en tanto que su compañero se quedó de pie junto a la puerta.

Se volvió hacia Claire y se inclinó hacia delante. Fue la postura más abierta y despojada de prejuicios que se le ocurrió.

—Claire, necesitamos hacerle un par de preguntas sobre su relación con Grace. —La madre parecía perpleja de verdad. Eso no reconfortó a Kim, que tenía que seguir—. Sé que las dos están muy unidas, pero ¿alguna vez ha perdido los estribos con ella?

—Por supuesto. Hay momentos en los que estallo. Soy madre soltera, aún estoy de duelo y soy humana.

Kim sintió que el malestar crecía en su estómago.

—¿Alguna vez la ha azotado o empujado...?

Claire se puso de pie y señaló la puerta.

—¡Fuera! —gritó. Kim no le hizo caso y permaneció sentada—. ¿Cómo se atreve a tergiversar mis palabras? Cuando he dicho «estallo», me refería a una explosión verbal. A veces he gritado sin que fuera necesario. A veces he exagerado.

—¿Pero nunca físicamente? —preguntó Kim sin cambiar de tono.

—Nunca —dijo Claire, y volvió a sentarse.

—Siento que tengamos que preguntarle esto, pero Grace tenía un moratón, uno grande, en el brazo izquierdo.

Claire pareció confundida durante un instante hasta que las nieblas de su memoria se disiparon.

Se levantó la camiseta hasta la altura de la costilla más baja. Kim enarcó una ceja.

—¿Se parece un poco a este?

—Sí, más o menos —dijo Kim, y esperó.

—Paintball, la semana pasada. Y, antes de que me pregunte si Grace no es demasiado pequeña, tienen días especiales para fiestas infantiles. Era el cumpleaños de un compañero de clase. Toman precauciones extra, pero nada puede defendernos de un mierdecilla de doce años que quiera saltarse las normas. Nos pilló a las dos.

Kim se sintió aliviada y curiosa a partes iguales.

—¿Pensaron que yo le había hecho eso? —preguntó la madre.

—Teníamos que preguntar. Ojalá que lo entienda. —Claire parecía querer discutir, pero no le quedaban fuerzas—. Claire, ¿alguna vez Grace había tenido moratones tan visibles?

La mujer negó con un movimiento de cabeza.

—No, que yo recuerde. ¿Por qué?

Porque eso significaba que Steven Harte había visto a Grace poco tiempo después de la fiesta del paintball y se había quedado con la impresión de que la niña estaba siendo maltratada.

—Claire, hay algo que necesito que haga por mí, y puede ser muy importante.

La mujer olvidó la actitud defensiva y sus ojos se iluminaron ante la perspectiva de ayudar.

—Necesito una lista de todos los sitios en los que estuvieron desde el día en el que Grace se hizo el moratón. Necesito el día y la hora tan precisas como sea posible.

—Vale, puedo hacerlo, pero...

—Confíe en mí. Eso ayudará —dijo Kim, y se puso de pie.

Harte tuvo que haberla visto en algún momento entre el día del paintball y la hora de comer del lunes, cuando la niña fue secuestrada de la ludoteca.

Si las cámaras habían captado a Steven Harte, de alguna forma, en cualquiera de los lugares, tendrían lo suficiente para ponerlo nervioso y obligarlo a revelar algo.

Kim salió de la casa con una sensación de alivio ante la explicación que Claire Lennard les acababa de dar.

Uno no siempre sabía con qué tipo de persona estaba tratando. Había hablado con personas muy bien disfrazadas sin saber que eran asesinas, violadoras o atracadoras a mano armada, pero los instintos le decían que Claire Lennard no había hecho nada malo. Al igual que le decían que Steven Harte, definitivamente, sí.

Capítulo 57

—¡Tengo una! —gritó Stacey. Había reanudado su búsqueda de más víctimas potenciales justo al terminar su llamada con la jefa.

—¡Yo también! —gritó Penn de inmediato.

—Vale, así que a mí me toca ser la aguafiestas —preguntó Alison.

—Paula Stiles, de ocho años —continuó Stacey—. Secuestrada el catorce de agosto de 2000 en una excursión de un día a un parque natural en los Cotswolds. Iba con otros veintiséis niños de un hogar infantil de Evesham. —Giró la pantalla—. Vaya, y mira qué cara —añadió.

—Tan bonita como las otras —coincidió Alison—. Cumple con los parámetros de sus citas favoritas, además de que estaba en el sistema asistencial.

—Al parecer, no hubo ningún familiar que hiciera un llamamiento público, así que lo hizo uno de los cuidadores, que se equivocó en la edad.

Una sensación de tristeza se apoderó de Stacey por ese simple hecho. ¿Quién había estado esperando que esa niña volviera? ¿Quién había rezado por su regreso? ¿Quién había llorado en la almohada por su ausencia? Por muy encariñado que estuviera el personal con Paula Stiles, tenían otras dos docenas de niños de los que ocuparse.

—Maldita sea —dijo Alison—. ¿A quién demonios tenían que devolverle esa niña?

—A nadie. Esa es la cuestión —dijo Stacey. La rabia empezaba a arder en su interior. A todas esas niñas se las habían llevado como si no fueran nada, como si alguien se sintiera con el derecho de arrancarlas de sus vidas.

—Vale —dijo Penn, y se puso a ordenar sus trozos de papel—. ¿Deberíamos seguir con la misma cronología?, ¿la hipótesis de que las retiene un año?

—Creo que eso tenemos que hacer —opinó Stacey—. Lexi Walters fue secuestrada en 1998 y enterrada en Hawne Park un año después. El mismo lapso de las que sí volvieron.

—Bien. Harte trabajó en un solo proyecto con Butler al año siguiente de la desaparición de Paula Stiles.

—¿Y?

—Bueno, digamos que a la jefa le va a encantar esto.

Capítulo 58

—¿En serio, jefa?—preguntó Bryant. Estaban entrando en el aparcamiento de Wyley Court, en las afueras de Bewdley.

—Bueno, encajaría con la historia del lugar, ¿no?

—Sí, mi señora vino aquí hace un par de años y el mal rollo le duró días.

—Bryant, ¿qué significa exactamente mal rollo?

—No lo sé, pero creo que es una canción de Malos Vicios.

Kim puso los ojos en blanco.

Wyley Court era una mansión de estilo italianizante construida en el siglo xvii, en el emplazamiento de una antigua casa solariega.

En el siglo xviii había sido vendida a los Denley de Northumberland. La familia pareció vivir en relativa paz durante un par de años, hasta que John Denley empezó a pecar de mujeriego por la zona. Una noche, en un ataque de celos, Eleanor Denley degolló a sus cuatro hijos antes de arrojarse desde el tejado del edificio. Incapaz de soportar la pérdida, John Denley había regalado la casa al pueblo, junto con una importante donación. Se nombraron administradores para supervisar su mantenimiento.

En cuanto el dinero empezó a escasear, los astutos victorianos atrajeron a visitantes de pago con historias de avistamientos macabros y fantasmales de los niños Denley. La planta baja se había convertido en un museo que celebraba lo macabro y atraía a visitantes de todo el mundo con exhibiciones de los asesinatos más terribles. Con el tiempo, el lugar se hizo famoso como punto de encuentro de lo paranormal. Acogió equipos de cazafantasmas que hacían vigilias y sesiones de espiritismo.

—¿Cómo demonios vamos a encontrar a la persona adecuada? —preguntó Kim mientras dejaban el coche en un aparcamiento que ya estaba tres cuartas partes lleno.

—Sigue a la multitud —sugirió Bryant. Se colocaron detrás de un grupo de turistas chinos que llevaban cámaras fotográficas colgadas del cuello.

Llegaron al final de una cola que serpenteaba alrededor del edificio.

Kim avanzó paralela a la fila en medio de chasquidos de desaprobación y malas miradas.

Delante, dos señoras vestidas con camisetas negras a juego atendían una taquilla.

Kim se metió en el primer hueco disponible.

—Perdonen —dijo Bryant, y mostró su identificación—. ¿Quién está a cargo?

—Eeeeh, nuestro director diurno es Rory Duncan.

—¿Puede llamarlo?

—Lo siento. Podría estar en cualquier parte. Estamos muy ocupadas.

—Es urgente. Por favor, pídale que se reúna con nosotros en la fuente.

La chica asintió y Kim salió de la fila.

Bryant la siguió al exterior. Pasaron por delante de unos paneles que indicaban cómo llegar a la Tienda de Regalos Macabros, al Pasillo del Horror y a la Cámara de la Asfixia. El rótulo del antiguo Salón de Té era un poco decepcionante.

—¿Qué es lo fascinante, Bryant? —preguntó Kim, ya frente al tablón «Usted está aquí».

—No estoy seguro, jefa. Yo lidio con suficiente horror a diario.

—Por supuesto. Las escenas que presenciamos...

—Ah, sí, eso también —comentó él con una sonrisa.

—Por aquí —dijo Kim—. Tenemos que atravesar la rosaleda y pasar junto a la casita de campo. La fuente está justo delante del laberinto.

—Tus habilidades de orientación son increíbles, jefa.

—¿Sabes, Bryant?, siempre eres no gracioso, pero hay veces que aún eres más no gracioso de lo normal.

—Sin duda, tus habilidades lingüísticas son...

—Mierda —dijo Kim en cuanto salieron del jardín de la casa de campo.

Tenían delante la joya de los extensos y cuidados jardines. El exuberante césped y las zonas plantadas parecían haber sido creados para realzar la grandeza de la fuente.

—No hay una más pequeña en otro sitio, ¿verdad? —preguntó Bryant con espanto en la voz.

Kim se descubrió a sí misma anhelando lo mismo.

Una placa decía que la fuente se llamaba «Perseo y Andrómeda». El depósito tenía forma de ojo. El cerco era un muro de piedra que la rodeaba por completo y, en el centro, una estatua ornamentada lanzaba veinte chorros de agua a distintas alturas, uno de los cuales alcanzaba más de veinte metros.

—Supongo que ese que viene hacia nosotros es Rory Duncan —dijo Bryant.

El hombre vestido con traje era pequeño, pero veloz. Llegaba como disparado del arco que conducía desde el jardín de la casa de campo. Llevaba al cuello un cordón que oscilaba como péndulo acelerado.

—¿Son ustedes los policías que han exigido mi atención inmediata?

Kim estaba bastante impresionada. Desde la casa hasta la fuente había un buen paseo, y mantener ese nivel de irritación durante todo el camino era una muestra de determinación y vigor.

—Así es, señor Duncan. Nos gustaría saber más sobre esta fuente.

El hombre enrojeció el doble.

—¿Me han llamado para que les dé una lección de historia? —preguntó. Kim casi esperaba que su pajarita de lunares también empezara a girar.

—Solo la historia reciente; por ejemplo, las obras de renovación que se llevaron a cabo hace unos veinte años.

—¿Por qué necesita esa información?

—Denos ese placer, señor Duncan. Entendemos que fue una obra bastante compleja.

—No empezó así. Hubo un problema con el suministro del agua que llegaba a la estatua central. Antes de excavar la fuente, se comprobó el exterior. Nos cuestionamos la decisión, pero es un gran atractivo para la gente a la que no le interesan las cosas sangrientas, además de que es original, un integrante histórico del edificio. —Kim se pregunto hasta qué punto eran importantes los históricos Pasillo del Horror y Cámara de la Asfixia para la integridad histórica del edificio.

«Uno de nuestros benefactores se ofreció a pagar la factura para que la fuente volviera a funcionar. Coincidía con nosotros en la importancia del monumento.

—¿Y él era consciente del trabajo que implicaba?

—Ninguno de nosotros lo fue, hasta que empezaron los trabajos de excavación y determinaron qué había causado el cese del suministro de agua.

—Pero es una fuente —dijo Kim. Suponía que el agua se reciclaba una y otra vez desde la base.

—No se repone toda la necesaria. Las lluvias ayudan a mantenerla, pero el agua se evapora con el sol y, como puede ver... —Señaló la posición del astro rey, lo que reveló a Kim que la fuente se recalentaba día tras día—. Para serle franco, no estábamos seguros de que fuera una cuestión de suministro, ya que los problemas anteriores siempre habían estado relacionados con los cabezales de los surtidores.

—¿Hasta qué punto fue complicado el trabajo? —preguntó Kim.

—Pensábamos que sería cuestión de tuberías dañadas o accesorios desgastados, pero no era nada de eso. El pozo se había secado.

—¿Cómo ha dicho?

—La fuente había sido un pozo subterráneo y, simplemente, se había quedado sin agua.

—¿Y a su benefactor no le importó el aumento del coste?

—No, fue muy generoso. Incluso trajo a su propia empresa constructora para asegurarse de que se hiciera bien.

«Seguro que sí», pensó Kim.

—¿Qué había que hacer?

—El equipo tuvo que excavar unos tres metros hasta tener un pozo estable y, luego, instalar un flamante sistema de reposición de agua. Este se alimenta de un depósito colector que, además, está conectado a la red pública, por si el sistema bajara demasiado alguna vez.

—Parece que se ha pensado y trabajado mucho.

—Sí, pero el señor Harte era muy práctico. Estaba aquí a todas horas, comprobando los avances. Ambos fueron increíblemente diligentes.

—¿Con «ambos» se refiere al señor Harte y al señor Butler?

Pareció sorprenderse de que Kim conociera sus nombres.

—Sí, por supuesto. El trabajo duro y el compromiso de esas personas, por no hablar del dinero, han garantizado que esta pequeña belleza no tenga que volver a sufrir ningún trastorno.

Antes de tomar una decisión, Kim reflexionó un momento sobre lo que acababa de averiguar.

Estaban la historia y la integridad de la fuente; el fastidio para el establecimiento y su negocio; las molestias para esas personas y sus clientes. Por otro lado, tanto Steven Harte como Jenson Butler habían estado implicados en el proyecto y había posibilidades de que los restos de una niña descansaran bajo todo eso.

Se volvió hacia el director del turno.

—Me temo, señor Duncan, que vamos a tener que excavar.

Capítulo 59

Alex fue a su primera reunión del día. Tenía que colocar dos piezas; la tercera, al día siguiente. A efectos prácticos, aquello garantizaría su liberación, con o sin la carta de la inspectora.

Stone era un comodín. El último recurso si su trama, con tanto cuidado construida, salía mal. Era la guinda del pastel, y qué guinda tan deliciosa.

Le bastó un instante para descubrir a Stella en el comedor. La encontró en el extremo opuesto, sentada junto a Titch, una mujer rubia de proporciones generosas, tanto en altura como en anchura.

Stella Mackinley cumplía una condena de diez años por haber dirigido un laboratorio de metanfetaminas en un granero de la zona rural de Warwickshire. El equipo y los productos químicos eran tan volátiles que la policía no pudo irrumpir hasta que los bomberos consideraron que el lugar era seguro.

Pocas cosas molestaban en general a las internas, pero las enfurecía cualquiera que implicara hacerles daño a los niños. Y Stella había vendido drogas a adolescentes.

Esa droga era bien conocida por el efecto eufórico de larga duración y su alto poder adictivo. Un subidón de esos duraba hasta doce horas, mucho más

que el de la cocaína.

Stella sabía que tenía pocas probabilidades de superar ilesa su condena, así que no había perdido el tiempo en reclutar al primer armario de dos por dos que había encontrado. Titch habría sido capaz de hacer cualquier cosa por ganarse un par de libras y zamparse los ositos de gominola a los que era adicta. Y ese era su pago por proteger a una de las mujeres más odiadas de la prisión.

Solo había una cosa que Stella deseaba más que la protección: el control. Y Alex iba a ofrecérselo por un precio.

La psicóloga pasó por la fila de la comida, se dirigió a la mesa y se sentó a dos espacios de distancia de su objetivo.

Tanto Stella como Titch la miraron con desconfianza, pero siguieron comiendo.

Alex se puso el teléfono en el borde del bolsillo y se movió hasta quedar al lado de las dos mujeres. Se reacomodó en el asiento.

El teléfono hizo ruido al chocar con el suelo. Alex se detuvo un segundo antes de cogerlo. Hizo como si mirara a su alrededor.

Stella tenía los ojos fijos donde el móvil había caído.

—¿Eso es un puto teléfono? —preguntó.

Alex no dijo nada y siguió comiendo.

Stella se acercó al asiento que las separaba.

—Te acabo de preguntar si eso es un puto teléfono.

—Chitón —dijo Alex, que volvió a mirar a su alrededor. Sabía que nadie más lo había visto ni oído.

—Lo necesito.

Por supuesto. Tenía un imperio que dirigir y no era fácil hacerlo con llamadas telefónicas grabadas. Tener la posibilidad de llamar a la inspectora Stone había estado bien, pero ese era el verdadero plan, desde el principio.

—No puedo. Yo también lo necesito. Tengo llamadas que hacer.

—Dame ese puto teléfono o te van a meter un puño por la boca.

—¿Quién?

Stella señaló a Titch con la cabeza.

Alex sonrió y se inclinó hacia ellas.

—Oye, Titch, ¿aún funciona bien tu iPod?

La rubia grande asintió mientras se servía las últimas natillas frías.

—Música, compañera, música.

¿Quién iba a decir que un aparato barato cargado con canciones de Barry Manilow le compraría protección hasta el final de su condena? Ella lo sabía. El conocimiento era su negocio; por eso siempre conseguía lo que quería.

El rostro de Stella se contrajo de irritación. Titch nunca tocaría a Alex.

—Con amenazas no vas a conseguir lo que quieres.

—¿Y qué quieres, pues? ¿Quieres que te prepare algo...?

—De ninguna manera. No tocaría tu asqueroso producto.

—Así que eres como todas las otras zorras de aquí. Tienes ganas de apuñalarme a la primera oportunidad.

—Para serte sincera, Stella, me importa una mierda a cuántos hayas matado o destrozado con tu empresa farmacéutica. Y si hubieras sido condenada por error y fueras inocente, igual. Me importaría un carajo.

Se movió y sacó las piernas de debajo de la mesa.

Stella le puso una mano en el brazo. Se relamió los labios.

—¿Quieres algo más? —le preguntó.

Alex se echó a reír.

—Eeeh..., eso era un no. —Se puso de pie—. Lo siento, Stella, pero no tienes nada que me interese.

—Ahora no —dijo con cautela la mujer.

Alex casi se echó a reír ante lo fácil que había sido.

—Habla.

—Bueno, nunca está de más que te deban un favor, ¿verdad? Una nunca sabe cuándo va a necesitar ayuda con algo.

Alex pareció considerarlo, como si la oferta la hubiera cogido por sorpresa.

Volvió a sentarse.

—Vale, pero no será hoy. Tengo cosas que hacer.

—¿Cuándo?

Alex se lo pensó.

—Nos vemos mañana en la biblioteca. Trabajo allí hasta las dos. Me aseguraré de que estemos en privado. —Stella miró a su compañera. Alex negó con la cabeza—. Ni una palabra. Y no la traigas o no tendrás el teléfono. Si se enterara de algo, lo revelaría por dos paquetes de chuches, y no voy a perder este teléfono por tu culpa.

Stella consideró sus opciones: arriesgarse a estar sola por un breve tiempo a cambio de usar el teléfono o mantenerse protegida y no conseguir nada.

Alex se levantó de la mesa.

—Vale, ya has decidido. Adiós...

—No, no, lo haré. Iré, pero tienes que asegurarte de que el lugar esté vacío.

—Puedes estar segura —dijo Alex, y se alejó.

Al llegar a la puerta, se dio cuenta de que una presa en particular la observaba muy atenta.

Qué bien. Era justo lo que había pretendido. Al parecer, su segundo encuentro del día estaba a punto de llegar.

Capítulo 60

—Nada —dijo Penn—. No consigo encontrar nada sobre ese hombre.

La jefa le había pedido que profundizara en Jenson Butler. Todos sabían que no tenían suficiente para un arresto o una orden de registro. Ningún juez la firmaría habiendo vínculos tan circunstanciales con los crímenes.

La tarea que tenía encomendada le había permitido sumergirse en el trabajo y dejar a un lado sus temores sobre Jasper. Sabía que Stacey y Alison pensaban que debía aflojarle un poco las riendas, pero era más difícil de lo que ellas imaginaban. El mensaje de texto de su hermano seguía sin respuesta.

Como hermano mayor, a Penn siempre le había correspondido proteger a Jasper de los comentarios crueles y las miradas curiosas. Tenía como programa integrado proteger al chico de cualquier cosa que pudiera dañarlo. En casa de Billy estaba seguro, jugando a la Xbox y comiendo pizza. En el mundo, era vulnerable. Jasper quería a todos y sentía que todos lo querían. No sería capaz de entender que una pandilla de gamberros decidiera atormentarlo y abusar de él. Solo de pensarlo, a Penn se le revolvía el estómago: la dulce e inocente naturaleza de Jasper teniendo que aceptar que la vida no era de color rosa.

La madre, recién fallecida, había pasado años preparando a Penn para cuidar de su hermano menor. Pero no le había enseñado cómo y cuándo soltarlo.

Tal vez Stacey tenía razón sobre su propia vida personal. Dos veces había quedado con Lynne en ir a tomar una copa y charlar. Las dos había tenido que cancelarlo por motivos de trabajo. Hacía tiempo que no hablaban y la echaba de menos.

Alison lo devolvió al «modo trabajo».

—¿Está Butler demasiado limpio? —preguntó.

Penn se encogió de hombros.

—Ni siquiera un indicio de incorrección. Lleva casado veintisiete años y tiene dos hijos adultos que parecen responsables y respetables. Uno estudia Geología y el otro está terminando Medicina.

«Su mujer trabaja como voluntaria en un grupo que ayuda a niños desfavorecidos y, antes de que preguntes, no hay constancia de que el propio Butler hubiera participado. No hay multas de aparcamiento ni por exceso de velocidad. Nada.

—Tiene unos cincuenta años —observó Alison—. Sin duda, habrá algo... —Penn negó con la cabeza—. ¿No te hace pensar que está siendo muy cuidadoso para no llamar la atención de la policía? —preguntó la criminóloga.

—Ha creado una buena capa de seguridad —dijo Stacey.

—De acuerdo, y no nos ayuda a conseguir una orden —respondió Penn —. No creáis que un juez va a coger como justificación «pensamos que es un mal bicho» para poner su vida patas arriba.

—Me encantaría echar un vistazo al ordenador de Butler para comprobar si contiene imágenes obscenas —dijo Stacey. En ese momento, sonó su móvil. Puso el altavoz—. Hola, Paddy. —Le había dejado un mensaje al jefe de Tecnología Informática para que la llamara.

—Es un señuelo —dijo él, que sabía bien por qué lo había llamado Stacey.

—¿Ha puesto una trampa en su teléfono?

—Sí. Hemos conseguido sortear el reconocimiento facial, pero detrás había un filtro con contraseña.

—¿Y no puedes romperlo? —preguntó Stacey.

—Aún no he encontrado cómo. Si intentas acceder a la información por la puerta trasera, se activa una especie de aplicación que lo borra todo. En el mercado no hay nada así de sólido.

—Crea sus propias aplicaciones —lo informó Stacey.

—Ah, eso lo explica. Seguiré intentándolo, pero, si no consigo descifrar esa contraseña, me arriesgaría a perderlo todo.

—No lo hagas —dijo Penn de un lado al otro de la habitación. A falta de un disco duro u ordenador, ese podría ser el único vínculo con Grace. La feroz vigilancia del teléfono con una aplicación autodestructiva gritaba que allí había algo que rascar.

—¿Cuántos caracteres? —preguntó Penn.

—Once —gritó Paddy más alto, que se dio cuenta de que estaba hablando con alguien al otro lado de la habitación.

—Vale, déjamelo a mí —dijo Penn.

Stacey colgó y se dirigió a su compañero.

—Entonces, ¿hemos terminado con la búsqueda de coincidencias o qué?

Penn le pasó las hojas impresas donde aparecían los proyectos de Butler.

—Si avanzamos más sin esperar los resultados de Wyley Court, antes de que te dieras cuenta podríamos tener a la jefa levantando el suelo de una

buena parte de West Midlands.

—Sí, pero...

—No, Stace, tienes razón, pero tengo que volver a la cronología de Harte. El móvil no nos va a dar la ubicación de Grace. Necesito reducir todo.

Los registros telefónicos de Harte no mostraban actividad en su teléfono desde las ocho de la mañana, momento en que se había conectado a una torre cercana a su casa. Lunes. Luego, diez minutos antes entrar por la puerta de la comisaría, había contactado con otra torre.

Penn cogió un papel y tomó notas. Su cerebro funcionaba mejor si veía las cosas en blanco y negro.

Grace Lennard había sido secuestrada a las dos y media de la tarde.

—Tengo una niña de nueve años que desapareció en 2002 —comentó Stacey a nadie en particular. Harte había llegado a la comisaría a las cuatro y media—. Es una candidata perfecta para el modus operandi de Harte.

Penn intentó obviar las reflexiones de su colega mientras anotaba «50 kilómetros por hora» como velocidad media. Ahora, si tenía en cuenta ambas ubicaciones, haría conversiones de velocidad y distancia.

Buscaba sus auriculares en el cajón cuando oyó a su colega exclamar: «Ay, mierda».

Capítulo 61

Desbordada de impaciencia, Kim dio un salto fuera el coche.

—Ya están aquí —dijo.

Cuando, por fin, Rory Duncan había comprendido las intenciones de la detective, de su rostro se había ido hasta la última pizca de color.

Él había cogido su teléfono; ella también. Se habían alejado el uno del otro como duelistas. Kim, en su intención por conseguir lo que quería; él, por impedirlo.

La primera llamada de la inspectora había sido a Woody, a quien había advertido de que un delincuente sexual condenado tal vez pusiera una queja.

—Siempre es bueno que vengan de frente, Stone —había sido la respuesta del jefe.

Ella se lo había explicado todo y le había dicho lo que necesitaba. Enseguida, Woody se había ocupado del resto. Ahora mismo empezaba a llegar lo que le había pedido.

El primer vehículo contenía vallas metálicas.

En cuanto Rory Duncan comprendió que no podría impedirlo, pasó al modo de control de daños y estuvo dispuesto a llegar a un acuerdo. La parte interior del recinto permanecería abierta al público, pero se prohibiría el acceso a los exteriores. Se levantaría una valla para impedir que el público deambulara por fuera.

La excavadora entró en el aparcamiento y Rory Duncan apareció al lado de Kim. Parecía a punto de echarse a llorar.

—Con un solo cliente que nos impida hacer nuestro trabajo, señor Duncan, cerraremos el local por completo.

—Lo entiendo —accedió él con gesto impotente.

Ella prefirió no informarlo de que, si encontraban algo remotamente parecido a huesos humanos, cerrarían de todos modos. El pobre ya había tenido bastante.

Tras la excavadora llegó una pala mecánica y, detrás, los coches patrulla.

Bryant fue a informarlos.

El señor Duncan se llevó la mano al estómago.

—Ay, mi madre. De verdad, esto está hace que me encuentre mal.

A Kim no le quitaba el sueño que el descubrimiento de restos humanos afectara la delicada constitución del director.

Los vehículos siguieron llegando. Llamaban la atención de los visitantes tanto a la entrada como a la salida del recinto.

Un hombre con vaqueros, camiseta y cartera había hecho un alto para hablar con Bryant.

—¿Ese es su chico?

—Sí, sí, ese es Bradley —dijo él, aliviado, y fue a su encuentro.

La persona en cuestión trabajaba para una especie de sitio de integridad histórica. Duncan lo había llamado para que supervisara las obras y se

asegurara de que se hiciera el menor daño posible. Kim comprendía la inquietud de Duncan por la fuente, pero eso no superaba su propia preocupación por lo que pudiera haber debajo.

Duncan y el tal Brad fueron a su encuentro, pero ella les dio la espalda y se alejó en cuanto su teléfono empezó a sonar.

—Adelante, Stace —dijo, y se tapó el otro oído contra el ruido de las voces y la maquinaria.

Aparte de alguna palabra aislada, le costaba oír. Colgó, se dirigió al coche y recogió a Bryant por el camino.

—¿Qué? —dijo él después de excusarse.

—Necesito un lugar tranquilo para llamar a Stacey.

—¿Por qué?, ¿qué quiere? —preguntó él.

Bryant abrió el coche. Ambos subieron y cerraron las puertas para aislarse del ruido a su alrededor.

Kim desplazó la pantalla del teléfono hasta encontrar el registro de la última llamada.

—No sé... No he podido oír ni una maldita palabra —dijo—, pero creo que estaba tratando de decirme algo acerca de que había encontrado otra.

Capítulo 62

—¿Es una broma? —preguntó Kim mientras salían del aparcamiento de Nimmings para dirigirse a las colinas de Clent.

—Como no he sido yo quien te ha informado, supongo que eso va para Stacey, y sospecho que no bromeaba.

—¿Sabes cuántas veces he comprado café allí?

—Si en serio me estás pidiendo una conjetura, puedo hacerla, pero yo diría que hablamos de cientos: cada vez que sacas a pasear al príncipe.

Bryant se refería a Barney con ese apodo cariñoso por el trato que Kim daba a su amigo de cuatro patas.

—Es horrible pensar que, cada vez que lo he hecho, quizás haya estado de pie sobre restos humanos.

Bryant no hizo nada por salir del coche.

—Entonces, ¿qué te ha dicho Stacey? —preguntó.

La cafetería estaba abarrotada, llena de paseantes de perros, senderistas y familias. Había una cola de veinte metros.

—Stacey ha dicho que en 2002 desapareció una niña de siete años. Se llamaba Helen Blunt. La secuestraron en una feria de verano, en Shrewsbury.

—¿Por qué esa niña en particular?

—Las noticias decían que la madre había gritado a Helen por haberse entretenido por ahí y que la pequeña se había marchado furiosa. La madre admitió que estaba muy nerviosa. Tenía un niño pequeño, un bebé y a Helen, de siete años. Así que no se calmó ni fue a buscarla hasta pasados veinte minutos.

—¿Qué? ¿Veinte minutos? Antes de que se diera la alarma, Harte podría haber viajado al menos quince kilómetros en cualquier dirección.

—La cosa se pone peor. Algunos testigos dijeron que había sido más que una buena reprimenda. Vieron a la madre darle una buena sacudida a Helen y una bofetada.

—Madre mía —exclamó Bryant.

—No hay pistas. Nunca encontraron nada. En 2003, Harte financió la remodelación de este lugar. Adivina a quién contrató para hacer el trabajo.

—A su compañero Jenson Butler.

—Correcto.

—Jefa, eres consciente de que esto será problemático, ¿no?

—No, Bryant, creo que me van a dejar destrozar la cafetería con mis propias manos.

—¿Sabes?, a veces podrías responder sin hostilidades ni socarronerías —dijo Bryant ya cerca de la caseta.

—¿Y dónde estaría la diversión?

Cuando llegaron delante de la fila, esta se había reducido a un puñado de personas.

El quiosco era espacioso; en apariencia, suficiente para las dos mujeres que cocinaban y atendían.

Kim les mostró su placa.

Las dos se miraron entre sí. Luego se volvieron a ella, como si hubieran repasado todo lo que pudieran haber hecho mal.

—¿Puedo preguntarles cuánto tiempo llevan trabajando aquí?

—Demasiado —dijeron juntas, y se echaron a reír.

Kim esperó.

—Nueve años.

No lo suficiente.

—Quince a tiempo completo y cuatro a tiempo parcial. ¿Por qué?

Perfecta.

Miró la placa de la empleada.

—¿Podemos hablar, Brenda? —preguntó.

—Claro que sí, mujer. ¿De qué le gustaría hablar?

La detective miró la cola.

—En privado —dijo.

Brenda asomó la cabeza.

—Vas a tener que esperar un minuto, cariño. Abby no puede atender este montón ella sola.

—Es urgente —insistió Kim, a quien no le preocupaba demasiado que la gente tuviera que esperar uno o dos minutos más para tomar algo.

—Venga, Bren, me apañaré —dijo Abby, y le dio un codazo en el brazo. Brenda se quitó el delantal y salió por la puerta lateral del quiosco. Al ver que no había asientos libres, les hizo una seña para que la siguieran a la parte trasera.

Ocultas a la vista, había una pequeña mesa redonda y dos sillas de hierro forjado.

Brenda se dejó caer en una de las sillas.

—Lo siento —dijo—, los pies me están matando.

Bryant hizo un gesto a Kim para que ocupara la otra silla.

Esperaron a que Brenda sacara de su bolsillo un paquete y encendiera un cigarrillo.

—Ya que tengo la oportunidad..., ¿no?

Kim se alegró de ser el motivo de una improvisada pausa para fumar.

—¿Estaba aquí cuando se hicieron las obras en el café?

—Ah, sí, un maldito dolor de cabeza. Los propietarios insistieron en que intentáramos seguir trabajando mientras se hacían. Estuvimos allí, con una carpa, unas cafeteras y una plancha, pero lo conseguimos.

—¿Y el trabajo lo mandó hacer un hombre llamado Steven Harte?

—Nunca supe su nombre. Nunca me habló, pero era un tipo guapo. Tony no podía creer la suerte que había tenido. Él ya había solicitado una subvención al Ayuntamiento. La choza se caía a pedazos. Nunca habría esperado que se la cambiaran entera y gratis.

—Continúe.

—Bueno, ese hombre que usted ha mencionado se lo tomó muy en serio. Pasó tiempo aquí y trajo su equipo de construcción.

—¿Jenson Butler?

Brenda se encogió de hombros.

—No lo sé. Yo me mantuve alejada.

—¿Por qué?

—Por los problemas.

—¿Qué problemas? ¿Sucedió algo con Jenson Butler?

—Solo si usted se refiere a un tipo muy grande con un tatuaje en el cuello.

Ese no era Butler, pero le sonaba a uno de sus empleados, alguien con

quien había hablado a principios de la semana.

—¿Y qué ocurrió?

—Se propasó un poco con otra trabajadora a tiempo parcial, Sasha. Creo que tenía dieciséis años. El tipo empezó con silbidos y comentarios y ella no le hizo caso. Un día, el grandullón la acorraló detrás de los baños y trató de tocarla. Se lo dijimos a Tony, y él no estuvo dispuesto a dejarlo pasar. De todas formas, el hombre por el que usted acaba de preguntarme permaneció aquí mientras Tony echaba a toda la cuadrilla.

Kim sintió que disminuían sus expectativas de obtener un sí de Woody. Poco antes, cuando Bryant le dijo que tendrían problemas, se refería a conseguir que Woody aceptara una segunda excavación sin que se hubieran obtenido resultados de la primera. El jefe no toleraría una segunda tanda de quejas de los empresarios. Y, dado que Butler ni siquiera había terminado el trabajo, persuadir a Woody era meterse por los caminos de «Ni siquiera gastes saliva en pedirlo».

—Su hombre volvió después, cuando el grupo ya se había ido. No pudo disculparse lo suficiente. Era tarde, pero, aun así, se tomó su tiempo.

En ese último minuto, sonaron todas alarmas, pero Woody no le permitiría desenterrar nada en ese negocio familiar basada en una sospecha. Si la excavación de Wyley Court diera algún resultado, Woody tal vez la escuchara.

—Gracias, Brenda, ha sido...

—Menos mal que los echaron —dijo.

Kim volvió a sentarse.

—¿Por qué? —preguntó.

—Bueno, el nuevo jefe de obra sugirió desplazar todo unos cincuenta metros para que la zona de asientos no quedara tapada por los árboles. La vista era mejor, además de que los cimientos ni siquiera habían sido...

—Espere, ¿me está diciendo que esta cafetería no fue construida encima de la zona que excavó el primer equipo de construcción?

—Ni cerca, siquiera —dijo la mujer, y miró a su izquierda—. ¿Ve ese banco? —Estaba a unos cincuenta metros—. Allí es donde el primer grupo estuvo cavando. Vinieron los nuevos, rellenaron todo bien y cavaron de nuevo.

Kim sintió que una sonrisa se dibujaba en su boca.

Cincuenta metros no era mucho, pero tal vez fueran bastantes para obtener una diferente respuesta de su jefe.

Capítulo 63

Eran casi las tres cuando Kim regresó a la central con la sensación de haber estado fuera durante días.

Después de un telefonazo a Woody, había llegado un segundo equipo a las colinas Clent. Brenda se había puesto manos a la obra para desalojar la zona. También se había encargado de informar de todo a Tony, el dueño de la cafetería, así que, antes de marcharse, Kim solo había tenido que completar la entrega al inspector Tomkins.

Se alegró de ver que la pizarra había sido actualizada en su ausencia. Eso le ofrecía claridad, aunque no le hacía más fácil la lectura.

Libby Turner, 8 años, secuestrada en 1992, devuelta en 1993.

Suzie Keene, 9 años, secuestrada en 1994, devuelta en 1995.

Melody Jones, 7 años, secuestrada en 1996, ?

Lexi Walters, 6 años, secuestrada en 1998, parque Hawne, 1999.

Paula Stiles, 8 años, secuestrada en 2000, ¿Wyley Court?

Helen Blunt, 7 años, secuestrada en 2002, ¿Colinas Clent?

—¿Dónde demonios enterró a Melody Jones? —se preguntó en voz alta. Se volvió hacia la ayudante de detective—. Stace, quédate con eso. Si tenemos razón sobre los otros dos, Melody debe estar en alguna parte.

—De acuerdo, jefa.

—¿Algo en el teléfono de Harte?

—Cifrado, jefa —respondió Penn, y señaló la pantalla con la cabeza—. Ese James Bond de ahí dentro le ha puesto una aplicación de autodestrucción. Paddy sigue trabajando en el móvil.

Tomó otro sorbo de café.

—¿El coche? —preguntó.

—Nada aún, pero se han entregado muestras de los cuatro neumáticos a la botánica forense de Ridgepoint.

Kim asintió y fijó la mirada en Penn, que se peinaba los rizos con la mano. Esos ademanes rara vez acompañaban buenas noticias.

—Jefa, lo calcule como lo calcule, tenemos una zona de búsqueda con un radio de unos cuarenta kilómetros.

—Mierda.

—Tuvo dos horas entre el secuestro de Grace y su aparición aquí. Si quito cinco o diez minutos para meterla en el coche y someterla, y otros cinco o diez sacarla donde quiera que la haya sacado, nos quedan cien minutos de viaje. A una velocidad media de cincuenta kilómetros por hora, tres kilómetros cada cuatro minutos, podría haber recorrido más de ochenta. Si tomamos en cuenta el tiempo que tardó en volver, hablamos de la mitad.

—¿Un radio de cuarenta kilómetros? —preguntó Kim con incredulidad.

—Pero no sería capaz de mantener una velocidad de cincuenta kilómetros por hora todo el tiempo, con semáforos y medianas —dijo Bryant —. A veces, con mal tráfico, uno tarda veinte minutos en recorrer un par de kilómetros.

—Sí, pero también pudo haber conducido por carreteras con un mayor límite de velocidad, así que no hay forma de saberlo.

Podía oír la frustración en la voz de Penn, así como ver las hojas de papel con puntos de localización, líneas y cálculos. No había nada que Penn detestara más que un rompecabezas que fuera incapaz de resolver.

Lo mirara como lo mirara, eso no iba a darles una mejor aproximación.

—Vale. Intensifica las búsquedas de propiedades y acota esas. Ahora que tenemos un radio, da prioridad a las que estén dentro. Habla con el Registro de la Propiedad, a ver si te ayudan con búsquedas inversas. Tiene que estar en algún sitio.

—De acuerdo, jefa.

—Y Bernadette tiene que llamar para darnos una lista de los movimientos de Claire y Grace durante la última semana. A ver si encontramos un vínculo con Harte. Tuvo que haberla visto en alguna parte.

—Entendido, jefa —dijeron Penn y Stacey al unísono.

—Alison.

—Ya no juega —dijo la criminóloga, que daba golpecitos al teclado—. Mira esto. El primer corte es del lunes, cuando llegó por primera vez y lo llevaron a la sala de interrogatorios. Ahí, en su silla, su postura es abierta y relajada. Está mirando su teléfono, como si ojeara Facebook. Sin expresión, pero sin tensión. Jack entra, dice algo, y Harte sigue relajado. Da golpecitos en su teléfono, pero mírale la cara: sonríe, disfruta. Quiere que empiece el partido. —Kim notó que los demás habían dejado de hacer lo que estaban haciendo para escuchar.

«Ahora mira su postura la última vez que hablaste con él. Está encorvado. Sus hombros, tensos. Tiene la cara contraída. Intenta mantener la misma compostura, pero sus esfuerzos lo delatan. Sabe que está llegando al final del partido y ya no está tan contento de jugarlo.

—No lo entiendo. Él vino a nosotros. Tenía que saber cómo iba a ir esto.

—Está incómodo. Imagínate en un parque de atracciones, haciendo cola para la atracción más rápida y alta. Estás emocionada, feliz y llena de expectativas. De pronto, te encuentras, en tu asiento, observando lo alto que va a subir esta cosa y empiezas a preguntarte si has cometido un error. La emoción se convierte en miedo; la anticipación, en inquietud. Tu lenguaje corporal cambia, pero es demasiado tarde. Ya estás en pleno viaje.

—¿Me estás diciendo que ya no quiere decir la verdad?

—Digo que su cuerpo duda. Así que debes andarte con cuidado y seguir apelando a la parte de él que quiere dejar salir todo. Poco a poco hila la vieja el copo.

—¿Es un término técnico? —preguntó Kim. Los demás reanudaron sus actividades.

—Piénsalo de esta manera: es como una tortuga que está sacando la cabeza de su caparazón. Lo último que quieres es que vuelva a meterla. Ahora mismo, no tienes nada, ninguna prueba física que lo vincule con ningún crimen. A falta de eso, necesitas su confesión. La prioridad es encontrar a Grace Lennard y, ahora mismo, la única fuente de información es él.

Kim digirió todo lo acababa de escuchar.

—Bryant, ¿estás listo?

Era hora de cazar tortugas.

Capítulo 64

La siguiente reunión de Alex llegó antes de lo esperado.

Noelle Holten apareció en su puerta.

—¿De qué hablabas con esa zorra?

Alex puso cara de sorpresa.

—Sabes a quién me refiero: a la zorra asesina.

Vaya ironía, esa mujer estaba cumpliendo una condena de dieciocho años por homicidio.

—Emma, fuera de aquí —ordenó Alex.

—Joder, acabo de llegar a una parte muy buena —gimió Emma, pero se levantó de la cama.

Y, mientras salía, Alex se tomó un instante para observar a la mujer que tenía delante. Noelle Holten tenía cuarenta y nueve años. Su atractivo rostro estaba enmarcado por una larga cabellera rubia. Aunque pocos asesinos tenían cara de serlo, esa señora no podía estar más lejos de la imagen, con sus apacibles rasgos y las estudiadas gafas de montura negra.

Por lo que Alex sabía, era canadiense y se había formado como agente de libertad condicional. Su vivacidad había devuelto a la cárcel a un traficante de drogas para una condena de cuatro años. Él, en venganza, había esperado a la hija de Noelle, una chica de quince años, a la puerta del colegio. Tras inyectarle metanfetamina, la había violado y asesinado a menos de un kilómetro de su casa.

Cuando le preguntaron quién podría haberlo hecho, Noelle guardó silencio. Sabía quién había sido. Y también que la policía nunca haría lo suficiente para satisfacer su necesidad de venganza. Conocía muy bien a ese criminal. Conocía a su familia, a sus amigos, sus viejos rincones y sus viejas costumbres.

Era astuta. Había esperado unos meses antes de reunir un cuchillo de cocina, un pasamontañas y un par de zapatillas de deporte de hombre, una talla más grandes que la suya. Lo encontró, lo siguió, lo apuñaló y volvió a casa. La policía supuso que estaban ante un asunto de drogas que había salido mal, hasta que los forenses encontraron un par de pelos de perro en el abrigo del traficante. El detective había recordado que, mientras investigaba el asesinato de la hija de Noelle, había acariciado a un labrador marrón

llamado Buster.

Cuando le explicaron los avances en ADN de pelo de animales, Noelle Holten se derrumbó y admitió que poco antes había sacado a pasear a su perro.

Un crimen perfecto. O lo habría sido, de no haberse preocupado tanto por el aseo y el bienestar de su perro antes de lanzarse a asesinar brutalmente a alguien.

Toda esa lamentable historia le había dejado un profundo odio hacia los traficantes de drogas; en especial, hacia los de metanfetaminas.

Se adentró en la celda.

—¿Sabes lo que vende esa? —preguntó.

—Ay, Noelle, si dejara de hablar con todas las de aquí que han hecho algo terrible, no volvería a abrir la boca. Estamos en prisión, al fin y al cabo. Pocos son los dechados de virtud que adornan estos pasillos.

—Esa mata niños.

La psicóloga soltó un largo suspiro.

—Entiendo que no le importen en absoluto los consumidores finales de sus productos, y nadie quiere ver a niños sufriendo, pero no he entablado conversación con ella por mi propia voluntad. No es que quiera ser su mejor amiga.

Noelle avanzó otro paso.

—¿Y qué quería? —preguntó.

Alex se quedó sentada. No la iba a intimidar. Noelle no era una persona violenta por naturaleza. Su asesinato frenético había sido impulsado por la rabia y el dolor.

Bajó los párpados.

—Solo quería que la ayudara con algo.

—¿Y en qué podrías ayudarla?

La psicóloga guardó silencio durante un minuto para ver si la otra era capaz de descubrirlo por sí misma.

Pero Noelle siguió esperando.

Alex metió la mano en el bolsillo y dejó ver la parte superior del teléfono.

La mujer, sorprendida, abrió los ojos.

—¿Tienes un teléfono decente y vas a dejar que esa delincuente lo use?

—Tiene cierta musculatura —dijo Alex, aunque Titch nunca se animaría a tocarla. Puso un forzado miedo en su rostro—. No puedo decirte más. Si Titch descubre que te he contado algo...

—Pero ¿cuándo y cómo va a echar mano de ese móvil?

—No puedo decir nada más, o...

—Espera. ¿No trabajas sola en la biblioteca los jueves por la tarde?

Alex desvió los ojos hacia la puerta y volvió a mirar a Noelle. Unas cuantas veces. Las suficientes para que la mujer pensara que lo había resuelto sola. Se mordió el labio inferior.

—Vale, es suficiente. —Noelle sonrió antes de darse la vuelta y salir de la celda.

Su sonrisa no era tan grande como la que iluminaba la cara de Alex cuando la otra se marchó. Hasta ese momento, eran dos de dos, y no había ni una gota de sangre en sus limpísimas manos.

Capítulo 65

Harte y su abogada estaban sentados en silencio, uno al lado del otro. Kate Swift garabateaba algo en un bloc. ¿Escribía notas sobre el caso de Harte o hacía la lista de la compra del Sainsbury’s? Kim no podía saberlo.

—Gracias por acompañarnos, inspectora —dijo Harte.

—De nada. Hemos estado un poco ocupados haciendo turismo por algunos lugares de la localidad, pero ya hablaremos de eso. Le cedo la palabra a Bryant para las formalidades.

Kim llevaba una carpeta. La abrió. Se la habían rellenado con hojas en blanco para que pareciera que contenía más información de la que tenían.

En cuanto Bryant terminó, Harte, con un brillo divertido en los ojos, comentó:

—Vaya carpeta gorda esa que lleva ahí.

—Está engordando, señor Harte, está engordando.

Ella la dejó abierta en la página que contenía sus notas y se inclinó hacia los dos. Harte ya había controlado lo suficiente aquel proceso.

—Señor Harte, ¿sabía usted que Jenson Butler era un delincuente sexual?

Él no pareció inmutarse.

—Mi cliente no tiene que responder a eso —intervino Swift.

Kim esperó a ver si él terciaba. No lo hizo.

—Cuando estaban en la universidad, ¿solicitó el señor Butler su consejo sobre una situación por la que estaba pasando?

—Mi cliente no tiene que responder a eso.

Kim mantuvo la mirada fija en Harte.

—¿Le confesó Jenson Butler que se había acostado con una niña de trece años?

—Mi cliente no tiene que...

—Lo sé, señora Swift, pero tengo una pregunta que de verdad me gustaría que respondiera.

—Adelante —dijo Harte.

—¿Por qué, de repente, a partir de que ha llegado su abogada, se ha quedado mudo?

—¿Es una pregunta seria, inspectora?

—En realidad, sí, señor Harte. Cuando usted vino a nosotros, nos dijo que tenía todo tipo de información y, sin embargo, no nos ha dicho nada. Ahora no parece capaz de responder a lo más básico de lo que le planteo.

—¿Tiene alguna pregunta, inspectora? —interrumpió Kate Swift.

—Sí, señora Swift. Me gustaría saber por qué el señor Harte hizo negocios con un delincuente sexual condenado y siguió haciéndolos después.

Swift asintió a su cliente.

—Creo que todo el mundo merece una segunda oportunidad —respondió él.

—¿Cómo sabe que fue una metedura de pata y no su patrón de conducta?

—No profundizo tanto en la vida personal de mis asociados.

—No hablamos de su comida para llevar preferida ni de cuál es su equipo favorito. Estamos hablando de gente que ha tenido relaciones sexuales con chicas menores de edad. Con niñas, en realidad.

—Tengo entendido que el señor Butler no tiene condenas por ningún otro delito, lo que me lleva a pensar que pudo haber sido un error.

Kim no se lo creía.

—Señor Harte, si debemos creer que usted admira y protege lo bello, ¿cómo puede siquiera tolerar la idea de hacer negocios con un hombre que ha sido condenado por...?

—A falta de una pregunta que mi cliente pueda responder, sugiero que pasemos a...

—Señor Harte, ¿secuestró, mató y enterró a Lexi Walters en el parque Hawne, en Halesowen?

—Sin comentarios —respondió él.

—Vale —dijo Kim, y cambió de táctica. Era evidente que no iba a responder a ninguna pregunta directa—. Su memoria guarda muchas cosas sobre los casos de niñas desaparecidas. ¿Recuerda haber leído sobre una niña de seis años llamada Lexi Walters?

—Usted me ha arrestado por su asesinato, así que, asumo, cree que tengo algún tipo de conexión con ella.

—Por favor, responda a la pregunta. ¿Leyó algo sobre ella?

—Creo que algo me suena. Era muy bonita, si no recuerdo mal.

Kim detectó rigidez en la abogada. Era obvio que no estaba de acuerdo con esa línea de interrogatorio, pero, por ahora, estaba funcionando. La percepción de Kim era que, el que evocara el incidente, era una forma críptica de decirle que estaba implicado. Hasta entonces, no había metido la pata ni le había dado nada con lo que pudiera acusarlo, pero, mientras hablara, habría esperanzas. Las preguntas directas no lo harían tropezar.

La señora Swift sí parecía tener miedo de que su cliente hablara.

—Por favor, dígame qué sabe de la pequeña Lexi.

—Si no recuerdo mal, a la negligente madre de la pequeña Lexi, como usted la ha llamado, le retiraron la custodia durante unas vacaciones escolares de verano, hace más de veinte años.

—La secuestraron —lo corrigió Kim. A Steven Harte no parecía gustarle que se utilizara la expresión correcta. En especial porque implicaba la comisión de un delito.

—O liberada, dirían otros.

—Una liberación implica libertad, señor Harte. No me parece que ser arrancada a la fuerza de su casa y su familia, para ser encarcelada en una habitación contra su voluntad, pueda calificarse de liberación. —Kim hizo una pausa—. ¿Cree usted que la secuestraron porque su madre dedicó un rato a atender una llamada de trabajo?

—Estoy seguro de haber leído que sus padres estaban consagrados a sus carreras profesionales. Ambos trabajaban muchas horas.

—Qué terrible por su parte intentar dar a su familia una vida decente.

—Leí que la niña pasaba más tiempo con canguros y otras cuidadoras que con sus propios padres. Qué pena.

—Es una pena que esté muerta —espetó Kim.

—Lo es. Parecía una niña muy dulce —dijo él con calma.

Kim sintió que sus puños se crispaban ante el tono de Harte. Sabía que tenía que refrenar su ira. Él estaba utilizando ese factor para controlar el rumbo de la conversación.

La expresión tensa de Swift le dijo a Kim que la abogada estaba ansiosa por cambiar de tema.

—¿Tiene alguna idea de por qué terminó enterrada en un lugar en el que usted y un delincuente sexual condenado compartían un proyecto?

—No tengo ni idea —dijo él con naturalidad.

—Vale, me gustaría hablarle de otra niña llamada...

—Mi cliente está bajo arresto por el secuestro y asesinato de Lexi

Walters. ¿Por qué debería saber...?

—Su cliente ha demostrado una memoria impecable cuando se trata de los relatos históricos de niñas desaparecidas, señora Swift. Tal vez recuerde algo que se nos haya pasado.

Harte levantó la mano hacia su abogada.

—Está bien. Ayudaré si puedo.

Mientras no llegaran los resultados de Wyley Court o Clent, al menos podría tratar de identificar los restos a través del juego del gato y el ratón al habían estado jugando. Tanto ella como Steven Harte conocían las reglas, pero su abogada y, por desgracia, el vídeo no.

—¿Recuerda el caso de una niña de ocho años llamada Paula Stiles?

Frunció el ceño y a Kim se le cortó el aliento. Estaban cavando en la fuente de Wyley Court basándose en la cronología de su desaparición.

—¿Sería tan amable de refrescarme la memoria?

—Paula, de ocho años, estaba de excursión con otros niños del hogar infantil donde vivía.

—Ay, qué pena. No parece haber comenzado su vida de la mejor manera posible.

—En efecto, señor Harte. —Sospechaba que la niña tampoco había tenido el mejor final posible.

Él hizo como si estuviera pensando.

Kim contuvo la respiración.

—¿No la vieron por última vez en algún lugar de los Cotswolds?

—El parque natural —aclaró ella, y soltó un suspiro. Ese acuse de recibo le confirmaba que iban por buen camino con la identificación. Cruzó los dedos para que la localización fuera igual de exacta.

—Sí, en alguna parte leí que era una niña solitaria, que tanto entrar y salir de los hogares de acogida la habían convertido en una pequeña retraída, cómoda con su propia compañía.

—Y, sin embargo, nunca regresó. Me pregunto por qué.

—Tal vez aún esté por ahí, en alguna parte. Quizás logró escapar y construirse una buena vida.

—O quizá esté enterrada bajo otro proyecto en el que usted y Butler trabajaron juntos.

Swift se inclinó hacia delante.

—Inspectora, le sugiero que guarde sus elucubraciones para...

—¿Recuerda a una niña llamada Helen Blunt? Tenía siete años cuando fue secuestrada en una feria de verano en Shrewsbury, en 2002.

—No es una ciudad que conozca bien, aunque la he visitado en alguna ocasión. ¿Tienen una feria de verano? —preguntó.

—Así es. ¿Se le ocurre algo?

Él se dio un golpecito en la barbilla.

—¿Sabe?, recuerdo haber leído sobre una niña que fue secuestrada. Si no me equivoco, los testigos describieron el suceso de forma un poco distinta a la madre. ¿No hubo algo de violencia?

—Una bofetada.

—Ah. Si no me equivoco, los periódicos dijeron que había sido algo más que eso. ¿No se tomó la madre un poco de tiempo antes de denunciar la desaparición de su hija? Por supuesto, si la había estado golpeando...

—O tal vez fuera un incidente aislado derivado de la frustración de una madre agotada que lidiaba sola con tres niños pequeños.

—¿Aprueba la violencia contra los niños, inspectora? —preguntó él en un intento de tergiversar esas palabras.

—Por supuesto que no, pero hay que distinguir entre...

Kim hizo una pausa cuando su teléfono empezó a sonar. Era el Inspector Plant, que la llamaba desde Wyley Court.

Ella señaló a Bryant con la cabeza. Mientras salía al pasillo, el sargento dio por terminado el interrogatorio.

* * *

Ya con la puerta cerrada, preguntó:

—¿Tienes algo?

—No, y ese es el problema. Este tipo, Brad, el de la mochila, dice que excavar más allá de donde estamos significaría dañar para siempre la integridad del monumento.

—¿Por qué?

—Uno de los muros laterales que han estado intentado preservar está a punto de derrumbarse.

—¿A qué distancia están?

—A poco más de un metro. Esos dos tíos quieren que nos detengamos. Los operadores de las máquinas se están fumando un pitillo, pero solo nos quedan un par de horas de buena luz diurna.

Kim tuvo que pensárselo un momento.

Nunca, ni ella ni al resto de su equipo, les había tocado un caso en el que el probable asesino se hubiera presentado en la comisaría por su propio pie.

Después de algunas consideraciones, le habían creído y habían entrado en el juego que él quería. Cada decisión, cada acción, se basaba en ese único hecho. Si se equivocaba, el próximo movimiento tendría repercusiones.

¿Tendría el valor de anteponer su convencimiento?

—Que sigan cavando —dijo antes de colgar.

Capítulo 66

Eran casi las siete cuando Kim volvió a entrar en la sala de la brigada. Acababa de informar a Woody sobre Harte y la excavación en Wyley Court. El jefe había comentado lo rápido que se estaba terminando la luz del día, un dato que no ayudaba nada a calmar los nervios de Kim.

Su gente llevaba doce horas trabajando sin parar. Los escritorios eran una exhibición de restos de los alimentos que habían ingerido durante la jornada. El equipo de búsqueda había ampliado su alcance otros ocho kilómetros cuadrados alrededor de la ludoteca. Había grupos de trabajo tanto en Wyley Court como en Clent. Keats y la doctora A estaban de guardia por si había cualquier novedad. Harte, por su parte, quedaba fuera de alcance hasta el final de su periodo de descanso forzoso.

—Vale, chicos, me lo pido —dijo, y se sirvió el último café de la jarra—. Ordenad vuestros trastos y largaos de aquí.

—Pero, jefa...

—No podremos hacer nada más esta noche ni tendremos más oportunidades con él hasta mañana. Su abogada se ha ido y todos estamos agotados. No le haremos ningún favor a Grace si no vemos los detalles porque estamos agotados.

El ruido de paquetes que se arrugaban empezó a llegar de todas las direcciones. El equipo hacía lo que la jefa había pedido. Cuando por fin los vio recoger las chaquetas de los respaldos de las sillas, dijo:

—Tú no, Alison. Tú puedes quedarte.

Penn le hizo una reverencia fingida a Stacey.

—*Su carroza la espera, milady, si así lo desea. Imagino que un oportuno regreso a casa con su buena esposa es lo más apropiado en esta hermosa noche.*

Y le tendió la mano.

Ella se la cogió.

—Desde luego, mi gentil caballero, se lo agradezco. Lo cierto es que me convendría una pronta retirada.

Bryant gimió.

—*Como un Downton Abbey de bajo presupuesto.*

Sonriente, Kim los acompañó a la salida y les dio las buenas noches.

Esperó unos segundos.

—En serio, Alison, con el debido respeto, vaya plan de mierda. Me dijiste que entrara y apelara al lado que quería hablar y, como habrás visto, ese lado ha abandonado el edificio.

—No se ha ido. Sigue ahí. Quiere hablar. Quiere decir la verdad, pero algo se lo impide. —Alison volvió a su ordenador—. Mira esto. —Hizo clic en las imágenes de la última entrevista—. Conoce de sobra el pasado de Butler. No hay ni un solo elemento de sorpresa en su reacción.

«Fíjate en cómo entrelaza los dedos cuando nombras a Butler y su pasado: hay confianza, superioridad. Pero, en cuanto empiezas a hablar de las niñas, sus microexpresiones y filtraciones se salen de lo habitual.

«Cada vez que mencionas un nombre nuevo, hay un destello de nostalgia, de ternura, porque el nombre evoca el recuerdo de inmediato, así que no puede ocultar su primera reacción emocional. Hay una breve suavidad, una amabilidad alrededor de sus ojos ante la primera mención de cada niña. Revive brevemente sus sentimientos por ellas.

—Él las mató.

—No porque quisiera.

—¿Qué? ¿Estás colocada?

—Perdona si no te gusta lo que te digo. Eso sí, me encanta que exijas mis servicios para no estar de acuerdo conmigo, pero, eh, te estoy diciendo que este hombre está lleno de conflictos, y ni una sola vez he detectado ira o irritación o molestia en lo que tenga que ver con cualquiera de sus víctimas. —Soltó un largo suspiro—. No sé qué podría haber cambiado con Melody Jones. No sé por qué la mató, no sé dónde la enterró, pero te aseguro que, cuando mató a las niñas, no lo hizo por placer.

Kim se cruzó de brazos. Eso no era lo que quería oír.

—¿Algo más?

—¿Qué?, ¿quieres más ideas mías con las que no estar de acuerdo?

—No es nada personal. No estoy de acuerdo con nadie.

—Lo sé; si fuera de otro modo, yo no estaría aquí.

—¿Qué te dice el instinto, Alison? Has estudiado los motivos y el comportamiento de algunas de las peores mentes del mundo. Quita lo... —Dejó de hablar cuando sonó su teléfono. —Gimió antes de contestar. Era el inspector Plant, desde Wyley Court—. Sé lo que me vas a decir: ya no hay luz y habéis detenido la excavación por falta de visibilidad.

—La excavación se ha detenido, pero no por la luz. Hemos encontrado algo apenas treinta centímetros más abajo, huesos que parecen de un pie. Un pie muy pequeño. Ah, y la pared sigue intacta.

—Qué mierda —dijo ella.

—Pensaba que te gustaría lo del muro —dijo Plant en su segundo intento de hacer humor negro. El tipo estaba en el sitio, había visto los huesos. Kim percibía la emoción en su voz. Él sabía bien que la reacción de la inspectora se debía a que había tenido razón cuando, en realidad, quería estar

equivocada.

Quizá una parte de ella esperaba que Paula Stiles se hubiera escapado de la residencia y estuviera viviendo una vida fantástica en algún lugar.

En el caso de Lexi Walters, se consolaba pensando que una familia podría cerrar su caso. En cuanto a Paula, tendrían que encontrar a un trabajador social al que, después de veinte años, todavía le importara una mierda, lo que, según su experiencia, era poco probable. Kim ni siquiera era capaz de expresar con palabras la profunda tristeza que todo aquello le provocaba.

—Haz las llamadas que tengas que hacer. Sácala de ahí lo antes posible.

—¿A ella? —preguntó él, que no sabía nada de la investigación.

—Sospechamos que sí.

Kim colgó y soltó un gruñido. El inspector Plant llamaría a Keats, quien, a su vez, llamaría a la doctora A, y comenzaría el proceso de remoción de los restos. Ambos la tratarían con dignidad y respeto.

—No hace falta que me expliques nada —dijo Alison con tono sombrío.

—Tenemos que atraparlo —dijo Kim—. Ese hombre les ha causado un dolor inconmensurable a muchas familias: por eso quiero tu sinceridad. Quita todos los detalles minúsculos de las microexpresiones, las filtraciones y el embozado. Cuando lo observas, ¿qué te dice tu instinto?

—Vale. Me parece que es muy inteligente y taimado y que tiene una buena dosis de ego. Creo que piensa que te ha vencido y que solo podrás enterarte de todo si él confiesa. Creo, sin duda alguna, que secuestró a esas niñas y que ha escondido a Grace en algún lugar seguro.

—¿Así que es un maldito cabrón?

—Bueno, sí y no. No creo que eso esté tan claro.

—¿Qué dices? —preguntó Kim. A ella le parecía que estaba muy claro.

—Tengo la impresión de que, incluso cuando sepas la verdad que él te quiera compartir, aún ocultará algo.

Capítulo 67

Kim se detuvo frente a Drake Hall cuando el sol ya se estaba poniendo.

Había hablado directamente con la directora de la prisión y concertado

dos reuniones. No conocía a la alcaide Siviter, pero parecía una mujer agradable, además de que se había adaptado a sus peticiones.

Se dirigió al centro de visitantes, donde la recibió la misma funcionaria del día anterior. Le mostró su placa, a pesar de que la memoria de la mujer no tenía más que retroceder veinticuatro horas.

—La alcaide Siviter ha dicho que no más de quince minutos.

—Usaré cinco. Podrás quedarte con el resto.

Se dirigió a la mesa que había elegido Alex, en el centro. La misma del día anterior.

—Buenas noches, Kim. Me alegro de volver a verte.

—Corta el rollo, Alex, no te la escribiré —dijo la detective, y se sentó. De manera inteligente, estaba sacando provecho a las sesiones con Alison. La expresión facial de Alex era de molestia, pero su primera respuesta había sido el vacío. Nada—. Y ya lo sabías —dijo Kim, que ladeó la cabeza.

—Ah, qué divertida eres. Qué gusto me habría dado que cedieras. Tal vez esté un poco decepcionada, pero agradecida, al fin y al cabo. Sin duda, tu carta habría sido la guinda del pastel. —Alex entrelazó los dedos—. ¿De verdad no te interesa saber quién es tu padre?

Hacía menos de dos horas, Kim había estado comentando ese mismo ademán, ni más ni menos.

Superioridad.

Se le revolvió el estómago. A esa mujer le acababan de negar algo y, aun así, se sentía superior.

Filtraciones.

—Lo que yo piense de mi padre no es algo que quiera compartir contigo, Alex. Eso sí, ten por seguro que nada de lo que tú sepas hará que ponga mi sello de aprobación para que te liberen. Eres la persona más vil y despreciable que he tenido la desgracia de conocer.

Alex sonrió.

—Y, sin embargo, estás aquí. La ausencia de cualquier carta tuya habría sido suficiente respuesta, pero has decidido venir a decírmelo en persona.

—Quería verte la cara.

—No es cierto, pero lo dejaré pasar. ¿Ni siquiera tienes curiosidad por saber quién es?

Kim sonrió.

—Gracias. Esa es la razón por la que he venido.

Alex frunció el ceño.

—¿Perdona?

—Has dicho «es» y no «era». Acabas de revelarme que sigue vivo. A efectos prácticos, es casi todo lo que necesitaba saber.

Alex se repuso de inmediato.

—Crees que te voy a decir quién es, de todos modos, ¿no? Crees que cederé y te daré su nombre gracias al vínculo que nos une.

Kim se rio.

—Ay, Alex, en primer lugar, no hay ningún vínculo. No soy más que un desafío que no has podido vencer; una mente dañada en la que no has logrado infiltrarte para controlarla. Ya lo has intentado usando a mi hermano, a mi madre y a mi padre. ¿Quién será el próximo? Porque debo tener un primo segundo en alguna parte, estoy segura, en caso de que te apetezca intentarlo.

«En segundo lugar, ¿por qué iba yo a pensar que me darías algo gratis, si saber algo y guardártelo para ti misma te da mucho más placer que cualquier cosa que yo pueda ofrecerte?

—Media hora en tu cabeza y la información es tuya.

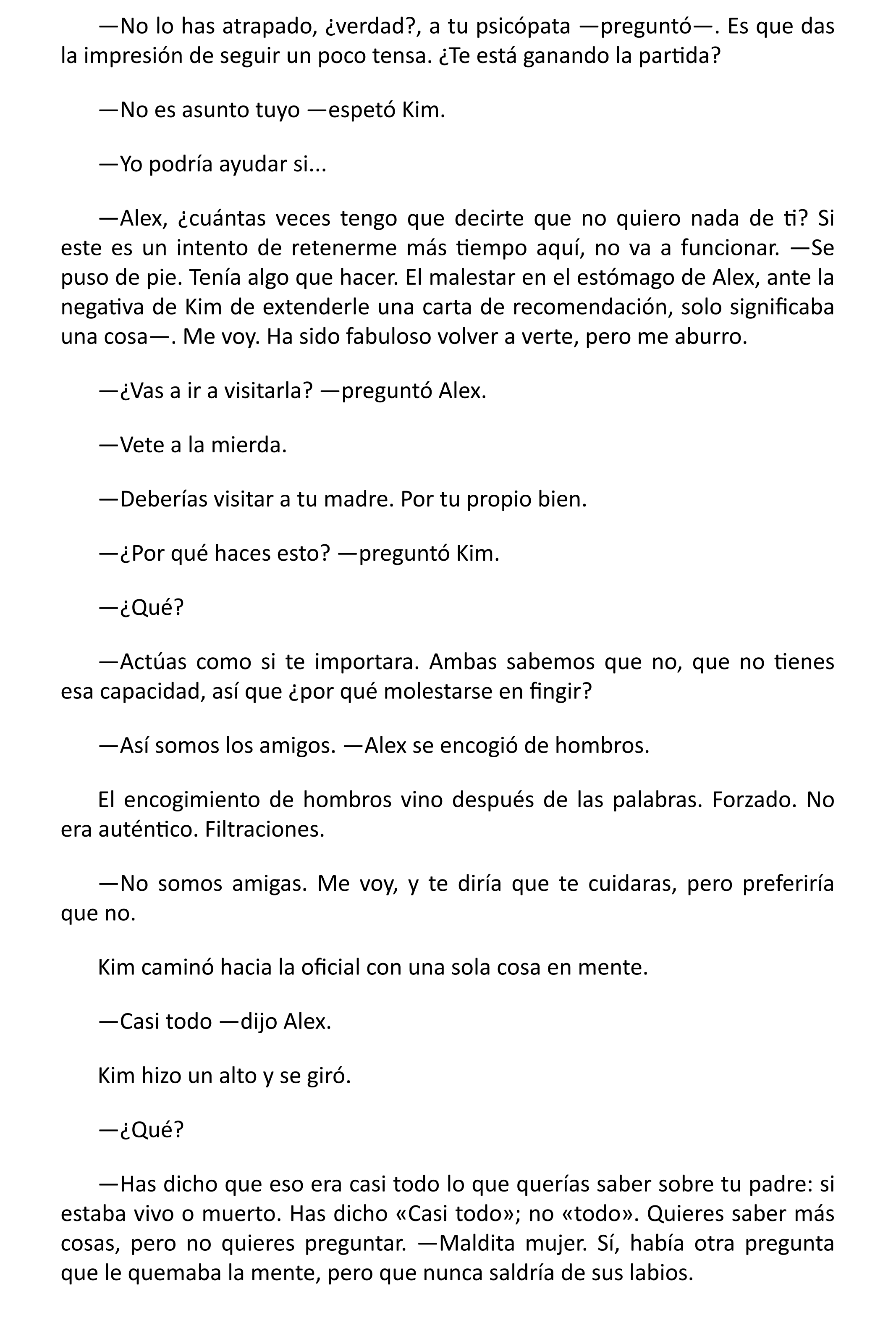
Esta vez, la cabeza de Kim se echó hacia atrás mientras estallaba en una carcajada genuina. Incluso tuvo que preguntarse cómo era posible que su mejor risa del día hubiera sido provocada por Alexandra Thorne.

—Eso es como decir que tengo un cartucho de dinamita con el que solo quiero volar una parte de tu casa. El resto sería bastante inútil después.

—Me das demasiado mérito —dijo Alex con una sonrisa.

—No era un cumplido. Lo has intentado y has fracasado, y preferiría ver cómo te pudres entre rejas tanto tiempo como...

Alex enarcó una ceja.



—No lo has atrapado, ¿verdad?, a tu psicópata —preguntó—. Es que das la impresión de seguir un poco tensa. ¿Te está ganando la partida?

—No es asunto tuyo —espetó Kim.

—Yo podría ayudar si...

—Alex, ¿cuántas veces tengo que decirte que no quiero nada de ti? Si este es un intento de retenerme más tiempo aquí, no va a funcionar. —Se puso de pie. Tenía algo que hacer. El malestar en el estómago de Alex, ante la negativa de Kim de extenderle una carta de recomendación, solo significaba una cosa—. Me voy. Ha sido fabuloso volver a verte, pero me aburro.

—¿Vas a ir a visitarla? —preguntó Alex.

—Vete a la mierda.

—Deberías visitar a tu madre. Por tu propio bien.

—¿Por qué haces esto? —preguntó Kim.

—¿Qué?

—Actúas como si te importara. Ambas sabemos que no, que no tienes esa capacidad, así que ¿por qué molestarse en fingir?

—Así somos los amigos. —Alex se encogió de hombros.

El encogimiento de hombros vino después de las palabras. Forzado. No era auténtico. Filtraciones.

—No somos amigas. Me voy, y te diría que te cuidaras, pero preferiría que no.

Kim caminó hacia la oficial con una sola cosa en mente.

—Casi todo —dijo Alex.

Kim hizo un alto y se giró.

—¿Qué?

—Has dicho que eso era casi todo lo que querías saber sobre tu padre: si estaba vivo o muerto. Has dicho «Casi todo»; no «todo». Quieres saber más cosas, pero no quieres preguntar. —Maldita mujer. Sí, había otra pregunta que le quemaba la mente, pero que nunca saldría de sus labios.

«—Para demostrarte que me importas más que nadie, voy a hacerte un regalo.

Kim la miró a los ojos. La tensión chisporroteaba entre las dos. No conseguía apartar la mirada, aunque sospechaba que Alex no podía saber cuál era la pregunta que la atormentaba.

—La respuesta es no. Nunca supo nada de ti y Mikey.

Maldita mujer, así se pudriera en el Infierno. Vio el triunfo en sus ojos. Sí había sabido cuál era la pregunta.

—Vete a la mierda, Alex. Por cierto, tienes... filtraciones.

Mientras se acercaba a la agente, se tragó la emoción que tenía en la garganta.

—Ahora me gustaría ver a la alcaide Siviter.

Capítulo 68

—Gracias por volver —dijo Kim después de que la alcaide Siviter se bajara de un Corolla azul en el aparcamiento exterior.

—He estado en casa solo lo suficiente para ducharme y cambiarme, pero me han dicho que esto era urgente.

La mujer iba vestida con vaqueros, una rebeca abotonada y deportivas. No llevaba maquillaje y su pelo negro rizado aún estaba húmedo.

—Necesito hablar con usted sobre Alexandra Thorne.

La alcaide echó una mirada a la prisión.

—¿Va todo bien? —preguntó—. ¿La ha podido ayudar con sus investigaciones?

Era la historia que Kim le había contado para que le concediera una visita tan tarde.

—Todo bien, y no, no me ha servido de nada.

—Ah, vale. ¿En qué puedo ayudarla, entonces?

—Ha mencionado algo sobre una audiencia de libertad condicional —dijo Kim. Esperaba haberlo oído mal.

—Es el viernes. ¿Por qué?, ¿hay algún problema?

—No, mientras no haya ningún plan para recomendar su liberación.

—Ha mostrado una gran mejoría en...

—No, no hay mejoría —disparó Kim. Era lo que se temía: Alex nunca había tenido un único plan—. Por favor, confíe en mí. Nunca va a cambiar. No puede. Es una verdadera sociópata. Es fría, calculadora y despiadada. Todos sus actos son egoístas y están diseñados...

La alcaide levantó una mano.

—Eso no es cierto. —El malestar de Kim crecía sin parar.

Había esperado una primera respuesta de la directora en el sentido de que era consciente de las capacidades de Alex y de que no recomendaría su puesta en libertad, ni ahora ni nunca. El hecho de que siguieran hablando del tema ya era muy preocupante. Si la alcaide dudara, aunque solo fuera por un minuto, Alex encontraría la forma de aprovechar la circunstancia.

—El otro día detuvo una pelea en el comedor, y lo hizo bajo su propio riesgo. Creo que ha cambiado.

—De verdad, no lo ha hecho. ¿Quiénes estaban peleando?

—Una de las reclusas veteranas agredió a una nueva. Alexandra intervino y las separó.

—¿Y usted las vio?

—Sí, no estaba cerca cuando Emma decidió...

—¿Emma? —preguntó Kim. Recordaba, de una visita anterior, a una amiga de Alex que se llamaba así—. ¿Es amiga de Alex?

—De hecho, comparten celda.

A Kim le daban ganas de sacudir a esa mujer para que lo comprendiera.

—¿Y pasó justo delante de usted? ¿Y usted, por casualidad, vio a Alex hacer de heroína?

—Siempre voy al pasillo antes de...

Primero la comprensión, luego la sospecha.

—¿Cree que lo planeó para que yo lo viera?

—Apostaría mi perro a que sí, y, si usted me conociera un poco mejor, entendería la certeza que tengo al decirlo. Estoy de acuerdo en que apoye con firmeza el proceso de rehabilitación. Tiene que hacerlo, es lo que se espera de usted, pero también debe reconocer que, para algunas personas, no funciona. No pueden cambiar. No quieren cambiar.

«Conozco a Alex desde hace años. Usted solo ha visto el lado que ella ha querido mostrarle. Si usted recomienda su liberación, muchos inocentes terminarán sufriendo.

Siviter se cruzó de brazos.

—No podemos tomar decisiones basándonos solo en eso. Tenemos que observar el comportamiento, marcar los cambios, aceptar la veracidad del remordimiento ante el delito. Hay muchas cosas que considerar.

Kim se sintió frustrada. Su alegato de «Porque lo digo yo» estaba cayendo en saco roto.

—Venga. Lea bien su expediente. Tómese su tiempo para entender por completo el tipo de persona con la que está tratando. Mire cada situación y encuentre el motivo oculto. Por favor, haga estas cosas antes de tomar una decisión definitiva. Usted sabe que su recomendación tiene mucho peso ante la Junta.

La mujer dudó antes de asentir.

—Echaré un vistazo.

Kim le dio las gracias y subió al coche con el peso de la incertidumbre sobre los hombros. Había hecho lo posible por mantener a aquella arpía entre rejas.

Solo esperaba que hubiera sido suficiente.

Capítulo 69

—¿Habéis descansado? —preguntó Kim. Eran las siete y un minuto, había café recién hecho y el táper de Penn con porciones de Rocky Road estaba abierto. Uno de los trozos ya estaba sobre el escritorio de Alison.

—Stace, te hablan —dijo Penn con un guiño.

—¿Me estoy perdiendo algo? —preguntó Kim.

—Devon llegó a casa anoche —explicó Alison.

—Aaaaah, ya caigo.

—Eh, colegas, parad. Sí, he dormido. Un poco.

Kim sonrió. Esa mañana, la ayudante de detective estaba radiante.

En cambio, la noche de Kim no había sido tan tranquila como a ella le habría gustado. Después del paseo de medianoche con Barney, había intentado pasar una hora con la Vincent en la cochera, pero su mente se había visto desbordada. La dominaban los pensamientos sobre Alex mezclados con el miedo por una niña que llevaba ya casi setenta y dos horas lejos de su familia.

—La quiero en casa hoy —soltó Kim. Nadie necesitaba que le aclararan a quién se refería—. ¿Ha habido suerte con el Registro de la Propiedad?

—Dos tercios de nuestra zona objetivo están descartados —respondió Penn—. Hay una señora muy servicial llamada Sophie. Tiene una base de datos vinculada con algoritmos y referencias de cuadrículas que pueden acotar...

Kim lo cortó con una sonrisa a la mitad.

—Fantástico, Penn —dijo—. Stacey, te quiero en la localización. Penn, sigue trabajando en la contraseña del teléfono. Si Grace estuviera ahí, podría haber alguna pista de dónde encontrarla.

—Eso haré, jefa.

—Os he enviado a todos la lista de lugares que visitaron Claire y Grace. Para mí, los favoritos son el jardín botánico de Birmingham y el mariposario de Stratford-upon-Avon. Dado su amor por lo bello, yo empezaría por ahí. Repartíoslos.

Tanto Stacey como Penn asintieron.

—Jefa, he enviado a Keats los registros dentales que he podido recopilar —dijo Stacey.

Kim asintió. Había recibido un mensaje de que tanto Keats como la doctora A estarían en Wyley Court a las seis para comenzar la recuperación. Los esfuerzos de Stacey por localizar los registros dentales ayudarían a acelerar el proceso de identificación.

—Jefa, no he encontrado ningún otro proyecto importante en el que Butler y Harte trabajaran juntos después de lo de Clent —dijo Penn.

Kim miró a Alison.

—¿Crees que Helen fue la última?

Alison se encogió de hombros.

—Es difícil de decir. El cambio en su comportamiento se produjo con Melody Jones. Hasta que sepamos más sobre lo que ocurrió allí, solo nos queda especular.

—Y es hora de obtener algunas respuestas a esa interrogante —dijo Kim. Una sonrisa socarrona empezó a dibujarse en su rostro.

Alison fue la primera en captarla.

—¿Qué estás pensando?

—Estoy pensando que ayer lo hicimos a tu manera. Hoy lo haremos a la mía.

Echó un vistazo por la sala y su mirada se detuvo en la ayudante de detective.

—Vale, Stace, escucha: esto es lo que quiero que hagas.

Capítulo 70

Mientras se peinaba, Alex no podía disimular la sonrisa de satisfacción que jugueteaba en sus labios. Sabía que estaba a días de hacer eso en su propia casa.

Ya había decidido pasar las primeras noches en el hotel más caro, uno con salón de belleza, spa, piscina, gimnasio y un restaurante donde cocinaran comida decente.

Sonrió ante la irónica idea de estar en su propia habitación mientras se

preparaba comida solo para ella. Sería una habitación lujosa, y elegiría sus propios alimentos. También podría ir de compras o a un espectáculo, o bien leer el libro que le diera la gana, en lugar de los pocos que había en la biblioteca de la prisión. Navegaría por cientos de canales televisivos para ver programas culturales, en vez de verse obligada por el resto de las reclusas a seguir las telenovelas. La mayoría no habrían reconocido un documental decente ni aunque las abofetearan.

Limpiaría la casa de arriba abajo e iría a sacar su coche del depósito. Como su fortuna no estaba vinculada a ninguno de los delitos que se le imputaban, todo estaba allí, esperándola.

Tras un par de semanas de limpieza de cuerpo y mente, ya recuperada del calvario de los últimos años, empezaría a trabajar de nuevo. Tenía previsto solicitar su reincorporación al Colegio de Psiquiatría.

La Junta era voluble e inconstante. Alex sabía de un caso reciente: un psiquiatra que había sido expulsado por tener relaciones sexuales con una de sus clientas. Dado que el tipo había admitido su culpa, le habían dado permiso de liquidar el negocio y jubilarse. Otro médico, condenado por la muerte de un niño de seis años, había recibido la autorización para reincorporarse al Colegio.

A ella no le cabía duda de que la admitirían. Se había propuesto volver a ver pasar por su puerta clientes de pago. Necesitaba reintegrarse en ese círculo de gente que acudía a ella en busca de ayuda. Debía volver a aprovechar sus habilidades. En los últimos años, las había usado para conseguir sus objetivos, solo que no le habían pagado por ello.

Según sus cálculos, era su último día completo antes de que comenzara el proceso para su puesta en libertad.

Tenía una reunión a las seis con la alcaide Siviter. La directora le hablaría sobre la audiencia de libertad condicional y le compartiría su carta de recomendación. Si todo salía según lo previsto, Alex no tenía ninguna duda del resultado.

De pronto, se sintió como si estuviera de vacaciones. Tenía la sensación de haber estado atrapada en una caravana de mala muerte, bajo lluvias torrenciales durante toda la semana, para luego, el último día, haber visto salir el sol. Era hora de aprovechar al máximo el tiempo que le quedaba.

Lo disfrutaría, lo pasaría lo mejor posible.

—Creo que deberías empezar a prepararte para una nueva compañera de celda, Emma —dijo mientras se recogía el pelo en una coleta.

Vio que el rostro de la mujer decaía y se sintió gratificada.

—Puede que fracases —la advirtió Emma con preocupación en la voz. Qué conmovedora.

—Lo voy a lograr —dijo Alex, muy confiada.

—Es tu primera audiencia de libertad condicional. La gente no siempre consigue...

—Lo voy a lograr, Emma, te lo prometo.

—Pero ¿cómo puedes estar tan segura?

—Cuidado. Cualquiera pensaría que no quieres que vuelva a mi vida normal solo para que me quede aquí contigo.

—Eh, hacemos un buen equipo.

Alex se sentó en la cama y miró a su compañera de celda durante un minuto.

—La palabra equipo relaciona miembros de la misma categoría, individuos que trabajan juntos con un objetivo común. Lo nuestro ha sido más una situación de amo y marioneta.

Emma la miró con expresión de desconcierto. Cielos, Alex iba a tener que traducirle aquello. Pero, vale, tenía tiempo que matar y ese día se trataba de pasarlo bien.

Emma ladeó la cabeza.

—¿Por qué te ha cambiado la voz?

—Esta es mi voz normal. Como todo lo demás, la adapto a mi público. Aquí he puesto en pausa mis excelentes dotes de conversación. He disimulado mi inteligencia superior. He rebajado cada parte de mí al nivel de la gente que me rodea. —Emma sacudía la cabeza con incredulidad—. ¿Recuerdas cuando te trasladaron por primera vez a esta celda? —preguntó Alex.

Emma asintió con impaciencia, como esperando que algo hiciera desaparecer aquel comentario hiriente.

—¿Recuerdas cómo te dejé hablar y hablar de ti y de tus hijos, y de lo mucho que los quieres, y de todos tus remordimientos y blablablá?

—Sí, me escuchabas para apoyarme.

Alex rio.

—Estaba detectando tus puntos de dolor. Buscaba tus puntos débiles, tus habilidades, hasta qué punto podrías servirme, tu valía. Escuchaba para ver cómo beneficiarme de ti.

Emma se quedó con la boca abierta.

—Pero te interesaba. Te importaba.

Alex rio. Vaya delirios los de esta mujer sobre la naturaleza de su relación. Eran peores de lo que había pensado. Darle un baño de realidad sería una diversión frívola.

—No podrías importarme menos, Emma. No me interesan lo más mínimo tu vida mundana, tus molestos hijos, tu marido ni el gato del vecino. Te he mentido, te he engañado y he fingido que me caías bien solo para calcular tu valor. Y tengo que darte crédito: encontré algunas cualidades útiles de las que he conseguido sacar provecho.

«Enseguida me di cuenta de que te dejabas manejar con facilidad y de que tenías muchas ganas de servir. Estás muy acostumbrada a cuidar de la gente. Esa es una buena cualidad para tu vida hogareña y un rasgo totalmente aprovechable para mí. Querías a alguien a quien seguir, a quien ayudar, y yo te hice el favor de ser esa persona. Te di un propósito. Estabas feliz de salir de inmediato a hacer todos mis pequeños recados. No es nada malo. Así eres.

—Pero pensaba que éramos amigas.

De nuevo, Alex se echó a reír.

—No tengo amigos. No los quiero ni los necesito. Lo que yo necesito son activos, herramientas, soldados útiles que me ayuden a conseguir lo que quiero. Y, para ser justos, has sido útil. Tu invisibilidad entre estas mujeres me ha permitido obtener mucha más información de la que habría conseguido por mí misma. Tu necesidad de cotillear me ha aportado conocimientos sobre otros activos que he podido explotar. ¿Ahora ves cómo funciona esto?

La expresión cabizbaja de Emma revelaba que estaba esperando el remate, que aún tenía la esperanza de que fuera algún tipo de broma.

Alex suspiró. Uno trataba de ser franco con los demás y el esfuerzo no valía la pena. Algunos no querían oír verdades desagradables. Sí, Alex podría

haber dejado a Emma pensando que eran buenas amigas. La mujer no se habría enterado de nada, pero ¿qué gracia habría tenido?

Alex podía ver que a Emma le temblaba el labio inferior. «Ay, Dios, líbrame de las fragilidades de las emociones humanas».

Se levantó. Notó que en los ojos de Emma aún había esperanza.

Movió la cabeza de lado a lado y bajó a desayunar.

Capítulo 71

—¿Qué esperas conseguir? —preguntó Alison mientras se reunían en torno a la pantalla del ordenador.

Vieron a Stacey entrar en la sala de interrogatorios.

—Veamos esto y averigüémoslo —dijo Kim.

Kate Swift había llegado diez minutos antes. Tanto ella como su cliente estaban sentados en silencio.

Harte miró a Stacey con desconfianza.

—Soy la ayudante de detective Stacey Wood. Ya conocen al sargento Bryant.

—¿Dónde está la detec...?

—Por favor, espere un minuto —dijo Stacey, y alzó una mano.

Kim la vio estudiar fijamente la grabadora durante un instante, como si tratara de recordar cómo usarla. Pulsó un botón equivocado. Se dio cuenta de su error y, enseguida, activó la grabación. Entonces, recordó a Harte el motivo de la entrevista.

—Bien, señor Harte, usted tenía una pregunta.

—¿Dónde está la inspectora detective Stone?

—Lo siento, pero tenía que acudir a un asunto más imp..., perdón, más urgente, así que yo conduciré el interrogatorio de esta mañana.

—La abogada está encantada con eso —observó Alison.

—Por supuesto. A una hora de que lo acusen o lo liberen, ya estará entonando canciones de Navidad.

—Tengo otra pregunta. ¿Puedo tomar una taza de té?

Stacey parecía desconcertada.

—¿No le han servido la bebida de su elección con el desayuno, esta mañana?

—Sí, pero me gustaría...

—Si es así, creo que seguiremos adelante.

Kim felicitó en silencio a la joven policía por su capacidad interpretativa.

Stacey abrió su carpeta.

La primera página era una declaración oficial. Había palabras en letra de ocho puntos. El hombre no tenía forma de leerlas al revés.

Stacey hizo como si la leyera palabra por palabra.

Harte la observaba atento. Bajaba la vista a la página y luego miraba Stacey una y otra vez.

—Ah, se está enfadando —dijo Alison—. ¿Ves su puño derecho? Cree que está enterrado en el otro brazo, pero mira los pliegues. Al llevar los ojos de manera intermitente de Stacey a la página, intenta ejercer el control. Quiere llamar su atención. Quiere empezar.

Sin embargo, Kate Swift fue quien se inclinó hacia delante.

—Agente, ¿tiene intención de preguntarle algo a mi cliente en breve?

—¿Por qué?, ¿hay otro lugar donde su cliente deba estar?

Kim sintió una sacudida de orgullo. Su colaboradora tenía instrucciones de perturbar al hombre y lo estaba haciendo muy bien.

Seguía esperando.

—Señor Harte, me gustaría hablar con usted sobre sus recuerdos de Paula Stiles. Recuerda muchos detalles sobre su secuestro en... Espere...

—Mi cliente está aquí solo para hablar de Lexi Walters —interrumpió Swift—. Y ya he hablado de esto en detalle con la inspectora Stone.

Stacey hizo como si buscara algo en su carpeta.

—Discúlpeme. Debo haberme perdido... —Harte y Swift se miraron y Stacey interrumpió lo que estaba diciendo—. Bien, tal vez deberíamos continuar. Su relación con Jenson Butler comenzó en el colegio, ¿no es así?

—No, no es así. Lo conocí en la universidad. ¿Ha leído el expediente siquiera? —preguntó él, y clavó el puño la mesa.

—Bueno, sí, estoy familiarizada con el caso —dijo Stacey, que hojeó todos los papeles, como si buscara algo en particular. Lo hacía deprisa, añadiendo nerviosismo a sus movimientos.

—¿Ha hecho esto antes, ayudante de detective? —preguntó Harte.

Kim no necesitaba leer su lenguaje corporal. De sus palabras chorreaba desprecio.

—Sí, una vez interrogué...

—¿Una vez? —explotó.

Kim rio sin poder evitarlo.

Habían decidido jugar con las debilidades que conocían de ese hombre: su prepotencia, su apego a Kim y su necesidad de una taza de té.

Lo quería enojado, lo quería perturbado. Lo quería rebosante de emociones negativas.

Stacey ya se lo había preparado de manera brillante. Ahora era su turno de entrar a matar.

Capítulo 72

—¿No vas a venir a ver esto, Penn? —preguntó Alison en cuanto la jefa salió de la sala.

Él ni siquiera levantó la mirada.

—Ahora no —dijo. Había oído lo suficiente para saber que su colega había hecho todo de maravilla.

—¿Estás bien?

—Muy bien.

Alison inclinó la cabeza.

—¿Se quedó Jasper en casa de Billy anoche?

—No, decidí que ya era demasiado para la madre de Billy.

Alison abrió la boca para decir algo, pero cambió de idea y volvió a centrar su atención en la pantalla. Él se alegró. No quería admitir ante ella que había cometido un terrible error.

Lo había sabido nada más entrar por la puerta.

Jasper no era un chico hosco. No era un adolescente arisco, pero sí callado. Y su silencio había roto el corazón de Penn. Antes de que el sargento volviera del trabajo, Jasper llevaba, al menos, dos horas en casa. Horas en que no había hecho otra cosa que esperar a su hermano, cuando podría haber estado riendo en casa de su amigo.

Penn había actuado por miedo a que Jasper se alejara de él y a que se mostrara vulnerable, cuando lo único que el chico intentaba era asomarse al mundo exterior y encontrar su lugar.

Demasiado tarde, se había dado cuenta de que no tenía derecho a detenerlo. Vislumbraba una larga y abierta conversación en el futuro, pero, por el momento, solo estaba enfadado consigo mismo por haber dejado que sus miedos afectaran a su hermano. No necesitaba compartir su fracaso con nadie más.

Se dio cuenta de que había sido cortante con su colega.

—Lo siento, Alison, solo estoy intentando descifrar esta maldita contraseña.

Tenía el teléfono desde las ocho y cuarto de la mañana y no estaba ni cerca de desbloquear la pantalla.

Once caracteres.

Había probado cientos de variaciones de fechas, nombres y lugares. Agradecía que el teléfono no tuviera un número limitado de intentos; el problema era que, incluso con la información con que contaba, las permutaciones posibles eran trillones.

Se acomodó en su silla. Cerró los ojos para aislarse de cuanto lo rodeaba. Necesitaba pensar más en el hombre en sí. Le gustaba jugar, era arrogante y se consideraba capaz de hacer lo que le diera la gana. Le gustaba manipular a la gente. Le gustaba que se le acercara la gente, pero no que lo agarrasen. Hacía cosas para divertirse, actuaba solo para su propio entretenimiento.

—Alison, ¿puedes enviarme esa grabación de Harte en su teléfono? —preguntó. Acababa de ocurrírsele una idea.

—Sí, claro —dijo ella, y pulsó unas teclas—. Va.

Él abrió el vídeo y lo vio. Luego se desplazó hasta el punto en el que Harte manipulaba su teléfono. El hombre sonreía mientras lo hacía. Sus dedos trabajaban afanosos. Terminó y miró a la cámara. Él sabía que la cámara estaba allí, así que esa mirada estaba de más. Era casi un mensaje inconsciente para ellos. Un poco como «Ya está». O «Esto es para ti».

Penn sintió la emoción en el vientre. ¿Era otro juego? ¿Estaba jugando con ellos y se había delatado por error?

Volvió al principio de la grabación y la observó muy atento.

Harte entraba.

Miraba a su alrededor mientras se dirigía a la silla.

Se sentaba, se relajaba, miraba a la cámara.

Jack entraba.

—¿Le traigo algo de beber?

—Un té con azúcar sería estupendo. Una cucharada.

Jack asentía y se marchaba.

Harte sonreía y cogía su teléfono.

Penn rebobinó lo que acababa de visionar.

Hizo retroceder el cursor hasta el principio.

Harte entraba.

Miraba a su alrededor.

Tomaba asiento.

Miraba a la cámara.

Jack entraba.

—¿Le traigo algo de beber?

—Un té con azúcar sería estupendo. Una cucharada.

Jack se iba.

Harte buscaba su teléfono.

Penn hizo retroceder el cursor una vez más.

Jack entraba.

—¿Le traigo algo de beber?

—Un té con azúcar sería estupendo. Una cucharada.

Jack se iba.

Penn cogió el teléfono de Harte y tocó la pantalla. La página de inicio apareció como había ocurrido cientos de veces.

Escribió en minúsculas. Once caracteres.

«teconazucar».

Alison lo estaba observando cuando la pantalla cobró vida.

—Maldita sea, he entrado.

Capítulo 73

—¿Dónde diablos ha estado, inspectora? —preguntó Harte cuando la vio cruzar la puerta con Bryant detrás.

Ella lo ignoró.

—Para efectos de la grabación, la detective inspectora Stone ha entrado en la sala y seguirá interrogando al sospechoso.

Hizo una señal a Stacey, quien se levantó y salió.

Harte ni siquiera esperó a que se cerrara la puerta.

—¿Dónde estaba?, ¿qué era tan importante que me ha enviado a alguien de bajo rango, a una incompetente...?

—La ayudante de detective Wood no es de bajo rango ni una incompetente. Yo estaba ocupada con el descubrimiento de huesos bajo la fuente de Wyley Court, otro proyecto del que usted y Jenson Butler se hicieron cargo.

—Inspectora, mi cliente no está bajo arresto por nada más que...

—Su cliente me ha hecho una pregunta, señora Swift, y se la estoy respondiendo, así que cálmese. —Hizo una pausa—. Además, he ido a comprobar el progreso de una excavación que estamos llevando a cabo en Clent.

—Inspectora, debo...

—Sigo respondiendo a la pregunta, señora Swift. Yo no sé el grado de detalle que solicita su cliente, si un breve resumen o un relato pormenorizado de mi día hasta ahora.

No tenía permitido interrogarlo sobre otros delitos mientras estuviera bajo arresto solo por uno de ellos, pero podía hacerle saber que había seguido sus migajas y que esos eran los sitios que había encontrado. Hubo un parpadeo que duró más de lo normal. Casi un reconocimiento.

—¿Son suficientes detalles para usted, señor Harte?

—Sí, gracias.

Ella inhaló y expulsó el aire con lentitud. Aquella era su única oportunidad. El hombre estaba detenido por el secuestro y asesinato de Lexi Walters, asunto por el que llevaba casi veinticuatro horas bajo custodia. Les quedaban veinte minutos.

—Se acabó la hora del recreo, señor Harte. Ya no estamos dispuestos a jugar más. —Se inclinó hacia delante, invadiendo su espacio personal tanto como le fue posible. Él se echó hacia atrás—. ¿Qué hizo usted con Lexi Walters?

—Nada.

—¿Se metió ella sola en ese agujero? —En su propio rostro, Kim podía sentir la expresión fija. La mirada de Harte se encontró con la suya. Estaban solos en esa habitación.

«¿Intentó escapar antes de que usted terminara de mirarla? ¿No se había saciado de voyerismo antes de que la niña intentara salir de la prisión que usted le había montado? —Los ojos de Harte ardían en los suyos.

«¿Fue un accidente? ¿La mató sin querer mientras intentaba someterla?

No hubo respuesta. Kim no la esperaba. Estaba nervioso y ella podía notarlo, pero no estaba lo bastante enfadado.

—¿Atacó sexualmente a Lexi Walters, de seis años, señor Harte?

Nada.

—¿Permitió que Jenson Butler la agrediera sexualmente? ¿Fue algún tipo de asociación enferma y pervertida en la usted podía mirar mientras violaban a una niña?

El color le inundaba la cara.

—¿Usted y Butler formaban equipo?, ¿se turnaban para violarla? ¿Por eso ambos están involucrados en la eliminación del cadáver?

«¿Tenían un trato?, ¿un pacto que ninguno de los dos podía romper porque ambos eran culpables? ¿Se están encubriendo el uno al otro en sus juegos enfermizos y repugnantes?

Kim abrió la carpeta y le acercó una foto de una Lexi sonriente. A continuación, empujó una foto del esqueleto tal y como había sido reconstruido en la morgue.

Kate Swift apartó la mirada, pero no antes de que Kim viera el horror en su rostro.

—¿Qué hizo para llevar a Lexi Walters de esto a esto?

Los músculos de Harte saltaban por todas partes.

Kim odiaba tener esas imágenes en la cabeza, pero tenía que seguir adelante. La idea de provocarlo era obligarlo a decir algo que lo incriminara. Tenía que quitarle el control.

—¿Usted y Butler permitieron que otros hombres la violaran? ¿Lo hicieron todos juntos? ¿Lexi fue pasada de mano en mano como un juguete? ¿Fue esa preciosa niña violada por un puñado de sus amigos pederastas, así como...?

—¡Yo nunca la violé, joder! ¡Amaba a esa cría! —gritó en la cara de Kim.

La sala se quedó en silencio cuando se dieron cuenta de lo que Harte acababa de decir.

Kate Swift parecía a punto de explotar.

Era suficiente.

Ese comentario bastaba para conseguir la prórroga de doce horas que

Kim necesitaba. También le daría a Woody la oportunidad de iniciar el proceso de denuncia ante la Fiscalía de la Corona.

Harte aún parecía conmocionado. La expresión de Swift era sombría.

La detective echó la silla hacia atrás. Disimulaba. No quería que el alivio no se reflejara en su rostro. Se levantó y cogió la chaqueta.

—Bueno, después de esa pequeña confesión, creo que los dos necesitan tener una charla.

Bryant hizo el cierre formal de la entrevista mientras Kim salía a toda prisa de la sala de interrogatorios.

Capítulo 74

Kim volvió a entrar en la sala de la brigada con Bryant siguiéndola de cerca.

—Vale, chicos, necesitamos... ¿Qué demonios es eso?

Penn le entregó el teléfono.

—La tenemos, jefa.

Cualquier pensamiento sobre lo que acababa de ocurrir desapareció de su mente en cuanto sus ojos se posaron en una pequeña figura sentada en el borde de una cama, con las piernas juntas y la cabeza inclinada.

Era Grace Lennard y estaba viva.

—¿Esto es en directo?

Penn movió la cabeza de arriba abajo y Kim sintió en la garganta un torrente de emociones encontradas.

Allí estaba: la niña secuestrada hacía casi cuatro días, tan pequeña y vulnerable. Kim quería meter la mano a través de la pantalla y agarrarla, sacarla del móvil y decirle que todo saldría bien.

Miró al sargento detective responsable de haberles dado el enlace.

—De verdad que le gusta su té.

—Joder, Penn, qué buen trabajo —dijo, aún con el teléfono en la mano. Enarcó una ceja y miró a Stacey—. ¿Y quién habría dicho que podrías ser así de exasperante?

—Mamá.

—Lo has preparado bien, Stace. Enhorabuena.

—Lo hemos visto, más o menos —dijo Penn.

Kim podía entenderlo. Se habían centrado en Grace y en buscar pistas.

—¿Hay algo? —preguntó, y echó otro vistazo a la pantalla.

Miró bien la habitación. Aunque nunca la había visto, le resultaba familiar. Sabía que había visitado un lugar parecido. La colcha de margaritas y las cortinas a juego, el escritorio, la lámpara, el televisor en la pared. Solo que el escritorio que ella había visto no estaba lleno de patatas fritas y galletas, fruta y botellas de agua.

Prestó aún más atención.

—¿Bryant...?

—La habitación de Suzie Keene. O, más bien, la de su hija.

—Claro —exclamó Kim. La primera víctima de Harte. Habían hablado con ella mientras doblaba la ropa. La única diferencia era el tamaño de la cama.

—¿Por qué Suzie Keene habría decorado su propia casa de forma tan parecida? —preguntó a Alison.

—Seguridad. Suzie ha recreado para su hija su propia ilusión de seguridad, además de que es un recuerdo para ella misma. Cuando entra allí, se siente feliz y satisfecha.

—Eso no está bien. Es raro, y reto a Harte a que me diga, otra vez, que la experiencia no tuvo efectos duraderos en Suzie y Libby.

—Pero no es diferente al resto de nosotros —argumentó Alison—. Todos nos rodeamos de cosas que nos reconfortan y nos hacen sentir seguros. Los colores que elegimos, los muebles, la distribución, los cuadros, los adornos... Todo contribuye a que nos sintamos cómodos y a gusto. Sí, ha recreado una escena de su pasado que debería haber sido una experiencia traumática, pero para ella no lo fue.

—¿No creerás que no hubo nada malo en eso? —preguntó Kim, incapaz de compartir el punto de vista de Alison.

—¿Te habría parecido más aceptable si estuviera tan traumatizada que se hubiera encerrado en sí misma por el estrés?, ¿si hubiera empezado a

autolesionarse o, más tarde, se le hubiera dado al alcohol o las drogas? ¿Habría sido lo bastante normal? Sé lo que sientes por él, pero tenemos dos mujeres adultas que no están de acuerdo contigo en absoluto.

—Y, potencialmente, tengo cuatro niñas muertas que sí están de acuerdo.

Alison asintió. Aceptaba ese punto.

Kim dio instrucciones a Stacey:

—Traedla aquí. Quiero que traigan a Suzie Keene a la comisaría para que identifique esa habitación. Quiero saber si es la misma donde estuvo retenida. Podría refrescar su memoria y ayudar con la localización.

—Me pongo a ello, jefa —dijo, y cogió el teléfono.

—He estado investigando otra cosa —continuó Alison—. No me había encontrado antes con algo así, pero sé que existe. El señor Harte podría ser un candidato al síndrome de Lima.

Kim echó una última mirada a Grace antes de devolverle el teléfono a Penn.

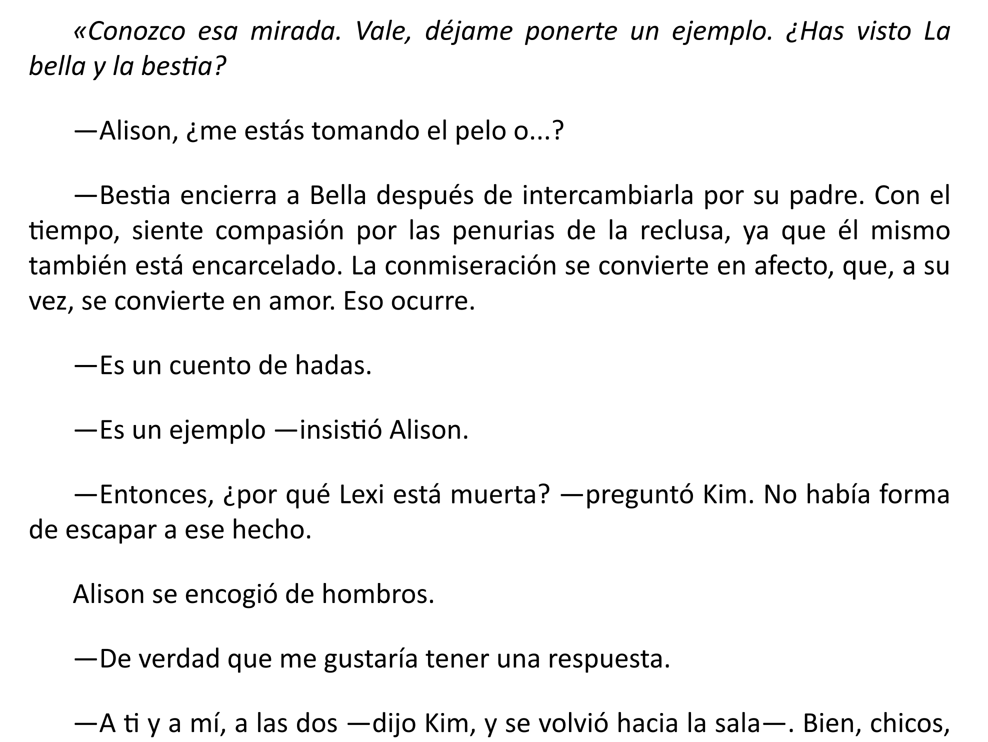
—¿El síndrome de qué? —preguntó. Él colocó el móvil sobre su escritorio, con mucha suavidad, como si no quisiera hacerle daño a la niña. Enseguida volvió a su pantalla, a una vista de Google Earth.

—Lima. Existe el síndrome de Estocolmo, en el que el cautivo se encariña emocionalmente con su captor, pero la cosa también puede funcionar al revés: el secuestrador que se encariña con su rehén. No se sabe mucho, pero el término fue desarrollado a partir de que, en 1977, en Perú, unos miembros del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru tomaron como rehenes a funcionarios del Gobierno y diplomáticos de alto rango. Lo hicieron para exigir la liberación de los miembros del MRTA que estaban presos.

«Los captores fueron entrevistados después. Las características del síndrome de Lima encajan a la perfección con Harte.

—Continúa —dijo Kim.

—El secuestrador siente compasión por el cautivo; se vuelve más atento a sus necesidades y deseos, y desarrolla sentimientos de apego, cariño o afecto. Al hablar de Lexi, acaba de gritar que la quería, y tal vez sea verdad. —Kim sabía que su rostro estaba reflejando las dudas con toda claridad. Alison puso los ojos en blanco.



«Conozco esa mirada. Vale, déjame ponerte un ejemplo. ¿Has visto La bella y la bestia?

—Alison, ¿me estás tomando el pelo o...?

—Bestia encierra a Bella después de intercambiarla por su padre. Con el tiempo, siente compasión por las penurias de la reclusa, ya que él mismo también está encarcelado. La conmiseración se convierte en afecto, que, a su vez, se convierte en amor. Eso ocurre.

—Es un cuento de hadas.

—Es un ejemplo —insistió Alison.

—Entonces, ¿por qué Lexi está muerta? —preguntó Kim. No había forma de escapar a ese hecho.

Alison se encogió de hombros.

—De verdad que me gustaría tener una respuesta.

—A ti y a mí, a las dos —dijo Kim, y se volvió hacia la sala—. Bien, chicos, será mejor que vaya a informar a Woody mientras Harte habla con su abogada. Ahora mismo, el único objetivo es averiguar dónde está Grace. No le quitéis los ojos de encima ni un minuto.

Bryant cogió el teléfono. Puso la pantalla en horizontal. Su expresión era de perplejidad.

—¿Estás bien?

—Sí, es solo esta cama.

—¿Qué tiene de raro?

—Es más pequeña que la de la casa de Suzie. Suzie mencionó una bonita cama grande para ella sola.

—Libby dijo lo mismo —comentó Penn, que se inclinó para echar otro vistazo.

—Es una cama pequeña —insistió Bryant—. De verdad, no creo que sea... Lo que quiero decir es que es más pequeña que una cama individual normal.

—¿Y?

—Esto es más del tamaño de una litera.

Maldita sea. Kim entendió lo que Bryant le estaba diciendo.

Las literas iban en pareja.

Capítulo 75

Mientras se dirigía a su destino, Alex iba saboreando la experiencia, con la certeza de que no tendría que recorrer esos pasillos sin alma durante mucho más tiempo.

Su plan estaba saliendo a la perfección. Solo tenía que dejar que transcurrieran dos horas y hacer una cosa más.

Entró en la celda de la joven con la que había hablado un par de días antes.

—Hola, Lisa. —Esa vez no hizo ningún intento por mostrar una expresión alegre. Buscó un gesto que mezclara tristeza y preocupación. Se sentó en la otra cama—. ¿Cómo estás?

La chica no estaba bien, eso podía verlo por sí misma. Parecía incluso más delgada que la última vez. No se había duchado y tenía los ojos enrojecidos e hinchados.

—Mierda, Alex. No creo que consiga aguantar mucho más.

—Eh, eres más fuerte de lo que crees. —Se llevó la mano al bolsillo, en busca de un objeto que llevaba semanas escondiendo. Algo por lo que había pagado más que una comida en The Ivy—. Te he traído esto para animarte. —Cogió una maquinilla de afeitar desechable y la colocó en la cama, junto a Lisa—. Las piernas suaves siempre hacen que una se sienta mejor.

Lisa cubrió el objeto con la mano.

—¿De dónde la has sacado?

Alex se encogió de hombros y Lisa metió la maquinilla bajo la almohada.

—Alguien me debía un favor y he pensado que tú sabrías apreciarlo.

—Gracias —dijo la mujer, que trataba de levantar el ánimo, aunque estaba fracasando estrepitosamente. Eso era bueno.

—¿Ha venido tu chico? —le preguntó Alex. —Lisa negó con la cabeza—. ¿Cuánto tiempo ha pasado ya?

—Tres semanas, pero es que ha estado trabajando mucho.

—¿Incluso los fines de semana? —le preguntó Alex con gesto dubitativo —. Algunos jefes son unos cabrones, ¿no? ¿Trabaja en algún sitio de veinticuatro horas o algo así?

—Es paisajista. Autónomo.

—Ah —exclamó Alex. No trabajaría todos los fines de semana, por supuesto; y, si él era su propio jefe, sin duda podía cogerse un par de horas libres aquí y allá. Pero no había necesidad de decirlo, Alex ya había hecho lo suficiente para inspirarle esas ideas—. ¿Vendrá este fin de semana? —preguntó en tono jovial.

—No he podido hablar con él para preguntárselo. No me contesta el teléfono.

—Seguro que habrá alguna razón sin importancia. —Una sola palabra. Sutil. Pon las palabras, siembra la noción y dale tiempo para que crezca—. Los buenos jardineros siempre están ocupados. Yo tuve uno muy bueno, no daba abasto con sus clientes. Solía ir a recortar los setos, pero acababa podando el césped y lavando las baldosas con chorros de agua. A veces se pasaba allí todo el día. —Sonrió y puso los ojos en blanco—. Llegué a enterarme de muchas cosas sobre su vida familiar: mujer infiel, hijos rebeldes..., de todo. Los jardineros son buenos chicos —dijo con una sonrisa.

—Podría estar tramando cualquier cosa mientras estoy aquí —dijo Lisa. Empezó a rascarse la piel entre el pulgar y el índice.

—Claro que podría. —Alex hizo una pausa—. Pero no pienses eso. Tienes que confiar en él. No es como si te hubiera engañado antes.

El rostro de Lisa se desencajó aún más.

—Una vez, hace un año. Se emborrachó y tuvo una aventura de una noche.

—Bueno, al menos te lo contó —dijo Alex.

—Me lo contó un amigo suyo. —Siguió rascándose esa pequeña zona de piel.

—Ah, vale —dijo Alex, e hizo como que se quedaba sin palabras—. Pero eso no quiere decir que vaya a hacerlo de nuevo. Sería solo sexo, sin duda, dado que estabas...

—Pero yo no estoy allí, ¿verdad? Cuando vuelve a casa, no me tiene a mí —dijo Lisa. Las lágrimas volvieron a brotar de sus ojos—. Por lo que sé, ya ha

conocido a alguien, y no hablo solo de sexo. ¿Qué pasaría si conociera a alguien en el trabajo y se convirtiera en algo más? ¿Y si llevara a otra mujer cerca de mi hijo? ¿Si otra mujer lo acostara por las noches, le cantara, le diera de comer y lo meciera hasta que se quedara dormido?, ¿y si mi hijo la llamara mamá?

Alex sabía que esa imagen se había reproducido una y otra vez en la mente de esa mujer. Era el peor de sus temores.

—No pienses eso. Él te esperará. Muchos..., quiero decir, algunos hombres son más fuertes que...

—Pero no todos. Ya lo ha hecho una vez, y ahora ni siquiera estoy allí. No soporto estos pensamientos, estas imágenes de otras mujeres con mi hijo. Me está volviendo loca, y la alcaide no ha vuelto a hablar conmigo para recomendar mi libertad anticipada.

Alex sabía que Lisa había puesto todo su empeño en su apelación. Alegaba circunstancias atenuantes. Hacía una semana que se había reunido con la alcaide Siviter, su último cartucho.

—Ay, ¿no te lo han dicho? —preguntó Alex en tono inocente.

Lisa dejó de rascarse por un segundo.

—¿Qué, sabes algo? —preguntó.

—No..., o sea..., no..., es solo algo.

—Dime, Alex.

—No, quizás me haya equivocado.

—Solo dime lo que sabes.

Alex soltó un largo suspiro. Vaciló mientras preparaba la bomba antes de soltarla.

«Abandonad toda esperanza...».

—Acabo de oír una conversación. Por eso he venido, a ver cómo te había sentado la noticia.

—¿Qué noticia?

—Ay, Lisa, no quiero...

—¿Qué noticia?

—La alcaide no te apoya. Cree que te rechazarán.

Alex disimuló su regocijo. Vio cómo se desvanecía cualquier esperanza, cómo Lisa se daba cuenta de que no había escapatoria. No habría libertad anticipada. El novio seguiría solo. El bebé estaría sin su madre durante años. El novio ya no volvería a visitarla, su hijo se olvidaría de ella.

—Lisa, lo siento. Pensaba que lo sabías.

La mujer negó con un movimiento de cabeza.

—En realidad, no importa, ¿verdad? Ya nada importa.

Alex se levantó de la cama. Su trabajo allí había terminado. Ahora solo le quedaba agazaparse y esperar.

Llegó a la puerta y se giró. Solo un recordatorio.

—Intentaré conseguirte otra de esas maquinillas. Eso te animará.

Capítulo 76

Habían puesto a Suzie Keene en la sala de interrogatorios número dos. Justo al lado de donde Steven Harte estaba sentado con su abogada.

Kim se sentó enfrente.

—Gracias por haber venido.

—Cuando he visto un coche patrulla llegar a mi trabajo, he sentido que no tenía muchas opciones.

—Discúlpenos, pero, debido a la naturaleza urgente de nuestras investigaciones, era la forma más rápida de traerla aquí.

—No sé para qué. Ya le he dicho que no puedo recordar nada que...

Kim sacó su teléfono móvil.

—¿Esta es la habitación donde usted estuvo cautiva?

Suzie vaciló antes de mirar la foto. Penn había hecho una captura de pantalla de la habitación vacía en un momento en que Grace estaba en el cuarto de baño.

Sin pronunciar una palabra, la mujer miró la imagen muy atenta durante un minuto.

Kim se quedó observándola. Una multitud de emociones revoloteaban por el rostro de Suzie. Reconocimiento, tristeza y comprensión. Quizá se estaba dando cuenta de cómo había amueblado, arreglado y decorado la habitación de su propia hija.

—Yo... Creo que sí. Parece igual, exactamente igual, excepto...

—Excepto ¿qué?

Suzie inclinó la cabeza y estudió la imagen durante otro minuto.

—La cama. Es más pequeña de lo que la recordaba.

—Esta parece del tamaño de una litera —coincidió Kim.

—Se lo aseguro, no era una litera. Yo ya había dormido en una de esas en casa de una amiga. Sin duda, la cama era más grande. La mía, en mi propia casa, es una individual normal. En esa habitación, la cama era más grande que esa.

Kim puso el teléfono entre las dos.

—Suzie, ¿hay algo más que recuerde? —preguntó.

La mujer negó con un movimiento de cabeza.

—Nada desde que usted me lo pidió, hace unos días.

—¿Algo sobre la ubicación? —presionó la detective.

—Ya se lo he dicho. No miré a mi alrededor mientras subía a la furgoneta. No recuerdo sonidos ni olores ni nada. Fue hace mucho tiempo.

—En su momento, también se lo preguntaron y tampoco recordaba nada —dijo Kim. Estaba haciendo un esfuerzo para que la acusación no se reflejara en su voz.

Suzie le sostuvo la mirada, pero no respondió.

Kim cogió el móvil. Penn le había mostrado cómo volver a la transmisión en vivo.

Giró el teléfono.

—Mire otra vez.

—Ya le he confirmado... ¿Eso es...? Madre mía, ¿hay una niña ahí dentro?

—Sí, Suzie, ¿y ve lo que está haciendo? Está llorando. Está sola y asustada. Quiere volver...

—Se le pasará en unos días. Se pondrá bien... —dijo Suzie con desdén.

—Pero ahí es donde está ahora: en los primeros días, así que usted sabe muy bien cómo se siente, ¿no?

—Mire, no me importa lo que me enseñe. Si no puedo recordar... —De pronto, cayó en la cuenta—. Espere un momento. ¿Cómo ha conseguido esto? ¿Este es su móvil?

Kim no dijo nada.

Suzie echó la silla hacia atrás.

—¿Está aquí? ¿Puedo hablar con él? —Se levantó, como dispuesta a ir a buscarlo—. ¿Dónde está? Déjeme verlo.

—¿Para qué? —preguntó Kim, sorprendida ante esa reacción.

—Siempre he querido conocerlo, preguntarle algunas cosas.

—Lo siento, pero está detenido en relación con un grave...

—Solo dos minutos. Cinco, tal vez. Es todo lo que quiero. —Hizo una pausa. Luego se dio unos golpecitos en la cabeza—. Y uno nunca sabe si eso podría ayudarme a recordar algo.

Kim cogió el móvil y sopesó sus opciones.

Steven Harte no era un juguete que tuviera en custodia. No podían endilgarle gente que quería conocerlo. Y, aunque él accediera a reunirse con Suzie, ¿qué sería capaz de revelarles?

Se trataba de una petición poco ortodoxa que, en los tribunales, pintaría mal.

Su única esperanza era que ese encuentro liberara algún recuerdo en la memoria de Suzie; pero, si la imagen de una niña vulnerable llorando de miedo y soledad no lo había hecho, nada lo haría.

Para Kim, podían perder mucho más que ganar.

—Lo siento, Suzie, pero no creo que sea buena idea.

Kim se sorprendió al ver la dureza en el rostro de la mujer cuando esta se dio cuenta de que la decisión era definitiva.

—Como quiera, inspectora, pero creo que se arrepentirá de esta decisión.

Capítulo 77

Eran casi las doce cuando Kim recibió el visto bueno para seguir interrogando a Harte. Las palabras de Suzie aún resonaban en sus oídos. Estaba convencida de que no le habría conllevado ningún beneficio concertar un encuentro entre los dos, pero algo en el tono de Suzie seguía resonando en sus nervios. Woody había estado de acuerdo y, después de revisar las pruebas y las grabaciones de circuito cerrado junto con la Fiscalía de la Corona, las dos partes concordaron en acusarlo del secuestro y asesinato de Lexi Walters.

—Así que, señor Harte, ha sido acusado de secuestrar y asesinar a Lexi Walters. ¿Le gustaría hablarnos de su relación con la niña?

Kim contuvo la respiración. Todo en su interior le decía que el hombre estaba preparado, que ella había superado las pruebas y que, por fin, obtendría la verdad. Pero, desde que Harte había dicho que amaba a Lexi, él también había tenido la oportunidad de sostener una buena charla con su abogada.

—No fue sexual —dijo, y mostró las palmas de las manos—. Yo no la veía así, en absoluto. Solo tenía ganas de mirarla. Era hermosa, inocente, inmaculada. Nunca quise quedármela. Solo quise tomar prestado un momento de su vida, ese en particular.

—Pero no fue solo un momento, ¿verdad, señor Harte?

Él negó con la cabeza.

—No, quise conservarla todo lo posible.

Kim ya había decidido el rumbo que debía tomar el interrogatorio. Quería confirmar las identidades antes que los detalles de otros asesinatos.

—Señor Harte, ya sabe que hemos encontrado restos bajo la fuente de Wyley Court. ¿Hay algo que quiera decirme?

No podía interrogarlo directamente sobre un delito por el que no había sido detenido ni imputado. Aun así, sin la identidad de las víctimas, no podría

acusarlo de nada. Tenía la esperanza de que, por haber jugado a lo que él quería, estuviera dispuesto a confesar.

—Esa era Paula Stiles.

—Steven —lo advirtió Swift. Hasta entonces, había permanecido al lado de su cliente en un silencio sepulcral.

Él levantó la mano para acallar a su abogada.

—La vi en el parque. Hacía un año que Lexi se había ido. Me había jurado a mí mismo no volver a hacerlo, pero ahí estaba. Parecía muy sola; una estrella brillante y hermosa que fulguraba más que nada a su alrededor. Traté de resistirme, pero fue inútil. Tuve que llevármela.

Kim se esforzó por controlar la rabia que le provocaba esa despreocupación por arrancar a la gente de sus vidas, como si todo estuviera ahí para qué el se lo llevara. Para él, para su beneficio, para su entretenimiento, su disfrute.

—¿Y Clent? —preguntó, aunque aún no se habían encontrado restos allí.

—Helen Blunt. —Swift suspiró largamente. Kim sabía que la mujer había logrado más de lo que esperaba cuando aceptó representarlo.

—Fue aquella bofetada de su madre. Todavía puedo verla: se resistía a llorar, muy valiente, mientras la madre se alejaba después de haberla golpeado. La niña estaba perdida, sola, despreciada, abandonada a su suerte. Esa madre no la merecía. —Kim pasó por alto esa justificación. A veces, parecía que ese hombre era la víctima—. Pero no la encontrará donde usted cree.

—¿En la zona de la antigua cafetería?, ¿donde Butler estaba cavando antes de que echaran de allí a su empresa? —quiso saber Kim.

Él negó con la cabeza.

—A unos veinte metros al este de ese lugar, a lo largo de la línea de árboles, había otro agujero. Un agujero de basura.

—¿Un qué? —preguntó ella, que sintió cómo se le revolvían las entrañas —. ¿Un maldito agujero de basura? —Estaba haciendo un gran esfuerzo por reprimir la cólera, pero esas imágenes golpeaban de pleno la forzada calma que necesitaba para dirigir el interrogatorio.

—Un agujero para la basura. A veces, en algunas zonas, es difícil instalar

un contenedor, así que algunos constructores cavan un agujero para la basura que se extrae de la excavación principal, ya sean piedras o raíces de árboles. La tierra siempre es más fácil de remover.

—¿Usted la puso allí?

Él asintió y tuvo la delicadeza de parecer avergonzado.

Kim esperó.

Harte movió la cabeza de lado a lado.

—Helen fue la última.

—¿Y Melody Jones?

—¿La han encontrado? —preguntó lleno de esperanza.

—Todavía no.

—En ese caso, no tengo nada que decir.

Ella dejó el bolígrafo, segura de que su gente había oído la confesión sobre las colinas de Clent y de que la información se estaría transmitiendo al equipo de búsqueda y excavación.

—Parece que se encariñó con todas las niñas que ha nombrado. —Estaba desesperada por preguntarle por Grace, pero Alison la había aconsejado que lo mantuviera en el pasado hasta tener toda la información. Ahora necesitaba saber cómo habían muerto las niñas—. Entonces, ¿por qué las mató? —Harte se movió incómodo—. ¿Qué pasó con Lexi?

Él respiró hondo.

—Me vio. Una noche, mientras le dejaba la comida, se despertó. Me estuvo observando un rato. Yo sabía que sería capaz de identificarme y me di cuenta de que nunca podría dejarla marchar.

—¿Tuvo que matarla? —preguntó Kim.

—Por supuesto. Ella ya sabía cómo era yo.

—¿Cómo la mató?

—La estrangulé. No fue difícil, y ella no sufrió.

Por supuesto que no había sido difícil. Él era un hombre adulto y ella, una

niña de seis años. Kim discrepó sobre el sufrimiento. Que el cuerpo ansiara respirar no habría sido una experiencia agradable.

—¿Y cómo se deshizo del cuerpo?

—Yo ya participaba desde hacía tiempo en el proyecto del parque Hawne. Había donado una pequeña cantidad. Llamé a Butler porque sabía que no le importaría que me presentara a última hora para inspeccionar sus trabajos. Cuando sus hombres se marcharon, puse su cuerpo en el agujero y lo tapé.

—¿Y cómo se sintió, señor Harte?

—Terriblemente mal, inspectora, pero no me quedaba otra, ¿verdad?

Cada fibra de su ser quería gritarle algo sobre el libre albedrío. Claro que había tenido elección. En primer lugar, podría haber elegido no robar niñas a sus familias. Podría haber elegido soltar a Lexi y arriesgarse. Podría haber elegido confesar y admitir lo que había hecho, de manera que ninguna otra niña saliera herida. Podría haber elegido buscar ayuda para su compulsión y haber salvado la vida de Lexi y del resto de las niñas. No era él quien no había tenido elección.

—¿Y qué pasó con Paula Stiles? —preguntó ella con calma.

—Lo mismo. Me vio y tuve que deshacerme de ella.

—¿Y la mató de la misma manera?

—Sí, la estrangulé y la enterré bajo la fuente.

Kim observó que cada vez obtenía menos detalles. Supuso que él no disfrutaba reviviendo esos recuerdos. Qué pena. Estaba bastante segura de que las niñas tampoco habían disfrutado de la experiencia.

—¿Le gustaría dar más detalles, señor Harte?

—¿Qué más necesita, inspectora? Le estoy diciendo quiénes eran y estoy admitiendo haberlas asesinado. La Fiscalía no necesitará más información para presentar nuevos cargos contra mí. Me niego a revivir cada detalle.

—¿Y Helen Blunt?

—Consiguió huir. La encontré, la llevé de vuelta y luego tuve que dejarla marchar.

—¿Y después de eso?

Harte movió la cabeza de lado a lado.

—No ha habido más.

Kim esperó.

—Lo juro. Helen fue la última. No podía enfrentarme a la idea de que más niñas salieran heridas por mi culpa. Lo único que quería era mirarlas, disfrutar de su belleza. No podía volver a hacerlo.

Kim tenía lo suficiente para acusarlo del asesinato de tres niñas. Lo había atrapado. Él había confesado y pasaría el resto de su vida en prisión.

Kim tenía lo que necesitaba para encerrarlo y, sin embargo, de algún modo, había esperado más.

Capítulo 78

—¡Lo tengo, joder! —gritó Penn.

Hizo señas a Stacey para que se acercara. Los detalles de las fechas y las horas que habían recibido de Claire Lennard le habían permitido solicitar fragmentos concretos de los vídeos de seguridad tanto del mariposario como del jardín botánico. Dado que el mariposario solo tenía dos cámaras, sus vídeos habían llegado primero.

Stacey cogió su silla, recorrió el pasillo entre los cuatro escritorios y aterrizó junto a su compañero.

—Voy a dejar correr la sección y tú me avisas cuando lo veas —le dijo él.

Retrasó la grabación a las 11:27, una semana antes, exactamente.

La vista de la cámara era una toma abierta del vestíbulo de entrada y la tienda de regalos de la Granja de Mariposas de Stratford. Las terceras en la cola eran Claire y Grace Lennard, que esperaban para pagar las entradas.

Grace señaló un cartel en la pared.

—Madre mía, está justo ahí —exclamó Stacey.

—Sí —dijo Penn. Steven Harte estaba a la izquierda del plano, hablando con una de las empleadas sobre algo que había en una de las vitrinas.

—Ha sido el movimiento que la niña acaba de hacer —dijo Stacey asombrada.

Penn asintió.

—Lo que llamó su atención fue el brazo izquierdo de Grace cuando la niña señaló ese cartel. Mira.

Penn no dijo nada mientras Stacey se quedaba con la boca abierta. La mirada de Harte se posó en el brazo de Grace y no se movió de ahí, aunque la empleada seguía diciéndole algo. Penn siguió observando a Claire y Grace dirigirse al mostrador, pagar y entrar en la granja de mariposas a través de las pesadas persianas de plástico.

—Ahora mira esto —dijo él, e hizo clic en la siguiente secuencia.

Era la cámara de la salida, una hora más tarde. Claire y Grace atravesaban otro juego de cintas de plástico. Steven Harte salía diez segundos más tarde. Penn ya lo había cronometrado.

—Maldita sea, Penn —dijo Stacey, y se acomodó en su silla—. Acabamos de ver su proceso de selección.

Penn asintió mientras la pantalla se quedaba en blanco.

—Seguro que después las siguió a casa para averiguar su dirección.

Stacey, de camino a su escritorio, seguía negando con la cabeza.

Echó un vistazo al teléfono y sintió que el corazón le daba un vuelco. En una de las pantallas acababa de ver a la niña, inocente, feliz y emocionada por visitar a las mariposas; en la otra, acurrucada en una cama de una habitación extraña.

—¿Crees que iba a dejarla morir sin más? —dijo a nadie en particular.

Alison echó un vistazo.

—Hay un bocadillo, una manzana, unas tiras de queso y dos botellas de agua en el escritorio. Eso se va a acabar pronto, así que ¿cómo pensaba renovar el suministro? Sabía que iba a venir a la comisaría. Sabía que podría no volver con ella. Así que, ¿por qué dejarle comida? —preguntó.

—Acabas de oírlo admitir ante la jefa cómo estranguló con crueldad a tres niñas, así que ¿de verdad crees que le preocupaba que otra muriera de hambre? Con Grace ni siquiera ha tenido que interactuar.

Penn no estaba convencido. Desde su llegada, Steven Harte había estado dando pistas; a veces, muy consciente; a veces, sin notarlo.

¿Había revelado algo sin darse cuenta?

En su ordenador, Penn entró a la emisión en directo y rebobinó hasta el principio.

Ya sabían que Harte, para calmarse, trazaba círculos por el borde de su taza de té. Hoy no se lo habían permitido. Entonces, ¿qué había estado haciendo con las manos? ¿Cómo se consolaba ahora?

Muy atento, Penn observó a la jefa interrogarlo acerca de Lexi Walters. La mano derecha del hombre empezó a hacer círculos sobre la mesa.

Estaba tan concentrado, que parecía no darse cuenta en absoluto de lo que estaba haciendo.

El sargento siguió observando.

Cuando habló de Paula, los círculos comenzaron de nuevo.

La jefa pasó a hablar de Helen. Más círculos sobre la mesa.

Penn observó de nuevo y notó algo. Los círculos estaban en distintos lugares de la mesa. Sintió que la emoción le revolvía el estómago. «Es probable que no signifique nada», pensó mientras cogía una hoja de papel.

Dibujó una circunferencia en la página y la imaginó delante de Harte, en el escritorio.

Lexi Walters. Los círculos eran a las diez.

Helen Blunt. Los círculos se movieron a las seis en punto.

—Stace, busca un mapa y traza los lugares donde están enterradas las víctimas —dijo. Volvió a comprobar los movimientos; y, luego, una tercera vez.

—Hecho —dijo ella.

—¿Tienes los tres lugares en la pantalla?

—Sí.

—Pon un reloj imaginario alrededor y coloca a Lexi Walters a las diez en punto.

—Eeeeh..., vale.

—¿Dónde pondrías a Paula en relación con Lexi?

—Yo iría al noreste.

—Dame un número.

—Hacia las doce.

—¿Y dónde situarías a Helen en relación con Paula?

—Al sur. Perdona, a las seis.

—Madre mía, creo que la mesa es un mapa imaginario.

Alison rodó hacia él.

Penn puso la grabación y le enseñó el dibujo.

Ella echó otro vistazo y empezó a asentir.

—Penn, creo que podrías tener algo aquí. Está pensando en el último lugar donde las encerró. Necesita que le pregunten por Grace.

—Alguien tiene que decírselo a la jefa.

Capítulo 79

Kim volvió a sentarse a la mesa y reanudó la entrevista. Tanto Harte como su abogada la miraron con gestos de interrogación. ¿Qué podría haber sido tan urgente como para sacarla de la sala de interrogatorios mientras un sospechoso estaba confesando haber secuestrado y asesinado a tres niñas?, se había preguntado Kim hasta que escuchó lo que Penn tenía que decirle.

—Mis disculpas por esta interrupción, señor Harte, pero era importante. Hemos conseguido meternos en su teléfono. —Hizo una pausa—. Tenemos entendido que le gusta el té con azúcar —dijo, para que él supiera que no iba de farol.

Kate Swift frunció el ceño. Parecía irritada por no haber entendido la chanza.

Harte intentó disfrazar su asombro moviendo la cabeza en un gesto de resignación.

—Podemos verla. Está bien y a salvo, tal como usted quería. —Swift miraba de Kim a Harte. Esperaba que alguien le dijera lo que estaba pasando —. Terminemos con esto, señor Harte. ¿Por qué no nos dice dónde está

Grace Lennard?

La abogada parecía estupefacta. Harte puso una mano encima de la mesa.

—¿Quién demonios es Grace Lennard? —preguntó Swift.

Kim se encontró con la intensa mirada del acusado y esperó.

Ante los ojos de Swift, detective y acusado tuvieron un silencioso intercambio durante un minuto entero.

—Inspectora, me gustaría hacer una pausa en este interrogatorio. Necesito hablar con mi cliente.

Kim sostuvo la mirada unos segundos más antes de interrumpir la sesión.

Swift les había cortado el paso demasiado rápido. Kim solo esperaba que su equipo hubiera conseguido lo que estaba buscando.

Salió. Bryant salió detrás y cerró la puerta.

—¿Qué diablos ha sido esto?

Él no sabía por qué habían llamado a su jefa a medio interrogatorio.

—Algo relacionado con los círculos que hace en la mesa. Los chicos creen que está delatando la ubicación de las niñas sin darse cuenta.

Bryant pareció dudarlo.

—¿Hemos interrumpido el interrogatorio porque...?

Dejó de hablar cuando se abrió la puerta.

Kate Swift salió y cerró la sala.

—Lo siento, inspectora, pero ya no puedo representar al señor Harte. Se niega a decirme la verdad y a escuchar mis consejos; por lo tanto, mi presencia aquí es inútil. Le he recomendado otro abogado, pero, por lo que a mí, respecta, el señor Harte está ahora por su cuenta.

Sin darles ninguna oportunidad de responder, caminó hacia el vestíbulo.

La expresión estupefacta de Bryant coincidía con los sentimientos de la propia Kim, que enseguida se convirtieron en enfado. Sin un asesor jurídico, no podrían hablar con Steven Harte. Aunque le asignaran a un abogado,

estaría fuera de su alcance durante horas.

Capítulo 80

Eran las 14:03 cuando Alex, sentada en su cama, oyó la alarma a lo lejos. Era el momento justo. El sonido procedía de la sirena situada fuera de la biblioteca. Todos sabían lo que eso significaba. «Vuelve a tu celda y espera a que se cierren las puertas». Algunas lo harían de inmediato; otras intentarían remolonear hasta enterarse de qué iba la cosa.

—¿Qué pasa? —fue la cándida pregunta que hizo a Emma en cuanto entró en la celda.

Emma se echó en la cama y cogió su libro.

—No lo sé —dijo.

Vaya. Por lo visto, la mujer seguía espinada desde la charla anterior. ¿Y qué? De todos modos, Alex disfrutaría de la paz.

Y ella sí sabía lo que estaba sucediendo. Noelle había llegado a la biblioteca en el instante mismo en que Stella sacaba el teléfono de donde Alex lo había escondido. Sin Titch cerca, estaba segura de que Noelle le estaba dando la paliza que se merecía. Los guardias registrarían a Stella y encontrarían el teléfono; pero, como Alex lo había restaurado a los valores de fábrica, nunca darían con su rastro. Solo había un pequeño extra.

Podía oír el sonido de las suelas de goma dirigiéndose hacia ella a toda velocidad. En cualquier momento aparecería un guardia para encerrarlas. Era la práctica habitual durante un incidente.

Si el plan había funcionado como Alex quería, los esperaba una sorpresa a tres celdas de la suya.

Oyó diálogos en voz alta y autoritaria al final del pasillo cuando un par de prisioneras se negaron a hacer lo que les estaban ordenando. Otras reclusas se gritaban unas a otras en un intento por averiguar qué sucedía.

Luego sonó la segunda sirena, mucho más cerca, y para Alex fue como una sinfonía.

Asomó la cabeza por la puerta. En efecto, los guardias estaban entrando a todo correr en la celda de Lisa.

Hubo gritos frenéticos entre ellos, movimientos, pánico, urgencia y, luego, silencio.

«Dios mío, ¿qué habrá pasado?», se preguntó.

Una guardia apareció en el pasillo. Había manchas de sangre en su camisa blanca.

—Vuelve adentro, Thorne —ordenó.

—Por supuesto, oficial —dijo ella, y volvió a su cama.

Pronto recibiría noticias. Pero, por lo visto, su plan había funcionado.

Dos incidentes importantes en un día. ¿Y dónde estaba la alcaide durante ese caos?

En el mismo sitio al que siempre iba los jueves a las dos de la tarde.

Capítulo 81

Kim volvió a entrar de prisa en la sala del escuadrón.

—Vale, chicos, ¿os ha dado lo que queríais? —preguntó.

—A las tres —dijo Penn.

—¿Qué...?

—En relación con Paula, Grace está al noreste, y ella, al sureste de Helen. Así que lo hemos reducido a esta área de trece kilómetros cuadrados: de Belbroughton hacia abajo, a Bromsgrove, de ahí a Alvechurch y de vuelta a Rednal.

Eso era todavía un buen pedazo de terreno.

Kim miró a Stacey, que parecía estar al teléfono con Sophie, del Registro de la Propiedad.

La ayudante de detective tapó el auricular.

—Estamos haciendo una búsqueda inversa.

Dentro del cuadrado que Penn había trazado en el mapa, había alrededor de un veinte por ciento de zonas residenciales. El resto era rural. El espacio comprendía más de cien zonas boscosas. Cualquiera podría tener construcciones ocultas.

Kim se dirigió a Penn:

—Llama al botánico forense.

Él marcó el número de Ridgepoint. Mientras tanto, Stacey seguía al teléfono y Alison observaba algo en la reproducción del vídeo.

Del teléfono en altavoz surgió un grato sonido:

—Sharon Bairden, ¿en qué puedo ayudarte?

Penn le expuso los antecedentes del caso.

—No he tenido ocasión de realizar un análisis completo de las muestras, pero hay lo que cabría esperar: polvo de la carretera, tierra, depósitos de aceite, gasolina, colillas, gravilla.

—¿Hay algo que puedas decirnos acerca de la tierra? ¿Algo que nos ayude a localizarlo?

—Bueno, hay una cosa. He encontrado una semilla de árbol, y puede que haya más. Se distingue porque vive en un amento que parece una oruga. Esta semilla en particular proviene de un árbol, el Betula pendula, que...

—¿El nombre común, Sharon? —preguntó Kim.

—Perdona. Para vosotros es el abedul plateado.

Penn ya estaba escaneando la vista aérea de la zona.

—¿Qué estoy buscando?

—El abedul plateado crece entre quince y veinticinco metros. Su tronco es delgado. Tiene una copa abierta que deja pasar la luz, bajo la cual crecen musgos, hierbas y plantas con flores. Necesita mucho sol y se da mejor en suelos ácidos y secos.

—Sharon, cualquier cosa que pudieras...

—Busca troncos blancos. Son fácilmente visibles entre los follajes dispersos.

Penn se acercó a algo que parecía prometedor, pero no había ninguna edificación cerca.

—Nos está costando trabajo, Sharon, ¿hay algo más?

—Hasta ahora, solo he encontrado una semilla. Si no encuentro muchas más, no son los árboles que de verdad estás buscando.

—Explícate —dijo Kim.

—Si los neumáticos hubieran estado entre los propios árboles, yo esperaría encontrar, al menos otra docena. Si no, estamos ante un depósito.

—¿De qué?

—No de qué, sino de quién: aves.

Kim y Penn intercambiaron miradas.

—Los pájaros utilizan casi cualquier cosa para hacer nidos. Hay muchas posibilidades de que una semilla se hubiera pegado a una buena ramita.

—Pero ¿de qué podría servirnos eso? —preguntó Kim.

—Las aves viajan hasta un kilómetro y medio con cosas para sus nidos.

—Así que, por lo que dices, si encontráramos unos buenos abedules plateados, nuestra ubicación no estaría a más de un kilómetro y medio de donde el neumático recogió la semilla.

—Eso parece muy probable, inspectora.

—Gracias, Sharon —dijo Kim, y colgó.

—Tres áreas específicas, jefa —dijo Penn—. Dos están bastante cerca de Alvechurch. La otra está alrededor de Belbroughton.

—Stace, ¿qué tenemos por Alvechurch?

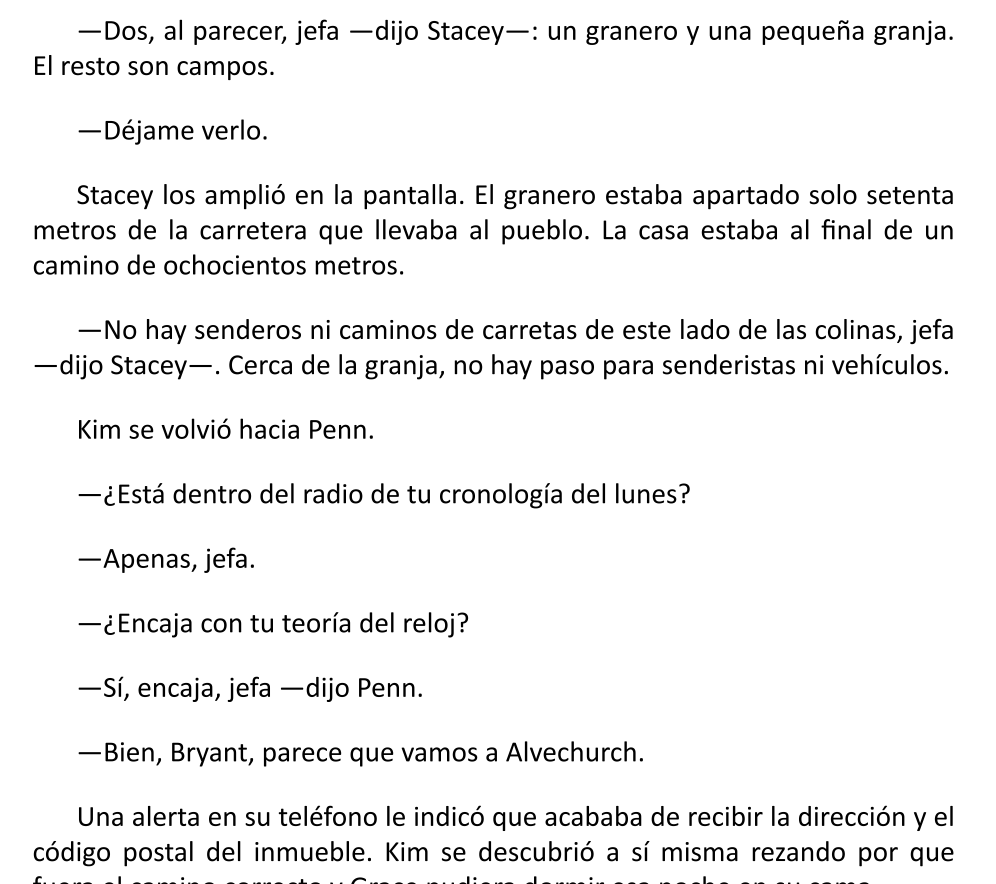
Alvechurch, en el valle del río Arrow, era una aldea del distrito de Bromsgrove, en Worcestershire. Su población pasaba apenas de los cinco mil habitantes. Era un pueblo cargado de historia y tenía mucho de lo que enorgullecerse, pero era más conocido por ser el hogar de Tracie Andrews. En 1996, esta mujer, en un acto infame, mató a su novio, Lee Harvey, y luego trató de atribuirlo todo a una pelea de carretera.

—Dame un segundo. Solo un minuto más. El informe de Sophie está llegando en este momento.

—¿Stace?

—Lo tengo. Harte es dueño de quince hectáreas del valle entre el pueblo y las colinas Lickey.

—¿Edificaciones?



—Dos, al parecer, jefa —dijo Stacey—: un granero y una pequeña granja. El resto son campos.

—Déjame verlo.

Stacey los amplió en la pantalla. El granero estaba apartado solo setenta metros de la carretera que llevaba al pueblo. La casa estaba al final de un camino de ochocientos metros.

—No hay senderos ni caminos de carretas de este lado de las colinas, jefa —dijo Stacey—. Cerca de la granja, no hay paso para senderistas ni vehículos.

Kim se volvió hacia Penn.

—¿Está dentro del radio de tu cronología del lunes?

—Apenas, jefa.

—¿Encaja con tu teoría del reloj?

—Sí, encaja, jefa —dijo Penn.

—Bien, Bryant, parece que vamos a Alvechurch.

Una alerta en su teléfono le indicó que acababa de recibir la dirección y el código postal del inmueble. Kim se descubrió a sí misma rezando por que fuera el camino correcto y Grace pudiera dormir esa noche en su cama.

Fue a por su abrigo.

—Gran trabajo, chicos, y...

—Está mintiendo —dijo Alison a la pantalla de su ordenador.

Kim giró la cabeza.

—¿Sobre qué?

—Los homicidios.

—Continúa —dijo Kim, aunque no era algo que quisiera oír.

—Hay algo que no está bien. Está encantado de darte todos los detalles que quieras oír sobre el secuestro. Lo creas o no, muestra microexpresiones de arrepentimiento, pero ningún pormenor ni emoción cuando se trata del asesinato de ninguna de las niñas.

—Tal vez no está dispuesto a revivirlos con el mismo detalle. Una cosa es tomar prestada una vida y otra extinguirla por completo —comentó Kim.

—Pero esto no se ajusta. Al hablar de los asesinatos, su actitud es mucho más tensa. Hay dureza en su mandíbula. Su puño izquierdo se ha cerrado dos veces. Se ha frotado la nariz más que ninguna otra vez.

—¿Tratas de decirnos que él no las mató? —preguntó Kim.

—No puedo asegurarlo. Lo que digo es que los homicidios no ocurrieron como él los ha descrito.

Kim sentía que el pavor tomaba forma en la boca de su estómago.

—¿Y las agresiones sexuales?

—Harte no hizo nada de eso.

—Pero ¿alguien más podría haberlo hecho?

Alison se encogió de hombros.

—Es posible.

—Jefa —dijo Penn—. ¿y si de verdad Harte y Butler estaban juntos en esto de verdad? Tal vez Harte las secuestró y, una vez que se hartó de mirarlas, permitió que Butler abusara de ellas y luego las matara.

—Si partimos de las razones de Harte para llevarse a las niñas, eso no cuadra. Sé que acaba de admitir haberlas matado, pero de una forma muy rápida y limpia. No creo que él hubiera permitido que alguien profanara su belleza.

—Pero explicaría por qué no nos ha dado un relato convincente de los asesinatos —argumentó Alison.

La sensación que Kim tenía de los pliegues en la integridad de ese hombre no concordaba con las pruebas. No le estaba gustando a dónde conducían sus pensamientos.

Agarró su chaqueta.

—Mierda. Sabéis lo que esto significa, ¿verdad, chicos? —preguntó.

—¿El qué? —dijo Stacey,

—Eso significa que Grace Lennard no está tan segura como pensábamos.

Capítulo 82

—¿La niña está bien? —preguntó Penn. Acababa de adelantar un autobús que se había detenido a recoger pasajeros.

La jefa le había pedido que mantuviera a Grace en la pantalla mientras él y Stacey se dirigían a la constructora de Butler. Por su parte, Kim y Bryant irían directamente a la granja.

—Ahora mismo está deambulando —dijo Stacey—. Ojalá pudiera acercarme y tranquilizarla y decirle que todo va a ir bien, que ahora la están cuidando los buenos. —Él dijo que sí moviendo la cabeza. Sentía lo mismo—. Tengo la terrible sensación de que lo hemos perdido, de que está de camino y...

—Stace, basta. Concéntrate en el hecho de que ahora podemos verla y está a salvo.

Penn tenía la misma sensación y, aunque se repetía a sí mismo que Alvechurch solo estaba a unos veinticinco minutos por la M5 y la M42, el camino que la jefa recorría en esos momentos le parecía muy largo.

—¿Qué ha pasado cuando lo has llamado por teléfono? —preguntó Penn.

Antes de salir, Stacey había intentado llamar a Butler para hacerle otro par de preguntas, así como para saber si estaba en el coche o en otro lugar que no fuera su oficina.

—La primera vez ha sonado y sonado hasta que se ha cortado. La segunda ha saltado el buzón de voz.

En realidad, no quería hablar con ellos.

—¿Y el teléfono fijo del negocio?

—Contestador automático.

—Maldita sea —dijo Penn. Deseaba que su coche se comiera los kilómetros hasta Quinton un poco más rápido.

Stacey puso a Grace en su regazo mientras cogía su propio teléfono. Activó el altavoz.

—Adelante, jefa —dijo.

—¿Ya estás con él?

—No, estamos a dos kilómetros. Quizás menos.

—¿Grace está bien?

—Bien de momento. ¿A qué distancia estás tú?

—Unos diez minutos; menos, si Bryant...

—Espera, jefa —dijo Stacey con urgencia.

—¿Qué?

—Déjame actualizar el enlace con Grace.

Penn miró a su izquierda.

—¿Qué? —preguntó.

—Stace, ¿qué pasa? —preguntó la jefa.

—La cámara. El enlace con Grace. Se ha ido. He vuelto a cargarlo, pero ya no está. La cobertura de red está bien. Es como...

—¿Cómo qué, Stace?

—Como si alguien hubiera cortado la luz.

—Mierda. Vale, localizad a Butler de inmediato.

—Ya estamos llegando, jefa —dijo Penn.

—Llamadme lo antes posible —les pidió Kim antes de colgar.

—Joder, se ha ido del todo —dijo Stacey, que seguía haciendo intentos por recuperar el enlace con la cámara.

—Stace, no hay nada que podamos hacer ahora —dijo Penn, y se bajó del coche—. Venga, vamos a averiguar dónde está.

Abrió la puerta de la recepción.

Tanto él como Stacey mostraron su placa.

—Tenemos que hablar con el señor Butler. Ahora mismo.

La mujer pareció aturdida por la urgencia, pero se recuperó enseguida.

—Lo siento, pero el señor Butler no está disponible para...

—De acuerdo —dijo Penn, y pasó a un lado del escritorio de la recepcionista para entrar por el arco que había detrás—. Gracias, pero es urgente que hablemos con él.

Stacey, que había entrado detrás, ahora estaba entre los dos.

—No puede meterse así...

—Lo que no puedo hacer es quedarme aquí discutiendo —dijo él. Dejó atrás la recepción para adentrarse en el inmueble.

Avanzó un poco y pasó delante de un espacio acristalado que parecía hacer las veces de sala de reuniones. Estaba vacío.

Avanzó hacia una zona general de oficinas. Siete u ocho pares de ojos saltaron sobre él.

—¡¿El despacho del señor Butler, por favor?! —gritó.

Tres manos señalaron una esquina.

Penn inhaló y entró. No estaba preparado para lo que estaba a punto de descubrir.

Capítulo 83

Kim dio un golpecito a su teléfono. Estaban girando hacia el carril en cuyo fondo estaba la granja.

—Límite de velocidad nacional, Bryant. Pisa a fondo —dijo.

Él respondió con un gruñido y alineó los neumáticos a uno y otro lado de la línea de hierba que había crecido en medio de la carretera. Con el aumento de la velocidad, cayeron cada bache de la cinta de asfalto en mal estado, que era, más bien, un camino de tierra. A Kim no le importó rebotar de un lado a otro. Cada segundo contaba.

Desde que habían perdido el contacto visual con Grace, su ritmo cardíaco no había dejado de aumentar.

Rezaba desesperada por que sus colegas tuvieran a Butler y por que en ese rincón del bosque hubiera habido algún tipo de apagón.

—Bryant, te juro que si no...

—Hay curvas, jefa —argumentó él—. Créeme: yo, más que nadie, quiero llevar a esa niña a casa, sana y salva; pero, si algo viniera en sentido contrario y chocáramos, ¿quién la salvaría?

—Cualquiera que nos encontremos vendrá de la granja, así que tómate la libertad de acelerar un poco.

Él hizo lo que ella le pedía.

—Venga, Penn. Venga.

Cuando estaban cerca de la granja, sonó el teléfono.

Vieron un Jaguar XF azul aparcado.

—Ay, mierda, ya está aquí —le dijo a Penn a modo de saludo, y salió del coche.

—En realidad, no ha sido él —contestó Penn—. Está aquí, en su despacho, lo estoy viendo.

—¿Qué coño...?

Kim dejó de hablar cuando toda la información recopilada a lo largo de la semana se ensambló en su cabeza. Eliminar a Butler de la ecuación acababa de despejar su mente, como si una puerta corredera se hubiera deslizado para revelar la verdad que había detrás. Todo encajaba. Por fin comprendía a quién y a qué se enfrentaban.

¿Cómo demonios se le había escapado, si los había estado mirando a la cara toda la semana?

—Ay, mierda —dijo otra vez, y corrió hacia la entrada.

Capítulo 84

La puerta se abrió de golpe. Por un segundo, Kim se sintió desorientada. Se encontraba en el espacio que había observado virtualmente.

Examinó la escena. No había tiempo que perder. Unas manos adultas rodeaban la garganta de la niña.

Se lanzó hacia delante y agarró a la mujer por el pelo.

—¡Suéltala, Kate! —gritó. Las manos de la abogada soltaron el cuello de Grace. Entrelazadas, las dos mujeres cayeron al suelo. Kim consiguió inmovilizar a Kate con las piernas—. ¿O debería llamarte Melody?

—¡Suéltame! —gritó Swift, pero Kim no pensaba hacerlo.

Se volvió para ver a Bryant, que consolaba a Grace. La niña tosía y balbuceaba. Parecía aterrorizada, pero estaba viva.

—Está bien, Grace, ya te tenemos —dijo él con dulzura.

Un par de minutos más y habría sido demasiado tarde.

Swift se retorció, pero Kim tensó los músculos de los muslos para inmovilizarla.

—Bryant, saca a Grace de aquí y atranca la puerta —ordenó.

—Jefa...

—Hazlo.

Grace lloraba desesperada. Las lágrimas bañaban sus mejillas. No necesitaba ver más.

—Está bien, Grace. Somos la policía —oyó decir a Bryant—. No dejaremos que nadie te haga daño.

La niña lloraba a gritos.

—Pon a Claire al teléfono. Haz que Grace hable con su madre —dijo por encima del hombro poco antes de que la puerta se cerrara con llave.

Kim desplazó su peso y Swift aprovechó la oportunidad para girar y soltar los muslos. Un empujón hacia arriba fue suficiente para derribarla.

Apenas había pasado otro segundo y ya se había montado sobre la detective. El primero de sus golpes le dio a Kim en un costado de la cara. Luego vino un segundo, pero consiguió apartar la cabeza. El puño de Swift dio con el suelo.

—Puta de mierda, ¿cómo te atreves a detenerme?

Kim siguió esquivando los golpes, pero la mujer era más fuerte de lo que parecía. Los corcovos no la hacían retroceder. Ahora, Swift la tenía tal como ella la había tenido. Lo único que podía hacer era levantar los brazos para defenderse.

—¡Suéltame, joder! —gritó. En ese momento, un gancho de izquierda la alcanzó en el pómulo. Luego entró un nuevo golpe.

—No merecía vivir —espetó Swift. Los nudillos de la abogada aterrizaron en la nariz de Kim, de lado. Cuando el dolor estalló en la cabeza de la detective, su visión se nubló.

Ya no podía usar los brazos para detener los golpes de esta mujer de ojos vidriosos a quien se le había soltado el pelo de la coleta. De su boca salían escupitajos.

No se parecía en nada a la controlada y profesional abogada que había tenido delante los dos últimos días. Y Kim creía saber muy bien por qué. Esa ya no era Kate Swift. Era Melody, la niña dispuesta a matar para conseguir lo que quería.

Kim tenía que encontrar una manera de liberarse. La cólera alimentaba la energía de su adversaria. Uno solo de estos golpes podría dejarla inconsciente.

La cogió por una de las muñecas, pero la abogada se soltó con facilidad. Estando arriba, su centro de gravedad le daba ventaja.

Otro puñetazo en la cabeza y Kim sintió náuseas.

Seguía cubriéndose con las manos mientras contaba. Había un patrón en los golpes. Derecha, derecha, izquierda. Derecha, derecha, izquierda. Derecha, derecha, izquierda. Derecha, derecha y Kim le agarró la muñeca izquierda con ambas manos. Se la retorció hasta que Swift soltó un aullido. Luego se sacudió con todas las fuerzas que le quedaban y la derribó. Swift rodó una vez. Luego saltó y fue a golpear la puerta.

—Devuélveme a esa pequeña perra.

—Se acabó, Kate. Ya no le vas a hacer daño a nadie más —dijo Kim, y se limpió sangre de la nariz.

—Tiene que morir. Yo soy la especial, no ella.

Los ojos de la mujer destellaban.

—Ella es especial, y las demás también lo eran: Lexi, Paula y Helen.

Cada nombre era como una bala que se le clavaba en su cuerpo, pero no porque lamentara lo que había hecho, sino porque Harte también había amado a esas niñas.

Swift siguió aporreando la puerta.

—¡Déjame salir! —gritó.

¿Qué había hecho Steven Harte para deformarla hasta ese punto?

—Eso no va a ocurrir. No te le vas a acercar —dijo Kim. Su respiración estaba volviendo a la normalidad. El peligro había pasado. Dejó de poner atención en el martilleo que sentía en la cabeza y en la cara, necesitaba respuestas.

Todo le había llegado de fuera: las observaciones de Alison de que Harte mentía sobre los asesinatos; las crípticas pistas de que los llevaría a Melody, pero ni una sola afirmación de que estuviera muerta. Lo habían asumido desde el principio. También la litera, en lugar de la cama más grande que Suzie y Libby habían descrito, había revelado que, en ocasiones, había habido

más de una niña en esa habitación; la reacción de Swift cuando Harte hablaba de las otras niñas.

No parecía molesta por que él actuara en contra de sus consejos legales. Se enfadaba en cuanto oía los nombres. Se horrorizó cuando Kim mostró la vieja foto de Lexi, pero no por lo que había sufrido la niña, sino por el recuerdo del tiempo en que había tenido que compartir a Harte. Y cuando él declaró que había amado a Lexi, la rabia de esa mujer no había provenido de que él hubiera desobedecido sus instrucciones, sino de que estaba celosa de los sentimientos de Harte por su primera víctima. Y, finalmente, esa brusca salida de la comisaría al escuchar el nombre de Grace. Ahí se enteró de que había otra, y supo adónde ir.

—¿Qué había de diferente en ti, Kate? ¿Por qué Harte no te dejó ir como a las otras?

—Yo no quería irme —dijo, y se dio la vuelta.

—¿Qué?

—Ay, despierta, Stone. ¿Has conocido a mi familia?

—Claro, pero, aun así...

—Aun así ¿qué? —preguntó. Se deslizó por la puerta hasta aterrizar en el suelo—. Mira esto: mi propia habitación, televisión, baño propio, ropa nueva, juguetes de vez en cuando, juegos. Y ningún miedo. ¿Por qué querría irme?

Kim trataba de entender.

—¿No echabas de menos a nadie? —preguntó.

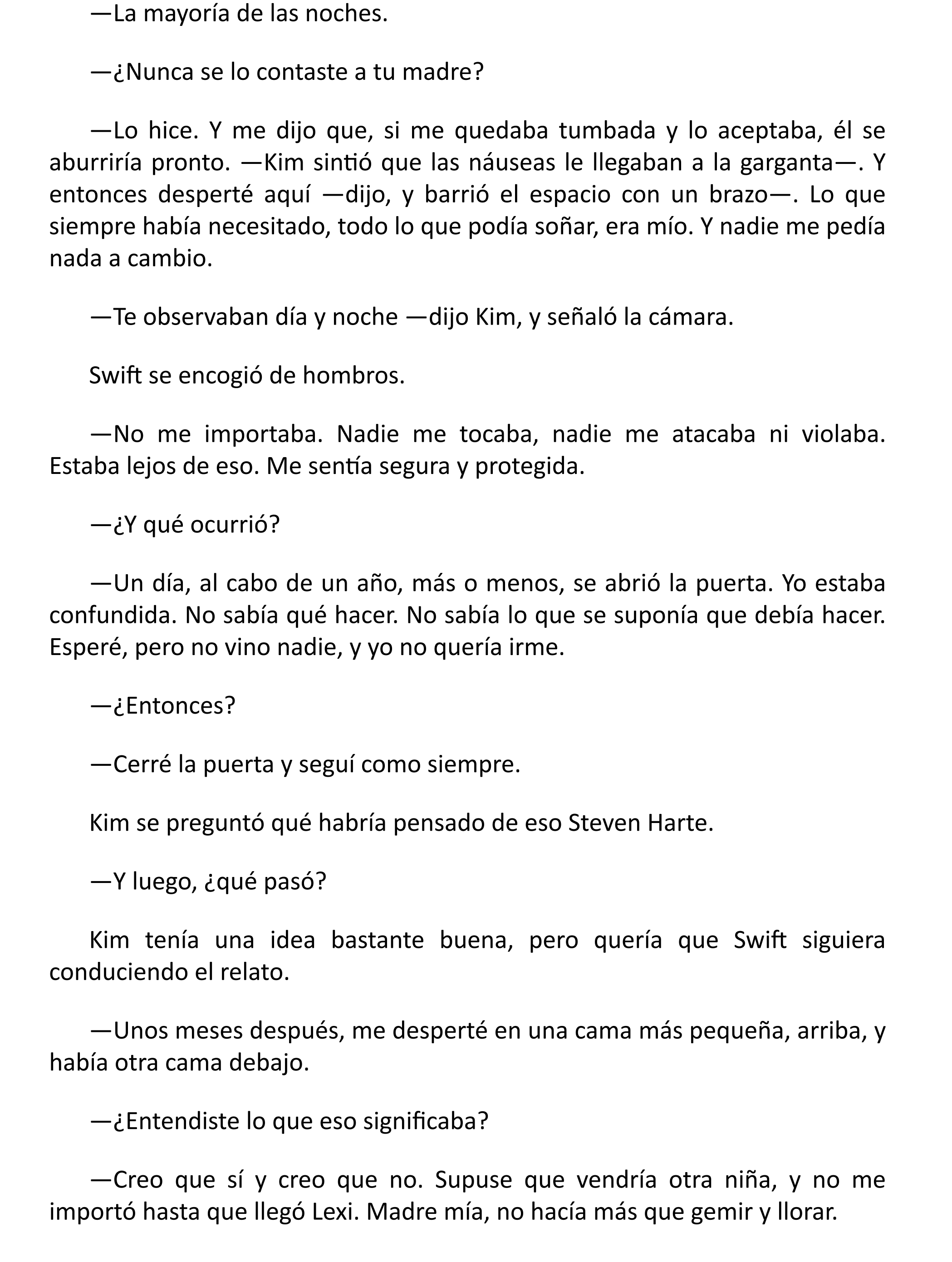
—Stone, no sé cómo habrá sido tu infancia. Tal vez tuviste unos padres cariñosos y bien adaptados que te priorizaron y te hicieron sentir amada, cuidada, atesorada.

—En realidad, no.

—Bueno, quizás entiendas, entonces, que no es fácil echar de menos a gente para la que no significabas nada. ¿Cómo echas de menos a quienes sientes como extraños? Yo era la menor, la enana, la invisible, la olvidada. Los detesto, y eso no me hace sentir mal. Han ganado suficiente dinero a lo largo de los años.

Kim sentía la amargura en su voz y comprendía sus motivos.

—Dijiste que habías escapado del miedo. ¿Del miedo a qué?



Swift inclinó la cabeza y enarcó una ceja.

—¿A tu hermano?

Ella asintió.

—La mayoría de las noches.

—¿Nunca se lo contaste a tu madre?

—Lo hice. Y me dijo que, si me quedaba tumbada y lo aceptaba, él se aburriría pronto. —Kim sintió que las náuseas le llegaban a la garganta—. Y entonces desperté aquí —dijo, y barrió el espacio con un brazo—. Lo que siempre había necesitado, todo lo que podía soñar, era mío. Y nadie me pedía nada a cambio.

—Te observaban día y noche —dijo Kim, y señaló la cámara.

Swift se encogió de hombros.

—No me importaba. Nadie me tocaba, nadie me atacaba ni violaba. Estaba lejos de eso. Me sentía segura y protegida.

—¿Y qué ocurrió?

—Un día, al cabo de un año, más o menos, se abrió la puerta. Yo estaba confundida. No sabía qué hacer. No sabía lo que se suponía que debía hacer. Esperé, pero no vino nadie, y yo no quería irme.

—¿Entonces?

—Cerré la puerta y seguí como siempre.

Kim se preguntó qué habría pensado de eso Steven Harte.

—Y luego, ¿qué pasó?

Kim tenía una idea bastante buena, pero quería que Swift siguiera conduciendo el relato.

—Unos meses después, me desperté en una cama más pequeña, arriba, y había otra cama debajo.

—¿Entendiste lo que eso significaba?

—Creo que sí y creo que no. Supuse que vendría otra niña, y no me importó hasta que llegó Lexi. Madre mía, no hacía más que gemir y llorar.

—¿Por eso la mataste?

Swift parecía estar a punto negarlo todo, pero, como abogada, debió entender que era inútil. Hacía unos minutos, tan solo, Kim la había sorprendido en esa habitación, con las manos alrededor de la garganta de una niña, haciendo exactamente aquello de lo que Steven Harte se había culpado a sí mismo.

—No, no era que estuviera enfadada. Cuando por fin dejó de llorar, fue dulce y agradable y...

—¿Estabas celosa?

—Lexi estaba ocupando mi lugar. Yo era la especial. Yo era a quien él cuidaba, y no quería compartirlo.

—¿La estrangulaste?

—Sí —dijo la mujer, sin un ápice de emoción—. Esperé a que se durmiera. Yo sabía qué hacer. Robbie me había hecho lo mismo cuando amenacé con contarle todo a mi profesor. Él me había puesto las manos en la garganta, había apretado. Sentí que iba a morir, así que hice lo mismo que él.

A pesar de la falta de emoción en la voz de Swift, la mente de Kim retrocedió y vio la escena. Una niña encima de otra niña, estrangulándola hasta arrancarle la vida.

—¿Y qué pasó después?

—Steven vino y se la llevó. No me dijo nada. Esa fue la primera vez que lo vi.

—¿Tan solo desapareció con el cuerpo?

Swift asintió.

—¿Y luego vino Paula?

—Sí. Ella no me gustó ni un segundo. Se subió a mi cama. Le dije que no me gustaba compartir. Dijo que esta era mejor que algunas de las casas de acogida en las que había estado. Me encargué de ella a los tres días.

No había remordimientos en su modo de hablar.

—Kate, eras una niña.

Ella se encogió de hombros.

—Yo quería que se fueran.

—¿Helen fue la última?

Swift asintió.

—Se defendió más. De hecho, sus dedos me hicieron un moratón en el brazo. Tuve que usar una almohada para matarla.

Esos relatos, tan carentes de emociones, helaban a Kim hasta los huesos. Lo que le habían inculcado a Swift a lo largo de los años no incluía la conciencia.

—Cuando Steven vino a buscarla, le dije que no iba a detenerme.

—¿Y qué pasó después?

—Un par de semanas más tarde, vino a buscarme y me llevó a casa.

—¿A tu casa? —preguntó Kim. Su casa había estado en la finca Hollytree.

—A mi nuevo hogar, a su casa. Y si yo pensaba que esto era el cielo, deberías haber visto mi nueva habitación. —Se le iluminaron los ojos—. Cama con dosel, todos los muebles a juego, televisión más grande, juegos y juguetes y libros.

Kim notaba que era casi como si los asesinatos no hubieran ocurrido.

—Ahí murió Melody y me convertí en Kate.

Kim se preguntaba si esta mujer se había desvinculado por completo de la asesina de tres niñas o si, de verdad, no se arrepentía de nada de lo que había hecho.

—Steven tramitó el cambio formal de mi nombre y me envió a un colegio privado como si fuera su sobrina huérfana.

Ahora Kim entendía por qué no le había quedado ni rastro del acento del Black Country.

—¿Y nadie sospechó nada?

—¿Por qué habrían sospechado algo? —preguntó Swift, perpleja, como si en realidad fuera la sobrina huérfana de Steven Harte.

—¿No había una sola parte de ti que quisiera volver a casa?, ¿que quisiera decir la verdad?

Swift la miró como si estuviera loca.

—¿Por qué demonios querría haber hecho eso?

—Para ser tú misma. Para recuperar tu identidad.

—La vida de Melody era una mierda. Era desgraciada, estaba asustada. Era una cobarde. No era nadie. Esa gente explotó la desaparición de Melody por cada centavo que pudo conseguir. ¿Cuánto crees que habrían intentado sacar de la reaparición de Melody después de todos estos años? —Una vez más, Kim notó que se refería a Melody casi como a una persona distinta.

«Y la verdad está sobrevalorada, de todos modos. Igual que esta conversación. Sí, lo que te he contado es cierto, pero lo he hecho en privado. Nadie más ha escuchado una palabra. —Como si se hubiera activado un interruptor, se levantó y se sacudió el polvo.

«No me han informado de mis derechos, no me han detenido y nunca repetiré lo que acabo de decir. Tu colega no ha visto nada. He venido a ayudar a Grace y te has hecho una idea equivocada. Steven nunca testificará en mi contra. Mi confesión no cuenta para nada. Ya tienes en la comisaría a alguien que ha confesado tres asesinatos. Todo está en vídeo. Sé lo que va a decidir la Fiscalía de la Corona.

Sonrió. Y fue una sonrisa amplia, abierta y sincera que no guardaba ningún remordimiento por las jóvenes vidas que había arrebatado.

De lo que había dicho, no había una sola palabra que no fuera verdad. Swift creía haber cometido crímenes perfectos y ahora estaba dispuesta a volver a su vida perfecta, como si nada hubiera pasado, mientras la condena la cumpliría el hombre a quien decía amar como a un padre.

—Así que, si quieres pedirle a tu colega que abra la puerta y me deje salir, estaré...

—Kate Swift, la detengo por los asesinatos de Lexi Walters, Paula Stiles y Helen Blunt. No está obligada a decir nada, pero, si al ser interrogada no menciona algo en lo que se basará más tarde ante el tribunal, su defensa podría resultar perjudicada. Todo lo que diga podrá ser utilizado como prueba. ¿Me ha entendido?

Swift se rio.

—Soy abogada, claro que he entendido. También sé que estaré libre en veinticuatro horas.

Kim sabía que no tenía pruebas para acusarla. Sabía que tenía que conseguirlas.

Y solo podían provenir de una fuente.

Capítulo 85

Eran casi las siete cuando Alex entró en el despacho de la alcaide Siviter.

La mujer parecía pálida y agotada. Se le habían escapado mechones de pelo de la coleta. Por las axilas de su camisa rosa asomaban pequeñas marcas de sudor.

No había tenido un buen día.

Qué pena.

—Alexandra, tendremos que ser breves. Tengo asuntos urgentes que atender y...

—¿Cómo está Lisa? —preguntó Alex, fingiendo preocupación.

—Con respiración asistida, por el momento. No tienen esperanzas.

Eso no molestaba nada a Alex. Habría sido preferible una agradable muerte limpia, pero, si la tipa moría hoy o dentro de unos días, le daba lo mismo.

La alcaide Siviter negó con la cabeza.

—Qué intento de suicidio tan inesperado, sobre todo porque iba a ser recomendada para una liberación anticipada. Hoy iba a decírselo.

—Qué pena —dijo Alex. Empezaba a aburrirse de hablar de otras personas. Sabía que Noelle había golpeado a Stella hasta casi matarla y que Stella pasaría unos días en el hospital.

Estaba a la expectativa, deseosa de avanzar. Esta reunión era sobre ella.

La alcaide Siviter se aclaró la garganta.

—Como bien sabes, mañana tienes una vista de libertad condicional y aún tengo pendiente formalizar mi recomendación. Creo que has avanzado mucho en tu rehabilitación. Veo que interactúas bien con las demás. Te he visto incluso interviniendo para proteger a las más vulnerables. Muchas de tus compañeras parecen respetarte y nunca te has visto envuelta en ningún episodio de violencia. De hecho, tu expediente en los últimos años es

impecable.

Alex se relajó en su silla. Le gustaba la dirección que tomaba aquello.

—Sin embargo, tengo mis reservas.

A Alex no le gustó nada esa palabra.

—¿Cuáles?

—Las opiniones de otras personas que te conocen desde hace mucho más tiempo que yo. Yo te conozco desde hace solo un par de años, pero mi predecesor anotó en tu expediente que no debías cumplir menos de tu condena completa.

—Pero, sin duda...

—Y luego ha habido personas en puestos de responsabilidad que me han transmitido sus opiniones.

«Maldita Stone», pensó Alex, todavía dolida por la interrupción. Esa mujer creía que podía controlar tanto la conversación como el asunto.

—Así que, en conclusión, siento decirte que no voy a recomendar tu libertad anticipada a la Junta de Libertad Condicional, ya que, en mi opinión, te beneficiarías más de...

—¿Es tu última palabra? —preguntó Alex.

Siviter pareció sorprenderse por ese tono cortante, pero continuó:

—Entiendo que estés decepcionada, pero tengo que hacer lo que creo que es mejor para los intereses de...

—Creo que deberías reconsiderarlo —dijo Alex, poco dispuesta a escuchar inquietudes sobre los intereses de alguien que no fuera ella misma.

—¿Perdona? —preguntó la alcaide, y entornó la mirada.

—Por tu propio bien —explicó Alex.

—¿Me estás amenazando?

—En absoluto —dijo Alex, y esbozó una sonrisa a medias. Ahora tenía el control—. Solo te estoy avisando de lo que va a ocurrir. —Respiró hondo—. No cabe duda de que eres una directora firme y justa. Eres profesional, objetiva y cercana. Te has ganado el respeto de tu equipo y de los reclusos.

Llegas temprano y te vas tarde. De verdad, te preocupas por la gente de tu prisión, y puedo entender por qué.

Soltó un pesado suspiro y obligó a sus ojos a parecer compasivos.

—¿Qué se supone que quieres decir?

—Cada una de estas señoras podría ser el niño que regalaste. Incluso el niño que perdiste. —A la alcaide se le fue el color de la cara. Alex continuó—: Pones cada gramo de amor y afecto en estas prisioneras como si fueran de tu propiedad...

—¿Cómo lo has averiguado...? —Dejó de hablar en cuanto le vino a la memoria cierta mujer que estaba bajo su cuidado.

—Por supuesto, si hubieras tenido la suerte de tener ahora tus propios hijos no estarías tan centrada en las mujeres a tu cargo, pero eso no es malo para estas reclusas. Tu ausencia sería una gran pérdida para esta prisión, y lo digo en serio.

—No pienso ir a ninguna parte —dijo. La tristeza de sus ojos se hizo más honda.

—Bueno, tal vez no por tu propia elección. Hoy ha sido un día muy ajetreado. Ha habido una agresión grave y un intento de suicidio. Los guardias han hecho lo que han podido, pero han vacilado, carecían de dirección y liderazgo, no había un responsable que marcara las prioridades. No estabas aquí, y han fallado cosas. Las decisiones se han retrasado.

—Mi permiso de los jueves está del todo autorizado. No estaba aquí porque he estado visitando a mi madre en una residencia.

—Habrá una investigación, claro, y tu actuación será cuestionada. Más aún si Lisa muere.

—Estaba visitando a mi madre enferma. —Siviter alzó la voz.

—Bueno, sí, al principio. —Alex hizo una pausa—. Hasta la una y media más o menos. Luego te has desviado cincuenta metros de la carretera hasta la casa de apuestas. Te habrías ido sobre las dos y media si no hubieras recibido la llamada de emergencia. Así que digámoslo claro: a las dos, cuando todo empezó aquí, estabas apostando a los caballos y jugando a las máquinas tragaperras. Ese es un titular que va a...

La alcaide enrojeció.

—No puedes demostrarlo. —Alex habría jurado que esas manchas bajo las axilas estaban creciendo.

—No lo necesito. Me basta con ponerme en contacto con un par de reporteros. En menos de media hora, verán que hay circuito cerrado de televisión tanto en el interior del negocio de apuestas como al otro lado de la carretera. El titular jugoso ya no será lo que ocurrió aquí, sino tú. La mala prensa será demasiado para tus jefes y te verás obligada a dimitir.

Alex vio que la rabia llenaba los ojos de Siviter. Eso era bueno. Eso significaba que la mujer se sentía atrapada, que había sido golpeada.

Se puso de pie.

—Espero tu carta de recomendación.

Capítulo 86

Kim tomó aire antes de entrar en la habitación.

Eran casi las siete y las dos últimas horas habían sido frenéticas. Kate Swift estaba de vuelta en la comisaría. Había sido reaprehendida por Jack y, luego, llevada a una celda, a la espera de su representante legal.

Se aferraba a su relato. Decía haber recordado, de pronto, el lugar donde la habían retenido y que había vuelto para ayudar a liberar a Grace y ponerla a salvo. Y Bryant, durante su interrogatorio, había tenido que admitir que no había visto las manos de Swift alrededor de la garganta de Grace antes de que Kim arrojara a la asesina al suelo. Si Steven Harte decidía insistir en su historia, Kate Swift saldría libre en menos de doce horas.

Kim entró y se sentó. Mantuvo la boca cerrada mientras Bryant se ocupaba de las formalidades.

—Señor Harte, ha accedido a hablar con nosotros sin representante legal. ¿Es eso correcto?

—No tengo nada más que añadir a mi confesión anterior.

Kim se encontró con su mirada. No había carpetas llenas ni tazas de té ni juegos.

—Se acabó, señor Harte. Mire, no se equivoque, usted nunca volverá a vivir en libertad, pero no va a ser por asesinato. Con cinco cargos de secuestro y privación de la libertad, se quedará entre rejas el resto de su vida.

—¿Cinco cargos?

—Sí, cinco. Hemos encontrado a Melody. Y también a Grace.

Él le sostuvo la mirada, pero no respondió.

—La granja de Alvechurch es un lugar encantador. Pero, en primer lugar, ¿por qué llevarse a Grace? Usted sabía lo que estaba a punto de hacer. Sabía que no iba a poder vigilarla, así que ¿por qué esa niña tenía que sufrir?

—Para llamar su atención, inspectora. Si hubiera venido a usted y admitido el secuestro y asesinato de tres niñas, nunca me habría escuchado. Me habría tachado de chiflado y me habría mandado a paseo. Aunque le hubiera dicho dónde estaban enterradas, no habría ido a excavar una fuente histórica solo por mis afirmaciones. Tenía que haber la amenaza de una niña viva y desaparecida para que usted creyera en mi implicación.

—La niña podría haber muerto.

—Grace tenía suficiente comida y agua para siete días. Contraté a una empresa de limpieza para que acudiera el lunes a las nueve de la mañana. Tienen llaves. Grace no hubiera muerto.

—¿Por qué no nos lo dijo, sin más? —preguntó Kim. Trataba de mantener la incredulidad fuera de su tono.

Él se encogió de hombros.

—¿Y dónde habría quedado la diversión?

Kim se mordió la lengua. Tenía que recordar que ese hombre, aunque no era un asesino, era un individuo retorcido y despiadado que había disfrutado jugando con ellos desde el primer día.

—Sabemos que no asesinó a las niñas, señor Harte, pero a eso llegaremos en un minuto. Primero, ¿qué hacía a Melody diferente de las otras? —Él la miró en silencio—. Señor Harte, Melody está sentada en una celda al final del pasillo, así que siéntase libre de hablar con franqueza sobre las circunstancias de su secuestro. ¿Fue la conexión con Hollytree?

Dudó y luego asintió.

—Abrí la habitación para devolverla a la comisaría, como a las demás, pero ella se negó a salir. Cerró la puerta. Siguió a lo suyo, como si no hubiera ocurrido nada. No quería volver a esa vida, a esa familia, a ese lugar, y yo no podía culparla. —Hizo una pausa y cruzó miradas con Kim—. Para el resto de la gente, es difícil de entender. He estado en muchos sitios y pocas veces he visto un lugar tan desalmado como Hollytree. Allí todo muere, es como un

vertedero de las esperanzas y los sueños, de la bondad y la conciencia. Mires donde mires, hay suciedad, desesperación y fealdad. Mata tus esperanzas de algo mejor. Y usted sabe exactamente de lo que estoy hablando.

—¿Por eso acudió a mí?

Él asintió.

—La vi en la tele hace un par de años, cuando su pasado estaba en el punto de mira. Me sorprendí al enterarme de su conexión con Hollytree. No, no fue sorpresa; fue toda una impresión. Por algún motivo, estaba orgulloso de que a usted le hubiera ido bien. Me hizo sonreír, se me quedó grabada. Se convirtió en la elección obvia.

—Pero ¿pensó usted que yo lo iba a entender, señor Harte? ¿Pensó que le perdonaría lo que había hecho?

Harte sonrió.

—No, porque entonces no habría sido la oficial de policía que creo que es. Esperaba que entendiera que se puede sacar a una persona de Hollytree, pero no se puede sacar a Hollytree de una persona.

—¿Usted quería que yo entendiera que ese sitio daña a todos de una forma u otra?

—Supongo que sí.

—¿Y quería que lo entendiera por Melody o por usted?

—No podía enviarla de vuelta si ella no deseaba regresar —dijo sin responder a la pregunta—. Ya la había alejado. Le había dado a probar la vida lejos de la fealdad. No podía obligarla a volver.

—¿Ha desarrollado sentimientos por ella?

—Sí, pero no...

—Sé que no fue algo sexual, señor Harte. Se llama síndrome de Lima.

Harte movió la cabeza de lado a lado.

—Al igual que sus víctimas desarrollaron el síndrome de Estocolmo en relación con usted, que ha sido el secuestrador, se sabe que también puede ocurrir lo contrario: que el captor desarrolle sentimientos por el cautivo. Usted dejó de verla como una mariposa atrapada en la jaula que le había fabricado y empezó a verla como un individuo, como una niña con

sentimientos y necesidades.

«Y, aun así, se culpó por haberla alejado de lo que ella conocía. No consiguió vencer la tentación de llevar a otra niña. No podía adivinar cómo iba a reaccionar Melody, no podía adivinar que se sentiría tan celosa que acabaría con la vida de Lexi.

—Ya se lo he dicho: yo maté...

—Sé lo que ha dicho, señor Harte, pero estaba mintiendo, así que ahora le digo lo que creo que ocurrió: trajo a otras tres niñas inocentes que perdieron la vida porque usted no conseguía poner freno a su fascinación y Melody no podía evitar matarlas. De alguna manera, la relación entre ustedes dos se había vuelto así de retorcida y deformada. Entonces, acogió a Melody en su casa y la convirtió en Kate. Creo que, a usted, el cambio de nombre le permitió verla de otra manera, lo ayudó a apartar las muertes de su mente. Fue Melody quien lo hizo, no Kate. —Él negó con la cabeza.

«Usted hizo lo posible para transformarla en Kate: la cuidó y la educó, se convirtió en una especie de enrevesada figura paterna para ella y, al final, consiguió verla como si siempre hubiera sido Kate. Creo que es la única forma en que usted podía perdonarla por lo que había hecho.

—Ella no hizo nada. Fui yo quien...

—Usted se se culpa no solo de las muertes de Lexi, Paula y Helen, sino también de que sus actos convirtieran a Melody en una asesina. Enterró los cadáveres donde trabajaba Butler porque sabía que él sentía predilección por las chicas muy jóvenes. Sabía que, si alguna vez aparecían los cuerpos, sería un sospechoso seguro.

—Todo esto es absurdo.

—Por favor, escúcheme, señor Harte. Usted entró en pánico cuando empezaron las obras en el parque Hawne; de hecho, ordenó esas obras porque quería que todo esto terminara. Lo preocupaba, no obstante, que pudiera haber ADN o pruebas que lo relacionaran con Melody, así que decidió confesar los crímenes para salvarla. De haber tenido un culpable, no habríamos desperdiciado nuestros fondos en todo el trabajo de laboratorio.

—De verdad, inspectora, esperaba algo mejor que estos vuelos de su fantasía.

—No, esto es, ni más ni menos, lo que esperaba en realidad, señor Harte, y es lo que ha motivado sus juegos. —El hombre frunció las cejas.

«Vino aquí el lunes. Podría habérnoslo contado todo sin dramatizar y nosotros haberle creído sin necesidad de que secuestrara a Grace para llamar nuestra atención. Ahora mismo, usted estaría en la cárcel y nosotros estaríamos construyendo nuestro caso judicial, pero no es lo que usted quería, ¿o sí? —Alison le había dicho que Harte mostraba conflictos, y ahora Kim sabía por qué.

«Hay una parte de usted que sigue enfadada con Melody por lo que hizo. Usted nunca hizo nada para herir a Suzie ni a Libby. Las observó y las dejó marcharse. Nunca las tocó. Se llevó a esas niñas porque se sentía fascinado y, en cierto modo, en trance por su belleza. Querías apreciarlas. Melody le quitó eso. —Hizo una pausa y dejó escapar un largo suspiro—. A pesar de su lealtad y amor por Melody, a pesar de su deseo consciente de protegerla, quería que llegáramos a la verdad. En el fondo, quería que supiéramos lo que Melody había hecho. Quería que la castigáramos porque usted nunca pudo. —Vio cómo esa verdad y un montón de emociones se reflejaban en sus ojos.

«Y hay una cosa más que debería saber antes de decidir si su culpa y su lealtad han estado fuera de lugar. Ha vestido a Melody como Kate durante los últimos veinticinco años. Ahora ve a una persona diferente, aunque sigue siendo la misma Melody de entonces.

Harte movió la cabeza de lado a lado.

—Kate es...

—A Kate la encontramos con las manos en la garganta de Grace. No ha cambiado nada. Estaba feliz de matar a otra niña con tal de seguir siendo su número uno. —Kim hizo una pausa. Quiso dejarlo visionar el cuerpo adulto de Kate Swift irguiéndose sobre la diminuta complexión de Grace—. Es hora de que se sincere como es debido, señor Harte.

Él dejó caer la cabeza entre las manos. Se frotó con fuerza la frente. Kim no sabía qué parte de las cosas que él mismo había dicho estaría tratando de borrar. El hombre suspiró hondo. Luego alzó la cabeza y dejó ver unos ojos enrojecidos y atormentados.

—¿Puedo molestarla con una taza de té?

—¿Con una de azúcar? —preguntó Kim con una ceja levantada.

—Sí, por favor, y entonces le diré la verdad.

Capítulo 87

Kim aparcó el coche frente a The Dog, en Tipton, y tomó aire.

El lugar parecía más tranquilo que había ido a visitarlo a principios de semana. Y menuda semanita.

La oficina aún era un caos.

Tras la conversación con Steven Harte, Kim había dejado al equipo trabajando duro. Se había tomado media hora para intentar devolverle la vida a un hombre, era importante que Chicle no se enterara de todo por nadie más.

No le fue difícil localizar al expolicía que se había torturado a sí mismo durante un cuarto de siglo. Calentaba su sitio habitual en un rincón y, con tristeza, miraba los vasos que ya había apurado encima de la mesa.

Kim no podía llegar con las manos vacías, así que pidió una jarra por el camino.

—¿Qué coño...? —preguntó él. Miró el líquido de color ámbar y luego a ella.

—Hola, Chicle —Kim se sentó. Los ojos del hombre volvieron al ofensivo vaso que ella acababa de poner sobre la mesa—. Hay algo que tienes que saber antes de que salga en las noticias de las diez, o bien dentro de unos cinco minutos en internet.

—Lo que sea que tengas que decir, no quiero...

—No murió, Chicle. Melody Jones no fue asesinada.

—¿Qué? —Dejó el vaso encima de la mesa antes de que se le resbalara de la mano.

Una revelación cada vez.

—Fue secuestrada por un hombre al que le gustaba contemplar niñas. Él ya había dejado marcharse a dos al cabo de un año, a las dos primeras, pero a Melody se la quedó. Tuvo una vida estupenda. Todos estos años te has castigado por no haber podido devolverla a su casa mientras que ella ni siquiera quería volver.

El expolicía se frotó la frente, como tratando de grabarse esa información.

¿Cuánto había perdido ese hombre por culpa de ese único caso?, se preguntó Kim. Su matrimonio. Amigos. Una carrera que se había estancado porque él no había podido superar su propio fracaso ni su culpabilidad.

—Tú nunca defraudaste a nadie, Chicle. He visto los archivos. Trabajaste

en ese caso tanto como pudiste. El secuestrador no apareció en tu radar. No había razón para que lo hiciera. Nada de eso fue culpa tuya.

Él sacudió la cabeza. Kim podía entender que la mente de ese hombre se negara a aceptar sus palabras. Era como haber tenido una verruga molesta durante veinticinco años, todos los días, y que, de repente, se la hubieran quitado.

Parpadeó de emoción.

—¿Sigue viva? —Kim notó cómo se le atascaba la garganta.

—Esas imágenes que has tenido en la cabeza durante tanto tiempo no tienen nada que ver con la realidad. No sufrió, no la violaron, no la golpearon.

Una lágrima resbaló por la mejilla de Chicle. Se la enjugó de inmediato.

Kim le dio un momento antes de seguir hablando.

—Hay más, Chicle. Podrás leer los detalles escabrosos cuando todo se sepa, pero Melody es la responsable de la muerte de tres niñas.

—¿Por eso estáis excavando la mitad de las West Midlans? —preguntó.

Ella asintió.

—No puedo decir nada más hasta que las acusaciones sean formalizadas, pero no quería que escucharas esto en las noticias. Te merecías algo mejor.

Él se enjugó los ojos y abrió la boca para soltar uno de los cientos de preguntas que debían rondar por su cabeza, solo que volvió a cerrarla. Sabía que ella no iba a decirle nada más.

Respiró hondo.

—Gracias. Has sido muy amable. Ahora, ¿qué mierda hay en este vaso?

—Limonada.

—¿Qué coño...?

—¿Sabes, Chicle?, hay veces que necesitamos saber cosas. O sea, necesitamos tener respuestas que, como oficiales de policía, no podemos conseguir. Hablo de cosas que solo un expolicía experimentado y bien dotado puede averiguar. Uno sobrio, con buena memoria, contactos impecables y olfato para la verdad. Quizás no venga con un cargo, pero lo más probable es

que haya gastos, unas cuantas libras por honorarios y la oportunidad de hacer lo que todos sabemos que sabes hacer mejor.

El interés iluminó los ojos del hombre y ella miró el vaso de limonada.

—Tú eliges, Chicle. Es asunto tuyo, ¿vale? —dijo, y se apartó de la mesa.

Caminó hacia la salida. Desde allí, lo vio contemplar su vaso de limonada, como si esa fuera su respuesta. Aún no había tocado su otro vaso. Su cerebro tenía mucho que procesar.

Si Chicle quería dar un giro a su vida, ella ya le había dado un motivo.

No podía ofrecerle más que eso.

Capítulo 88

Kim se apoyó en el asiento de la Ninja, con los tobillos cruzados y las manos en los bolsillos.

Ese día había sido el equivalente a un circo de tres pistas. Después de su conversación con Chicle, la noche anterior, había enviado a todo el equipo a descansar.

Durante la velada, le habían comunicado que en el yacimiento de Clent se habían encontrado huesos. Nadie dudaba de que serían identificados como los restos de Helen Blunt, la tercera y última víctima de Melody.

Y esa mañana, el equipo al completo ya estaba de vuelta, fresco y alerta, dispuesto a resolver lo relacionado con Steven Harte y Melody Jones.

La fiscalía no se había mostrado del todo satisfecha, pero, gracias al testimonio de Steven, estaba de acuerdo en acusar a Kate Swift por los asesinatos de Lexi, Paula y Helen. Por su parte, Steven Harte nunca saldría de la cárcel.

La prensa había estallado hacía un par de horas, tanto a nivel local como nacional. Todos los medios de comunicación se estaban haciendo eco de la noticia: primero, con el relato de que Melody Jones había aparecido viva después de tanto tiempo y, segundo, con que había sido acusada de asesinato. Kim estaba segura de que los productores de documentales ya estarían poniendo a sus locutores en fila. Era una de esas historias que captaban el interés del público. Y querrían darse un festín con la rareza. Querrían comprender cómo se había construido la relación entre Harte y Melody y cómo, después, se había convertido en algo perverso.

Kim estaba segura de que la familia Jones ya estaría discurriendo modos de exprimir al máximo las novedades. Ninguno había telefoneado a la comisaría para preguntar por Swift. Para ellos, Melody Jones había muerto de verdad. Ahora se concentrarían en encontrar alguna manera de sacar provecho a sus crímenes.

Sin embargo, una periodista local había recibido un chivatazo sobre ciertas cuentas de eBay. Kim estaba segura de que, muy pronto y de forma inminente, aparecería un jugoso artículo sobre las prácticas especuladoras de la familia. Después de eso, las ofertas escasearían. Ya habían ganado suficiente dinero con Melody. Era hora de acabar con aquello.

Grace se había reunido con su madre en la comisaría. Las dos se habían abrazado como si nunca fueran a soltarse. En los ojos de Claire Lennard, la gratitud había dicho más que cualquier palabra. Cuánto dolor, cuánta angustia, y todo por la perversa relación de dos personas que ni siquiera deberían haberse conocido.

Esas personas habían sido responsables de la muerte de tres niñas; y, sin embargo, Kim no era capaz de odiarlas. Hollytree también había sido su hogar. Su propio infierno de seis años había tenido como telón de fondo un lugar carente de humanidad y esperanza. Había allí una fealdad que consumía cualquier cosa que se moviera en su interior.

Steven Harte había pasado años atrapado allí, desesperado por encontrar esperanza, vida, belleza. Y había encontrado esa belleza en los rostros de las niñas.

Las había admirado como se admira una obra de arte, una escultura; y, sin embargo, había permitido que esa fascinación lo impulsara, que tomara el control. No había lastimado a ninguna. Había intentado justificar sus propios actos en los antecedentes de las niñas. A su distorsionada manera, sentía que había cuidado de ellas.

Había admitido, en su confesión, que lo que Jenson Butler había hecho le había parecido repugnante, que había utilizado a ese hombre para encausar las sospechas en caso de que alguno de los cadáveres apareciera en el futuro.

Y luego estaba Melody: la no querida, la no deseada, la maltratada. Había encontrado una vida con Steven Harte. Se había encariñado tanto con el fantasma que la protegía que no podía soportar la idea de compartirlo con nadie más.

Esa experiencia había terminado convirtiéndola en una asesina de niñas. ¿Habría hecho algo semejante si no la hubieran secuestrado? No lo sabrían nunca. Harte había sido la única figura paterna para Melody, y ella había

querido seguir siendo hija única.

Y no había sido la única vez que el tema del padre había salido a relucir esa semana. Kim no solo había sido informada por su archienemiga de que su madre estaba a punto de morir, sino que ahora Alex tenía en su poder la única pieza de su infancia que le faltaba. Y se la había ofrecido, pero Kim la había rechazado. El precio era demasiado alto. Su conciencia no le habría permitido hacer ningún tipo de trato con Alexandra Thorne.

Y, sin embargo, la negativa había sido en vano. Eso pensaba mientras se abrían las puertas de la cárcel.

Se le cortó la respiración al verla salir de las instalaciones. El guardia, como si fuera el botones de un gran hotel, le entregó una pequeña bolsa.

La mujer cerró los ojos y respiró hondo. Saboreaba la libertad, el sol de la tarde reflejado en su pelo rubio. Kim conocía bien esa lenta sonrisa que torcía las comisuras de sus labios. Era la sonrisa de la victoria.

¿Cómo se las había arreglado para salirse con la suya? Quién sabía, pero ya daba igual. Estaba fuera y Kim no podía hacer nada al respecto.

Esperó a que la escrutadora mirada de la mujer cayera sobre ella. Sabía que iba a ocurrir.

Estaba preparada. Sus miradas se cruzaron y Kim notó que la expresión de Alex se suavizaba. Después de lo que pareció una eternidad, la vio bajar los ojos y reírse de un chiste particular, como sabedora de que Kim no apartaría la vista antes de tiempo. La detective la vio subir a un coche que ya la estaba esperando.

—Muy bien, zorra.

Luego la vio marcharse mientras se preguntaba cuánto tiempo pasaría antes de que volviera a entrar en su vida. No sería pronto. Alex tendría como prioridad volver a poner su vida en orden, reconstruir su negocio y restablecer su posición social. Y luego la atacaría desde una posición fuerte. Ya había sido bastante peligrosa antes de esos años en prisión. Kim no podía sino preguntarse qué trucos habría aprendido desde entonces.

No sabía cómo ni cuándo. Solo sabía que, en algún momento, Alexandra Thorne volvería a buscarla.

Carta de Angela

En primer lugar, quiero darte las gracias por haber elegido leer Robadas,

la decimoquinta entrega de la serie de Kim Stone. Y gracias también a toda la gente que sigue con Kim Stone y su equipo desde el principio.

Me ha gustado mucho escribir Robadas. Si a ti te ha gustado leerla, te agradecería eternamente que escribieras una reseña. Me encantaría saber qué piensas. Además, tus comentarios podrían ayudar a otros lectores a descubrir mis libros por primera vez. A lo mejor podrías recomendarlos a tus amigos y familiares...

Si quieres estar al día de mis últimas publicaciones, suscríbete en el siguiente enlace:

www.bookouture.com/angela-marsons

Muchos lectores de la serie Kim Stone sabrán que, cuando ideo tramas para los libros, me gusta poner a la detective en situaciones a las que no se ha enfrentado antes porque quiero saber cómo actúa. En Robadas quería descubrir cuál era la reacción de Kim ante un asesino que se ha presentado a sí mismo justo al principio del caso.

Como a muchos otros, me ha cautivado la serie de televisión Criminal, centrada en las técnicas de la entrevista y el interrogatorio. Desde los primeros capítulos, quise poner a Kim en una situación similar. Así que, al margen de los procesos de investigación usuales del equipo, tendría que descifrar al sospechoso.

He disfrutado mucho investigando las técnicas de interrogatorio de la CIA, así como el lenguaje corporal, lo que me ha brindado la gran oportunidad de volver a contar con la criminóloga favorita de Kim, Alison Lowe.

Además, ha sido interesante ponerme al día con Alexandra Thorne y seguir explorando la extraña dinámica que hay entre ella y Kim. Sé que Alex es como el Marmite: la amas o la odias; pero, desde el punto de vista de un escritor, es un personaje intrigante.

Me encantaría saber de ti. Por favor, ponte en contacto conmigo a través de mis páginas de Facebook o Goodreads, a través de X o en mi sitio web.

Muchas gracias por tu apoyo, que valoro muchísimo.

Angela Marsons

Agradecimientos

Como siempre, mi primer y más sincero agradecimiento va a mi compañera Julie. No hay idea que no me anime a explorar. Está ahí para

escuchar las primeras reflexiones, que surgen pletóricas de entusiasmo. Está ahí para apaciguar a los monstruos de la duda de las veinte mil palabras. Está ahí para revigorizarme mientras cruzo las pastosas mitades y está ahí para darme un empellón hasta la línea de meta. Siempre ha sido y sigue siendo mi compañera de fechorías.

Gracias a mi madre y a mi padre, quienes, con orgullo, siguen corriendo la voz entre todos los que quieren escucharlos. Y también a mi hermana Lyn, a su marido Clive, y a mis sobrinos Matthew y Christopher por su apoyo.

Gracias a Amanda y Steve Nicol, que nos ayudan de muchas maneras, y a Kyle Nicol, que encuentra mis libros donde quiera que vaya.

Al creciente equipo de Bookouture, me gustaría darle las gracias su continuo entusiasmo por Kim Stone y sus historias.

Agradezco especialmente a mi editora, Claire Bord, que me deje libertad para explorar nuevas ideas y me ayude a llevar a Kim en una dirección un tanto distinta de vez en cuando. Su confianza en mí y en el proceso hace que yo pueda permitirme el lujo de tener libertad creativa y soñar nuevas experiencias y retos para el equipo. Sé que, si se me ocurriera saltar de un acantilado sin las alas puestas, ella estaría allí para atraparme.

Gracias a Kim Nash (Mamá Osa), que trabaja incansablemente para promocionar nuestros libros y protegernos del mundo exterior. A Noelle Holten, cuyo entusiasmo y pasión por nuestro trabajo no tienen límite, así como a Sarah Hardy, que también defiende nuestras obras en cada oportunidad.

Un agradecimiento especial a Janette Currie, quien ha corregido los libros de Kim Stone desde el principio. Su conocimiento de las historias ha garantizado una continuidad que agradezco mucho. Y también quiero mencionar, de manera especial, a Henry Steadman, el responsable de nuestras fabulosas cubiertas, que me encantan.

Gracias a la fantástica Kim Slater, que ha sido para mí un apoyo y una amiga increíble durante muchos años. A pesar de que se dedica a escribir novelas excepcionales, siempre encuentra tiempo para charlar. Muchas gracias a Emma Tallon, que me anima a seguir adelante con historias divertidas y un infinito apoyo. También a las fabulosas Renita D’Silva y Caroline Mitchell, escritoras a las que sigo y leo vorazmente y sin las cuales este viaje sería imposible. Un enorme agradecimiento a la creciente familia de autores de Bookouture, que siguen divirtiéndome, animándome e inspirándome a diario.

Mi agradecimiento eterno va para todos los estupendos blogueros y

críticos que han dedicado su tiempo a conocer a Kim Stone y seguir sus historias. Esta gente maravillosa grita con todas sus fuerzas y comparte generosamente, no solo porque ese es su trabajo, sino porque es su pasión. Nunca me cansaré de darle las gracias a esta comunidad por el apoyo que me brindan tanto a mí misma como a mis libros. A todos vosotros, muchas gracias.

Montones de gracias a mis fabulosos lectores, sobre todo a quienes han robado un poco de tiempo a un día ajetreado para venir a mi sitio web, a mi página de Facebook, a Goodreads o a X.